Selecta

Concha Álvarez

El Sucesor

El sucesor

Concha Álvarez

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mi hija Nerea: Siempre hay un plan B

Agradezco a Maribel Sanabria sus acertados comentarios. También a Luisa Fernández, la culpable de que haya escrito la novela sobre Jorge. Y por supuesto a María José Ruíz por sus aclaraciones gramaticales. Muchas gracias a todas ellas.

1

UN DÍA CUALQUIERA

César Dávila haría todo lo posible para evitar que lo encontrasen, incluso trabajar bajo las órdenes de un incompetente como el señor Alcázar.

Durante un instante, pensó en pagar las clases de judo con el último billete de cincuenta euros de su cartera, pero al final se apuntó a las clases de boxeo. Le ayudaban a no pensar demasiado en todo lo que había dejado atrás. Había huido de su hogar, sin nada en los bolsillos, y con una maleta cargada de venganza.

—¡César!

—Sí, señor Alcázar —dijo sin que se notara la falta de respeto en la voz.

El encargado del supermercado era un cuarentón, barbudo y con el diámetro de un oso polar. Poseía un carácter agrio que compaginaba con un olor a agua de colonia de barbero que usaba para peinar su barba.

—¿Cuántas veces tengo que explicarte que los cartones de leche desnatada se colocan a la derecha y los de leche entera a la izquierda?

César masculló una maldición y se tragó su orgullo. Contó hasta diez para contener una palabra soez y agachó la cabeza. Necesitaba ese empleo, si no quería usar las tarjetas de crédito y que descubrieran que se ocultaba en aquel supermercado.

—Ayer me ordenó lo contrario.

—Un error más, ¿me has oído? —aseguró, señalándolo con el dedo, alzando la cabeza para mirar el rostro de su empleado—, y vas a la puta calle.

—No volverá a suceder, se lo prometo.

César se dirigió a la sección de aseo femenino después de reponer los cartones de leche por segunda vez. Cerca de las estanterías de maquillaje, varias chicas curioseaban los pintalabios. Una de ellas sería el sueño de cualquier hombre entre los trece y los noventa años. Se ajustó las gafas y la miró de nuevo con disimulo. Organizó varias bolsas de algodones, mientras escuchaba las risas de las muchachas.

—¿Irás esta noche?

La voz de la chica que formuló la pregunta sonó suave y débil en comparación con la de las otras. Vestía unos vaqueros desgastados, con una camiseta negra y descolorida que en nada la favorecía. Sujetaba el cabello en una estirada coleta en la nuca; el sencillo peinado marcaba sus facciones, todavía infantiles y sin una pizca de maquillaje. Su estatura menuda aumentaba la imagen infantil en contraposición con la mundana y cosmopolita de sus dos amigas.

—No seas estúpida. Claro que iré, Mancia —afirmó la rubia espectacular.

César se preguntó qué significaría ese nombre.

—Ni siquiera has tratado a ninguno de ellos...

—¿Y qué importa? —la interrumpió su amiga con desdén—. Son *cool*.

César esbozó una sonrisa que le torció los labios en un gesto grotesco. Conocía muy bien a esa clase de mujeres que se rodeaban de tipos cuyas carteras atesoraban más de mil euros al final del día. A punto estuvo de casarse con una de ellas y, gracias a la intervención de su «samaritano padre», nunca se celebró la boda.

—No es buena idea —insistió la tal Mancia.

—¿Te chivarás a mi padre?

—Sabes que no.

—Vanesa, que nos acompañe —sugirió la otra rubia con voz chillona, mirándola como a un insecto al tiempo que se atusaba la larga melena.

—Ellos no me han invitado.

—Si vienes conmigo, te aceptarán.

Las chicas giraron la cabeza y observaron a César. Mancia fijó la vista en el hombre cuya mandíbula ancha contraía los labios en un claro gesto despreciativo. A pesar de ello, su expresión neutral al mirarlas le otorgaba un aspecto misterioso. Quizás anduviese por la treintena o tuviera más edad, pero su pelo oscuro y sus ojos verdes de un color aceitunado le daban un aspecto atractivo, que enrojeció sus mejillas al comprobar que él había advertido que lo contemplaba igual que un pastel en un escaparate de una confitería. Mancia, tras unos segundos, se obligó a reanudar la conversación para desviar la vista de él.

—¿Podemos marcharnos ya?

—Espera —le pidió la tal Vanesa, y se acercó con pasos firmes a César—. ¡Deja ya de comerme con los ojos! —dijo con un gesto chulesco. César guardó silencio y, aún más enfadada por aquella nota de indiferencia, añadió

—: ¿Acaso crees que no me he dado cuenta?

—Señorita, se equivoca.

Desde que había abandonado la casa familiar, no salía con ninguna mujer, pero no se comportaba como un célibe; si alguna lo atraía, intentaba llevarla a la cama. El apellido *Dávila* le concedió la posibilidad de muchas noches de sexo con rubias como esa tal Vanesa aunque, después de lo sucedido, se preguntaba cuántas hubieran accedido solo por él, y no por su apellido.

—Encima, eres un cabrón mentiroso —lo insultó—. Desde que has llegado no me has quitado los ojos de encima.

—Creo que ha sido tu amiga —dijo, y señaló a Mancia— quien no me ha quitado los ojos de encima; yo solo hago mi trabajo.

—¡Ella! —exclamó, mirando con desdén a su compañera—. No me hagas reír.

Mancia enrojeció aún más al escuchar las palabras de aquel hombre. Por su parte, a César aquella rubia y sus ofensas empezaban a molestarlo de verdad. La gente comenzaba a formar un corrillo a su alrededor y, si Alcázar presenciaba la escena, ese día lo echaría a la calle.

—Vanesa, por favor —intervino la chica a la que llamaban Mancia—. Llegarás tarde a la fiesta.

—No te metas en esto —dijo, y su rostro evidenció que después se cobraría con creces esa intervención en su favor—. No soporto a los perdedores, sobre todo cuando pueden aspirar a un trabajo mucho mejor; entonces, todavía los desprecio más.

César vio en los ojos de la rubia una desmedida frialdad. Sus palabras lo enojaron; quizá lo había reconocido y la hubiese rechazado en el pasado, pero recordaría a una mujer con aquellas medidas esculturales y una lengua viperina.

—Vanesa, ¡basta! —le pidió Mancia, y agarró el brazo de su amiga.

—No me acostaría contigo, aunque me pagaras por ello —afirmó César con desprecio, sin aguantar más su tono desagradable.

Muchos de los clientes aplaudieron las palabras del hombre. Vanesa, indignada, controlaba su enfado ante tal desfachatez. De un manotazo, se echó el pelo hacia atrás y, con grandes zancadas, se marchó seguida por la otra rubia que no paraba de gritar su nombre.

—Lo siento —se excusó Mancia al quedarse a solas cuando se dispersaron los clientes, a pesar de la vergüenza que sentía al saber que él la había descubierto admirándolo.

—No te disculpes en nombre de tu amiga. Tú no me has insultado.

—Ella... —La joven dudó unos instantes antes de continuar—: Ella jamás te pediría perdón.

—Entonces, tampoco lo hagas tú. No te responsabilices de los actos de los demás.

Él tenía razón, pero estudiaba en la escuela de cocina gracias a Vanesa. Su madre era la empleada de hogar de los Iborra, y ellos le abonaban la matrícula y las clases en un gesto altruista. A cambio, Mancia soportaba el desprecio de los amigos de Vanesa, las miradas de lástima y soberbia, las palabras hirientes y convertirse en casi una esclava al servicio de su hija. Vanesa alardeaba entre sus amistades que compartían una relación de hermanas, pero la realidad era muy diferente.

—Debo irme. En serio, lo siento mucho —se disculpó otra vez antes de marcharse.

César se preguntó qué relación uniría a esas dos mujeres tan distintas. Se olvidó de ellas cuando sonó el móvil: se trataba de su casero. Aún no había pagado el alquiler de ese mes. Cuando colgó, lanzó un suspiro de impotencia, colocó más toallitas húmedas en la estantería, mientras que se concentraba en idear un plan de venganza.

***

Dos semanas más tarde, a César lo citaron del departamento de Recursos Humanos. A la hora señalada, la secretaria lo condujo hasta la sala de reuniones y le pidió que esperara allí. La jefa de personal, una mujer con acento gallego, se presentó con un fuerte apretón de manos y le indicó, con un gesto, que se sentara de nuevo.

—Señor Dávila, hemos recibido quejas de algunos clientes.

—¿Quejas?

—Sí —aseguró, mientras miraba unos papeles—, parece que se propasó con un par de jóvenes.

Apenas daba crédito a lo que oía y se removió de indignación en la silla.

—¡Propasarme! —exclamó ofendido.

—Lo siento, pero rescindiremos su contrato desde este momento.

¿Realmente aquel par de chicas lo habían denunciado con esa acusación falsa? Intentó poner en orden sus ideas y razonar con la responsable de Recursos Humanos. Al menos, ese mes necesitaba cobrar para pagar el alquiler.

—¿La empresa no quiere escuchar mi versión?

Durante un instante, el silencio se hizo entre la encargada de despedirlo y él.

—¿Puedo serle sincera? —Él asintió—. Al centro comercial le importa muy poco su opinión. No queremos mostrar una imagen equivocada del centro comercial. Si una de nuestras clientas asegura que se propasó con ella —dijo la mujer, avergonzada, y bajó la vista para no hacerle frente—,

entonces, no hay nada más que hablar. Lo siento —terminó por decir.

César controlaba su rabia, a punto de estallar ante aquella injusticia. Por lo visto, nadie se preocuparía de averiguar qué había de cierto en dicha acusación.

—Le pagaremos el salario del mes como gesto de buena voluntad.

César se hubiera negado, pero otra vez se tragó su orgullo mancillado y firmó el papel de baja voluntaria.

—No lo hice —dijo antes de marcharse.

La responsable de Recursos Humanos, una mujer en la cincuentena con unos labios pintados en color rojo sangre —la única nota de color en toda su persona—, lo miró con los brazos cruzados sobre el pecho. Había entrevistado a muchos candidatos en su vida profesional, y ese joven no mentía. Lamentaba que se hubiera cruzado con Vanesa Iborra.

—Señor Dávila, ese día tropezó con la persona equivocada.

—¿A qué se refiere?

—¿No lo sabe? —preguntó, mirándolo con lástima—. El padre de la señorita Iborra es nuestro mayor accionista.

Al fin, entendía lo sucedido. El destino, caprichoso, se divertía de nuevo con él.

—Comprendo —dijo resignado—. Gracias por todo.

La directora de Recursos Humanos consideraba una injusticia que personas de la valía de ese hombre realizasen funciones de segunda, enfrentándose a gente de segunda. Pero la vida la había enseñado que el mundo se diferenciaba entre gente de primera categoría y de segunda; por desgracia, Dávila, por el momento, no jugaba en primera división.

***

Cuatro días más tarde, César llamaba al sexto anuncio del periódico: se trataba de una empresa de mensajería, que buscaba empleados con carné de motocicleta. El salario aumentaba si realizaba más viajes de los estipulados, siempre en negro y sin apuntarlos en el registro. En la ruta que le asignaron, se encontraba la oficina de Iborra. Decidió que iría allí en primer lugar; cuanto antes se quitara aquella tarea desagradable, mejor. Le agradó la sensación de percibir de nuevo el asfalto bajo las botas. Había vendido su Harley para disponer de efectivo y, en el instante en que escuchó el ruido del motor y notó el viento en el rostro, comprendió cuánto la echaba de menos. Media hora más tarde, pulsaba el botón del ascensor que lo llevaría hasta la séptima planta, donde se hallaba el departamento de dirección.

—Traigo una entrega para el señor Iborra —anunció a la secretaria del

empresario.

—Por favor, aguarde un momento, por si requiere respuesta.

La mujer, una treintañera con un traje sastre en color azul marino y unos tacones de vértigo, se adentró en un despacho tan amplio como toda la recepción. César contempló la madera reluciente, el vidrio inmaculado de las ventanas y los cuadros originales colgados de las paredes. Se sentó en el sofá de color marrón que olía a piel y cuyo tacto sedoso le recordó a la piel de una mujer. Supuso, sin miedo a equivocarse, que al igual que su hija, Iborra poseía un carácter tan soberbio como ella para acceder a su capricho y despedir a un hombre sin escuchar su defensa.

Unos segundos más tarde, la secretaria salió y le anunció:

—Solo será un momento, enseguida le daré un sobre.

Entonces, Vanesa irrumpió en la dirección. La joven se dirigió con pasos enérgicos a la mesa de la secretaria. Ese día, vestía unos pantalones, cortos y ceñidos, que marcaban su figura; también, su camiseta se ajustaba al pecho como una segunda piel. Inundó la sala un olor a perfume exótico y sinuoso, capaz de lograr que un hombre recordara para siempre su aroma.

—Amanda, ¿mi padre está?

—Sí, señorita Iborra, pero ha de esperar.

Vanesa desvió el rostro hacia el mensajero y vio de quién se trataba. Él juzgó que el mejor castigo consistía en la indiferencia y se concentró en leer una de las revistas que había sobre la mesa de recepción. Esa vez, no le concedería el gusto de humillarlo; si perdía ese trabajo, tendría serios problemas.

El teléfono sonó, y Amanda penetró de nuevo en el despacho de su jefe.

—¿Qué tal en el supermercado?

—Ya no trabajo allí —respondió, controlando la rabia.

—Me pregunto por qué.

Contó hasta diez, pero nunca tuvo demasiada paciencia. Incluso asistió a terapia al respecto, sin ningún resultado exitoso.

—Porque una zorra mintió.

Vanesa apretó los puños y esbozó una sonrisa que convirtió su hermoso rostro en una diabólica máscara de carnaval. Estaba a punto de contestar cuando Mancia apareció e interrumpió la conversación entre ambos. La joven vestía unos vaqueros y una blusa de un color rosa pálido que la hacía invisible al lado de su amiga. Vanesa la ignoró y fijó los ojos en el hombre que la miraba con ganas de estrangularla y dibujó una sonrisa mucho más cínica. Había logrado que lo echaran del supermercado y conseguiría lo mismo con esa empresa de mensajería.

—¿Tú?... —dijo Mancia al reconocerlo.

—La otra vez no me presenté, me llamo César —dijo, y besó sus mejillas —. Me alegro de verte, Mancia.

La chica sonrió al oír que recordaba su nombre, algo que no ocurría con

frecuencia. Sin el chaleco de reponedor, aparentaba menos edad; creyó que rondaría la treintena. Además, tras aquellas gafas de montura oscura se ocultaban esos ojos de color oliváceo, cuyos iris negros resultaban tan penetrantes que, junto a su cabello oscuro, lo convertían en un hombre sumamente atractivo.

—Mancia, ¿no me habrás rayado el coche? —intervino Vanesa liberándola del hechizo que César ejercía sobre ella sin proponérselo.

—No te preocupes. No ha sufrido ni un rasguño.

En ese momento, la secretaria abrió la puerta del despacho de Iborra.

—Mancia, cualquier día de estos nos tomamos un café; sería agradable —dijo, e ignoró intencionadamente a Vanesa.

La joven contrajo la mandíbula, molesta por su indiferencia; entró en la oficina de su padre.

—Claro, cuando quieras —se atrevió a decir la chica.

César sonrió con sinceridad. En su rostro surgieron dos hoyuelos en las mejillas que lo transformaron en alguien muy interesante a los ojos de Mancia. Él asintió con un leve movimiento de cabeza y se marchó. De inmediato ella tuvo una extraña sensación de desamparo.

2

UN ENCUENTRO DESAGRADABLE

Esa noche, decidió olvidarse de todo y aceptó la invitación de uno de sus amigos para ir a un nuevo bar de copas. El encuentro con Vanesa Iborra lo había alterado más de lo que le gustaría admitir. Aquella mujer lo atraía como un imán. Su olor permanecía aún en su memoria, recordándole constantemente que la deseaba tanto que la hubiera tumbado en la mesa de recepción para demostrarle que no podía reírse de él sin pagar las consecuencias.

Sin embargo, las llamadas de Carlos le ayudaron a olvidar a la rubia y su latente deseo. Su amigo ignoraba su verdadera identidad. Se habían conocido en la empresa de trabajo temporal a la que ambos habían acudido para una entrevista de trabajo y, desde entonces, quedaban para divertirse y hablar de motos. Esa vez, le sugirió visitar un antro del centro que los dueños habían acondicionado como si fuera una antigua sala de cine. Carlos insistió lo bastante para convencerlo; además, acompañó la invitación con el pago de un par de copas. Después de cinco minutos, consiguieron pedir una bebida al camarero de la barra.

—Mira aquellas rubias. —Carlos señaló al grupo de jóvenes que bailaban en la pista.

Carlos realizaba ejercicio y cuidaba su alimentación lo suficiente para mantener un aspecto saludable y atractivo para las mujeres. Sabía que gustaba al género femenino y aprovechaba cualquier oportunidad para tener compañía.

César asintió. Sí, las había visto nada más llegar al local. Entre ellas se

encontraba la causante de su penosa situación laboral.

—Una de ellas es Vanesa Iborra, la hija del empresario.

Carlos silbó y gesticuló ante el bocado apetitoso que suponía la rubia.

—¿Nos acercamos? —preguntó, dándole un codazo amistoso en las costillas.

—Antes me lanzaría con los ojos cerrados a un nido de serpientes —dijo, y continuó bebiendo.

—Hola... —escuchó a su espalda.

Carlos examinó de arriba abajo a la chica de pelo castaño y ojos color miel que se había plantado delante de ellos. Vestía unos vaqueros gastados y una camiseta negra descolorida. Ni con dos copas de más se hubiera fijado en ella.

—Mancia —la reconoció César. Se giró, llevándose la copa a los labios y se apoyó en la barra.

La joven notó en su piel el magnetismo que ejercía sobre ella con tan solo pronunciar su nombre. Su actitud despreocupada y su orgullo ante Vanesa la habían conquistado y, en el fondo, envidiaba su osadía por plantarle cara.

—Espero no molestarte... —dudó ante el rostro extrañado del compañero del mensajero.

—Para nada —aseguró él, y Mancia esbozó una sonrisa aun mayor—. Este es mi amigo Carlos —le presentó—. Ella es Mancia, la amiga de Vanesa Iborra.

Sus palabras borraron su sonrisa; estaba acostumbrada a ser «la amiga de», pero por una vez le habría gustado ser «solo Mancia».

—En serio...

—Encantada de conocerte, Carlos —terminó por decir, consciente del interés que su relación con Vanesa siempre despertaba en los demás—. Será mejor que me vaya... —dijo, decepcionada al imaginar que César no caería como el resto, en la red de araña de Vanesa; de nuevo se había equivocado.

—Te invito a una copa —se apresuró a decir Carlos.

César enarcó una ceja ante el interés que su amigo mostraba en Mancia. La joven no era su tipo para nada, en definitiva, lo que definía a esa chica era su capacidad de invisibilidad. Apostaría hasta su último billete a que nadie se fijaba en ella cuando estaba al lado de Vanesa.

—Gracias, pero debo irme —se excusó, y César advirtió en sus ojos que se había dado cuenta de lo que se traía su amigo entre manos—. Hasta otra —se despidió, y se perdió entre los clientes del bar.

—Me sorprende que ese cardo de Mancia se relacione con esa camarilla —dijo, y señaló a las jóvenes que vestían de marca y tomaban las bebidas más caras del local— y, menos aún, que sea amiga de la hija de Iborra.

—Dudo que lo sea. Mancia deja que la utilice como a una esclava. —Bebió de la copa, y añadió—: Supongo que carece de orgullo, y el dinero cubre su falta de dignidad. Siempre he despreciado a las personas que lamen

los zapatos de otros para obtener lo que no poseen en esta vida.

Justo cuando César pronunciaba esas terribles palabras, la mirada de Mancia se cruzó con la de Carlos. Al final, había decidido aceptar la invitación y había regresado a la barra.

—César...

—¿Qué? —Su amigo le hizo un gesto con la cabeza para que se girara.

César comprobó la mortificación en los ojos de Mancia. Esa chica parecía incapaz de disimular sus sentimientos ante los demás.

—Tienes razón. Carezco de dignidad. Sin dinero para cumplir tus sueños, has de escoger entre la derrota o soportar las humillaciones hasta conseguirlos. Nunca me gustó perder —aseguró, y esta vez sí se marchó del bar.

—¡Vaya carácter! —exclamó Carlos. Luego su atención se centró en las rubias—. Tío, qué cojones, ¿lo intentamos?

Antes de enfrentarse a una negativa de César, se dirigió con decisión hacia el grupo que, indiferente a la ida de Mancia, bailaba en la pista. Su amigo lo siguió, pensando en las palabras que acababa de decir y en el dolor que había visto en los ojos de la muchacha. El intento de Carlos por acercarse a las supuestas amigas de Mancia hizo que la olvidara. Su amigo era un tipo simpático, aunque a ninguna de las mujeres de aquel grupo le interesaba un tío con trabajo de profesor de secundaria en una academia a tiempo parcial. Aquellas mujeres aspiraban a mucho más que a dos tipos como ellos.

—¿Tú por aquí? —preguntó Vanesa.

—Aún no existe derecho de admisión.

—¡Vaya! —exclamó Carlos, y golpeó el costado de César para que no fuera tan antipático.

—La verdad, a veces, estaría bien —intervino uno de los amigos de la joven, un tal Ubago. Parecía que aquel grupo lo formaba gente con nombres extraños, pero su atención se desvió hacia él. Vestía una camisa blanca y unos vaqueros ajustados; su reloj de alta gama era muy inferior a los que él había lucido en alguna ocasión. Llevaba el pelo engominado y aumentaba su seguridad con una barba a medio cortar. Sus zapatos de piel relucían tanto que resaltaban en la penumbra del local como dos salvavidas naranja en altamar.

—Esta noche no hablaremos de cosas desagradables —intervino Carlos para apaciguar el ambiente.

A veces, el carácter de César era tan incendiario como una cerilla y, en realidad, ser como ellos era lo que ambicionaba. Era atractivo para las chicas, y ese era su pasaporte para adentrarse en aquel mundo superficial al que con tanta determinación se proponía pertenecer algún día. Su amigo no

le estropearía la oportunidad que se le había presentado esa noche al conocer a la hija de Iborra.

—Lástima que en este país a los mensajeros todavía se nos permita la entrada a lugares públicos —dijo César.

—César... —insistió Carlos—, déjalo ya, por favor.

—Sí, debería dejarlo —admitió, y se bebió su copa de un trago.

Se sentía enfadado por haber criticado el comportamiento de Mancia, cuando él había hecho lo mismo al aceptar las miradas de superioridad de ese grupo de desgraciados que lo consideraban casi como un felpudo.

—Este país necesita cierta limpieza; eso ayudaría a...

—... que gente como vosotros os pavoneéis de vuestro dinero —interrumpió con ferocidad al tal Ubago. Carlos sujetó su brazo, pero César aún no había terminado de decir lo que pensaba—: y tratéis como a perros a todos aquellos que no viven como vosotros.

—Tú no te has negado a nuestra invitación —dijo Vanesa, añadiendo más sal a la herida.

—No lo he hecho —reconoció, arrepentido—, pero ahora mismo pondré remedio a mi error.

Admitir que había sido un cretino y, además, un imbécil con Mancia le hacía sentirse despreciable. Sacó la cartera del bolsillo del pantalón y puso sobre la mesa su último billete de cincuenta euros. Pensó en Mancia, en su orgullo, en la humillación y supo que él no se arrodillaría jamás. También que ella algún día lograría su sueño, mientras que él cada día se alejaba más de los suyos.

***

Ninguna de sus «supuestas amigas» advirtió que se había ausentado del local. Sentada en la parada del autobús, Mancia retuvo las lágrimas de indignación tras oír las palabras de ese hombre. Enojada, pateó el suelo por la impuntualidad del transporte público. El aire, cargado de electricidad, anunciaba tormenta. Un ligero viento hacía mover las hojas de los árboles emitiendo un sonido silbante que aumentaba la crispación de la joven. A lo lejos, divisó a un grupo de chicos, apenas unos adolescentes que avanzaban hacia ella con evidentes signos de haber bebido más de la cuenta. Cuando llegaron a la parada, uno de ellos la insultó, al tiempo que otro soltó varias palabras soeces que provocaron las risas del resto. Mancia los ignoró pero, lejos de desalentarlos, su actitud de indiferencia aumentó sus ganas de meterse más aún con ella.

—¡Qué tenemos aquí! —exclamó uno de ellos.

—¿No quieres que te alegremos la noche? —gritó otro, arrinconándola contra la pared acristalada de la parada del autobús.

La frialdad del cristal la hizo tiritar, al tiempo que olía el vodka en el aliento del chico que la mantenía aprisionada contra la pared de cristal.

—Si no me dejáis en paz, llamaré a la policía —consiguió decir.

Le temblaban las manos, pero estaba tan enfadada que no pensaba con claridad las consecuencias que su comportamiento podía acarrearle esa noche.

—¿Crees que la policía acudiría a salvar a alguien como tú? —Uno de los chicos tomó un mechón de su coleta y estiró de él. Mancia alzó el bolso y lo golpeó en el rostro—. ¡Puta de mierda! Ni siquiera servirías para chupármela —dijo, y la amenazó, furioso.

Todos los demás se rieron y lo animaron a que la obligara a hincar las rodillas en el suelo. Mancia miró desesperada hacia la entrada del local. En ese instante, Vanesa salía por la puerta acompañada de Ubago.

—¡Vanesa! —gritó Mancia. La chica se volvió y desoyó la súplica.

—Es Mancia —dijo él, incómodo por ignorar su petición de ayuda.

—A ningún hombre le gusta Mancia, no hay por qué preocuparse. Esos chicos solo están divirtiéndose un poco.

Durante un instante, Ubago pensó que debía ayudarla, incluso avisar al portero, un tipo más interesado en hablar con una morena de grandes pechos que en hacer su trabajo. Aquellos bastardos no se conformarían solo con zarandearla un poco, pero no contradeciría a la hija de Iborra, y abandonó a Mancia a su suerte.

***

César había tomado prestada la motocicleta de la empresa. El encargado hacía la vista gorda si al día siguiente el depósito de gasolina aparecía lleno. Cuando pasaba por la parada de autobús, tropezó con la situación. Al principio, no se fijó en la mujer a la que acosaban, pero ningún hombre digno de serlo dejaría a esos muchachos salirse con la suya. Debían aprender una lección de cómo tratar a las chicas.

—¡Eh! ¡Valientes! —gritó enfadado. Además, el encuentro con Vanesa le había dejado un gusto amargo que deseaba quitarse con esos mocosos.

El cabecilla se dio la vuelta; la chica alzó de nuevo el bolso para defenderse, pero uno de ellos la arrojó al suelo.

—Tío, no metas las narices en nuestros asuntos.

—César... —dijo ella al reconocer su voz.

—¿Mancia?

Él se bajó de la motocicleta y evaluó las posibilidades de ahuyentar al grupo. Durante sus años de estudiante había practicado artes marciales y ahora asistía a clases de boxeo, ya que eran más económicas. No ganaría el cinturón de boxeo en ninguna olimpiada, pero estaba seguro de que asustaría a esos críos cobardes.

—¡Tío! No queremos problemas.

—Ni yo, chaval —afirmó César con una sonrisa aterradora.

—¡Vámonos! —dijo otro menos valiente al ver cómo César crujía los nudillos—. ¡Esta puta no merece la pena!

César golpeó al chico que había pronunciado aquellas insultantes palabras, y este dejó de respirar durante unos segundos.

—Discúlpate, estoy convencido de que tu madre te enseñó buenos modales.

El chico con la cara pálida guardó silencio, pero asintió ante sus palabras. A César le escocía la mano; hacía mucho que no golpeaba sin usar guantes de protección. Sin embargo, no permitió que ninguno de aquellos chicos viera que la mano le dolía tanto como a su amigo el rostro.

—Contaré hasta tres, chaval —siempre deseó decir aquella frase y las copas lo envalentonaron todavía más—. Uno, dos y... —Antes de terminar, el grupo se había diseminado, huyendo en distintas direcciones.

—Lo siento... —dijo, y César lo soltó, mientras Mancia continuaba en el suelo sin valor para levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó y le tendió la mano.

—Asustada —consiguió pronunciar. Entonces, al ver su mano, dijo—: Tu mano está sangrando.

—No es nada, solo un rasguño —minimizó, pero al día siguiente la tendría inflamada.

César la ayudó a ponerse en pie. La chica, de pronto, se aferró a él, mientras su cuerpo se convulsionaba y las lágrimas manchaban su camisa.

—Tranquila.

Acarició su pelo, asombrado por brindarle tal consuelo. Aquellas caricias avergonzaron aún más a Mancia por actuar como una chiquilla, pero era incapaz de controlar su nerviosismo.

—Gracias... —dijo, recuperando parte de la compostura.

—No tiene importancia, te llevaré a casa —le propuso.

Mancia compartía piso con Vanesa y, cuando la acompañaba un hombre, debía aparecer al día siguiente. Vanesa se había marchado con Ubago, así que aún no podía regresar, aunque le abochornaba confesarle la verdad a su salvador.

—Me apetece un café —mintió.

—¡Ahora!

—Por favor... —le rogó con la mirada.

César asintió; de todos modos, tampoco tenía nada mejor que hacer en la

soledad de su piso. Aparcó la motocicleta al lado del local y caminaron hasta un bar cercano, sin que ninguno de los dos dijera una palabra. Durante todo ese tiempo, se sujetó con los dedos crispados a la manga de su chaqueta como si temiese que la abandonara igual que a un perro callejero. La situación le resultó de lo más incómoda, pero comprendió que aquellos chicos la habían asustado lo bastante para perdonarle sus palabras en el bar.

—No te preocupes más por esos críos: no volverán —aseguró para tranquilizarla cuando el camarero sirvió los cafés y le dio el hielo que había pedido para la mano.

—Ella me vio... —susurró, y sus dedos agarraron con más fuerza la taza.

—¿Quién?

—Vanesa... ella me vio y no hizo nada.

La rabia se leía en su mirada; también la decepción más absoluta.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque pensabas que sí era tu amiga.

Dos lágrimas rodaron por la mejilla de Mancia; César guardó un prudente silencio.

—No en el sentido literal, pero nunca imaginé que no me ayudara en ese momento... Ellos...

—¡Olvídalo! Vayamos a casa.

—Aún no... —Ante el rostro de perplejidad de César, explicó sin levantar la vista de su taza—: Yo no pago el alquiler y acepto sus normas. Una de ellas es desaparecer hasta el día siguiente si tiene compañía masculina.

—¿Entonces, dónde pasas la noche?

—En cafeterías, cines... —Mancia, de pronto, inclinó la cabeza—. Ya me has ayudado bastante —reconoció, poniéndose en pie.

César dudó si proponerle lo que pensaba, pero abandonarla a su suerte supondría una carga para su conciencia y, después del comportamiento de Vanesa, su oferta compensaría la humillación que había padecido a manos de los dos.

—Te invito esta noche a mi casa.

—No te sientas obligado por las palabras que me dijiste en el bar.

César no supo qué responder. En los negocios, los Dávila se caracterizaban por su poder de persuasión y don de palabra, pero ante esa mujer, que le recordaba a una niña indefensa, lo único que se le ocurrió decir para convencerla fue:

—Ha empezado a llover...

Mancia miró la ventana de la cafetería. El dueño del bar bajaba las persianas para ahuyentar a los clientes que aún permanecían en su local.

—Gracias.

Mancia se limpió las lágrimas con la manga del abrigo azul oscuro de grueso paño que ocultaba su figura. Se sentía miserable y avergonzada por

mostrarse de esa manera ante un hombre al que había conocido hacía solo un par de semanas. Sus nervios la habían traicionado y temió que creyera que todo se trataba de una estratagema para meterse en su cama. De pronto, alguien irrumpió en el bar. César alzó la vista y se encontró con los ojos de Vanesa.

—¡Estúpida, te hemos buscado por todas partes! —la insultó.

Ubago no desmintió las palabras de Vanesa, pero habían regresado gracias a su insistencia y preocupación. El portero del local les había contado dónde estaban, después de relatarle la pelea que el mensajero había protagonizado al más estilo Bruce Lee.

—Yo... —balbuceó Mancia, confusa por su presencia.

—¿Por qué te marchaste sin despedirte?

—Vanesa... —intervino Ubago al ver el estado de Mancia y la cara de pocos amigos de César. Por lo que le había relatado el portero, ese tipo no era lo que aparentaba.

—¡No te metas en esto, imbécil!

—Mancia, sigue en pie mi invitación —dijo César, ignorando a la pareja.

La joven asintió. Al menos el comportamiento de Vanesa le demostraría a César que no albergaba otras intenciones al aceptar su propuesta. Esa noche no la aguantaría sin clavarle un cuchillo en el pecho. Tomó su abrigo y se encaminó a la puerta.

—¿Dónde crees que vas?

—A casa de César —dijo Mancia con orgullo.

Juraría que esas palabras le habían dolido tanto que frunció el entrecejo. La conocía lo suficiente para saber que había puesto los ojos en ese hombre y que la menospreciase en su favor abochornaba su ego.

Cuando César y Mancia se dirigían a la salida, escucharon la voz estridente y rasposa de Vanesa.

—No te molestes en volver si sales por esa puerta.

Mancia se detuvo y apretó los puños. Esta vez no lo soportaría. Había superado los límites. Prefería perder su carrera antes que ceder a su chantaje. Esa noche podría haber sido muy distinta sin la intervención de César.

—No pensaba hacerlo —dijo, y advirtió admiración en su mirada al oírla responder.

En cambio, lanzó una mirada de desprecio a Vanesa. No le resultaba fácil desprenderse del deseo que lo embargaba cada vez que la veía. Pero se concentró en la joven a quien había ofrecido su casa. La pequeña figura se encaminó con decisión hacia la salida. Su melena castaña se pegaba a su espalda en mechones húmedos por la lluvia. El domingo decidiría qué hacer con su invitada, ahora que no tenía adónde regresar.

3

LA CAMA O EL SOFÁ

Vanesa se sentía ultrajada, pero sobre todo, furiosa porque el hijo de Francisco Dávila, un imbécil, incapaz de tomar las riendas del imperio Dávila, la ignorase a causa de Mancia. El día que el viejo Dávila le propuso convertir la vida de César en un infierno, lo consideró un regalo de la fortuna. Entre sus funciones se encontraban las de conseguir que lo despidieran de cualquier puesto de trabajo. El padre de César le facilitó la información necesaria para encontrarlo. A cambio, Francisco Dávila ayudaría a su padre con ciertos problemas contables que podrían conducirlo a la cárcel si se hacían públicos. Ese viejo zorro no imaginó que, al encargarle tal tarea, le brindaba la ocasión de "cazar" a César. Además de atractivo, era el legítimo dueño de aquel imperio. Solo necesitaba una mano que lo guiara para deshacerse de su padre y del infeliz de su hermano, un yonqui borracho. Ella se había propuesto convertirse en la guía y futura esposa de César. Aquel fósil, sin saberlo, le había dado la oportunidad de cumplir sus sueños. Pero nunca pensó que Mancia supusiera una piedra en su zapato; ni que ese tipo se resistiera a sus encantos.

—¿Nos vamos? —propuso Ubago.

—Piérdete ahora mismo de mi vista.

La chica se tiró de la minifalda plateada que brillaba como el envoltorio de plata de una chocolatina. Su abrigo de piel negra acentuaba su estilo cosmopolita, aunque toda aquella imagen quedaba desvirtuada por la rabia que supuraba de sus ojos enrojecidos.

Ubago apretó los dientes y aceptó la orden en silencio, molesto por que lo tratara como a un don nadie. Al verla marchar bajo la lluvia y sin un

paraguas, una sonrisa de satisfacción afloró en su rostro. Por una vez, se alegró de que tipos como ese reponedor pusieran en su sitio a zorras como ella.

***

Entretanto, César había llegado al pequeño piso en el que apenas existía espacio suficiente para una persona. El bloque, sin ascensor, se ubicaba en un vecindario tranquilo. Su única cualidad destacable es que se encontraba alejado de cualquier lugar donde pudieran reconocerlo antiguas amistades o posibles competidores comerciales.

—Es el cuarto —le informó, y la ayudó a bajar de la motocicleta.

Esa mañana, había metido toda la ropa sucia en la lavadora y no había platos sin lavar en la minúscula cocina. Algunos cuadros de motocicletas antiguas colgaban de las paredes. Varias estanterías de madera almacenaban los libros de César en un rincón del comedor. Mancia notó un ligero olor a jabón de Marsella y vio dos cactus adornar el poyete de la única ventana del comedor.

—Es acogedor —apreció al entrar.

Empapados por la lluvia, se apresuraron a dejar la chaqueta y el abrigo en el perchero que había justo al lado de la entrada.

—Sí, bueno, gracias. No me preocupa mucho la decoración.

—De todos modos, es agradable.

—¿Quieres beber algo? —le ofreció.

César, desde que se había largado de casa de su padre, no había recibido visitas, y menos aún femeninas. Dejó el casco en una de las sillas y se dirigió a la cocina.

—Me gustaría, si tienes, un té o café; estará bien cualquiera de las dos cosas.

—Claro, pero siéntete como en tu casa —le dijo, mientras sacaba dos tazas de un estante.

—Gracias.

Pese al reducido tamaño de su vivienda, Mancia observó varias estanterías repletas de libros. Deambuló por el cuarto y sacó varios libros de una de estas. Algunos trataban de comercio internacional, bolsa y problemas financieros. Una lectura que no pegaba mucho con un reponedor ni con un mensajero. Lo miró de reojo mientras abría las estanterías de la cocina. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo al recordar, cuando se abrazaba a él para no resbalar de la moto, el olor a piel de su cazadora. También el aroma

a madera y musgo de su colonia le resultó de lo más elegante y cara para el bolsillo de un mensajero. No quería prejuzgarlo; sin embargo, se fijó en el estilo sobrio y a la vez refinado del apartamento. Había pocos muebles, pero todos de una excelente calidad.

—Aquí tienes. —Le ofreció un café.

—Una lectura particular —observó ella, mostrando uno de los libros.

—Me gustan las finanzas, aunque no tenga suerte con estas. —Nunca podía estar del todo seguro de que la chica no actuase y, en realidad, supiera su identidad. No se fiaba de nadie: su padre era muy capaz de contratar, solo para vigilarlo, a una mujer como Mancia, que desprendía un aura de inocencia.

César se sentó en el sofá y ella hizo lo mismo; entrelazó los dedos alrededor de la taza y se balanceó un par de veces. Durante un instante, el silencio se instaló entre los dos. Mancia encogió los dedos de los pies y carraspeó antes de hablar:

—Lamento haberte puesto en esta situación...

—No importa. Me lo merezco por bocazas. Espero que perdones mi grosería del bar.

—No hay nada que perdonar.

Ella se colocó un mechón de pelo en la oreja y dejó la taza sobre la mesa.

—Escuchar tus palabras en cierto modo me ha abierto los ojos. Por una vez en mucho tiempo me siento libre. —Su mirada exhibió una sonrisa sincera que contagió a César.

—Conozco la sensación —dijo él, reviviendo una situación que le entristecía.

Mancia no recordaba cuándo había sido la última vez que había mantenido una conversación donde Vanesa no fuera la protagonista. Le agradaba César, pero no era estúpida: ese tipo jugaba en una división muy diferente a la suya.

—¿Quieres darte una ducha? —le preguntó, al ver su pelo húmedo por la lluvia.

—Me gustaría, pero tendrás que prestarme algo de ropa.

—Hay un pijama sin estrenar en uno de los cajones del armario del dormitorio.

Media hora más tarde, Mancia salía del baño doblando los perniles de los pantalones y las mangas de la chaqueta del pijama.

—Te está un poco pequeño —bromeó César.

—Solo un poquito —continuó ella con la broma—, pero es cálido y... costoso.

—No sabes cuánto. —Mancia no captó la verdadera intención de sus palabras.

—¿De una novia? —preguntó curiosa.

—De una exnovia —respondió.

—Entonces, no debería usarlo —se apresuró a decir, violenta por invadir su intimidad de aquella manera.

—No te sientas incómoda. Jamás me lo pondré, así que úsalo sin problemas.

—¿Qué pasó? —Enseguida se arrepintió de preguntar—. No es asunto mío, perdona —confesó con la vista fija en sus pies.

El silencio opresivo intimidó a Mancia, así que se sentó en el sofá sin atreverse a mirarlo. Él le ofreció una taza de chocolate y le alivió que su pregunta no lo hubiera molestado ya que de nuevo su semblante parecía sereno. Se llevó la taza a los labios; el sabor a la canela la transportó durante un instante a la niñez y a esas tardes de otoño, cuando su madre aún no luchaba con el monstruo de la depresión. Ella le contagió ese amor por la cocina y, sobre todo, por la repostería.

—¿Te gusta? —le preguntó él al ver su rostro inundado por una sonrisa de felicidad.

—¿Tú has hecho la mezcla?

—Lo compro en una tienda hindú al final de la calle.

—El sabor es estupendo —elogió, y pensó: «La compañía también».

Por primera vez, César se fijó realmente en ella. Poseía una boca grande y sensual, unos ojos color miel con unas pequeñas motas verdosas que le proporcionaban una mirada limpia y brillante, como unos preciosos mandalas orientales. Unas graciosas pecas salteaban una nariz pequeña y respingona. Su piel sonrosada, después del baño, se mostraba delicada y fresca. El pelo le caía tras los hombros en ondulaciones castañas claras. Sus formas, redondas y plenas, se entreveían a través de la seda del pijama. Su aroma natural, sin artificios ni perfumes, la envolvía en una atmósfera de provocación imposible de ignorar para sus hormonas masculinas. En ese instante, se dio cuenta de que se trataba de una mujer atractiva, solo que el apellido Iborra ensombrecía su belleza. Mancia irradiaba una sensualidad que se entremezclaba con una inocencia infantil casi irresistible. En cambio, Vanesa era salvaje, complicada y superficial. César no hablaba de su vida personal con nadie; una manera de protegerse para evitar ver publicadas sus intimidades en el periódico al día siguiente, pero con Mancia no le sucedía lo mismo y contestó a la pregunta anterior.

—Hay poco que contar.

—No es necesario —se apresuró a decir ella envarada por haber creado un mal recuerdo en él.

—Tranquila, está bien, pero no es nada nuevo. Ya ves. —Señaló el minúsculo piso—. No soy un buen partido. La mayoría de las veces estoy desempleado; y en las otras, solo tengo un par de euros en el bolsillo. Comprendí que valía para ella el saldo que contenía mi cuenta corriente y, en aquel momento, al igual que ahora, no es mucho —mintió.

Mancia sonrió por aquella confesión inesperada. Su precaria situación los unía en un frente común: ella tampoco tenía un euro en su cuenta bancaria.

—Bueno, en eso nos parecemos. Mi madre trabaja como limpiadora para la familia Iborra. Sus depresiones hacen imposible que encuentre otro trabajo, pero el padre de Vanesa es tan generoso que pasa por alto los días malos de mi madre —destacó con un tono duro que llamó la atención de César como si en aquellas palabras se ocultasen una verdad escondida—. Vanesa apenas me dirige la palabra, salvo para hacer su voluntad, pero es la única manera de permanecer en la escuela profesional.

—¿Qué estudias?

—Alta cocina. Algún día abriré mi propio restaurante —respondió con entusiasmo.

—Entonces...

—Entonces —lo interrumpió—, vendí mi dignidad. A cambio de ir a la escuela de cocina, dejo que Vanesa me trate como a una sierva. —Sus ojos brillaron con ferocidad al pronunciar esas palabras.

—Lo siento. No quise decir todas aquellas barbaridades en el bar. Si te he ofendido, perdóname.

—Ya no importa, Vanesa se vengará de nosotros tarde o temprano.

—Eso es un poco exagerado, ¿no crees?

Mancia lo miró como si fuera un ser de otro planeta e ignoró sus palabras. En cambio, palmeó los cojines del sofá.

—Me quedo con el sofá.

—Por supuesto que no.

—Vamos, no seas tan caballeroso, solo soy Mancia.

—¿Y...?

Mancia enrojeció y agachó la cabeza incapaz de enfrentarse a la mirada de César, como una niña a la que han pillado en una travesura. Tanto tiempo había sufrido el menosprecio de Vanesa que había llegado a pensar que no valía nada.

—Eres mi invitada —aclaró él para quitar hierro al asunto—. Mis invitados duermen en la cama. Dame cinco minutos para cambiar las sábanas.

La joven esperó en el sofá con el cuerpo rígido como una estatua de hielo. César le había abierto los ojos, y también el corazón. Ambas cosas le traerían muchos problemas.

Unas horas más tarde, el timbre de la puerta despertó a los dos. Mancia se levantó adormilada e incapaz de saber dónde se encontraba ni en la casa de quién. Tras unos minutos en que su mente alejó la neblina que la envolvía, se dirigió al comedor. En ese instante César, vestido con un bóxer y una camiseta, abría la puerta.

—¿Qué haces aquí? —lo escuchó preguntar.

—¿No me invitas a pasar? —César se retiró unos pasos. Vanesa entró y se

volvió hacia él—. Tu piso es muy acogedor. —Al ver el conjunto de sábanas arrugadas que había sobre el sofá, preguntó—: ¿Ella está aquí?

Enseguida, Mancia cerró la puerta y se metió en la cama, agarrándose las rodillas, con el único deseo de desaparecer de aquella casa. De pronto, la habitación le pareció oscura, fría y opresiva ante la presencia de Vanesa.

—Está en mi cuarto.

—Vaya, eres todo un caballero. —Sonrió, y rozó con una larga uña el pecho de César.

La insinuación era demasiado evidente, y él no era ningún imbécil para despreciar la ocasión. La tomó de la cintura y la atrajo hacia él. La hora de jugar había acabado: ese instante era el tiempo del deseo. El pecho de Vanesa chocó contra su torso. El pelo rubio de la mujer exhalaba un olor a jazmín y almendra amarga que inundó por completo los sentidos de César. La mezcla de aromas, unido a su deseo, provocó que se apoderase de su boca y la besase con pasión.

Vanesa esbozó una sonrisa sabedora de que había ganado esa lucha de poderes entre los dos. Utilizaba su belleza en beneficio propio, y él caía en su seducción como antes les había pasado a muchos otros. Le quitó la camiseta y bajo aquella ropa barata se ocultaba un cuerpo musculoso y tremendamente atractivo; un hombre que haría disfrutar del sexo a cualquier mujer. Con movimientos sinuosos, ella se despojó de sus ropas. Entonces, César contempló el esbelto cuerpo de Venus de aquella mujer y supo que la lujuria superaría a su orgullo. Vanesa lo condujo hasta el sofá y le dio un leve empujón. Nada en ella mostraba interés más allá del propio acto sexual como si intentara marcar una res con un hierro candente. No existía ternura ni deseo en sus actos, solo posesión y dominio. Se sentó a horcajadas sobre él, iniciando un baile decadente e imposible de detener antes de alcanzar el máximo placer. Su larga y aromática melena acarició el pecho de César. Su cuerpo, sudoroso por el esfuerzo, brillaba bajo la luz tenue de la lámpara del comedor. Él sujetó sus caderas para señalar el ritmo, pero Vanesa ignoró la petición. Aquella mujer se comportaría con egoísmo hasta el final. Le interesaba bien poco la satisfacción de su compañero de juegos sexuales. Un ligero temblor recorrió el cuerpo de ella, demostrándole que había llegado al orgasmo. Vanesa se apartó el pelo de la cara y lo miró con aquellos ojos fríos e insensibles. Entretanto, César se mantenía palpitando en su interior; necesitaba terminar, pero ella dibujó en su rostro una mueca desdeñosa y, de pronto, se levantó con una total indiferencia.

—Lo siento, otra vez será —aseveró ante el gesto de frustración que vio durante apenas un segundo en el rostro de César.

—No imaginaba menos de ti —consiguió pronunciar él, sintiéndose un imbécil.

Vanesa emitió una carcajada, mientras César controlaba a duras penas sus ganas de echarla a patadas de su casa. Recogió la ropa de ella del suelo y se

la lanzó para que se largara cuanto antes.

—Quiero hablar con Mancia.

—Hazlo mañana.

Sin embargo, Vanesa se dirigió a la única puerta que había en el salón y la abrió con un ruidoso estrépito.

—¡Mancia! ¡Despierta! —gritó.

—Vanesa... —contestó ella como si la hubiera despertado en ese momento y fuera lo más natural del mundo la desnudez de su supuesta amiga.

—He venido a por ti —mintió con una falsa sonrisa.

—Con un simple mensaje habría bastado.

—Entonces, no me hubiera acostado con César. —Sonrió, luego añadió—: César, voy a ducharme. ¿Dónde están las toallas?

A César le indignó participar en aquel juego. Gracias a su estúpida ayuda, había humillado aún más a Mancia y, de paso, lo había dejado con un calentón que difícilmente hubiera admitido en ese instante.

—Coge cualquiera del armario —respondió, controlando la furia en su voz.

En todo ese tiempo, César no resistió la mirada de Mancia; tampoco, su silencio. Los ojos de la muchacha exhibían con claridad su decepción.

—Por favor, quisiera vestirme —le pidió su invitada con la ropa entre los brazos.

—Lo que ha sucedido esta noche no volverá a repetirse —reconoció, avergonzado. A pesar de que nada lo relacionaba con Mancia, salvo el hecho de haberla ofendido y salvado la misma noche, se vio en la obligación de disculparse como un escolar ante su profesora por una travesura.

—No tienes que darme explicaciones. Sé muy bien cómo piensa Vanesa. Te dije que se vengaría, solo que tú todavía no te has dado cuenta.

César salió de la habitación incapaz de argumentar una respuesta en contra. La relación que unía a Mancia con Vanesa era tóxica hasta el punto de no entenderla del todo. Pero la noche no había terminado aún para él. El sonido del timbre lo obligó a ponerse aprisa los pantalones. Abrió la puerta con un gesto enfadado que no disimuló al ver quién lo visitaba a esas horas. El hombre con rostro cansado, sienes plateadas y un elegante traje oscuro le trajo a la memoria recuerdos que prefería olvidar para siempre.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Ha sido Mancia? —preguntó César.

—No conozco a esa mujer —aseguró Guzmán con un alzamiento de su ceja derecha—. Siempre hemos sabido dónde te ocultabas. Él quiere verte.

—Yo no.

—¿Podemos hablar dentro?

—No es buen momento —aseguró César.

—Te he visto en peores circunstancias, así que esperaré en el coche. No tardes, él quiere tu respuesta antes del amanecer.

César cerró la puerta con un portazo. Esa noche había tenido más que suficiente; además, su frustración sexual no lo ayudaba a mejorar su malhumor. Hablaría con Guzmán, el abogado y hombre de confianza de su padre, cuando Mancia y Vanesa se marcharan de su piso. Daba igual qué le dijera u ofreciera: no renunciaría a lo que legalmente le pertenecía por derecho.

4

POSTRE PARA DOS

Esa mañana, César corrió un poco más de los cinco kilómetros que solía hacer cada día. Recordar a Vanesa lo enfurecía, y le avergonzaba pensar en la decepción que había visto en el rostro de Mancia. Subió los escalones de dos en dos hasta su piso con una única idea: disculparse con ella. Se metió en la ducha, apoyó los brazos en la pared, mientras el agua recorría su cuerpo, preguntándose por qué narices le preocupaba la opinión de esa mujer. Sin embargo, un sentimiento de culpabilidad le rondaba día y noche sin dejarlo en paz. Luego, mientras se tomaba un café, se regañó por excusarse con una mujer a la que había conocido hacía dos días y, a la que había salvado de una agresión. «Yo soy el héroe de esta historia», se dijo y asintió ante el espejo, pero la imagen que reflejaba pertenecía a un impostor. Molesto con su conciencia, cogió el casco de la moto y se dirigió a su trabajo. El reparto le ayudó a olvidar a esas dos mujeres que pugnaban por dominar su mente. Se sentía como si un demonio y un ángel batallaran por conquistar su conciencia. Por esta vez, ganó el ángel. En el descanso del desayuno, llamó a Mancia. La chica le había dado su móvil en la cafetería.

—Mancia, soy César.

—Hola, César. ¿Cómo estás?

El tono de voz de ella le infundió más confianza. Parecía no guardarle rencor por acabar la noche de una manera tan humillante para ambos.

—Me preguntaba si estás con Vanesa. —El silencio se hizo al otro lado de la línea, y comprendió su torpeza—. Perdona, no me malinterpretes, no quiero saber nada de ella, solo me refiero a si has regresado a su apartamento.

—No, he vuelto con mi madre.

—Vaya, seguro que es un cambio —intentó bromear, pero la chica continuó en silencio un buen rato—. ¿Te apetece una copa...? Esta noche, claro —aclaró, y se sorprendió por invitarla.

César esperaba una negativa por el tiempo que tardó en contestar; en cambio, la oyó responder con voz clara.

—Me encantaría, si a ti te parece bien, yo... bueno, Vanesa...

—Cometí un error que no repetiré de nuevo —aseveró él con una determinación que la convenció aceptar esa cena.

—De acuerdo.

Mancia no le debía lealtad a una persona como Vanesa Iborra. Si César quería invitarla, aceptaría su invitación sin sentirse culpable por ello.

—Nos vemos en el centro a las nueve.

—A las nueve —repitió ella, y colgó.

César observó durante unos minutos el móvil, perplejo por lo que acababa de proponer a Mancia. Esa mujer era un ángel y él, un demonio en busca de venganza: solo podía herirla.

***

Mancia se miró ante el espejo un par de veces. Se había puesto su mejor ropa, unos vaqueros nuevos y una camiseta que se ajustaba al pecho con unos dibujos celtas. En esa ocasión, se soltó el cabello. Se lo peinó a conciencia; los mechones caían a su espalda en perfectas ondulaciones. Se maquilló levemente el rostro y se pintó los labios con un tono coral. El resultado le agradó lo suficiente para sonreír ante el espejo. De manera inconsciente deseó que a César también le gustara su imagen.

Cuando llegó, lo contempló un instante, apoyado en la moto; exhibía una seguridad avasalladora. Vestía unos vaqueros y una cazadora, también vaquera. Durante las últimas noches no había podido olvidar a Vanesa entre sus brazos. Se decía que cualquier hombre aceptaría la propuesta sexual de una mujer como ella sin tener la voluntad necesaria para rechazarla; de todos modos, se regañó por empañar ese momento. Ahora era ella quien estaba con él, así que avanzó hacia él con decisión. Se sentía violenta, y sus mejillas se enrojecieron al recordar los gemidos de placer de Vanesa, pero le había asegurado que no volvería a verla y, por algún motivo, ella creía en su promesa.

—El bus se ha retrasado —se disculpó. La verdad es que había estado a punto de no acudir a la cita. Un par de veces se había dado media vuelta y otro par se había enfadado consigo misma por actuar con tanta cobardía.

—No te preocupes, solo llevo unos minutos aquí. Hay una pizzería cerca. Hacen las mejores pizzas del mundo.

Mancia hubiera comido las peores pizzas del mundo con tal de permanecer en su compañía. Ese pensamiento aumentó su color en las mejillas. Ese hombre le provocaba las mismas emociones que el descenso en vertical de una montaña rusa.

—Claro, la pizza está bien.

—Hay mujeres que no quieren engordar... No digo que tú necesites adelgazar... —Se detuvo y se giró para mirarla directamente a los ojos—. Soy imbécil.

—Un poco —aseguró ella, y sus ojos exhibieron aquella sonrisa que los convertía en unos mandalas orientales—. Pero no, no me importan unos kilos de más, sobre todo, si es por una buena causa. No te olvides de un gigantesco postre de chocolate.

—No olvidaré el chocolate. —Se golpeó la frente con la mano.

Se sentaron en un restaurante con mesas cubiertas de manteles de cuadros rojos y blancos. Los camareros se afanaban en servir a los clientes con celeridad. Tras un tenso silencio, Mancia se atrevió a preguntarle:

—¿Por qué me has invitado?

—¿Tengo que tener una razón para invitar a una mujer a cenar?

Mancia se inclinó hacia delante y, como si le contara el secreto más importante del mundo, bromeó:

—Supongo que no, aunque espero que no lo hagas por el dinero ni por mis contactos empresariales.

César esbozó una sonrisa, también se inclinó hacia delante. Mancia se apartó de él y bebió de la copa de vino para disimular el nerviosismo por su proximidad. Esa noche su rostro exhibía menos tensión; alrededor de sus ojos no se habían formado aquellas pequeñas arrugas que siempre tenía y que ella había visto cuando estaba molesto o enfadado.

—Pensé que me ligaría a la hija del jefe y me darían algo mejor que esa insufrible moto.

—Lamento desanimarte —afirmó ella, al tiempo que mordisqueaba un trocito de pan.

—Mancia, quería disculparme por mi comportamiento —confesó él con una seriedad que causó en la joven un instante de alarma—. Lo que viste en mi apartamento fue... yo... bueno, reconozco que me dominó...

—Tus partes más primitivas y bajas —lo interrumpió ante su afán de explicarse.

—Dicho de esa manera, suena peor —se defendió él, y elevó una ceja.

—Sé cómo actúa Vanesa con los hombres.

—Ya, pero yo... me siento como un estúpido por caer tan bajo. Además, te había invitado a mi piso y tuviste que marcharte con ella.

—Te dije que se vengaría, y eso es lo que ha hecho.

—¿Cómo se ha vengado de ti?

—Ha despedido a mi madre.

—¡Qué! —gritó César incapaz de creer que aquello fuera cierto—. ¡Maldita arpía manipuladora!

—En cierto modo me alegro de que mi madre haya salido de aquella casa. Siempre supuso una situación violenta para mí. —César advirtió que la chica le ocultaba mucho más, pero decidió no insistir al observar cómo fruncía la frente y apretaba los puños—. No te preocupes, encontraremos otro trabajo lejos de esa horrible familia.

—¿Y tus clases?

—Durante un tiempo las abandonaré, pero soy optimista: pronto los retomaré de nuevo —aseguró, elevando la barbilla.

—Lamento que mi comportamiento te haya afectado tanto —expresó, arrepentido por la culpa.

En otro momento, César la hubiera compensado, pero no disponía de medios para pagar el desaguisado en el que había metido a la chica. Se juró que, cuando se alzara con las empresas de su padre, buscaría un empleo para la madre de Mancia y costearía los estudios de esta.

—Tranquilo —lo calmó ella, y posó su mano sobre la de él. Cuando Mancia comprendió qué había hecho, la retiró tan rápido que casi no tuvo tiempo de sentirla sobre la suya. El contacto cálido y suave de ella motivó en César un instante de reconfortante placer.

—¿Qué tal ese postre de chocolate? —le preguntó él en un intento de alejar aquel momento tan embarazoso para los dos.

—Deseando comérmelo —consiguió decir ella para romper con aquel silencio molesto que había envuelto a ambos en un abrazo tenso.

Diez minutos más tarde, Mancia chupaba una cuchara repleta de chocolate. Su rostro evidenciaba una satisfacción infantil que contagió a César. Esa mujer irradiaba una ternura contagiosa. «Quizá si otras fueran las circunstancias y yo otra persona...», pensó, para dos segundos más tarde apartar de su mente dicho pensamiento.

César apreciaba la atracción que ejercía sobre ella. Conocía a las mujeres lo suficiente para advertir las distintas señales que emitían cuando lo deseaban, y Mancia no disimulaba nada bien sus emociones. Decidió comportarse con honestidad, pero aquellos ojos lo miraban igual que si fuera un héroe. Nadie lo había mirado nunca así.

Después de cenar dieron un paseo cerca del puerto. A esas horas varias parejas paseaban agarradas de la mano, otras se hacían fotografías y algunos demostraban su amor con efusivas caricias y besos.

—¿Tienes frío? —le preguntó César al verla cruzar los brazos en torno a su cuerpo.

—Un poco.

César se quitó la cazadora y se la puso sobre los hombros. Ella alzó la cabeza, y sus ojos se clavaron en los suyos. El rumor de las olas entonó una melodía que envolvió a ambos, acallando cualquier otro sonido. César sabía que estaba mal lo que su cuerpo deseaba hacer, pero los labios de Mancia eran una invitación que no tuvo la fortaleza de resistir. La tomó por los hombros y la besó con delicadeza, con tanto cuidado que se sorprendió cuando ella se pegó a él con decisión, exigiéndole un beso apasionado. Los labios gruesos y dulces de Mancia, con sabor a chocolate, agitaron un sentimiento olvidado en el corazón de César. Ninguna mujer había removido sus entrañas de aquella manera y lo había dejado al borde de un precipicio. El pánico se apoderó de él. No podía confiar en ninguna mujer; no cruzaría otra vez ese puente para ahogarse en las aguas turbulentas de la traición.

Por su parte, Mancia creyó encontrarse en un mundo onírico del que despertó con brusquedad cuando él se apartó de ella y había removido todos los cimientos de su ser. Durante un par de segundos, los dos mantuvieron sus ojos fijos en el otro, pero el tiempo ayudó a la pareja a no dar ninguna explicación sobre las consecuencias del mismo. La lluvia cayó sobre ellos de manera improvisada y violenta. Corrieron a resguardarse, cogidos de la mano, en una cafetería que aún permanecía abierta. Mientras esperaban sus cafés, ninguno mencionó aquel beso, pero estaba tan presente entre ellos que casi era un invitado más en aquella mesa.

***

César no alargaría más una respuesta, aunque deseara postergarla indefinidamente. Odiaba a su padre, y ese odio lo había sostenido en pie desde aquel día en que supo que su prometida se mantenía a su lado para cazar una pieza mayor: Francisco Dávila. Conocer la verdad lo humilló tanto que, desde entonces, no olvidaba ni perdonaba a ninguno de los dos. El resultado de toda aquella acritud fue que ya no se fiaba de las mujeres. Entonces, la imagen de Mancia apareció de repente ante él. Ella era muy diferente al resto. Su carácter dulce y su escasa malicia la hacían una víctima fácil para personas como Vanesa y como él.

Hacía tres semanas desde la cena que habían compartido en una pizzería del centro. Después del café volvió a besarla; sabía que cometía un terrible error, sin embargo, la suavidad de sus labios, su esencia de mujer, el tacto de su piel lo excitaron tanto que, durante unos minutos, solo se dejó arrastrar por los sentidos. Mancia respondía a sus caricias con entrega, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no comportarse como un bastardo y aceptar su ofrecimiento de meterse en su cama. Al día siguiente, él se arrepentiría, y

ella sufriría las consecuencias de ese error. Por una vez en mucho tiempo quería comportarse como ese héroe que había visto cuando lo miraba con aquellos preciosos ojos. La chica lo había llamado un par de veces, pero él no respondió a ninguna de sus llamadas. Sería mejor que no se inmiscuyera en su vida. Todos aquellos que se mezclaban con los Dávila pagaban un alto precio. No quería que Mancia se convirtiera en un medio con el que lo dañara su padre. Una llamada de Carlos lo devolvió de nuevo a la realidad del momento.

—César, tío, anímate un poco y salgamos esta noche. Hace siglos que no nos tomamos una copa.

—No tengo muchas ganas; además, estoy cansado.

—Vamos, tío, no te comportes como un carcamal. Nos vemos a las once; no me dejes colgado.

César no contestó. Su amigo colgó el teléfono sin esperar una respuesta. El día anterior había terminado el trabajo de mensajero, y Carlos insistió en tomarse unas copas. «De acuerdo», se dijo con la intención de desterrar de su mente a Mancia. En esas tres semanas había pensado en ella más de lo que hubiera deseado.

El local era un bar de ambiente cerca del barrio gótico y que se había puesto de moda. Allí, encontró a Carlos apoyado en la barra. Su amigo irradiaba una jovialidad de la que carecía César esa noche. Se saludaron con un fuerte apretón de manos y pidieron unas copas. Unos minutos más tarde, el humor de César se agrió al ver a Vanesa acercarse hasta a ellos. Se preguntó si todo era producto de una casualidad o alguien jugaba con él. Parecía una broma del destino encontrarla en los lugares donde él acudía últimamente.

—Hola, Vanesa —saludó por cortesía cuando la chica se acercó a él ceñida en un vestido rojo y con un escote en uve que comprimía su pecho.

—Hola, César Dávila —respondió, y su rostro esbozó una sonrisa cínica. César se alegró de que Carlos hubiera ido al baño. En ese instante, la música sonó más enérgica, y las parejas se retiraron de la pista de baile. Vanesa lo obligó a alejarse de la barra y acompañarla hasta una esquina, más apartada del resto.

—¿Qué quieres? —César se quitó del cuello los brazos de la chica.

—Con Mancia seguro que eres más amable, o eso tengo entendido.

—¿A qué te refieres?

—Vuestra cenita de hace tres semanas. Imagino que no te costó demasiado llevártela a la cama. Si no lo has hecho todavía, ofrécele dinero. Su madre y ella no pasan por un buen momento.

—Cierra esa boca de víbora —masculló él con rabia. Escuchar cómo insultaba a Mancia lo enfureció de una manera muy diferente a cómo solía hacerlo cuando lo insultaba a él. Se volvió para marcharse cuando ella lo

detuvo con sus palabras.

—No te equivoques a la hora de elegir tus amistades.

—¿Es una amenaza? —preguntó, y se encaró a ella.

—¡Oh, no!, querido —sonrió—, solo una advertencia.

Quiso tocarle el rostro y César, antes de que lo rozara, la sujetó de la muñeca con fuerza.

—Entérate de una vez: soy un Dávila, pero no el sucesor de Francisco Dávila. Si es dinero lo que buscas, cometes un grave error. Nunca heredaré el imperio de mi padre.

—No es dinero lo que quiero —dijo, con un halo de misterio que enardeció aún más a César.

Vanesa se alejó contoneando las caderas de tal manera que atrajo la atención de algunos de los hombres que permanecían en la pista de baile. César apretó los puños. No comprendía qué pretendía, pero un escalofrío de advertencia le recorrió la espalda. Regresó en busca de Carlos, quien lo invitó a una copa.

—¿Todo bien con la rubia?

—Es toda tuya si la quieres —le ofreció, y se bebió de un trago la suya.

Unos minutos más tarde, César se sentía muy diferente a como solía hacerlo cuando bebía vodka. Con la segunda copa, un sudor frío le invadió el cuerpo, y las luces le provocaron un fuerte dolor de cabeza.

—Carlos, no me encuentro bien, me voy a casa.

—Tío, tienes mala cara.

—Cogeré un taxi, no puedo conducir esta noche.

Salieron del local, y Carlos indicó al taxista la dirección de César. Cuando el coche se perdía entre el tráfico, escuchó una voz a su espalda.

—¿Se lo has dado?

—Sí, ¿seguro que no será peligroso? —preguntó, preocupado.

—No mucho más que unos analgésicos. Toma. —Le entregó un sobre con dinero—. Si averigua la verdad, me encargaré de que no trabajes en esta puta ciudad ni en ninguna otra —lo amenazó.

—Nunca diré una palabra sobre esto. No quiero que mi amigo...

—... amigo —lo interrumpió Vanesa, y emitió una carcajada tan violenta que llamó la atención de la gente que pasaba alrededor—. Cariño, tú desconoces qué es la amistad.

Vanesa alzó el brazo y detuvo a un taxi; antes de que arrancara de nuevo, lo miró con una clara señal de desprecio.

***

César consiguió, tras varios intentos, introducir la llave en la cerradura. Sin saber por qué cada vez estaba más enojado. Notaba a través de la piel una sensación abrasadora que apenas lo dejaba respirar con normalidad. Se desprendió de la ropa y se metió en la ducha. Las palabras de Vanesa lo incitaban a golpear cualquier cosa y, fuera de sí, estrelló los nudillos contra la pared. El agua le resbalaba por la piel, aumentando su sensibilidad hasta límites que lo desquiciaban. Se sentía tan excitado que se habría desahogado con cualquier mujer, de cualquier manera. Entonces, escuchó el sonido del timbre. Abrió la puerta sin envolverse en una toalla. Su visita era Vanesa; al verla, una fuerza inexplicable le exigió castigarla por cómo trataba a los demás y, sobre todo, por insultar a Mancia. Al mismo tiempo, deseaba tomarla allí mismo hasta borrar por completo su orgullo. Demostrarle que no era un imbécil como los que había manipulado hasta ahora.

—No me encuentro bien, así que lárgate —logró pronunciar con un ápice de cordura y trató de cerrar la puerta para no hacerle daño.

—Lo sé, pero era necesario —confesó Vanesa, adentrándose en el piso.

—¡Qué! —César aún tenía la lucidez suficiente para entender—. ¿Qué me has hecho?

—Acelerar tu nombramiento.

—¡Maldita zorra! —exclamó, y una violencia incontrolada se adueñó de él. Rodeó con las manos el cuello de la chica. Le costaba mucho no matarla. Sentía las pulsaciones de la vena del cuello de la chica golpear rítmicamente las yemas de los dedos, al tiempo que creía que le estallaría la cabeza de un momento a otro—. ¿Por qué? —preguntó, y utilizó toda su voluntad para apartarse de ella.

En la mente de César luchaba contra sus deseos de lastimar a esa mujer, pero César Dávila aborrecía a los maltratadores; su padre había sido uno de ellos.

—Porque tú y yo hacemos una bonita pareja.

Vanesa se desnudó; su cuerpo mostraba unos moratones.

—No te preocupes. Te has tomado una pequeña dosis, nada que no puedas controlar.

Ella se despeinó y rasgó su ropa, ante la perpleja mirada de él. Luego, sin esperarlo, le marcó la cara con las uñas.

—¡Estás loca! —gritó él, sujetándola del brazo para echarla de su casa.

Ambos forcejearon y, durante la refriega, Vanesa cayó al suelo. Después de eso, César poco recordaba sobre esas horas; alguien lo golpeó en la nunca y perdió el conocimiento.

A la mañana siguiente, se despertó con un terrible dolor de cabeza, desnudo; por la luz que entraba por la ventana, debía ser mediodía. Se incorporó mareado; tras agarrarse a los muebles, llegó hasta el baño. Sobre el lavabo, halló un lápiz de memoria y una nota que Vanesa había escrito

con pintalabios en el espejo: «Tenemos que hablar».

César metió la cabeza en el lavabo; el agua le despejó el mareo. Con titubeantes pasos entró en la cocina, donde se sirvió el resto de café del día anterior. Temía qué descubriría en el lápiz, pero apenas se acordaba de unas cuantas imágenes borrosas de la noche anterior. Pulsó el botón de visualizar el vídeo de su ordenador. Vanesa, desnuda y golpeada, reflejaba el dolor con claridad en su rostro. A continuación, él la empujaba contra la puerta. Necesitó unos minutos para tranquilizar de nuevo su ritmo cardiaco al ver cómo la forzaba. La imagen no mostraba su rostro; al menos, eso le concedía la esperanza de concebir que no realizaría un acto semejante contra una mujer, aunque estuviera bajo la influencia de las drogas. De todos modos, la policía difícilmente lo creería después de la falsa acusación de la esposa de su padre. Nadie se molestó en oír su versión, y ahora, sucedería lo mismo. Vanesa se había tomado muchas molestias para obtener algo de él. En un acto desesperado, se mesó el cabello, a continuación, marcó el número y, tragándose la bilis, dijo:

—¿Cuándo y dónde?

—Dentro de dos horas en la cafetería del Hotel Plaza. César, no juegues conmigo.

En ese momento, ella mandaba y, hasta que se liberara de su amenaza, actuaría con cautela.

5

UN ACUERDO COMERCIAL

Mancia recogió la ropa del tendedero y la dobló de muy malas maneras. Debía encontrar un trabajo lo antes posible. Habían pasado tres meses desde que habían despedido a su madre después de servir a la familia Iborra más de treinta años. La responsable de aquella tropelía era Vanesa. No le había perdonado que César la defendiera aquella noche ni que la invitara a cenar unas semanas antes. Enfadada, tiró de una sábana, y los alfileres terminaron a varios metros de las cuerdas. Respiró hondo con la idea de seguir hacia adelante y no mirar atrás, aunque recordaba una y otra vez la cena que había compartido con él. El paseo que dieron cerca del puerto. Rozó los labios con la yema de los dedos y su corazón se agitó como el de una adolescente al revivir sus besos. Creyó que lo había pasado tan bien como ella y que repetirían unos días más tarde, pero nunca le devolvió las llamadas. Decepcionada, aceptó que a César no le interesaba su amistad, ni siquiera para compartir una aventura o una noche de sexo. Por enésima vez ese día había pensado en él; se regañó con dureza y tendió de mala manera unos pantalones. Había abandonado los estudios, pero lo que más la preocupaba era la depresión tan profunda que en esta ocasión se había adueñado de su madre. Su conformismo, ante una situación de la más injusta, la enfurecía. Doblaba otra sábana cuando el móvil sonó y regresó a la realidad; deseó que se tratara de una oferta de empleo.

—Mancia.

Enseguida reconoció su voz grave. El hecho de que la llamara después de tres meses la perturbó, aunque su autoridad y urgencia aumentó su curiosidad.

—¿César?

—Necesito verte, ahora mismo.

—Ahora —dijo, molesta. Su indignación creció al imaginar que Vanesa había motivado aquella llamada—. Estoy ocupada y...

—Por favor —la interrumpió. En su voz se apreciaba una nota de desesperación.

Estaba enfadada con él por ignorarla durante semanas, pero el apremiante tono en su voz le impidió colgar el teléfono.

—¿Qué ha sucedido?

—Mejor te lo cuento tomando un café en la cafetería cerca del local donde te salvé de esos chicos.

Mancia quiso negarse, pero César colgó sin darle la oportunidad de escuchar su negativa. En un instante de lucidez, se dijo que ya tenía suficientes problemas para inmiscuirse en los de los demás, aunque esos problemas vinieran de mano de alguien como César. Sus palabras la habían inquietado sobremanera. Se merecía plantarlo por no responder a sus llamadas, sin embargo, conocía a Vanesa: era muy capaz de destrozar la vida de cualquiera. Se apresuró a cambiarse de ropa y llamó a un taxi. Un gasto extra. Sin embargo, que ese hombre la necesitara la llenaba de esperanza de una manera ingenua.

Una hora más tarde, entró en la cafetería. César aguardaba en la zona más apartada del local con una taza de café en las manos. Lo observó un instante; se le notaba inquieto ya que se mesaba su cabello oscuro una y otra vez. Al verla acercarse a la mesa, se puso en pie.

—Mancia... —titubeó—, gracias por venir —dijo, y la besó en la mejilla —. Me advertiste que se vengaría; lamento no haberte creído aquella noche.

—¿Qué ha hecho? —preguntó, sentándose frente a él.

Vanesa hurgaba en la vida de la gente para hallar sus más oscuros secretos y utilizarlos en su beneficio para hundirlos en el fango.

—Si no me caso con ella, me acusará de violación —contó sin más—. Publicará un vídeo...

Mancia palideció. No consideraba a César un hombre violento; incluso la defendió en una situación difícil, pero apenas lo conocía.

—¿Cómo ha sucedido algo así?

—Me drogó. Hace tres meses que intento librarme de ella. He aguantado sus caprichos, pero esto... —dijo, y colocó la taza con fuerza en el plato y el café se derramó a ambos lados—. El matrimonio es demasiado.

César tomó una de las manos de la joven; que lo creyera era más importante de lo que había imaginado en un principio.

—¿Recuerdas qué ocurrió ese día?

—Nada... —Tragó saliva y apartó la mirada de ella.

—No te atormentes —lo interrumpió—. No sería la primera vez que

contrata a actores para chantajear a sus víctimas.

—Las imágenes no muestran mi rostro, salvo al principio y final de la agresión, aunque ningún juez me creerá.

—¿Por qué?

—Porque mi madrastra me acusó de acoso sexual para echarme de mi propia casa.

—¿Era cierto?

—¡No! ¡Claro que no! —exclamó, ofendido por que ella lo creyera capaz de tal bajeza, luego se tranquilizó—. Pero solo yo conozco la verdad. Comprendo que después de esto no quieras relacionarte conmigo.

—Nadie que acosara a una mujer me habría defendido de aquellos chicos como tú lo hiciste ese día.

César esbozó una sonrisa de agradecimiento; hacía mucho tiempo que nadie daba por cierta su palabra. Además, ver que ella aún lo consideraba su héroe lo llenó de satisfacción.

En cambio, Mancia deseaba saber más sobre la acusación, pero no se atrevió a preguntar. Sus palabras eran sinceras al decir que lo creía, pero una pequeña duda empañaba, como una mota en un parabrisas limpio, sus pensamientos.

—¿Me ayudarás? —le pidió, sin soltar sus manos. Una corriente cálida ascendió desde la punta de los dedos de Mancia hasta su pecho.

—No entiendo cómo... yo no trato a gente influyente y Vanesa...

—No soy solo un mensajero —la interrumpió.

César liberó su mano. No estaba seguro de cómo se tomaría su confesión.

—¿Un pobre desempleado como yo?

Los labios de César se torcieron en una mueca burlona. Esperaba que Mancia no cambiara al conocer su identidad.

—Mi padre es Francisco Dávila —confesó.

—¿El empresario?

Mancia achinó los ojos, mientras digería sus palabras. Dávila era un empresario millonario dedicado al mundo textil, con numerosos negocios a lo largo del planeta, capaz de comprar un país si se le antojaba. Intentó recordar todo lo que había leído sobre esa familia durante el último año. Entonces, se acordó de una revista que leyó en la peluquería a la que acudía su madre; habían publicado una fotografía de César junto a una bella mujer. Era cierto: en realidad, se trataba del hijo de Francisco Dávila.

—Sí, el mismo.

—¿Qué quiere Vanesa de ti?

—El monopolio de mi padre.

—Yo no puedo ayudarte...

—Cásate conmigo, Mancia.

A causa de la impresión, la chica derramó el vaso de agua. ¿Realmente le

proponía matrimonio?

—¡Estás mal de la cabeza! —pronunció cuando regresó a la realidad. Al menos, ella no estaba tan loca para casarse con alguien que no la amaba en absoluto.

—No estoy loco; solo desesperado. Si te casas conmigo, conseguirás ese restaurante del que me hablaste en la cena.

—¿Tan miserable crees que soy? —le preguntó, conteniendo las lágrimas. La propuesta, lejos de alegrarla, la había lastimado en lo más profundo—. ¿Piensas que haría cualquier cosa por dinero?

—Ya lo has hecho antes —recordó César, con la voz acerada.

Su desesperación no lo conducía a actuar con delicadeza. Se le acababa el tiempo. Requería con urgencia una esposa para frenar los intentos de Vanesa de poner las manos sobre la empresa y también en él. Pero, sobre todo, le facilitaba el pretexto perfecto para entrar, de nuevo, en la casa de su padre. Mancia, ajena a todas aquellas manipulaciones empresariales, no supondría un problema. La manejaría sin dificultad; además, si alguien debía ser su esposa, era ella. Firmaría cualquier condición que él estableciera en ese contrato, sin cuestionarla.

—Es cierto, y aprendí una lección muy dura —reconoció, poniéndose de pie.

Él la retuvo de la muñeca.

—Mancia, piénsalo. Ser la esposa del próximo sucesor de Dávila te abrirá cualquier puerta.

Ella lo miró con desprecio antes de decir:

—Creí que tú eras diferente, pero me equivocaba. El dinero te hace pensar que obtendrás cualquier voluntad.

—No me juzgues, Mancia. Ser la marioneta de una niña mimada y un monstruo manipulador para pagarte los estudios no te hace mejor persona que a mí.

Mancia lo apartó con un débil manotazo y posó las dos manos sobre la mesa, inclinó el cuerpo hacia adelante y su rostro quedó a escasos centímetros de su nariz.

—Tienes razón —dijo, y con una clara burla en la mirada, añadió—: Siento curiosidad. —Sus ojos se clavaron en los oliváceos de César, sin que él desvelara ningún sentimiento más allá de la imperiosa necesidad de que aceptara la propuesta—. ¿Por qué casarte y por qué conmigo?

César se acercó más a ella. Solo los separaba un par de milímetros para que se rozaran sus bocas. Mancia tragó saliva al imaginar besar de nuevo sus labios. Las sensaciones que había sentido el día en el puerto la invadieron por completo enrojeciendo sus mejillas.

Él observó su vacilación y decidió aprovecharla en su beneficio. Necesitaba convencerla cuanto antes y no disponía ni de tiempo ni de nadie más. Al menos, nadie tan ingenuo como ella. Su precaria situación

económica la hacía vulnerable y perfecta para iniciar su venganza. Se aproximó un poco más, justo lo suficiente para aumentar su deseo. Utilizaría cualquier arma para persuadirla, hasta seducirla. Se despreció por ello. Mancia carecía de la vileza de los Dávila, pero no disponía de tiempo para actuar de manera correcta.

—Porque Vanesa quiere la empresa de mi padre y tú la odias lo suficiente para no traicionarme.

Mancia esbozó una sonrisa que curvó sus gruesos labios, sonrosados y húmedos, en una graciosa mueca. Su lengua empujó los dientes superiores proporcionándole un aspecto infantil un tanto perverso. Esta vez, el sorprendido fue César. Ignoraba su atractivo cuando exhibía esa vena juguetona que no solía mostrar muy a menudo y que él había rechazado en una ocasión.

—Si me caso contigo, eso la enfurecerá aún más y publicará el vídeo.

—Tengo un plan, ¿quieres oírlo? —preguntó, y esta vez avanzó un paso más y rozó su mentón con el dedo pulgar.

Mancia se alejó como si hubiera sufrido una descarga eléctrica, pero conservó la compostura.

—Después de todo, no tengo nada que perder por escucharte cinco minutos. —Se sentó y esperó a que César hablara.

—Necesitaré más de cinco minutos: es una larga historia. —Llamó al camarero.

Había mucho que contar, y Mancia no aceptaría su propuesta hasta escuchar parte de la verdad.

Dos años antes, César había dejado sobre la mesa los papeles que Guzmán, el abogado de su padre y hombre de confianza, le había pedido que revisara. El acuerdo ampliaría la inversión de la empresa en Asia. Después de lanzar las redes en el mercado estadounidense, los resultados eran satisfactorios. Europa era una vieja amiga que seguiría fiel si las normas de calidad se mantenían como hasta ahora. Pero costaría un gran esfuerzo contentar a los mercados chino, japonés y coreano. Había vivido en Tokio durante tres años, inmerso en acuerdos y negociaciones. Su vida se había limitado un sinfín de horas de trabajo.

César se quitó las gafas y se masajeó los ojos. Ese trabajo correspondía a Jorge, sin embargo, siempre se delegaba en él la mayoría de los trabajos tediosos de máxima responsabilidad. Luego, su hermano se colgaba los méritos ante su padre. Hacía tiempo que César había perdido la esperanza de que Francisco Dávila se sintiera orgulloso de él.

Miró el reloj y apagó el ordenador. Había quedado con Raquel, su novia desde hacía seis meses. Se había enamorado de ella como un tonto adolescente al verla una tarde en trabajar de camarera en el club náutico. Y ella, tras varias citas, le había confesado que también lo amaba. Su prometida se mantenía alejada de todo su mundo y prefería verse con él en

su finca, en la sierra, lejos de la capital.

César se prometió no repetir los errores de su padre: un matrimonio sin amor, unido solo por los negocios. Eso no le pasaría a él. Se puso la chaqueta; Raquel y su padre lo esperaban en uno de los mejores restaurantes de Barcelona. Debía comunicarle que en dos meses Raquel formaría parte de la familia. Con seguridad, la juzgaría con dureza: carecía de contactos políticos, familiares importantes o dinero. Era la hija de un médico de cabecera, pero se casaría con ella con el beneplácito de su padre o sin aquel. Su hermano Jorge heredaría el monopolio Dávila, por voluntad expresa de su padre. Eso significaba mantenerse a la sombra de Jorge; también, la posibilidad de conducir su propia vida.

Una hora más tarde, César observó, desde cierta distancia, la belleza de la mujer que le había robado el corazón. Rubia, de largas y torneadas piernas, carente de ambición, que lo amaba por el hombre que era y no por su apellido. Raquel sonrió al verlo llegar; aún estaba sola. Suponía que su padre se retrasaría: la puntualidad no era su fuerte.

—Cariño, siento llegar tarde. —César la besó con delicadeza.

Raquel sonrió intranquila; tocándose el pelo, dijo:

—No importa, ¿estoy bien?

—No te preocupes. —César tomó su mano y la apretó para darle confianza—. Estás preciosa, como siempre. —Esta vez, besó su muñeca.

—No seas tonto. —Rio; luego con el semblante serio añadió—: Yo no soy...

—... rica ni tampoco tu familia —la interrumpió—. A mí no me importa, lo soportaré —bromeó.

—Espero que tu padre piense lo mismo —anheló apesadumbrada al ver al hombre que se acercaba a la mesa.

Francisco Dávila, a sus sesenta años, resultaba un hombre atractivo. Emanaba un aura de autoridad y prepotencia. En sus ojos no se leía una nota de compasión ni de empatía hacia cualquiera que no fuera él mismo. El pelo canoso lo convertía en un auténtico seductor.

—Padre —dijo César con una sonrisa de bienvenida—, te presento a Raquel, mi prometida.

Si Francisco se sorprendió, no lo demostró en absoluto. Se desabrochó el botón de la chaqueta y se sentó antes de hablar:

—Lamento verte de nuevo.

—¡Padre! —exclamó César, enfurecido por aquellas palabras. Nunca había entendido por qué lo odiaba tanto, aunque pagarlo con su prometida era ruin hasta para Francisco Dávila. También le sorprendió que conociera a Raquel: ella nunca se lo había mencionado.

—¡Escúchame bien! —se dirigió a la joven—. Sé muy bien qué pretendes. ¿Crees que a lo largo de mi vida no me he encontrado con mujeres como tú? ¿Mujeres que han engatusado a hombres como César?

—¡Padre! —gritó. No permitiría que humillara a la mujer que amaba—. Si has venido a insultarnos, será mejor que...

—¡Cállate! —ordenó con un tono de voz agrio y decepcionado—. ¿Te ha contado quién es en realidad? No tienes ni idea —señaló asqueado a la chica —. La mujer con la que vas a casarte fue la novia de tu hermano; sin embargo, dudo que ella te lo haya confesado, ¿verdad? —César clavó los ojos en Raquel. Se negaba a creer las palabras de su padre—: También se prometieron, pero Jorge entendió a tiempo su ambición —terminó por decir con tanto desprecio que Raquel se replegó unos segundos en el asiento—. Tú vivías en Tokio, y ya sabemos que no te molestaste en escribir ni una postal en Navidad.

—¿Es verdad? —preguntó César, ignorando las palabras irónicas de su padre. Es cierto que durante todo aquel tiempo se desentendió por completo de su familia. Solo llamó un par de veces a su madre y nunca hablaron de Jorge. Su mente, repleta de ideas descabelladas y celosas, lo impedía pensar con claridad. El mutismo de Raquel le confirmó que no mentía. Ahora comprendía su afán de verse siempre lejos de cualquier ambiente en que pudieran contarle su relación con su hermano. Lo había manipulado durante todos esos meses como a un imbécil—. ¿Fuiste la novia de mi hermano?

Ella no respondió. Solo miraba a su padre con los ojos cargados de odio. Raquel creyó, de manera ilusa, que Francisco Dávila guardaría silencio para no atormentar a su hijo, pero se había equivocado. Al fin habló, y su respuesta casi le provocó un infarto a César.

—Sí, viví con tu hermano y sí, tuve una aventura, pero tu padre no te ha contado toda la verdad. —Sonrió con rabia, decidida a dañar al hombre al que tanto odiaba, aunque en aquella contienda perdiera a César, el hombre del que se había enamorado. No podía borrar los errores del pasado, pero rogó al cielo por que él la perdonara. Francisco Dávila esperaba aquel momento con ansiedad. Lastimar a César era lo único que deseaba cada día —. Él fue el hombre con quien lo engañé.

El rostro de César evidenció el asco que le había causado la confesión. Francisco, lejos de avergonzarse, lo contemplaba orgulloso, porque ambos habían compartido el cuerpo de esa mujer. César se puso en pie. Temía derrumbarse como un niño delante de esos dos. Salió del restaurante tambaleándose. En el exterior, la lluvia había regresado y corrió sin dirigirse a una dirección concreta. Ese día, recogió unas cuantas pertenencias y abandonó la casa de los Dávila, a pesar de que Raquel lo llamó cientos de veces, suplicando su perdón, explicándole que su padre la había obligado a entregarse a él. Francisco Dávila sabía cómo hundir en el lodo a todos aquellos que se cruzaban en su camino y no consentiría que una mujer como ella se casara con el sucesor de su imperio. En aquella historia el más perjudicado fue César, ya que jamás volvería a confiar en una mujer hasta el punto de entregarle de nuevo su amor.

Un mes más tarde, los periódicos anunciaron el enlace de Francisco Dávila con una joven llamada Raquel, una desconocida del panorama informativo y empresarial, pero con una belleza deslumbrante. Nadie mencionó que esa joven había conseguido un mejor premio que uno de los hijos del empresario. Después de aquel día, que había pisoteado el corazón de César, se habían visto una vez. Ella, enfurecida por su indiferencia, se lanzó a sus brazos. Él la despreció y pagó muy caro su comportamiento. Alguien presenció el encuentro. Raquel temió las represalias de Francisco Dávila; su marido odiaba a su hijo tanto como para castigarla por hablar con él sin su permiso, así que prefirió jugársela, acusándolo de acoso. Padre e hijo ya se odiaban, y ese hecho terminó por lapidar una relación que nunca había existido entre ellos.

Mancia colocó con cuidado la taza de café en el plato y emitió un suspiro. Jamás hubiera imaginado una historia como la que había oído de boca de César.

—Ahora que tu padre está tan enfermo y Vanesa quiere tu empresa, ¿por qué no dejas que tu hermano batalle por ella?

—Mi hermano es un drogadicto y un borracho. Ni siquiera ha superado que mi padre se casara con Raquel. Yo pasé página y aprendí la lección —omitió contarle que aguardaba el momento para vengar su orgullo herido—. En cambio, él se hundió en un pozo del que se niega a salir. Siempre la amó, y no se deshizo de ella, como cree mi padre, porque la odiara, sino que la protegía de una vida de la que no puede escapar. Jorge nunca vencerá la adicción a las drogas y, antes de arrastrar a ese mundo a la mujer a la que amaba, prefirió renunciar a ella.

—Si me caso contigo, Vanesa no me perdonará interferir en sus planes y a Raquel no le agradará ver al hombre que ama en brazos de alguien como yo.

—No temas a ninguna de ellas: te prometo que nadie te hará daño —le aseguró, y de nuevo vislumbró al mensajero que la liberó de unos chicos borrachos—. No consentiré que ninguna te toque a ti ni a tu familia. No confío en nadie más.

Mancia evaluó la situación: carecía de trabajo y su madre se había sumergido en una depresión que la empujaba a un lugar mucho más oscuro, si no le ponía remedio de inmediato. Necesitaba profesionales, y esos profesionales costaban demasiado para una desempleada.

—Me casaré contigo —aceptó. En el instante en que pronunció aquellas palabras, el miedo se apoderó de ella.

—¡Aceptas! ¡No sabes lo feliz que me haces! —exclamó con tal alegría César que Mancia no hubiera deseado mejor reacción de un hombre que realmente le propusiera matrimonio. No debía emocionarse, aunque temió que César oyera el retumbar de su acelerado corazón.

—Antes, ingresarás a mi madre en la mejor clínica privada psiquiátrica

de Barcelona.

Tomó la mano de ella, y Mancia la retiró con disimulo. Había realizado un pacto comercial. César jamás se fijaría en una mujer como ella; se lo había dejado muy claro al rechazarla unas semanas antes. No debía olvidarlo, o sufriría demasiado cuando ambos se separaran.

Dos días más tarde, Mancia recibió el contrato que establecía las cláusulas de ese fingido matrimonio. Las peticiones eran claras: debía mantener aquella farsa durante un año; también, los beneficios económicos de la separación: obtendría tanto dinero que ni siquiera era capaz de imaginar cómo cambiaría eso su vida. En ninguna parte de aquellos folios se especificaba qué sucedería si se destrozaba suu corazón durante ese matrimonio. Firmó las hojas, las metió en un sobre y rogó para no equivocarse al adoptar aquella decisión que la convertía en la mujer de César Dávila.

6

LA BODA

Mancia hubiera celebrado la boda en la más estricta intimidad, pero César se empeñó en todo lo contrario. De esa manera, Vanesa no cometería una tontería como la de impedir la ceremonia. En realidad, su intención consistía en demostrarle a Francisco Dávila que pronto iniciaría la batalla.

No obstante, había hablado con Guzmán, quien averiguó la verdadera situación financiera de los Iborra. Aparentaban solvencia, cuando en realidad necesitaban unirse a un monopolio como el de los Dávila para no terminar en la bancarrota y quizá en prisión. César tuvo que citarse con Vanesa una última vez antes de la ceremonia para dejarle claro que su chantaje terminaba ese día.

—¡Estás loco! ¿Qué pretendes? —Vanesa arrojó el periódico sobre la mesa de la cafetería, cerca de la catedral, donde habían quedado para evitar a los periodistas—. ¿Por qué juegas conmigo de este modo? —Su rostro, perfectamente maquillado, se contrajo en una mueca diabólica—. ¿Quieres que todos lean en la prensa de mañana, incluida tu flamante prometida, qué sucedió aquella noche?

—Vanesa, he permitido todas tus manipulaciones hasta hoy —contestó César con frialdad—. No seré el único que caiga, recuérdalo. Tu padre ha desviado los fondos de la empresa a un paraíso fiscal.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó, inquieta.

Él la ignoró y continuó con su pequeña venganza.

—Además, enterarse de que chantajeas a un empresario cordobés por mantener contigo una relación cuando eras menor de edad no mejorará su situación.

—¡No me amenaces! —dijo ella con la voz ronca. Clavó las uñas en su bolso, mientras descruzaba sus piernas sin un ápice de elegancia. Tras recuperarse de la sorpresa inicial, preguntó—: ¿Por qué Mancia?

—¿Por qué no? De todas las mujeres con las que podía casarme ninguna te jodería tanto, ¿verdad, preciosa?

Vanesa emitió una risa grotesca, al tiempo que se llevaba el café a los labios con una estudiada relajación. Disimuló su furia bajo una capa de falsa cordialidad. Luego, extrajo de su bolso un espejo y un pintalabios, y se retocó de nuevo el carmín. Después los guardó y dijo:

—Tienes razón, pero ella no es como ninguno de nosotros. En el camino de tu venganza, la destruirás por completo. Sé muy bien qué pretendes; solo quiero que elijas a la mujer adecuada.

—Supongo que tú eres la candidata perfecta.

—Por supuesto, querido —aseguró con un amable y fingido tono de voz —. Mancia solo acabará rota.

—¿Acaso piensas que mi conciencia se afligirá por ello?

Vanesa estudió su semblante y no detectó si mentía por su expresión. César no le revelaría cuánto le importaba Mancia. Durante esas semanas en las que habían preparado esa falsa boda, descubrió el lado divertido, sencillo, humano y cálido de una mujer que había conseguido devolverle algo de confianza en la raza humana.

—Será divertido ver cómo la destruyes. Entonces yo la recibiré con los brazos abiertos, dispuesta a recoger los pedazos para destrozarlos aún más. No lo olvides.

Vanesa torció los labios en lo que simulaba una sonrisa; sin decir nada más se marchó soltando en el ambiente un ligero olor a triunfo. Antes besó su mejilla marcando su piel con aquel sanguinolento carmín.

***

Tres semanas más tarde, Mancia se miraba ante el espejo, vestida con una creación exclusiva que ni en sueños hubiera comprado jamás. La tela caía a sus pies dibujando su silueta y destacando sus sinuosas formas, que casi siempre ocultaba con camisetas anchas. César insistió en que se tratara del más caro, aunque ella deseaba un vestido más sencillo y menos recargado, aceptó la idea. Se colocó en el pelo la peina de plata que había heredado de su abuela y cogió el ramo de rosas blancas. Se contempló una vez más en el espejo; temerosa, emitió un suspiro. Su madre no asistiría a la ceremonia. El día anterior había padecido una de aquellas crisis que requerían sedación. De todos modos, le resultaba más fácil representar aquella farsa sin la presencia

de su madre. Unos golpes en la puerta le anunciaron la hora de empezar la actuación. César le había pedido que permitiese al padre de Vanesa conducirla al altar para asegurarse de que la hija de Iborra no se la jugase ese día. Él no imaginaba lo difícil que le resultaba consentir aquella petición. Su madre, a causa de su matrimonio, le había confesado quién era su verdadero padre. Ella lo sospechaba desde hacía unos años, pero jamás le pediría que la reconociera como a su hija. Había tratado a su madre como su sirvienta y a ella la había ignorado por completo; no necesitaba pertenecer a esa familia.

—Mancia, ¿estás preparada? —preguntó el padre de Vanesa y también el suyo.

Un hombre delgado, cuyo rostro, marcado de unas finas arrugas, exhibía seguridad en sí mismo y cierto menosprecio por los demás.

Mancia había vomitado dos veces a causa de los nervios. Su mente le aseguraba que hacía lo correcto; solo se trataba de un negocio, pero su corazón la urgía a huir del hombre que la atraía cada vez más.

—Lo estoy, señor Iborra —mintió.

—Hoy no deberías llamarme "señor" —dijo él con una sonrisa tan incómoda como la de Mancia.

—Lo siento, no puedo llamarlo de otra manera.

—Bueno, no importa —consintió él todavía más a disgusto. Carraspeó dos veces y cambió de tema—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—Es normal. Deseo también ver el día en el que Vanesa se case. Estoy seguro de que tu madre se siente muy feliz, ella...

—Seguro que sí —lo interrumpió con frialdad. No escucharía nada sobre su madre por boca de ese hombre—, pero la vida no la ha tratado con justicia ni tampoco la gente.

—No pienses en eso ahora... es el día de tu boda.

—Por supuesto —mintió otra vez—. Es el día más feliz de mi vida.

Iborra le ofreció el brazo y avanzaron por el pasillo con lentitud. Notaba todas las miradas fijas en ella. Durante un instante, temió caerse delante de toda esa gente que juzgaba cada centímetro de su persona. Además, su flamante marido parecía realmente enamorado de la mujer que se acercaba al altar. Aquella falsa actuación encogió el corazón de Mancia aún más. Podía soportar toda aquella farándula que César había organizado, pero habría agradecido que no actuara como si se casara con la mujer de su vida.

Media hora más tarde, los brazos de César rodeaban su cintura y la besaba con tanta pasión que su corazón se aceleró hasta límites insospechados. Cuando la soltó, le faltaba la respiración, y el sonrojo cubría sus mejillas. Los invitados se alzaron en vítores, aplausos y felicitaciones, mientras que Mancia se sentía como si hubiera descendido a los infiernos. Si un beso había removido todo en su interior igual que si hubiera vivido un

terremoto de magnitud diez, ¿qué pasaría al compartir cama y habitación? Sus pensamientos no fueron más allá al ver cómo se acercaban por ambos flancos las dos mujeres que más la odiaban en el mundo.

—Felicidades —saludó Raquel Dávila, enfundada en un traje negro ajustado que mostraba toda su belleza, y la besó casi sin rozarle las mejillas —. Lamento no quedarme. Tu suegro sigue muy enfermo y debo regresar al hospital.

Mancia asintió sin pronunciar una palabra, pero Vanesa habló por ella. En esta ocasión, su hermanastra lucía un vestido de pedrería con un escote vertiginoso en la espalda.

—Raquel, espero que se mejore.

Mancia entendió que ambas se conocían y las dos habían visitado la cama de César. La situación era extremadamente embarazosa para ella.

—Gracias, Vanesa. Hacía mucho que no coincidíamos.

—He estado muy ocupada, pero no podía faltar a la boda de mi amiga.

—¿Sois amigas? —preguntó extrañada Raquel.

—Más que eso, casi hermanas. —Mancia palideció ante las palabras de Vanesa; desconocía lo cerca que estaba de la verdad—. Ella es la hija de mi nana y nos hemos criado juntas.

—Yo no diría tanto —intervino Mancia. Ahora era la esposa de César Dávila, y él había prometido protegerla de toda esa gente. Se comportaba como una cría, pero había guardado durante demasiado tiempo aquel rencor en su interior—. Más bien soy la hija de la criada que te cuidó cuando tu madre se emborrachaba por culpa de las infidelidades de tu padre. —Vanesa desencajó el rostro por la furia, al tiempo que Raquel contenía una risa de satisfacción—. Si me disculpáis, me llama César —dijo y se marchó ante las sorpresas de ambas.

Raquel había pensado que Mancia era una joven sin experiencia. La mujercita perfecta para César. Alguien sin voz ni voto, ni familia que implicara un estorbo para sus planes. Estaba segura de que se había casado con esa chica para vengarse de su padre. Apostaría diez años de su vida a que no le agradaba ni un poco para llevársela a la cama. No era su tipo y no se había molestado en mirarla ni una vez después de besarla en el altar. La joven parecía fuera de lugar entre todos aquellos invitados. Imaginó que adoraría a César con una devoción ciega. Un hombre rico y atractivo que la había salvado de la miseria, sin embargo, no se trataba de la mojigata que había sospechado en un principio. La falta de escrúpulos de los Dávila destruiría a esa sencilla muchacha. Había soñado decenas de veces con conseguir otra vez a César y nadie, ni siquiera esa cenicienta, con ínfulas de grandeza, la haría desistir, ahora que se presentaba la oportunidad de vivir bajo el mismo techo.

—También debo irme —dijo a Vanesa, quien todavía no se había recuperado de la impresión—. Me ha alegrado verte. Tenemos que reanudar

nuestra amistad para hablar de un tema que nos concierne a las dos.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Yo creo que sí, y se llama Mancia Dávila.

Unas horas más tarde, Mancia se despidió de todos los invitados sin soltar la mano de César. Cuando se quedaron a solas, ella se descalzó bajo la atenta mirada de su marido.

—¿Estás cansada?

—Un poco —confesó.

La verdad es que la habían hartado los comentarios hirientes por parte de algunos invitados; también, las felicitaciones menos halagadoras de lo que pretendían y, sobre todo, hastiada de la falsa amistad de aquellos que querían relacionarse más con el «sucesor» a través de su estrenada esposa.

—Vamos a casa.

César se quitó la chaqueta y la corbata. Mancia observó cómo introducía las manos en los bolsillos de los pantalones; parecía tan cansado como ella. A pesar de saber que aquella boda era mentira, sentía cierto grado de nerviosismo al imaginar qué sucedería esa noche. Su ya esposo se apoyó en una de las columnas. La joven se obligó a retirar la vista de un hombre que le atraía como un imán.

—Antes, tomaré una copa. Apenas he probado nuestro pastel. —Necesitaba despejar la mente de las imágenes que había creado sobre su noche de bodas—. La cobertura no ha perdido el volumen ni la textura después de tantas horas.

Mancia se aproximó a una de las mesas y se sirvió una copa. Después cogió una cuchara y empezó a comer el resto de tarta con la que habían obsequiado a los invitados; incluso anotó en una servilleta algunos de los ingredientes. Se sentó sobre la mesa, y el vestido se le subió hasta las rodillas. César contempló cómo balanceaba las piernas sin ningún interés determinado y le enterneció su aspecto infantil. Ella resopló cuando uno de los mechones rebeldes de su peinado tapó parte de su rostro.

—Lamento haberte hecho pasar por todo esto —se disculpó él, y colocó el revoltoso mechón tras su oreja.

Mancia detuvo la cuchara a medio camino de su boca en el momento en el que notó cómo sus dedos le rozaban la piel. Sería tan fácil dejarse llevar, sin preocuparse del mañana ni de las consecuencias... Para disimular su nerviosismo se comió la cucharada de tarta.

—Conocía muy bien en qué me metía al aceptar tu propuesta —aseveró después de tragarse, sin masticar, la tarta.

—Lo dudo —afirmó con una sonrisa apesadumbrada César.

—¿Por qué?

César limpió la comisura de los labios de Mancia con el pulgar. Ella sintió cómo la adrenalina golpeaba sus sienes y una cálida sensación se extendía en su interior. Se regañó y obligó a pensar que ese leve roce no había

significado nada para él, pero para ella había sido una caricia tan sensual que luchó contra su propia voluntad de lanzarse a sus brazos y convencerlo de la autenticidad de su matrimonio. Volvió a la realidad y respiró de nuevo cuando César rodeó su cintura con las manos y la ayudó a bajar de la mesa. Mancia evitó mirarlo.

—Porque estás a punto de acompañarme al mismo infierno. Reconozco que ir contigo es lo único que impide que me convierta en un monstruo como ellos.

Mancia se preguntó si se trataba de un halago o de todo lo contrario. Se bebió la copa para aplacar el ardor que le recorría la sangre. Sonrió y se sujetó de su brazo sin que él se lo ofreciera.

—Entonces, vayamos cuanto antes a ese horrible lugar.

César había contratado a una empresa de mudanzas para que recogiera sus pertenencias y las entregaran en la casa de Francisco Dávila. Sentía curiosidad por dónde viviría a partir de ese momento. Sin embargo, nunca imaginó una mansión digna de un magnate americano.

—Es ostentosa y de mal gusto, pero mi padre es así, y Raquel parece disfrutar aumentando su grandiosidad, gracias al dinero de los Dávila.

—No tengo palabras para...

—Odio esta casa, pero mi madre...

César dejó de hablar para no mentirle sobre la razón de su matrimonio y por qué regresaba a aquella casa. Mancia optó por no interrogarlo al ver su semblante entristecido.

—Aquí vivió tu madre y tendrás muchos recuerdos de ella —dijo, desilusionada, incapaz de preguntarle qué lo impulsaba a residir en aquel lugar, si tanto detestaba a sus habitantes.

Él la ayudó a bajar del coche. En la puerta, los esperaba el abogado de los Dávila.

—Señora Dávila, soy Guzmán, el asistente personal del padre del señor Dávila y ahora el suyo.

El rostro de César se ensombreció al ver al tal Guzmán. Rodeó la cintura de Mancia y la empujó levemente hacia la entrada, ignorando al hombre que los esperaba en la puerta.

—Estamos cansados para oír tus explicaciones. Además, no eres mi asistente, sino el informador de mi padre. Mancia, ¡vamos! —ordenó con un tono de voz serio.

El comportamiento grosero de César disgustó a la joven. En cambio, reparó que el despreciativo comentario no había hecho mella en Guzmán; más bien le había arrancado una sonrisa cínica.

—Encantada de conocerlo —saludó; esta vez ella desobedeció su orden. César mal disimulaba su malhumor; pero, dado los orígenes de Mancia, ella no consentiría un comportamiento grosero a un empleado—. Disculpe a mi marido —pronunció con un tono ácido marcando la palabra «marido»—, está

demasiado cansado para medir sus palabras.

César alzó una ceja, perplejo ante el comentario. Su carácter no era tan sumiso como imaginaba en un principio. Entonces, Jorge apareció en escena para acallar su réplica.

—¡Querido hermano, cuñada! —gritó desde la escalera con un vaso de ron en la mano.

Había bebido y se comportaba con cierta sobreactuación. Los dos hermanos se parecían bastante, pero César era más alto y con un color de ojos más claros. Se acercó a la pareja, tomó a Mancia de la cintura y empezó a girar con ella ante la sorpresa de la joven y la irritación de su hermano.

—¡Detente, estás borracho! —César retiró a su esposa de los brazos de su hermano.

—Sí, lo estoy —reconoció—. Felicidades, hermano. Es una dulce flor a la que piensas pisotear como haces con todo lo que tocas. —Jorge escupió las palabras, después se bebió el ron de un trago.

—Hablaremos mañana, esta noche no estás en condiciones.

—Te ves muy hermosa con ese vestido. —Jorge tocó la tela y añadió—: Seguro que a tu marido le ha costado un riñón, ¡bien hecho, princesa! —Luego, con un poco más de seriedad dijo—: Lamento no haber asistido a tu boda. Estaba enfermo. Querida cuñada, tu marido no te ha contado que siempre envidiaba lo que yo tenía; incluso compartimos a la misma mujer. Supongo que no te ha confesado que, gracias a ti, ahora él poseerá las llaves que le abren las puertas de esta casa. Tampoco que podrá...

—Guzmán, acompaña a mi hermano a su habitación —lo interrumpió César con la voz cargada de furia.

Entonces, Jorge tomó a Mancia por la cintura y la besó delante de los dos. Fue un beso apasionado, brutal, lujurioso y posesivo. César agarró el brazo de su hermano y lo arrancó de su esposa, mientras que la joven recuperaba el aliento.

—No había felicitado aún a la novia —se burló Jorge.

—Si vuelves a tocarla, no respetaré que seas mi hermano —lo amenazó César con rabia.

—¡Vaya! Te has vuelto muy posesivo, quizá Mancia no piense lo mismo.

Tras esas palabras, Jorge se retiró y Guzmán lo siguió, dejando al matrimonio en un opresivo silencio.

—Lamento de veras todo esto —se disculpó de nuevo César.

—No tiene importancia. Realmente, tu hermano besa bien.

Necesitaba librarse del peso que sentía en el corazón. Él ni siquiera la había mirado una sola vez durante la boda, más interesado en asegurar que todos entendieran que se trataba del «sucesor» y, su mujer, una pobre chica a la que había salvado de la miseria. Mancia dio un paso adelante, y César la sujetó del brazo.

—No te acerques a mi hermano —le advirtió. En su rostro vislumbró una

sombra amenazante que acobardó a la chica—. No olvides por qué estás aquí.

—Descuida, sé muy bien cuál es mi papel. —Mancia se soltó de él con brusquedad—. Estoy cansada y me gustaría ducharme —terminó por decir para escapar de la mirada acusadora y desconfiada de su esposo.

Durante un segundo, la rabia invadió el ánimo de César. Imaginar a Mancia en la cama de Jorge le causó un inesperado malestar incapaz de explicar con palabras. Observó a su joven mujer vestida con aquella fascinante creación nupcial en seda y cristales de Swarovski. Sus enormes ojos de color miel, en los que destacaban aquellos puntos verdosos brillaban con decisión y lo retaban con rebeldía. Quizá hubiera juzgado mal a Mancia, y no era la chica inocente y desgraciada que había juzgado en un principio.

—Acompáñame —le pidió, antes de que los dos pronunciaran alguna palabra de la que se arrepentirían más tarde.

Ambos se adentraron en una habitación tan ostentosa como el resto de la casa y con una cama que, gracias a su tamaño, tranquilizó a Mancia. Supuso que guardarían las apariencias esa noche y, al día siguiente, ocuparían habitaciones separadas. Su salud mental no soportaría encerrarse cada noche en aquel cuarto cerca de César sin revelarle lo atraída que se sentía por él.

En silencio, entró en el baño. Realizó contorsiones que una gimnasta hubiera envidiado, pero al final reconoció que necesitaba ayuda para quitarse el vestido de novia. Regresó al cuarto donde César permanecía sentado en la cama.

—¿Puedes desabrocharme el vestido?

Él la miró como si fuera una mariposa atrapada en una telaraña y él, la araña. Mancia leyó en su mirada que pagaría muy caro sus anteriores palabras sobre su cuñado. Conocía muy bien qué le sucedía cuando estaba cerca de ella o sentía el leve roce de sus manos.

—Puedo hacer mucho más si quieres. —Palmeó la cama, mientras su rostro exhibía una sonrisa victoriosa. Sería un precio justo para pagar por su actitud en el salón.

Mancia bufó, resignada. Debía aceptar. Estaba cansada para jueguecitos nocturnos. Además, haría voto de celibato al meterse en la cama con él. Lo deseaba, pero para él solo sería una aventura más.

—¿Piensas ayudarme o debo llamar a tu hermano para que lo haga?

Sus palabras acabaron con el buen humor de César. Se aproximó a ella con dos zancadas y por primera vez vio en él a un hombre, cuya voluntad se satisfacía sobre todo lo demás, sin importarle las secuelas ni a quiénes destruía en el camino.

—Me da igual si este matrimonio es una farsa, pero te advierto: llevas mi apellido y te has convertido en mi mujer. No olvides que tenemos un trato y no toleraré que me engañes. ¿Lo entiendes? —César la giró y rasgó el vestido, con tanta violencia, que los pequeños botones de perla salieron

disparados en todas direcciones. Ella se mantenía inmóvil, sin saber qué hacer, cuando dijo—: Ya no necesitas la ayuda de nadie, señora Dávila. —César le bajó el vestido hasta la cintura y contempló el corsé de un delicado encaje que apenas cubría sus pechos redondos y plenos. No imaginó que escondiera unos encantos tan tentadores bajo aquella ropa barata y poco femenina que utilizaba—. Si necesitas ayuda, acude a mí. —Recorrió con la yema de los dedos el filo del encaje del corsé.

Se sorprendió de la suavidad de la piel de Mancia, de su calidez y, sobre todo, de la excitación que esa chica había despertado en él. Después de eso, Mancia empezó a temblar. Su estado no se debía al miedo, tampoco temía la violencia contenida que había observado en César. Temblaba de deseo, y eso terminó por enfurecerla. Él conocía su debilidad y la usaría contra ella sin ningún escrúpulo.

7

LA HORA DE LA VERDAD

César se había transformado en un hombre muy diferente al mensajero que la había salvado de un grupo de adolescentes. Desde que habían entrado en aquella casa, se comportaba como César Dávila, con toda la soberbia y autoridad que implicaba su apellido.

—¿Qué haces? —preguntó, desconcertado por la actitud de Mancia cuando dejó caer el vestido de novia a sus pies.

—Mostrarte lo que has comprado.

A ese juego podían jugar los dos. Su marido conocía bien su debilidad, pero ella podía disfrutar de una noche de sexo con un hombre como él. Pensó que podía satisfacer su deseo, aunque en un par de meses él ni siquiera se acordara de su nombre.

—Mancia, no estoy de humor esta noche para tonterías —respondió, recuperándose del instante de pasión.

Ella alzó el rostro en un gesto retador que acabó con su paciencia. Esa casa alteraba su humor e ignoraba cuánto hasta que se bajó del coche y atravesó sus puertas. César contempló a su mujer; se negaba a participar en ese juego. Había visto cómo reaccionaba cuando la tocaba pero, si quería quemarse, ya era mayorcita. Se acercó con la clara intención de que se retractara, pero Mancia no retrocedió, por el contrario, rodeó su cuello con sus brazos. Su proximidad le obligó a tomarla de la cintura, pero lejos de apartarla, la atrajo hacia él. Se apoderó de su boca, y su lengua buscó la de su esposa, entrelazándolas en un juego erótico y sensual. Apreció el sabor del champán, el regusto a dulce de la tarta, el amargo sabor de cereza del pintalabios y también el sabor cálido de la esencia de Mancia. Sus manos

recorrieron su espalda; la suavidad de su piel le transmitía un placer desconocido que lo inducía a desnudar su cuerpo. César desabrochó el corsé y la retiró de su lado para admirar sus pechos. La joven clavó los ojos en él y vislumbró su inocente entrega. En ese instante, advirtió su deseo y un tierno amor, que lo obligó a apartarla con un suave empujón.

—Será mejor que lo dejemos aquí —dijo con la voz enronquecida por el deseo, incapaz de enfrentarse al desencanto en su mirada.

Mancia enrojeció tanto que temió ahogarse de vergüenza. Ni siquiera le gustaba lo suficiente para acostarse con ella una noche. Su rechazo resultaba humillante.

Por su parte, César miró a otro lado, o sucumbiría al deseo que había despertado en él. Le costó mucho resistirse a la tentación que ella representaba porque tenía la experiencia suficiente para saber que ambos lo lamentarían más tarde. Había leído en los ojos de Mancia un tonto amor romántico, y él ya no podía amar. Hacía mucho que había desterrado ese sentimiento de su corazón. No quería destrozarla, como aseguraba Vanesa que sucedería al final de ese matrimonio. Pero, si la amaba y la alejaba de él, su actitud sería la de un bastardo. Mancia era una buena chica que había tenido la desgracia de cruzarse en su camino.

—Tienes razón —consiguió pronunciar ella, abochornada y recopilando el poco orgullo que aún conservaba después de su rechazo—. Esto no es parte del contrato. —Recogió el vestido para cubrirse. Después, se dirigió al baño y se encerró allí.

César necesitaba salir de aquella habitación cuanto antes. Ver de nuevo la decepción en el rostro de su mujer atravesaría la coraza con la que la intentaba proteger de sí mismo. Ordenaría que le prepararan un cuarto, y le importaba muy poco lo que pensaran los demás al respecto. Intentaría por todos los medios no destruir a la mujer que se había convertido en su esposa. Antes de retirarse, se giró y miró la puerta del baño.

—No desperdicies tu amor conmigo —dijo, y se marchó.

***

Al día siguiente, Mancia no mencionó una palabra sobre su noche de bodas ni tampoco nadie pronunció ningún tipo de comentario. Sospechaba que, pese al silencio, era sabido por todos los habitantes de esa casa qué había sucedido entre ellos.

—¿Has descansado? —le preguntó Raquel al sentarse.

La mujer, perfectamente peinada, maquillada y con un elegante vestido que la hacía parecer una modelo de portada, se sirvió una taza de café. Sus

uñas rojas se destacaban sobre la delicada porcelana blanca.

—Sí, lo he hecho. ¿Cómo está mi suegro?

—Resistiéndose a morir —dijo con desgana, restregando la mantequilla en la tostada.

Mancia no descifró si aquella respuesta era un deseo o una queja, pero guardó un prudente silencio.

—Querida cuñada —saludó Jorge al entrar en el salón. El hermano de César se sentó a la mesa, y una de los empleados le sirvió un café—. ¿Dónde está mi hermano? —Se inclinó hacia adelante, y añadió—: No me digas que una noche ha sido suficiente para agotarlo. Si quieres un poco más de acción, yo estoy dispuesto a...

—Cierra tu asquerosa boca —lo interrumpió Raquel.

Su antigua novia soltó la tostada sobre el plato y se marchó del comedor incapaz de soportar la presencia de su hijastro. Jorge lanzó una carcajada y se echó hacia atrás. Su rostro se relajó al igual que su actitud cuando se quedaron a solas.

—Ayer estaba borracho —se disculpó.

—Lo sé —respondió Mancia.

Poseía unos rasgos atractivos que acompañaba con unos ojos de color verde oscuro, cuya mirada parecía indagar en el interior de su interlocutor. Vestía una camisa blanca, unos vaqueros y andaba siempre descalzo por la casa.

—Perdona si te causé algún problema con tu marido.

—No lo hiciste, pero te agradecería que no me besaras de nuevo.

—No lo haré, si no me lo pides. —Jorge alargó la mano para cerrar el trato.

—De acuerdo. —Mancia la estrechó con una sonrisa y se atrevió a preguntar—: ¿Por qué lo odias tanto? ¿Es por Raquel?

—No odio a mi hermano. —El rostro de Mancia expresó su incredulidad, algo que motivó una explicación por parte de Jorge—: En serio, nuestra relación siempre fue complicada, incluso antes de la aparición de Raquel en nuestras vidas. César guarda un gran resentimiento en su interior y lamento ser responsable de ello. Él carece de corazón y tú...

Jorge se calló cuando su hermano irrumpió en el salón. César, al descubrirlos en una alegre charla, tras la noche que había pasado, se enervó más de lo que hubiera creído nunca. A pesar de alejar a Mancia de su lado, no olvidaba su sedosa piel, ni sus excitantes besos, y menos aún, su deseosa entrega que él había rechazado como un imbécil. Verla allí bromeando con Jorge cuando ambos podían estar en su dormitorio lo llenó de una furia creciente que amenazaba con estallar y que intentó disimular por todos los medios.

—¿Qué ocurre conmigo? —Se acercó a Mancia y, ante el estupor de su esposa, se apoderó de su boca. La besó con total dominio y con la única

intención de demostrar su posesión.

El aroma de su loción de afeitar mareó a su mujer, al tiempo que la suavidad de su piel cortó durante un instante su respiración. Lo odiaba por hacerla sentirse como una estúpida adolescente ante el tipo más atractivo de la clase.

—Nada, hermano, Mancia me comentaba lo cansado que estabas después de tu noche de bodas.

—Es cierto, ni te imaginas cuánto trabajé.

Mancia asistía a una rivalidad infantil que acabó por irritarla. Frunció el ceño y miró a uno y a otro hasta que el parloteo de los dos hermanos acabó con su paciencia.

—Ya veo que os pondréis al día como dos niños, así que yo me marcho: tengo cosas de adultos por hacer —los interrumpió Mancia, y se retiró bajo la atenta mirada de los dos hombres.

El rostro de César se ensombreció hasta el punto de achinar los ojos, donde podía leerse su enfado; en cambio, Jorge le guiñó un ojo complacido por su espíritu rebelde.

—No se lo merece —acotó cuando se quedaron a solas. Bebió el café frío, y continuó hablando—: No es como nosotros.

—No lo es y lo lamento, pero es un precio que debo pagar.

—César, no metas a Mancia en esto.

«Ya es tarde, demasiado tarde», pensó con tristeza.

—Sé que te arrepentirás —vaticinó con una seriedad que alarmó a César, pero enseguida regresó a su estado—. Por cierto, Guzmán quiere hablar contigo: pronto todo será tuyo.

—Nunca lo quise.

—Siempre deseaste convertirte en el sucesor de nuestro padre. De hecho, eres mucho mejor que yo manejando ese imperio, así que no te ofendas si dudo de tus palabras, hermano.

—Me importa bien poco lo que creas.

Jorge se puso en pie. La conversación había terminado pero, antes de retirarse del comedor, vertió unas palabras que crisparon los nervios de César.

—Dame una sola razón para que no dañe a Mancia.

César permaneció silencioso, lo que motivó en su hermano una risa hiriente.

Jorge podía ser muy cruel si se lo proponía, y Raquel era capaz de manipular a la gente a su antojo. De todos ellos, el peor era él: había arrastrado a esa inocente mujer a su lucha. La había engañado, diciéndole que necesitaba su ayuda para lidiar contra Vanesa pero, en realidad, deseaba vengarse de cada uno de los miembros de su familia. En su testamento, su madre estipuló que debería vivir con su esposa en esa casa durante un año para acceder al puesto de dirección. Después de su muerte, Vanesa le había

dado la oportunidad y la decisión que le faltaba para vengarse. Sospechaba que Francisco Dávila había intervenido en la muerte de su madre. Había fallecido en un accidente de coche contra un conductor al que nunca habían atrapado. La entrada de Guzmán al salón le hizo relegar a un rincón de su mente sus sospechas.

—Ha salido de la UCI.

—Incluso ha burlado a la muerte —sentenció socarrón.

—Deberías intentar ser feliz con Mancia: parece una buena chica...

—Feliz... —Se giró con rabia y realizó un ejercicio de contención para no pegar a Guzmán. El abogado había sido testigo de cómo lo había tratado su supuesto padre en aquella casa. Sin embargo, lo peor no era el desdén ni el desprecio, sino su indiferencia—. ¿Como mi madre?

—Tendrías que olvidar...

—Nunca olvidaré, Guzmán, jamás.

—¿Qué ocurrirá con la señora Mancia?

—En una guerra todo vale, ¿verdad?

César salió de la habitación. El abogado negó con la cabeza: lo conocía lo suficiente para saber que, si dañaban a esa joven, nunca se lo perdonaría.

***

Mancia evitaba en lo posible, desde la noche de bodas, encontrarse con él. De todos modos, su precaución era innecesaria ya que estaba inmerso en entender los entresijos de una empresa que, gracias al descuido de Jorge, había perdido a importantes clientes y numerosas oportunidades de expansión. Los fines de semana los pasaba encerrado en su antigua habitación infantil que había habilitado como despacho para no cruzarse con ella. No quería volver a casa para jugar de nuevo a las escondidas. Desde esa noche en que la había rechazado, su mujer casi no le dirigía la palabra. No la culpaba: su comportamiento también había cambiado desde que había regresado a esa casa que ya no consideraba su hogar. Aquella palabra le torció los labios en una mueca desdeñosa. Ni siquiera conocía el significado real de lo que implicaba vivir en un hogar. Su madre se había esforzado todo lo posible, pero no había servido de nada. La actitud fría y calculadora de Francisco Dávila la había convertido en una sombra y la había abocado a una depresión que terminó al estrellar su coche contra otro vehículo. Aún volaba sobre él la duda de que su padre era responsable de su muerte, aunque no había hallado nada que lo culpara todavía.

Se restregó los ojos: había usado las lentillas demasiado tiempo. Se desajustó la corbata y decidió que necesitaba una copa. Se adentró en las

calles abarrotadas de turistas del centro. Cerca del barrio gótico existían bares en los que la gente se ocultaba durante unas horas. Antros llenos de perdedores o de personas que, como él, deseaban olvidar sus vidas por unos instantes. El alcohol era malo; el ambiente, mucho más; incluso, la compañía y el lugar. Pero, para el espíritu, resultaba mejor que acudir a la consulta de un psiquiatra.

Mientras tanto, Mancia miraba el reloj de su habitación en aquella inmensa casa. Rara vez salía de allí: de esa manera evitaba encontrarse con el resto de la familia. Normalmente, durante la semana, César no llegaba más tarde de las diez. Había trabajado muy duro desde que se habían casado. Además, ese día su padre regresaba a casa. Prefería esperar a César para conocerlo, pero Francisco Dávila insistió en lo contrario y solicitó su presencia en su despacho. Mancia se contempló una vez más en el espejo: su aspecto le agradó. La ropa que le había comprado César la transformaba en una esposa perfecta con falda de tablas rosas y blusa de seda blanca. Pese a que no se ajustaba a su estilo ni gusto, eran prendas excelentes y muy caras. Respiró hondo y entró en el salón. Francisco Dávila la miró con una mirada dura y curvó los labios en un gesto contrariado, lleno de cinismo.

—¿Tú eres la mujer de César?

—Me llamo Mancia. —Sonrió—. Me alegra que se haya recuperado —comentó ella con una voz cargada de sinceridad.

—César hubiera preferido que no me levantara de esa cama. —Francisco, ayudado por un criado, colocó la silla de ruedas delante de ella.

—No creo que su hijo...

—Ese bastardo no es mi hijo —la interrumpió—. Al final se ha salido con la suya. —La señaló con desprecio, sin dejar de mirar a Guzmán y a Raquel —. Casarse con alguien como tú solo para poner las manos en mis empresas... ¿o piensas acaso que has atrapado a César?

—Yo no lo atrapé —se defendió Mancia.

—Claro que no. Él necesitaba una esposa como tú, una chiquilla imbécil a quien manipular.

Mancia agachó la cabeza ante la certeza de averiguar por qué su marido odiaba a su padre y este a él. César Dávila no era el hijo legítimo de Francisco Dávila. Esa revelación los unía aún más; ambos eran dos bastardos.

—No pretendo gustarle e imaginaba que no me aceptaría. Pero me he casado con César y, lo quiera o no, soy su mujer. Puede insultarme y menospreciarme, sin embargo, nada de lo que diga me separará de él.

César irrumpió en el despacho en ese momento y se sintió orgulloso de que aquella delicada flor, como la había llamado Jorge, plantara cara a un hombre como Dávila. Había escuchado la voz de su padre, clara y ronca, insultar a su mujer, pero la respuesta de ella le arrancó una sonrisa. Rodeó su cintura con las manos para mostrarle su apoyo para enfrentarse a un enemigo común. Mancia se emocionó al notar su contacto. Una ola de

fortaleza la invadió por completo y le sonrió en señal de agradecimiento. Sus nervios estaban a punto de traicionarla; casi había salido corriendo del despacho como una niña.

—Padre, veo que estás completamente recuperado.

—¡Bastardo desagradecido! ¿Cómo has podido casarte con esta zorra de alcantarilla en vez de hacerlo con Vanesa Iborra? Al menos, la hija de Iborra ampliaría nuestro capital. Tu madre se revolvería en la tumba si supiera con quién te has casado.

—No menciones a mi madre —le advirtió, con la voz fría y titubeante a causa de la bebida. Mancia apreció cómo el cuerpo de César se tensaba al pronunciar esas palabras—. Iborra está a punto de una suspensión de pagos —soltó, y Francisco miró a Guzmán para confirmar dicha noticia. El abogado asintió y, tras el mutismo del viejo, César continuó—: Te aseguro que mi madre querría a una nuera como Mancia, y no una víbora calculadora como la hija de Iborra. Te juro que te arrepentirás si vuelves a insultar a mi mujer.

—No me amenaces —le previno su padre—. Cuando tú llevabas pañales, yo aplastaba a cucarachas como ella con la punta de mis botas.

César avanzó un paso, y Mancia lo sujetó del brazo. No sería la responsable de que padre e hijo se lanzaran a una discusión.

—Mancia es mi mujer. Madre fue muy clara en su testamento. —Sus palabras estaban llenas de una doble intención que ella no captó, pero unos segundos más tarde, añadió—: A partir de ahora viviremos en el anexo, fuera de tu vista. Mancia, traslada tus cosas allí —le ordenó. La tomó de la mano y se dispuso a marcharse.

—De paso, recuérdale a tu mujer cuáles son sus deberes maritales.

César se detuvo ante las palabras de su padre, y Mancia negó con la cabeza para evitar la colisión que leía en sus ojos. La joven suspiró, resignada, al comprender que sería más fácil detener un misil Tomahawk que a su marido, quien contestó:

—Por supuesto, tú eres el más indicado para dar lecciones.

César empezó a reír, con una risa que sonó esperpéntica. Había bebido lo suficiente para no controlar la ira que hasta el más estúpido adivinaría en su rostro.

—Por favor, César —le pidió, agarrándolo de la cintura con la intención de alejarlo de allí.

—No te preocupes, Mancia. —Tomó el rostro de su mujer con las dos manos y le dio un beso que le supo a la joven a ginebra—. Es la hora de que sepas de una vez para siempre dónde te has metido. Mi padre engañó a mi madre durante años. Ella no lo amaba, y él no se lo perdonó nunca. Tampoco le concedió la libertad que tanto deseaba. Este gran hombre pretende enseñarme cómo conducir mi matrimonio y dar consejos maritales cuando fue incapaz de conquistar el corazón de una mujer.

—¡Estás borracho! —exclamó su padre visiblemente alterado.

—Sí, padre, estoy borracho y es gracias a ti. Después de todo, madre se suicidó por tu culpa o quizá no fue un suicidio —insinuó César, balanceándose. El alcohol le impedía pensar con claridad.

Mancia observó el odio en los ojos de su suegro, y creyó conveniente alejar a César antes de que dijera alguna otra palabra.

—Cariño, por favor, vámonos —le rogó con una súplica en los ojos que César no pudo obviar.

Él sujetó, de nuevo, su rostro con las manos.

—Eres tan pura que no mereces estar entre esta gente. Lo siento, Mancia, siento haberte arrastrado hasta aquí.

—Vámonos, por favor.

Mancia consiguió llevarlo hasta su cuarto; mientras lo ayudaba a desnudarse, César pronunció palabras sin sentido. Guzmán lo acostó, y ella se quedó a su lado toda la noche. En medio de la madrugada, susurró de nuevo palabras que ella no comprendió en absoluto, pero que lo alteraban lo bastante incluso para gimotear. Retiró su pelo oscuro de los ojos y recorrió con la yema de los dedos su frente. Su suegro ignoraba que no tenía que esforzarse tanto en echarla de aquella casa. Después de once meses finalizaría el contrato. Besó sus labios y acarició con ternura su rostro. Se abrazó a él; al menos, esa noche no la rechazaría.

A la mañana siguiente, César despertó con la sensación de haberse sumergido sin oxígeno en un pozo profundo. Notó un cuerpo cálido acurrucado a su costado. Mancia dormitaba a su lado. La chica lo abrazaba y apoyaba el rostro en su hombro. Le apartó uno de sus mechones rebeldes de la cara, y ella entreabrió los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó, incorporándose con rapidez.

—Me duele la cabeza.

—No me extraña: bebiste demasiada ginebra.

Mancia se bajó de la cama y se retorció las manos; carecía de una respuesta para explicar por qué había dormido en su cama.

—No la suficiente para no recordar la discusión con mi padre. Siento que te insultara de esa manera.

—César... tu padre dijo que tú...

—No soy su hijo.

—Eso no importa —contestó, y sus palabras removieron en el interior de César sentimientos desconocidos para él. Mancia se veía adorable, despeinada y nerviosa, pero aún no había pronunciado las palabras que César imaginaba—. Ayer acusaste a tu padre...

Él se levantó de la cama sin responder. Lamentaba comportarse de esa manera, pero no la involucraría más en sus problemas.

—Estaba muy borracho —se excusó.

Ella asintió, pero ambos sabían que mentía.

8

EN EL PASADO NO ME ENCONTRARÁS

A Mancia el comedor le pareció la sala de un juzgado donde su suegro representaba el papel de juez y el resto de los presentes eran reos acusados por uno o más delitos. César aún no había acudido a desayunar; todos se habían instalado un silencio tenso que nadie se atrevía a romper por miedo a desencadenar una tempestad. Terminó su café aprisa y se dirigió a la puerta. No soportaba por más tiempo el desprecio que irradiaba la mirada de ese hombre.

—Anoche dejamos una conversación a medias —recordó con voz agria Francisco Dávila.

Mancia se giró, despacio, demostrando una falsa tranquilidad que no sentía, pero dispuesta a no dejarse intimidar como casi le había pasado el día anterior.

—No hay nada más que decir.

—Un cheque en blanco para que te largues de esta casa y te divorcies de César, ¿te parecería suficiente motivo para hablar?

Omitió decir que se impugnaría el testamento si lograba que se divorciara de ese bastardo. César debía mantener ese matrimonio y vivir en aquella casa durante todo un año para obtener la dirección de las empresas Dávila. Su difunta esposa le hacía pagar de ese modo cómo había tratado a su hijo todos esos años.

Mancia apretó los puños y tomó aire antes de encararse a su suegro. Pese al sencillo pantalón oscuro y una camisa del mismo color que vestía, irradiaba un aspecto intimidante.

—Un cheque en blanco suena interesante.

Jorge enarcó una ceja, sorprendido; creía que Mancia era diferente. En cierto modo le decepcionó el hecho de que fuera como el resto.

—¿Cuánto quieres?

—No lo he pensado —respondió con una fingida inocencia. —Cogió el cheque que Guzmán había puesto sobre la mesa—. Un bolígrafo, por favor.

El abogado le prestó el suyo y todos aguardaron, expectantes, escuchar la cantidad que escribiría en él. Después, se lo entregó a Guzmán.

—¿Y bien? —preguntó Dávila al abogado.

El hombre disimuló una sonrisa al leer la cantidad.

—La señora Dávila ha escrito cero.

—La señora Dávila no abandonará a su marido y, menos aún, por dinero —afirmó Mancia.

Jorge golpeó con la palma de la mano la mesa con cara de diversión.

—¡Eres valiente, querida cuñada!

Francisco Dávila ordenó al sirviente, que aguardaba en silencio en una esquina, que empujara la silla de ruedas y lo sacara de allí. Raquel lo siguió y, cuando nadie los oía, le dijo:

—Echa a esa zorra de mi casa, o tú saldrás en su lugar.

En el comedor, Mancia emitió un suspiro de resignación. Las batallas con su suegro cada vez eran más encarnizadas y Dávila no se conformaría con una simple derrota.

—Ten cuidado —le advirtió Jorge—. Mi padre detesta perder.

—¿Por qué me odia tanto? —preguntó, sentándose de nuevo.

Después de enfrentarse a su suegro, necesitaba otro café para recuperarse de aquella desagradable escena.

—¡Oh! No es a ti a quien odia, sino a César.

—Es su hijo... —Guardó silencio al recordar que en realidad no lo era.

—César es su sobrino —le aclaró, y rio ante la sorpresa que vio dibujada en el rostro de Mancia tras escuchar sus palabras—. Veo que mi hermano no ha sido muy sincero contigo. Espero que no descubras más cadáveres en el armario.

La joven esbozó una sonrisa para acallar el temor que las palabras de Jorge habían despertado en ella. Cada día averiguaba algo nuevo en la vida de su marido, mostrándole un hombre muy diferente a quien pensaba que era en realidad.

—Creía que tú eras el mayor de los dos.

—¿Lo dices porque seré el sucesor? No, no soy el mayor, pero mi padre quiere que herede la empresa. Odia a César lo bastante para no respetar a nadie en su batalla. Te utilizarán y, cuando no les sirvas, te desecharán como basura. —En su voz, Mancia reconoció un tono de tristeza.

—De todos modos, seguiré casada con César.

—¿Acaso imaginas por qué te eligió a ti?

Mancia debía responder una mentira romántica, sin embargo, Jorge no se tragaría ninguna de estas.

—Supongo que me pondrás al día. —Sonrió de manera forzada al terminar de hablar.

Él asintió y jugueteó con la cucharilla del café antes de continuar. Su rostro por una vez no exhibía esa cínica mirada, sino un gesto adusto.

—Tú eres perfecta para sus planes. No tienes contactos, ni familia influyente y apuesto que te exigió firmar un contrato con unas cláusulas muy especiales antes de casarte. Supongo que ha sido generoso en cuanto a la compensación tras el divorcio. Te usará cómo hace con todo el mundo y luego no lo volverás a ver en toda tu vida.

Escuchar aquellas palabras hirientes y desoladoras le causó un dolor agudo en el pecho; lo peor era que estaban cargadas de verdad.

—Eso que dices son tonterías —se obligó a responder.

—Entonces, espero que no tardes mucho en darte cuenta de lo que vales para él.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo en esta casa tiene un motivo para odiarlo, y tú serás el medio para lograr vengarse de él —Jorge se levantó de la mesa—, querida cuñada. —La besó en la mejilla justo en el momento en el que entraba César en la habitación.

—Te dije que no te acercaras a ella.

—Solo me despedía de una manera fraternal —afirmó con una sonrisa pícara. Luego, la expresión de su rostro se transformó en seriedad al decir—: Piensa en lo que te he dicho, querida —repitió, y rozó intencionadamente el cuerpo de César al macharse del comedor.

—Mi hermano es peligroso, no te quedes a solas con él.

—¿Por qué? Todos en esta casa me apuñalarían por la espalda si tuvieran la oportunidad. Tu padre acaba de ofrecerme un cheque en blanco para que me vaya hoy mismo de esta casa. Por cómo me mira Raquel, parece que ha trazado un plan para que te abandone y tu hermano me ha prevenido sobre las consecuencias de no divorciarme, aunque solo ha coqueteado conmigo de una manera muy burda. Todos en esta casa desean que te deje y me pregunto por qué tanto interés en ello.

César retiró la mirada. Deseaba contarle la verdad y al mismo tiempo la ignorancia la protegería de todos aquellos monstruos. Se despreciaba por convertirla en el cebo para cazar a una pieza más grande. Entretanto, todos se concentrarían en intentar echarla de su vida para impedir que se convirtiera en el sucesor de Francisco Dávila, cuando, en realidad, quería averiguar qué le había sucedido a su madre.

—Porque Vanesa era mejor valor que tú —explicó, sin percatarse de lo insultante de sus palabras—. Dentro de once meses, nos divorciaremos e iniciarás una nueva vida junto a tu madre, libre de la familia Iborra. Es más

de lo que hubieras creído hace unas semanas.

—No me tomes por imbécil. No es solo por Vanesa que montaste este circo. César, me gustaría saber la verdad —le pidió, calmando sus nervios.

—Esa es la verdad. El resto pertenece a mi pasado, y eso no te incumbe.

—¿Siempre fuiste así?

—¿Cómo?

—Un jodido imbécil, bastardo, arrogante, incapaz de comprender que... —ella enmudeció de pronto o lamentaría profundamente sus palabras.

—... que me amas —continuó él con una insensible frialdad—. Te aconsejo que no lo hagas. Eso no era parte de nuestro acuerdo; además, no posees las cualidades necesarias para estar a mi lado.

Mancia se puso en pie, avergonzada, pero sobre todo dolida porque había adivinado sus sentimientos y porque los despreciaba con tanta facilidad.

—Nunca me atrevería a hacerlo —dijo tan humillada que le costaba mantener las lágrimas prisioneras en sus ojos—. Jorge tiene razón: utilizas a la gente y después la desprecias. Eres mucho peor que Vanesa.

—Nunca dije que fuera mejor.

Mancia se sentía tan abochornada que la tensión le cortaba la respiración.

—Es cierto, jamás lo hiciste.

—Mancia, el mundo es cruel, y yo solo trato de sobrevivir. Deberías...

—... hacer lo mismo, pero no soy como tú. Al menos, tu padre es sincero y muestra a todos qué pretende sin manipularlos.

—Siempre he sido sincero contigo en cuanto a lo que sentía por ti.

—Es cierto, pero lamento tener corazón.

Mancia lanzó la servilleta sobre la mesa con fuerza y se marchó conteniendo las lágrimas. Cuando cerró la puerta, César dejó de apretar los puños. No podía aceptar su amor puro e inocente. César Dávila era incapaz de amar, incapaz de perdonar, y menos aún, de confiar. Temía sentir y perder.

***

Varios hombres admiraron la belleza de la joven rubia, vestida de Dior con unas enormes gafas de sol. Vanesa encendió un cigarrillo, mientras esperaba en la cafetería a Raquel. Admitir que César Dávila se hubiese casado con Mancia aumentaba su frustración. Cenicienta había aprovechado la ocasión de ganar un trofeo que no se merecía en absoluto. Tenía que cazar a un hombre como él para poner fin a todos sus problemas económicos; hasta soportar la presencia de esa zorra de Raquel. Se había citado en un restaurante de las Ramblas. Los veladores, ocupados en su mayoría por

turistas, les otorgaban la clandestinidad que requería aquel encuentro.

Vanesa apagó el cigarrillo con fuerza en el cenicero, cuando Raquel se sentó y cruzó las piernas. Envidió la elegancia natural que destilaba la esposa de Francisco Dávila.

—¿Para qué querías verme? —preguntó sin preámbulos Vanesa.

—Necesito que eches a esa basura de mi casa —respondió Raquel a bocajarro. Al igual que la hija de los Iborra, no utilizaba preludios innecesarios.

—¿Tu casa? —preguntó Vanesa con un tono de sorna en la voz—. Esa nunca ha sido tu casa, querida.

—Eso no es asunto tuyo, y sí una mosquita muerta de la que todos hablan. ¿Sabes lo que dicen de ti? Que esa insignificante cualquiera te ha robado una pieza muy grande.

—La recuperaré muy pronto.

—Escucha —la interrumpió con la voz fría y carente de calidez. Se quitó las gafas para asegurarse de que esa niñata la entendía bien—, César es mío. Puedes quedarte con la jodida empresa, hundir al cabrón de mi marido y lanzar al cubo de la basura a Jorge, pero ni se te ocurra tocar a César. Aunque te cases con él, es mío. ¿Entendido?

—De acuerdo. —Guardó silencio cuando el camarero se acercó, tomó nota de sus consumiciones y, al quedar a solas de nuevo, reanudaron la conversación—: ¿Cómo nos deshacemos de ella?

—Jorge nos ayudará. —Raquel torció los labios en una mueca burlona; no solo las ayudaría, sino que disfrutaría con ello—. No lo dudes.

Por una meta en común, encerraría en un cajón el desprecio al que la había sometido la familia Iborra. Raquel trabajó como secretaria del padre de Vanesa y siempre fue amable —demasiado amable—. Su hija, al descubrir las intenciones de su padre, convirtió su vida en un infierno. El destino las unía en una batalla común, pero Raquel no perdonaría cómo la había tratado todos esos meses. Tarde o temprano le lamería las suelas de los zapatos, aunque primero se ocuparía de la esposa del hombre al que siempre había amado y que conquistaría de nuevo.

***

Algo más tarde, Jorge tomaba el sol en la piscina; a pesar de sus vicios aún mostraba un físico agradable. Bebía de un vaso; una botella medio vacía demostraba que no se trataba de la primera copa. Raquel lo observó desde la habitación de Francisco. Esperó a que su marido se durmiera para abordar el

tema con su hijastro.

—Me tapas el sol —protestó Jorge, tumbado en una de las hamacas de la piscina cuando ella se acercó a él.

Su perfume, que conocía tan bien, le llegó antes que ella. Al igual que los recuerdos y esa sensación punzante que padecía cada vez que se encontraban a solas. Siempre amaría a esa mujer, pero también la odiaría con todo su ser.

—Necesitamos hablar de Mancia.

Jorge abrió los ojos al oír el nombre de su cuñada. La invitó, con un gesto de la mano, a que se sentara a su lado.

—¿Qué quieres?

—Echarla de esta casa.

—¿Cómo pretendes hacerlo?

—Acuéstate con ella.

Jorge torció los labios en una mueca burlesca. Pertenecer a una familia de seres tan monstruosos lo convertía casi en un ser digno. Sus adicciones le servían para olvidar su fracaso. Desde niño supo que nunca sería tan bueno como César; también, que esa falta de liderazgo y de ambición habían decepcionado a su padre desde que ambos habían entrado en la adolescencia. Por mucho que hiciera, por mucho que lograra, solo conseguía ser una copia deslucida de su hermanastro. Las drogas y el alcohol le permitían, durante un instante, alejar de él la depresión que últimamente se había aguzado tras el accidente de su madre.

—No está interesada en mí —Bebió un sorbo de su copa e intentó disimular la inquietud que le provocaba revivir la muerte de su madre.

—Ya se te ocurrirá alguna idea para que se lance a tus brazos. Eres encantador cuando quieres.

—¿Por qué debería molestarme en ayudarte?

—Vanesa ocuparía su lugar. —Jorge alzó una ceja sorprendido por sus palabras—. Ella no supondrá un estorbo para ninguno de nosotros.

—¿Permitirías que se casara con Vanesa Iborra?

—Él jamás se casaría conmigo... —confesó a su pesar la mujer.

Vanesa recordó los momentos felices que nunca volvería a compartir con César, como aquella propuesta de matrimonio. Se tragó la rabia y el dolor para no mostrar sus verdaderos sentimientos a Jorge.

—Preferiste a mi padre antes que a mí, y ahora a César antes que a mí. ¿Alguna vez fui algo para ti aparte de otro medio para lograr una vida como esta? —preguntó él, y acarició su brazo con la yema de los dedos. El contacto de aquella piel que tanto había amado lo asqueó de pronto como si hubiera tocado la piel de una serpiente.

Dejó el vaso de ron en una mesa cercana y no se atrevió a mirarla. Sus sentimientos habían emergido a la superficie de su rostro.

—Nunca te amé —reconoció, y sus palabras no lo hirieron más que en

otras ocasiones—. Pero tú tampoco a mí. Tu padre me insultó tantas veces, me despreció otras tantas y te mantuviste callado sin defenderme una sola vez —le reprochó.

Jorge no discutiría aquello: sabía que era cierto y se arrepentía de haberse comportado con tanta cobardía todos los días. Además, su adicción a las drogas había acabado con aquel amor. Aún recordaba los reproches, las peleas y los gritos.

—Era mi padre y tú...

—La mujer a la que amabas —le interrumpió; al tiempo, igual que si despejara su mente de telarañas, añadió—: Eso son viejas historias y tenemos otros problemas.

—¿Y si no colaboro en tu maquiavélico plan?

Jorge ocultó de nuevo sus verdaderos sentimientos y mostró el semblante de indiferencia que mostraba a los demás.

—Entonces, le contaré a César que, el día de la muerte de vuestra madre, tú conducías el coche.

Jorge se incorporó y la miró con los ojos tan abiertos que no parpadeó durante un minuto.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre encuentro los secretos de los demás.

Jorge bebió de un trago la copa y recuperó la compostura. Había muchas lagunas en su mente sobre aquel día. Desde entonces, se emborrachaba y esnifaba cocaína más de lo normal, ya que su conciencia no soportaba el peso de la muerte de su madre. Si César se enteraba de lo que había sucedido ese día, también lo destruiría; lo conocía bien y actuaría ciego por el dolor. Su padre aprovecharía ese momento para vencerlo en esa ciega *vendetta* que ambos protagonizaban desde hacía tantos años. Debía evitar a toda costa que eso sucediera, pese a que silenciarlo supusiera dañar a una joven como Mancia.

—Está bien, os ayudaré —claudicó.

—Empieza esta noche. Damos una fiesta para celebrar la recuperación de tu padre. Te quiero sobrio y sin meterte nada.

—No te preocupes: me comportaré.

***

Esa noche, Mancia se enfrentaba a una dura prueba. Todas las amistades importantes de Francisco Dávila juzgarían a su nuera. A muchas de ellas les había servido bandejas de canapés y copas de champán como una empleada a tiempo parcial en una empresa de *catering* que organizaba fiestas. Le

temblaron las manos al abrocharse el vestido. Emitió un suspiro cuando unos golpes en la puerta le anunciaron que era la hora.

—¿Estás lista? —preguntó César.

Apenas habían compartido una palabra desde la última conversación que Mancia habría borrado de la memoria. Le resultaba extraño representar el papel de una joven pareja de recién casados y, sobre todo, enamorados. Esa noche su marido vestía un traje de Armani que lo convertía en alguien diferente al mensajero que había conocido hacía unos meses. Su aspecto mostraba a un hombre seguro de sí mismo, un triunfador, el hijo de un empresario millonario y el tipo de gente que no se dignaba a desperdiciar un minuto de su valioso tiempo en gente como ella. César se apoyó en el quicio de la puerta, con su fija mirada. El silencio la incomodó todavía más. Mancia se frotó las manos, inquieta. Su marido, con las suyas en los bolsillos, la contemplaba como si fuera un animal en peligro de extinción.

—Espero no decepcionarte —dijo, para romper aquel silencio tan desagradable que le había restado el poco valor con el que se enfrentaría a esa noche.

César no podía retirar la vista de Mancia. Nunca imaginó que aquella mujer, ajena a sus gustos sexuales, revelara un exotismo y sensualidad tan arrolladores que tragó saliva cuando la vio con aquel vestido de estilo vietnamita. La suave tela verdosa caía a sus pies y se ajustaba a su pecho aumentando el tamaño de los senos. Terminaba en un cuello Mao que acentuaba su delicadeza. La tela se arremolinaba alrededor de unas sandalias de tacón alto de color dorado. Mancia se había sujetado el cabello con dos palillos de nácar en la nuca.

—Estás muy diferente —consiguió pronunciar casi con un hilo de voz para no delatar cuánto lo había impresionado y, para qué negarlo, excitado.

Ambos cruzaron sus miradas un instante, y César se dijo que habría deseado quitarle aquel vestido y mandar al cuerno aquella fiesta. En sus ojos advirtió que parte de su inocencia había desaparecido, y él era el culpable de ello. Lanzó un suspiro, resignado, al comprender que él había causado el cambio en ella, un cambio que no le agradaba, y le ofreció el brazo.

—¿Preparada?

—Sí, que comience la función —respondió, y sonrió, con la única intención de acabar con aquella situación tan lamentable.

Bajaron al salón, donde la mayoría de los invitados ya habían llegado. Tras unos minutos de presentaciones, César se alejó con algunos de los más importantes hombres de negocios del país. Mancia se sentía ajena a todos ellos, una extraña en tierra desconocida. Tomó una copa de champán y arrugó el entrecejo al beberla. Jamás se acostumbraría a ese brebaje espumoso que le cosquilleaba en la nariz. Entonces, Jorge la sobresaltó por su aparición inesperada.

—Estás preciosa —le susurró al oído.

—Tú también —bromeó ella.

El hermano de su marido vestía un traje de suaves tonos marrones que resaltaba el color de sus ojos. Su cercanía había dado lugar a cuchicheos entre los invitados. Sus manos en la cintura y su proximidad rayaban lo políticamente correcto entre cuñados.

—Gracias, un heredero debe mirar estas cosas —Se estiró la chaqueta, que le quedaba como un guante. Su rostro mostraba unas ojeras bajos los ojos, pero Mancia juraría que por una vez se mantenía sobrio—. ¿Te apetece una copa?

—Una de vino blanco, por favor —aceptó, y le enseñó asqueada la suya.

Jorge hizo una seña a uno de los camareros, y el empleado se acercó con una bandeja con varias copas de diferentes vinos.

—¿Elegiste tú el vestido? —preguntó, apartándola de él para contemplarla mejor.

—Sí.

—Es algo atrevido —sonrió con malicia—, por eso te miran.

—Lo sé —afirmó ella con convicción.

Escogió ese vestido para demostrarle a toda esa gente que la mujer de César Dávila actuaría como le viniera en gana y sin dar una explicación. Con aquel contrato no obtendría el corazón de César, pero sí su posición. Obvió contarle a su cuñado la discusión que la elección de aquel vestido había ocasionado en su matrimonio.

—Eres muy traviesa.

—Mucho más de lo que imaginas —le confesó ella con cara de contarle un secreto.

Mancia deseaba divertirse esa noche. Todas aquellas semanas en que apenas había hablado una palabra con César habían mermado su humor y su autoestima. La enfermedad de su madre tampoco ayudaba a mejorar su estado de ánimo. Quizá aquella fiesta y la compañía de su cuñado resultaran lo mejor para olvidar sus problemas y a un hombre que siempre la ignoraba.

—¿César también lo imagina? —preguntó, y miró a su hermano. Comprobó que no les quitaba la vista de encima. Por su rostro no se adivinaba qué pensaba, pero Jorge lo conocía lo bastante para adivinar que esa noche en los pensamientos de César solo existía su mujer. Rodeó la cintura de su cuñada y al oído le susurró—: Salgamos, hace demasiado calor.

—No creo que sea buena idea —dudó ella, y fijó la mirada en su marido, quien conversaba con una rubia muy atractiva. Molesta por su indiferencia, aceptó—: También necesito un poco de aire.

Ambos se dirigieron al jardín, y sus pasos los condujeron hasta la piscina. Antes, Jorge tomó dos copas de vino de la bandeja de un camarero. Aguardó a que Mancia se descalzara y le ofreció una que la joven bebió con pequeño sorbos. Después, él se bebió la suya de un trago y se quitó los zapatos. Los

dos, como dos niños, metieron los pies en el agua.

—¿Qué pasaría si te dijera que me gustas?

—Mentir no está bien —dijo ella con una sonrisa, y le dio un empujón con el hombro como castigo.

—Al principio sí, pero ahora...

Jorge la miró directamente a los ojos y le alzó el mentón con una mano. Mancia hubiera deseado que ese hombre fuera su hermano. Imaginó que César le confesaba aquellas palabras; aunque ambos se parecían lo bastante para crear aquella ilusión pasajera, su cuñado no era su marido.

—¿Así piensas seducirme? —preguntó, y se zafó de su mano.

—¿Quieres que te seduzca? —Ella negó con la cabeza a la pregunta y en sus labios se dibujó una sonrisa triste—. La soledad no es agradable, lo sé bien.

Durante un instante, sintió la tentación de dejarse llevar por sus palabras. Saber que le importaba a alguien produjo en ella una emoción cálida.

—Si te hubiera conocido en otro momento, quizás...

Mancia, sin acabar la frase, chapoteó en el agua. Su instinto le advertía que estar allí era una estupidez que pagaría caro. Se levantó para regresar a la fiesta, cuando Jorge, con rapidez, la atrapó de la cintura y ambos se miraron con una tensión contenida.

—Déjame besarte —le pidió él.

La joven no se sorprendió, sino todo lo contrario. Aquel juego era propio de Jorge, sonrió, y él lo tomó como una respuesta afirmativa.

9

SUEÑOS ROTOS

Raquel observó cómo se alejaban Jorge y Mancia de la fiesta en dirección al jardín. Esperó un par de minutos y se acercó al grupo donde conversaba César. Su madrastra exhibía toda su elegancia con un vestido estrecho y negro, que resaltaba el rubio de su pelo y la palidez de su piel. Le otorgaba el aspecto de una actriz de los años veinte, casi una Marlene Dietrich capaz de despedazar a un hombre solo con una mirada. César se disculpó ante sus invitados y la siguió al jardín con la excusa de contarle cierta información importante sobre su padre.

—Tienes dos minutos, o regreso a la fiesta.

—Ten un poco de paciencia —pidió ella, mientras se apoyaba con desgana sobre la barandilla del mirador. Desde allí se veía con claridad la piscina y el resto del jardín, decorado con numerosas luces.

—No hay nada que vayas a contarme sobre mi padre, ¿verdad?

César, molesto, se dispuso a girarse cuando vio a Mancia junto a Jorge en el borde de la piscina.

—Hacen una bonita pareja —dijo Raquel, ahondando en la herida.

—Lo hacen —pronunció e intentó disimular el impacto que le causó la escena de su hermano besando a su mujer. Apretó la barandilla de hierro y dijo—: pero eso tú ya lo sabes. ¿Ha sido idea tuya o alguien más con cerebro ha contribuido a esto? —preguntó, consciente de que su antigua prometida observaba cada una de sus reacciones.

César controló sus emociones. No le daría el gusto de averiguar cuánto le afectaba ver a Mancia en brazos de Jorge.

—Aquí todos jugamos nuestras cartas.

—¿Estás segura de que quieres jugar en el bando equivocado?

Mancia no se resistía y, en cierta forma, eso acabó por enfurecerlo del todo. Escondió los puños cerrados en los bolsillos de los pantalones, preguntándose si su ira se debía a que había lanzado a un cordero a manos de un lobo o porque lamentaba no ser ese lobo. No soportaba más aquella imagen y se dirigió hacia ellos. Esta vez, no toleraría que su mujer lo convirtiera en el hazmerreír entre los invitados.

—¡Mancia! —dijo, esforzándose por enmascarar la furia que amenazaba con desbordar de su interior.

La joven se retiró, abatida, de los brazos de Jorge. En esta ocasión, él la liberó enseguida. No entendía por qué había accedido a ese beso. El vino había ayudado a crear un espejismo al imaginar que Jorge era César y que él, durante unos segundos, la amaba.

—Hermano, ¿a qué viene esa cara?, solo entretenía a tu esposa.

César habría aguantado una disculpa, incluso una broma de cualquier otra clase. Sin embargo, las palabras de Jorge lo cabrearon sobremanera, tanto como para olvidarse de los invitados y de que serían testigos de su actuación. Alzó el puño, lo golpeó, y Jorge cayó a la piscina. César no se preocupó en averiguar si emergería de nuevo. Tomó de la muñeca a Mancia y tiró de ella. A la joven le costaba seguir sus pasos y tropezó con un camarero. La bandeja que sostenía el empleado terminó en el suelo. Si algunos invitados no se percataron del espectáculo que César había protagonizado en el jardín, ahora eran conscientes de ello. Mancia, descalza y trastabillando, subió las escaleras casi en volandas. Cuando entraron a la habitación, César la liberó de su agarre sin mucha delicadeza. Ella perdió el equilibrio y acabó sentada en la cama.

—¿Por qué me ridiculizas delante de todos? ¡Te advertí que no te quedaras a solas con mi hermano! ¡Todo el mundo ha visto cómo lo besabas! —César estaba cada vez más furioso ante el silencio de Mancia.

—No soy tu mujer, solo tenemos un trato.

Sus palabras eran ciertas. Solo existía un documento en el que él se aseguraba de que ella permaneciera a su lado por un año. Nada en aquellos papeles establecía que hubiera fidelidad entre los cónyuges. César se mesó el cabello; intentaba borrar de su mente la imagen de Mancia y su hermano en la piscina, pero aparecía continuamente cada vez con mayor nitidez.

—Si no te importa —dijo ella de nuevo, levantándose de la cama—. Tienes unos invitados a los que atender, y a una en especial que deseaba conocerte muy bien.

Así que la había visto hablar con Cecilia; la chica era una de las modelos que trabajarían en la próxima campaña. Su conversación se había limitado al trabajo.

—¿Qué sucede con Cecilia?

—¡Ah! Se llama así —dijo, y ante el espejo se quitó los pendientes—. Si

tú ligas con una de tus modelos, también lo haré yo con otros hombres.

César la sujetó por los hombros y la obligó a mirarlo. Su proximidad desconcertó a Mancia.

—No quiero aparecer en los noticiarios.

—Quizá para eso lo mejor es no engañar a tu esposa delante de todo el mundo.

Mancia se soltó de sus manos y se encaminó a la puerta, la abrió y con un gesto le indicó que se marchara del cuarto.

—No juegues conmigo, Mancia.

El rostro de César se oscureció. Dio dos pasos hacia ella y el corazón de la joven resonó con violencia en su pecho.

—No te tengo miedo —le interrumpió—, sino lástima.

César estaba a punto de explotar de indignación. Ella sentía lástima por César Dávila, por el sucesor de un imperio; el hombre que podía aplastar sin dudar a una mujer como ella. En su interior, el demonio que habitaba en él escapó por fin de su prisión. Había intentado no dañarla, ni involucrarla en sus problemas para mantenerla a salvo, porque Mancia no pertenecía a ese mundo. Pero había sobrepasado sus límites con creces.

—Tú ganas —dijo, y sin esperarlo, cerró la puerta de un golpe y se apoderó de sus labios, sorprendiendo a la joven.

César borraría los besos insulsos y fugaces de Jorge. La obligaría a olvidar su sabor, el aroma y hasta su recuerdo. Esa noche descubriría que él no solo sería su mejor amante, sino el único y, cuando ambos se separaran, no estaría con ningún otro sin recordar sus manos, sus caricias o sus besos. Marcaría para siempre en ella su presencia. Se adueñó de su boca hasta que no hubo un milímetro que no recorriera con la lengua. Esta vez, nada ni nadie lo detendría, ni siquiera ella. Las manos de César desabrocharon los botones del vestido de Mancia sin dejar de mirar sus ojos. El deseo por ella se había acrecentado, y en su mirada apreció que su esposa también lo deseaba tanto o más que él. Las manos de Mancia pretendieron acariciarlo.

—Será a mi manera —aclaró él, y la agarró de las muñecas.

—César... —susurró la joven.

Se apartó de ella y se sentó en la cama.

—Quiero que te desnudes para mí —le pidió, mientras se acomodaba con indolencia, observándola con cierto desdén. Había fantaseado con aquel momento desde el día de su matrimonio cuando Mancia se quitó el vestido de novia.

Durante unos segundos, su mirada cohibió a Mancia. La joven no tendría otra oportunidad para amarlo, y aquella infantil actuación era su forma de castigarla. César Dávila carecía de corazón, pero esa noche el de ella latiría por los dos. Alzó la barbilla y obedeció su petición.

—¿Por qué? —preguntó, al dejar caer el vestido a los pies.

El conjunto de ropa interior de encaje, en tonos rosados, destacaba sobre la piel acaramelada de Mancia, como las cálidas arenas de una playa inexpugnable.

—Porque eres mía hasta que acabe nuestro contrato.

—Nunca lo seré.

—Pequeña, ya lo eres —dijo, y le hizo un gesto para que se desprendiera de otra de las prendas.

Mancia se quitó el sujetador y mostró aquellos pechos que recordaba tan bien en sus sueños. Deseaba besarlos y acariciarlos hasta que ella gritara de placer o hasta que aplacara el deseo que inexplicablemente despertaba en él.

—Me enseñaste que no soy Vanesa, ni tampoco Raquel. No te atraigo como mujer, solo quieres poseerme para demostrarle a tu hermano que eres mi dueño. Te comportas de una manera tan infantil que no mereces llamarte hombre.

César apretó las sábanas entre los dedos. Las palabras de ella requerían un resarcimiento, pero aún no, todavía no.

—Tendrás que averiguar por ti misma si soy un hombre o un niño. —En sus ojos de color oliváceo se advirtió el triunfo de vencer aquella partida. Mancia retrocedió un paso; hasta ese momento albergaba la esperanza de que él sintiera un mínimo de ternura o amor. Incluso se habría conformado con una pizca de cariño, pero en su mirada no existía nada, ni siquiera pasión ni lujuria, solo dominio y satisfacción. Mancia comprendió que no podía seguir adelante; ante su vacilación, él dijo—: Aún te queda una prenda.

—No voy a quitármela.

Mancia recogió su ropa y se giró para encerrarse en el baño. César fue más rápido, la atrapó de la cintura y la atrajo hacia él. Empezó a besar su cuello y bajó lentamente hasta sus senos marcando a fuego su piel. Trató de resistirse débilmente; incluso lo pisó con la única intención de librarse de sus manos. No era tan valiente para que al día siguiente la despreciara. No podría vivir de esa manera, sabiendo que la utilizaba con el único fin de ganar una batalla contra Jorge. No se rebajaría a ser usada de esa forma, aunque él no pensaba perder aquella guerra con tanta facilidad. Había leído en su mirada y en sus besos la amenaza de que la conduciría al paraíso o al infierno.

—Te advertí que no te entremetieras entre Jorge y yo —dijo, y la alzó del suelo para tumbarla en la cama—. Desoíste mis advertencias y ahora pagarás las consecuencias.

César se apoderó de nuevo de su boca, y sus manos descendieron peligrosamente hasta sus caderas. El peso de su cuerpo sobre el de ella le provocaba una sensación tan placentera como turbadora. Entonces, las manos de Mancia actuaron por voluntad propia cuando ella tiró de su camisa y besó su torso y mordisqueó su pecho. Resultaba tan excitante que él la

atrajo más hacia sí. La piel acaramelada de Mancia resaltaba sobre la suya, algo más blanca. Introdujo los pulgares entre el encaje y la piel de su mujer. Lo miró fijamente a los ojos y vio aceptación en ellos. César bajó sus bragas a la vez que acariciaba con una suavidad enervante sus muslos. Después, besó sus pechos, mientras sus dedos palmeaban con suavidad la piel del pubis de Mancia, retrasando el momento intencionadamente. El tiempo se transformó en una larga espera, cuya finalidad consistía en que deseara mucho más; quería que le rogara poseerla. Le demostraría que, a pesar de lo que sucediera entre ellos, nunca lo olvidaría y jamás encontraría a otro hombre como él.

—César...

—¿Qué, pequeña?

—Por favor... —rogó.

—Pídemelo, Mancia.

—No... —contestó resistiéndose a reconocer la verdad.

En cambio, Mancia le desabrochó los pantalones y él se los quitó sin dificultad. Luego, la contempló abierta a él, deseosa de ser amada, con los labios entreabiertos por la pasión y el pecho palpitante.

—¡Dios! Lo siento. Mañana lo lamentarás, y yo también.

César Dávila entró en el interior de Mancia Expósito y supo por primera vez qué significaba la palabra *hogar*. Mancia arqueó la espalda, mientras César se internaba aún más en ella. Para ayudarlo, se aferró con fuerza a sus hombros. Ambos bailaban al compás de sus propias necesidades sin tener en cuenta las del otro. El cuerpo de su pequeña mujer vibró de placer cuando alcanzó el éxtasis, y él escondió el rostro en la oquedad de su cuello aspirando el aroma de su piel.

—Te quiero —susurró Mancia.

César sonrió con tristeza, sin pronunciar una palabra, mientras admiraba su belleza y su inocencia. Esa noche, su mujer se había convertido en otro de sus sueños rotos al comprender que se alejaría de ella para protegerla de su familia.

***

Mancia abrió los ojos y recordó lo sucedido la noche anterior. No la había despertado antes de marcharse. Se levantó de la cama dispuesta a enfrentarse a un nuevo día. Todavía sentía las caricias de César en la piel, la pasión que había avivado en ella y que difícilmente olvidaría con otros besos ni otras manos. Incluso su aroma permanecía en las sábanas; las olió un poco más y una sonrisa apareció en su rostro al revivir los momentos en los que él

la había amado. Como una niña el día de su cumpleaños, se apresuró a ducharse y vestirse para bajar al comedor. Allí esperaba encontrarse con César. En cambio, tropezó con Raquel, quien la contempló con una nota de superioridad que sonrojó sus mejillas. Todo en ella rebosaba buen gusto y elegancia, mientras que Mancia difícilmente podía disimular la noche de pasión que había vivido con su marido. Decidió ignorar al resto de los comensales y se sirvió un café; se sentó a la mesa y Raquel dijo:

—Buenos días y enhorabuena por ser noticia. Página dos.

Le arrojó el periódico de esa mañana. Mancia lo recogió al vuelo y leyó el comentario sobre el apasionado beso con Jorge y el desenlace de ese incidente. La joven guardó silencio. Bebió el café y continuó como si no hubiera pasado nada. No estaba segura de cómo se tomaría César aquel inesperado giro de los acontecimientos. Le había contado que no le agradaba aparecer en los periódicos. Disimuló su malestar y mordió una tostada. Lo último que quería era demostrarle a su familia política lo preocupada que estaba por su marido.

—¿Lo ha visto César? —preguntó sin atreverse a mirarla y rezó para que no hubiera notado cómo le temblaba la voz.

—Por supuesto, me encargué yo misma de enseñárselo.

—Seguro que también filtraste la noticia a la prensa.

—Debía hacerlo. Jorge estuvo de acuerdo conmigo en montar ese jueguecito. —Mancia reflejó el asombro de aquellas palabras en su rostro, pero Raquel siguió hurgando en la herida—. ¿En serio creías que le gustabas? —preguntó con desdén—. Por favor, nunca elegirían a una muchacha de barrio; solo vales para un fin, querida.

La entrada de su suegro en escena acalló la conversación entre las dos mujeres. En su silla de ruedas se asemejaba más a un rey en su trono que al de un enfermo. Vestía, de manera informal, una sudadera y unos pantalones deportivos. Era un hombre muy diferente al que había conocido a su llegada. Imaginó que todo lo sucedido con César lo había rejuvenecido. Mancia se puso en pie para marcharse. No se portaría con educación si la insultaba Francisco Dávila. La asqueaba haber participado involuntariamente en aquel sádico juego. Después de amar esa noche a César, no quería que el frágil lazo que los unía se rompiera por culpa de una situación que ni siquiera era cierta. Se sintió como una estúpida por confiar en Jorge.

—¿Has pensado cuánto quieres después de convertir a César en el hazmerreír de todo el mundo? —preguntó con buen humor Dávila—. Me has hecho feliz con esto —señaló el periódico— y te recompensaré con el doble de la cantidad que escribas en el cheque.

Un criado le sirvió una taza de café. Francisco volcó dos cucharadas de azúcar y lo removió con energía.

—¿Cómo puede ofrecerme algo así? Es despreciable. César se sentirá humillado; su esposa fue la causante y su hijo, el ejecutor.

—Y tú, la zorra que lo engañó —dijo, dejando a un lado la cucharilla. Con las dos manos se acercó la taza a la boca y cerró los ojos un instante para oler el aroma del café recién hecho.

—¡Basta! —exclamó Mancia con los puños apretados tras perder la paciencia—. No consentiré un insulto más.

—¿Qué piensas hacer al respecto? Es mi casa, mi dinero y «mi hijo» —pronunció con desprecio.

Mancia encaró al hombre que César odiaba tanto. Francisco Dávila carecía de escrúpulos, era un manipulador sin sentimientos ni conciencia. Comprendió el infierno que había supuesto para César vivir en aquella casa.

—Es cierto —dijo con una sonrisa fría—, pero «su querido hijo» —esta vez ella marcó con fuerza dichas palabras— quiere que siga a su lado. Así que, mientras él no desee lo contrario, nada ni nadie conseguirán que lo abandone, ni siquiera alguien como usted.

Francisco guardó silencio, evaluó de arriba abajo a la joven, alzó una ceja y tomó un sorbo de café. Mancia vaciló un instante; su suegro no se retiraría de una contienda tan fácilmente. Cuando lo escuchó hablar de nuevo, supo que ese hombre sabía destruir a sus adversarios en el cuadrilátero.

—Raquel, hoy es el cumpleaños de César; haz que Aurora lo visite.

Sus palabras fueron puñales clavados en el corazón de la joven, pero no se rebajaría a preguntar por la identidad ni la relación que unía a esa mujer a César. Se giró y salió de la habitación temblando de rabia y rencor. En el camino, se encontró con Jorge; también llevaba un ejemplar del periódico.

—¿Cómo pudiste?

—Lo siento, Mancia, César no ganará esta partida.

—Entiendo que tu padre lo odie tanto, ¿pero tú?

—Ya te he dicho que no lo odio. No comprenderías que esto lo hago para evitar que mi hermano se convierta en alguien como mi padre. Son más parecidos de lo que tú crees.

—¿Y todo esto lo ayudará?

—A veces, cuando lo perdemos todo, somos capaces de ver con claridad lo importante. Algún día me lo agradecerás.

A punto estuvo de derramar unas lágrimas de impotencia cuando Jorge se dirigió al comedor; aquella familia era un nido de víboras. Pensó en César, en su niñez y adolescencia, en sus cumpleaños en soledad y, después de lo que habían vivido esa noche, su corazón se enterneció al imaginar su decepción ante una madre depresiva y un padre inexistente. Decidió que ese año su cumpleaños sería muy diferente; le prepararía una tarta. Sería la mejor manera de afrontar a César tras la noche que ambos habían compartido. Además, dudaba que nadie en aquella casa lo felicitara, salvo esa tal Aurora. Los celos extendieron sus tentáculos con precisión por todo su corazón, pero decidió enterrarlos y concentrarse en la tarea de cocinar la mejor tarta del mundo.

Después de varias horas elaboró una tarta de cumpleaños digna de un gran repostero. El bizcocho de textura esponjosa sabía ligeramente a limón. La cobertura de chocolate se derretía en el paladar, revelando notas de chocolate amargo y licor de naranja. Ignoraba todo sobre su marido; hasta la edad. Así que puso solo una vela, decoró la tarta con perlas doradas y escribió «Feliz cumpleaños» con azúcar caramelizada. Algo más íntimo podía malinterpretarse. También cocinó un par de tartaletas de manzana para el resto de los empleados. Con su preciada carga se dirigió a la oficina de César. Allí, la recibió Guzmán. El hombre la presentó al resto de personal. Mancia entregó las tartaletas y todos, sin excepción, las celebraron con entusiasmo. En cambio, Paulina, la secretaria de César, una mujer en la cincuentena, se mostró incómoda cuando apareció en el despacho de su marido.

—Señora Dávila, su esposo se encuentra en una reunión —le aseguró. Durante un segundo, su rostro se desvió hacia la puerta del despacho.

—No importa. El señor Guzmán me ha dicho que no tardará mucho en regresar.

—No creo que sea... —vaciló la mujer— ... muy buena idea. Lo espera una visita.

—Entonces, entraré y dejaré su pastel de cumpleaños —dijo con una inocencia que conmovió a Paulina.

—Será mejor que no lo haga —terminó por confesar la mujer.

Mancia advirtió en sus ojos cómo la miraba con lástima.

—¿Por qué, Paulina? —preguntó, enfrentándose directamente a la mujer.

—No le gustará averiguarlo.

Mancia esbozó una sonrisa triste al intuir quién se hallaba en el despacho.

—¿Él lo sabe?

Paulina asintió sin contestar. Mancia abrió la puerta del despacho de César. La tal Aurora era mucho más bella que Vanesa, más imponente y elegante que Raquel y más carismática que cualquiera de las dos. Si tuviera que compararse con ella, Aurora Tagot, como se llamaba la mujer de pelo rubio, esbeltas piernas, suave rostro y sonrisa complaciente que la miraba sentada en la silla de su marido, era una flor exótica y única. Ella era solo una flor de campo, un matojo que pisotearían sin ni siquiera conmover a nadie. Mancia clavó los ojos en ella, y la mujer fijó los suyos en la joven. Sus largas pestañas adornaban unas pupilas verdes, brillantes y sensuales.

—¿Es la tarta? Gracias por traerla de casa. Raquel me avisó que vendría —dijo con una voz aterciopelada que contrajo las entrañas de Mancia. La trataba como a una de las sirvientas de la casa de los Dávila.

Mancia guardó silencio. Estaba tan conmocionada que no aclaró que era la mujer de César. Su marido había escogido a su sustituta y debía felicitarlo por la elección: era perfecta. Las manos le temblaron y casi se le cayó la caja

al suelo. Despacio, consciente de que había perdido la guerra antes de plantar batalla, puso la tarta sobre la mesa. Sin decir una palabra, se marchó aprisa o se derrumbaría delante de esa mujer. «Era una estúpida», se dijo, furiosa consigo misma. Dentro de poco César no se acordaría ni de su nombre. Esa noche no había significado nada para él: solo satisfacer el deseo de vencer a su hermano.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Paulina al contemplar el rostro pálido de la mujer de su jefe.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Claro, señora Dávila.

—No le diga a mi marido que he venido.

—No se preocupe, no lo sabrá por mí. Siento...

—Gracias —la interrumpió. Lo que menos necesitaba era que aquella mujer la consolara; si lo hacía, no saldría de allí conservando algo de su dignidad.

No obstante, el día no había terminado para Mancia. Vanesa la aguardaba a la salida con el periódico en la mano.

—No creía que fueras tan casquivana ni tan lista —observó con malicia.

—No estoy de humor para tus ridículas palabras.

Mancia se adelantó unos pasos y prosiguió su camino. Se sentía tan desilusionada como furiosa. En esta ocasión, no se contendría ante los insultos de Vanesa si la provocaba de esa manera.

—Supongo que Jorge es más fácil de manipular que César. Además, eres más adecuada para Jorge que para su hermano. Él las prefiere sofisticadas, y tú ni siquiera te acercas a la sofisticación más elemental.

—Por favor, Vanesa, hoy no es el mejor día para esto. Te recuerdo que, sofisticada o no, sigo siendo la mujer de César Dávila. Compréndelo de una vez y no inventes chismes que perjudiquen a los demás.

—Querida, ¿crees que me importa lo que te pase? Por mí puedes hundirte en la inmundicia como le sucedió a tu madre. Serás la digna heredera de mi «nana» —dijo con tanto desprecio que fue como si la golpeara.

—No metas a mi madre en esta conversación —le advirtió Mancia.

Esta vez, la provocación era tan malintencionada que su paciencia no aguantaría otro asalto como ese.

—Hablaré de ella cuando y como quiera. Tu madre destrozó a mi familia «metiéndose» —recalcó la palabra con más intensidad que el resto— en la cama de mi padre.

La joven había tenido un día difícil y no soportaría un agravio como ese. Mancia la abofeteó sin medir las consecuencias. Vanesa no se defendió, pero miró hacia un lado de la calle. Un tipo, con una gorra y una cámara, asintió con la cabeza. Al día siguiente, toda la prensa sensacionalista publicaría la fotografía de la esposa de César Dávila abofeteando a Vanesa Iborra, la futura candidata a convertirse en la nueva mujer del sucesor de los Dávila.

10

¿QUÉ SOY PARA TI?

La inesperada visita de Aurora agradó a César. Esa mujer había sido su amante, su amiga y su confidente en la adolescencia. Ambos tenían padres incapaces de amar a sus hijos y los dos, durante los malos momentos, se consolaron mutuamente. En ese momento, todas aquellas vivencias eran bellos recuerdos de unos años pasados y de una amistad que compartirían para siempre.

—Me alegra verte —dijo él, y la besó en las mejillas.

Cuando no trabajaba como modelo publicitario, Aurora vestía con ropa sencilla y sin adornos. Por supuesto, descartaba los zapatos de tacón alto por unas cómodas deportivas. Apenas se maquillaba y se sujetaba su larga melena en un recogido nada sofisticado.

—A mí también me alegra. No podía olvidar tu cumpleaños.

Aurora acomodó los pies en la mesa de César y reclinó la silla; igual que cuando eran adolescentes le ofreció un chicle que sacó del bolsillo de su pantalón. Él aceptó la ofrenda, se desajustó la corbata y se remangó las mangas de la camisa.

—¿Mi cumpleaños?

Ni siquiera se había acordado del día de su nacimiento. Esa mañana, César había despertado en brazos de Mancia; la sensación lo desconcertó tanto que huyó como un cobarde para no enfrentarse a ella. Su mujer le había entregado su corazón esa noche. Esa chica llevaba escrito en la frente sus emociones, y él no sabía cómo lidiar con ellas.

—Sí, todavía recuerdo qué día es hoy —dijo Aurora, al ver cómo en el rostro de César emergían diferentes impresiones que no llegaba a identificar.

—Gracias —dijo, y prestó atención a su amiga o se daría cuenta de que no estaba atento a sus palabras. Pensaba que Aurora era capaz de leer su mente y en ella, en ese instante, solo encontraría a Mancia.

—Esto es para ti —dijo, acercándole la caja de la tarta.

—No debías haberte molestado.

En el fondo, notó un sentimiento cálido por el regalo. Hacía mucho tiempo que no celebraba su cumpleaños de ninguna manera.

—No ha sido ninguna molestia —reconoció ella con una sonrisa encantadora y sensual—. Te invito a un restaurante que hay en la esquina. Preparan unas chuletas maravillosas.

—Eso me parece perfecto. Después nos comeremos esa tarta.

Aurora tomó el brazo de César y abandonaron el despacho. Paulina observó a la pareja y movió negativamente la cabeza al recordar a la joven e invisible mujer de su jefe.

***

Entretanto, Mancia se recuperaba del encuentro con Vanesa y la decepción sufrida con César en un bar de perdedores llamado *el Bajamar*. El dueño observaba a la joven con vaqueros y un bolso de marca. La muchacha se había sentado en una de las mesas y pedido una botella de ron. Ninguna de las chicas que trabajaban en el bar la conocía del barrio. Mancia le entregó un billete de cien euros, y el dueño decidió no molestarla. A veces, uno tenía la suerte de toparse con gente que pagaba por el anonimato; quizá aquella muchacha fuera una de ellos. Pero no aguantaría una botella de ron sin desplomarse sobre la mesa. Se aseguraría de que no le causara problemas. Se acercó a la mesa, cuando vio que era incapaz de rellenar el vaso.

—Quiero otra —pidió ella con decisión.

—Será mejor que te marches, guapa —le aconsejó.

—Tengo dinero, mucho. —Registró con manos temblorosas dentro del bolso y sacó otro billete de cien euros—. Espero que esto acalle su conciencia —dijo, mientras lo miraba con los ojos entornados a causa de la borrachera.

Sin embargo, junto al billete había un trozo de periódico. El dueño leyó que se trataba de la mujer de uno de los Dávila. Aquella muchacha había aparecido en todos los noticiarios, prensa y programas del corazón. Le había puesto unos señores cuernos a su recién estrenado marido con su cuñado. Suponía que se había ganado aquella botella. Se preguntó quién debía ser el afortunado de contestar esa llamada: su amante; tal vez ya no le interesara,

pero estaba seguro de que el cornudo pagaría por no salir de nuevo en primera página.

***

César había terminado de comer la tarta de chocolate y reconoció que estaba deliciosa.

—Ignoraba que eras tan buena cocinera... nunca he comido un dulce tan rico —le dijo a Aurora. Su amiga quiso aclarar que desconocía quién era el pastelero. Entonces, el teléfono acalló cualquier respuesta—. Lo siento, debe ser urgente, es mi número personal. ¿Sí?

—Soy el dueño del Bajamar —dijo una voz ronca de fumador al otro lado de la línea.

—¿Quién?

—Usted no me conoce. Escuche con atención: su guapa mujer está en mi bar y le aseguro que ha bebido lo bastante para ocupar de nuevo la primera plana.

—¿Qué quiere? —preguntó con la voz acerada.

Aurora presenció cómo su amigo se incorporaba del asiento con diligencia y su rostro se oscurecía. Lo conocía lo suficiente para saber que controlaba la ira para no estallar. Quien hubiera ocasionado esa furia lo pagaría muy caro.

—Una pequeña recompensa por cuidar de ella hasta que usted la recoja. ¿Me entiende?

—Por supuesto. Deme la dirección.

En su plan, Mancia atraía la atención de todos los miembros de su familia, y no de la prensa. No comprendía por qué se enojaba y se preocupaba tanto. Solo habían firmado un contrato. Pronto, ni siquiera ese papel los uniría. Sí había cometido la estupidez de acostarse con ella. Imaginaba los motivos que la habían empujado a emborracharse, y eso no mejoró su malhumor. No se trataba de ella, sino de él. Necesitaba tiempo para destruir el imperio de Francisco Dávila. Hasta entonces, se prometió que intentaría no dañar a Mancia.

—Debo irme —dijo a Aurora.

—¿Problemas en el Paraíso?

—Sí, pero esta vez no se trata de Jorge.

—No andará muy lejos —le aseguró Aurora. Recordó las veces que César ayudó a su hermano tras una borrachera o por un viaje de caballo demasiado bravo. Se puso en pie para marcharse con la esperanza de que Jorge no

complicase aún más la vida de su amigo—. Tenemos que quedar de nuevo para presentarme a tu mujer.

Aumentó su disgusto cuando mencionó a Mancia, y Aurora prefirió no insistir. César había hablado poco de ella durante la comida. Dicha actitud le demostraba que había una oculta intención en aquel matrimonio. Su amigo era un hombre testarudo, incapaz de mostrar sus sentimientos ni sus emociones. Dicha incapacidad lo volvía el ser humano más frío del planeta cuando, en realidad, era más vulnerable de lo que aparentaba, aunque a muy pocos enseñaba esa forma de su naturaleza. César había amado con todo su ser a una mujer que lo había engañado con su hermano, humillado al entregarse a su tío y acusado de un delito que no cometería jamás. El dolor le obligó a ocultar su maltrecho corazón tras una coraza difícil de romper. Desconocía a la mujer de su amigo, pero esperaba por el bien de ambos que tuviera la paciencia y la valentía para salvarlo de esa oscuridad en la que se encontraba.

***

El Bajamar era un antro tan corrompido por el tiempo y la dejadez que al abrir la puerta recibió una bofetada de desaliento y frustración.

—Mancia —dijo, controlando la voz para no levantar a su mujer y zarandearla hasta que se le pasara la borrachera.

La cabellera de la chica se soltó de su sujeción en la nuca. La melena que durante esa noche había entretejido con sus dedos cayó a la espalda de ella en mechones desordenados.

—¿Qué haces aquí?

«Impedir que cometas una estupidez», pensó. En cambio, guardó silencio al advertir cómo el dueño del bar se acercaba a la mesa.

—¿Es usted su marido?

—Lo soy. —César sacó la cartera y le dio cuatro billetes de quinientos euros—. Ahora, déjenos en paz —dijo, con un tono de voz autoritario.

—Nadie los molestará.

El dueño hizo un gesto con la cabeza ,y las dos chicas desaparecieron del bar.

—Mancia, vamos a casa —dijo, y la tomó del brazo.

—¿A casa? ¿Qué casa? —preguntó ella con los ojos entornados por el alcohol y la voz pastosa a la vez que se soltaba de sus manos de un manotazo.

—Vamos —ordenó, ignorándola.

—¡No! Regresa con Aurora y así podrás jugar a las casitas. —Rio, y cogió

la botella y se la llevó a la boca. Él se la quitó y la dejó en la mesa—. ¡Márchate de una puta vez, señor dueño de un imperio! —dijo ella, con una sonrisa. De pronto, la seriedad ocupó su semblante antes de decir—: ¡Odio esta ropa! ¡Solo sirve para mujeres como tu querida Aurora! —Mancia se apoderó de nuevo de la botella y se retiró unos pasos para que él no se la quitara—. Con sus deportivas de marca, sus pantalones de marca y esa melena larga y rubia... —No terminó la frase porque bebió un trago de ron.

César se preguntó cómo sabía que había estado con Aurora esa tarde, pero no era el momento de interrogarla; tampoco, presenciar un ataque de celos.

—¡Estás borracha! Basta ya de comportarte como una niña celosa.

De nuevo, César la sujetó del brazo e intentó sacarla del bar.

—¿Por qué yo? —preguntó, y esta vez las lágrimas sí brotaron de sus ojos, dolida, porque César Dávila tenía razón: se comportaba igual que una mujer celosa—. ¿Era divertido? Mancia, el felpudo de los Iborra, a partir de ahora sería tu felpudo —dijo, y se balanceó peligrosamente hacia un lado—. ¿No disponías de otra a la que dañar? Porque te daba lástima o porque me enamoré de un héroe de pacotilla. ¡Dios! ¡Soy tan estúpida! —balbuceó y en esta ocasión César la retuvo entre sus brazos o se habría estrellado contra el suelo—. Debo ser una diana fácil para todos vosotros, alguien a quien pisotear y usar para vuestros propósitos...

Mancia lo miró con aquellos ojos que siempre le recordaban a unos mandalas orientales. Con cuidado, colocó uno de los mechones de ella tras su oreja y con delicadeza acarició su mejilla.

—Hablaremos cuando estés sobria.

—No hay nada que decir, ¿verdad? —Mancia se liberó de sus brazos.

Los ojos de Mancia mostraban el amor, tristeza, ilusión y desesperanza que sentía desde esa mañana.

Por su parte, César pensó que podría decirle una mentira piadosa con la que suavizar aquella situación, pero era más seguro mentir que amar.

—No, solo tenemos un contrato, y pronto ni eso nos unirá.

Mancia asintió y tambaleándose llegó hasta la puerta. Después, no retuvo por más tiempo el vómito.

***

Vanesa abrió el periódico donde habían publicado la imagen de Mancia Dávila cuando la había abofeteado en la puerta de las oficinas de los Dávila. Deseaba con ansiedad que César también leyera aquella noticia. Ignoraba que él no solo la había visto, sino que esperaba una explicación de su mujer,

quien padecía un fuerte dolor de cabeza por la resaca y apenas recordaba qué había sucedido el día anterior.

—¿Qué es esto? —preguntó él, y le enseñó el periódico.

—Es cosa de Vanesa.

La joven hizo una pinza con los dedos en el puente de la nariz por un intenso pinchazo en la sien. No contaba con las fuerzas ni las ganas de entablar una conversación, aunque por el tono de voz de César creía más que se trataba de una discusión.

—¿Qué ocurrió?

César procuraba conservar la calma, algo difícil al contemplar a su mujer cómo se deslizaba de la cama en ropa interior hacia el cuarto de baño. Por un lado, se resistió a la tentación de tumbarla en aquella cama y repetir la pasión que habían compartido una vez. Mancia le creaba un conflicto interno contra el que no se había preparado ni había previsto al diseñar su plan de venganza.

—No es tan difícil de entender —respondió con una nota de desprecio y cansancio en la voz.

—Mancia... —dijo él, sujetándola del brazo.

La joven alzó el rostro y fijó sus ojos en los de César; su color se asemejaba al puro aceite de oliva. Unos ojos por los que había perdido la cabeza y el orgullo. Ansiaba que acabara el contrato y alejarse de allí y de él. Le había quedado claro qué sentía por ella; también, que había encontrado una sustituta. A partir de ahora no supondría un obstáculo para los planes que hubiera trazado su marido.

—No te preocupes, pronto me marcharé.

Él pretendió añadir algo más, pero la mirada de Mancia acalló sus verdaderas palabras.

—Perfecto, hasta entonces compórtate con dignidad mientras seas la mujer de un Dávila.

Esas palabras sí alteraron a Mancia. Él le hablaba de dignidad, cuando no escondía ante los empleados de su oficina la relación con Aurora. El rostro de Mancia cambió de color; su palidez se transformó en un rojo intenso. Sí, era la mujer de un Dávila, y cada día se arrepentía más de haber aceptado su propuesta. Se soltó con rabia de su mano y colocó las suyas en la cintura. La imagen que mostraba era belicosa. Sus ojos brillaban con tonalidades verdosas y con tanta pasión que parecían dorados. Al principio, su voz desapareció de la garganta; tan solo apretaba los labios y con un dedo señalaba a César. Su otra mano reposaba con beligerancia en la cadera. Agitó el dedo delante del rostro de César sin importarle vestir solo su ropa interior, y por fin dijo:

—¡Dios! Dame paciencia, por favor.

César retrocedió un paso cuando ella continuó moviendo el dedo delante de su rostro.

—Mancia, yo...

No le apetecía pelear con ella.

—¡Cállate! ¡Yo, yo, yo...!—La voz aguda de Mancia no tranquilizó a César. Ella siguió con decisión. Acorralado, chocó contra la pared. Podía apartarla, y su pequeño cuerpo no resistiría su fuerza, pero se contuvo de finalizar su arrebato de cólera. Sentía curiosidad por averiguar cómo concluiría aquella contienda. Su mujer era la imagen más sensual que había visto en mucho tiempo—. ¿Alguna vez te has puesto en el lugar del otro? Supongo que no. Un Dávila no se rebajaría tanto. ¡Dios! ¡Qué dolor de cabeza! —gritó por otra punzada.

—Tómate una pastilla —le aconsejó él.

César intentó rodear su cintura; su cuerpo le exigía aproximarla a él, pero ella gritó:

—¡Una pastilla! ¡Una pastilla! —Recobró su estado y de nuevo se enfrentó a su marido.

—Sí, una pastilla y un café te sentarían bien...

—¿Sabes lo que me vendría bien? —le interrumpió, acercándose a él de una manera peligrosa.

César controlaba las ganas de abrazarla y besar su cara enrojecida por la furia.

—Una pastilla... —dijo, y alzó una ceja a la espera de cómo reaccionaría de nuevo ante su comentario.

—¡Joder con las putas pastillas! ¡No, no me vendría bien una pastilla!

—¿Entonces... ? —preguntó con curiosidad César, acercándose a ella. Quizá la hubiera malinterpretado y quería lo mismo que él.

Mancia retrocedió un paso al advertir sus intenciones. Si la tocaba, ambos terminarían en la cama y para él solo sería sexo. Anhelaba tanto sentir sus manos recorrer cada centímetro de su cuerpo... pero, después, la destrozarían la soledad y su indiferencia. Le había confesado que lo amaba, sin embargo, él se mantenía indiferente a sus sentimientos. No jugaría más con fuego, ya se había quemado lo suficiente el corazón.

—Perderte de vista: eso me quitaría el dolor de cabeza.

Mancia se giró en redondo, rozó con su larga melena el rostro de él y se adentró en el baño. César permaneció un instante en el mismo lugar, mirando la puerta cerrada del baño. Necesitaba tranquilizar el pulso y la excitación que su mujer había despertado en su entrepierna. Para ello escribió una nota y la puso sobre el tocador. Esa noche volarían rumbo a Madrid. Asistirían al desfile de modas Madrid Fashion Week y lo haría acompañado de su mujer, con su dolor de cabeza o sin este.

Mancia leyó la nota dos horas más tarde. Quizá salir de aquella casa le despejara los nervios y limara las tensiones que habían surgido entre ellos. Admitir una derrota: su relación con César, que por otro lado, nunca había existido, era una de ellas. Esa misma noche tomaron un avión con destino a

Madrid. Durante el viaje, apenas se dirigieron la palabra. César trabajó en unos documentos todo el tiempo y ella estudió nuevas recetas. Al llegar, la condujo a un hotel situado en la Gran Vía. Por supuesto, se trataba de uno de los mejores. César había tenido la delicadeza, o la venganza, de reservar dos habitaciones. En esa ocasión, lo agradeció, aunque al día siguiente, actuara como la mujercita encantadora que el empresario César Dávila había rescatado de la miseria. Incluso, le había impuesto su ropa. Eso la llenó de rabia y lanzó el vestido al suelo. Ese hombre era insufrible. Ni siquiera pegaba con ella. Llamó al servicio de costura del hotel y, en menos de media hora, modificaron su vestido. Alargaron la falda, justo sobre las rodillas, y la ajustaron en las caderas para darle un toque estilo años cincuenta. Se calzó unos enormes tacones y decidió que luciría un escote generoso. Si César Dávila se proponía esconder a su mujer bajo una ropa pensada para alguna de sus amantes, estaba muy equivocado. Se decidió por un moño italiano y se maquilló con cierto aire *vintage*. El resultado le agradó. Confiaba sobresaltar a César lo bastante para estropearle el viaje. Se negaba a presentarse como una heroína rescatada por un príncipe. Ella no precisaba de príncipes ni de sucesores. Había luchado toda su vida para sobrevivir. Se contempló una vez más en el espejo y se dijo que era hora de demostrarle al mundo y, sobre todo a César, quién era Mancia Expósito. Habían quedado en encontrarse en el desfile; Guzmán la acompañaría. Cuando el abogado la recibió en el *hall* del hotel, le lanzó una mirada admirativa.

—César no se pondrá muy contento —le advirtió, guiñándole un ojo.

—Eso ya lo sé, y estoy deseando verlo. —Le devolvió el guiño, y su rostro exhibió una traviesa belleza que encandiló a Guzmán y atrajo la atención de algunos de los hombres que se encontraba en el *hall* del hotel—. No soy ninguna de sus mujeres.

—Eres mejor que cualquiera de ellas —aseguró el abogado, y le ofreció el brazo—. Espero que César también lo descubra antes de que sea tarde.

Mancia sonrió complacida. Contar con el beneplácito de Guzmán le había subido la moral y la autoestima.

—Él nunca se dará cuenta. Carece de sentimientos, ya me lo ha dejado claro.

—Mancia... —dijo su nombre por primera vez— está muy equivocada.

Ella lo miró y negó taxativamente sus palabras.

Guzmán guardó silencio. No era a él a quien le correspondía explicarle la vida de aquel muchacho. Había empezado a trabajar en la casa de los Dávila hacía más de treinta años. Y fue testigo de cómo el niño intentó ganarse el afecto de Dávila, quien lo odiaba solo por su existencia. César creció sin obtener el respeto de un hombre que oficialmente se había convertido en su padre. Cuando nació Jorge, su situación empeoró hasta el punto de quedar relegado a una sombra dentro de esa familia. Su madre era el único motivo que había retenido a César en aquella casa. Pero las cosas se complicaron

mucho más cuando Jorge se hundió en el mundo de la droga. Francisco Dávila probó de todo para rescatarlo sin conseguirlo y plasmó su frustración como padre castigando a César. Sin embargo, Jorge no quería ser salvado. Poseía el temperamento depresivo de su madre.

Francisco aceptó a César como su sucesor, presionado por los accionistas. Sabía que su imperio desaparecería si lo dejaba en manos de Jorge. Nadie confiaba en él después de que una revista sensacionalista había publicado su adicción. Pese a la indiferencia que siempre había sentido por su sobrino, lo adoptó como el mejor y único candidato para reemplazarlo. Entonces, el accidente de su madre, la ruptura con Raquel y el posterior matrimonio con su padre fue demasiado para César, quien abandonó su mundo y a todos los que había en este.

Siguiendo las instrucciones de Francisco Dávila, Guzmán lo localizó en el centro comercial, donde la señorita Iborra logró que lo despidieran. Además, creía que Mancia Expósito era la mujer que necesitaba. Una joven sin artificios y capaz de aportarle un hogar a un hombre que jamás había conocido uno. La miró y tuvo la certeza, sin lugar a dudas, que a César no le agradaría comprobar que su esposa atraía las miradas de los hombres. La belleza de Mancia era primitiva, sensual y capaz de levantar la lujuria a un muerto, en el sentido más literal de la expresión. Se había informado sobre ella. La hija no reconocida de Iborra siempre había permanecido a la sombra de su hermana Vanesa. Incluso, la ropa que usaba era una manera de ser invisible ante un grupo de gente que la menospreciaba por carecer de sus medios económicos. César había sufrido el desprecio de su padre para obtener un amor que nunca le entregaría, pero Mancia había soportado mucho más para alcanzar sus sueños. Aplaudió mentalmente a la muchacha por su coraje y valentía. De nuevo, observó sus caderas y supo adónde los llevaría después del desfile. Se dijo que en su juventud eso hubiera equilibrado la balanza.

11

MAMBO ITALIANO

César no creía que aquella mujer sensual que se acercaba contoneando las caderas fuera en realidad su esposa. Guzmán acompañaba a una Mancia casi desconocida para él. Ignoraba qué había sucedido para transformarse en una mujer que atraía las miradas de los hombres, incluida la suya. En la sala, había modelos delgadas y carentes de las redondeces de su mujer. Unas redondeces que potenciaba con una ropa distinta a la que él le había comprado. Reconoció que poseía una sensualidad que amenazaba su estabilidad mental.

—¿Por qué llevas eso puesto?

Mancia sonrió, tomó el folleto informativo y se sentó a su lado. César, bajo las atentas miradas de algunos asistentes y los flashes de las cámaras, esbozó una sonrisa y besó su mejilla. Ella le devolvió el beso con una falsa alegría.

—En nuestro contrato no estableciste ninguna cláusula sobre la ropa que debía usar.

Se giró y entabló conversación con el invitado situado a su derecha. Un hombre que se comía con los ojos su escote. César la vigilaba con el rabillo del ojo. Aquella pequeña e insignificante muchacha se atrevía a retarlo pero, antes de que acabara el día, ella perdería ese juego.

El desfile comenzó, y Aurora apareció en la pasarela. Su belleza era tan pueril comparada con la carnalidad de Mancia... En ese momento, César comprendió que su esposa tenía mejor gusto que él en cuanto al vestuario que debía usar. Había escogido su ropa pensando en mujeres como Aurora. Parte de la culpa era de Mancia. Hasta ese día había ocultado su sensualidad

bajo capas de ropa insulsa y poco femenina. Desde luego, si se vestía de ese modo, encendía su pasión. Ese hecho lo fastidió. Él se había prometido a sí mismo que ninguna otra mujer lo engatusaría como le había ocurrido con Raquel; sin embargo, su concentración mermó por los intentos de conquista del tipo que sonreía a su mujer. Le había irritado que su hermano coqueteara con ella, pero conocía a Jorge: solo pretendía molestarlo. No iría más allá. Pero podía leer en el comportamiento de ese cerdo qué pensaba.

—Es tarde. He tenido un día complicado —le dijo cuando acabó el desfile, ignorando al mamarracho que se había pegado a su esposa como una sombra. Un hombre de unos cincuenta años que no disimulaba su interés a pesar de su presencia—. ¡Vamos! —le ordenó en un tono iracundo.

—No te acompaño, querido, quiero divertirme. Además, no me he vestido así para asistir tan solo a un desfile.

César elevó una de las cejas al escuchar sus palabras.

—Espero que no aparezcas en los noticiarios de mañana —masculló tan enfadado que a duras penas resistió las ganas de agarrarla de un brazo y sacarla de allí a la fuerza.

—Para impedirlo, deberás acompañarme y evitar que cometa una tontería. —Mancia lo desafiaba y César apretó la mandíbula. La inocente joven que había descubierto en ella cuando la había salvado de manos de aquellos muchachos había desaparecido por completo—. Manuel, enseguida nos vamos, solo dame un minuto.

—Te esperaría toda la vida —contestó el galán con desvergüenza.

Cuando el tal Manuel se apartó de ellos, César parecía una caldera a punto de reventar.

—No juegues conmigo —la amenazó.

En realidad, no sabía el motivo de por qué le disgustaba tanto la actitud de su mujer. Sin embargo, sentía la sangre bullir tan solo de pensar que ese imbécil le pusiera una mano encima.

—¿Yo? Por favor, jamás jugaría con César Dávila. Por cierto, Aurora reclama tu atención —dijo Mancia y se alejó en dirección a la salida.

—¿Es ella? —preguntó Aurora cuando se acercó a un taciturno César.

—Sí —respondió con furia.

—Es muy diferente de lo que habría pensado.

—Ni te imaginas cuánto —admitió a su pesar.

***

Dos horas más tarde, las modelos, diseñadores y demás trabajadores que habían contribuido a que la marca Dávila resultara un éxito en el desfile

celebraban una fiesta en un local llamado Mambo, decorado al más estilo italiano. Fotografías de actores como Sophia Loren o Marcelo Mastroianni colgaban de las paredes. Guzmán dibujó una traviesa sonrisa cuando muchos de los asistentes se lanzaron a la pista y, entre ellos, se encontraba Mancia. La chica meneaba las caderas con una sensualidad que jamás hubiese sospechado y no era el único que se percató de su baile. César la observaba con el rostro ensombrecido por los celos al presenciar cómo el tal Manuel rodeaba la cintura de la chica y la pegaba a él con una intimidad que enardecía aún más al muchacho.

—¿Por qué no la rescatas de las manos de ese guaperas? —preguntó Aurora entre divertida y asombrada al ver cómo su amigo de la adolescencia parecía a punto de estallar.

—¿Por qué debería hacerlo?

César había tenido que sujetarse a la silla para no ceder a la tentación de ir en su busca. Sin embargo, se felicitó por su frialdad y autocontrol. «Mancia Expósito me declaró la guerra», pensó. Regresó a la realidad cuando su amiga le dijo:

—Porque estás tan celoso que de un momento a otro vas a montar una escena.

—¿Celoso? Ella no es el tipo de mujer que me atraiga. Es vulgar y carente de dignidad. Ya ves que se deja manosear por cualquier hombre que le muestra un poco de interés. Incluso se ha insinuado a mi hermano, pero no me importa. Dentro de poco nos divorciaremos. No aguanto más a una mujer que se comporta de esta manera, sin ninguna clase ni pudor —dijo, malhumorado, señalando a la pista.

Aurora guardó silencio. César, en ocasiones, actuaba con una crueldad desmedida, como un niño incapaz de procesar sus sentimientos. Por su parte, él se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas. No podía admitir delante de Aurora ni tampoco de sí mismo que le habría partido la nariz al tal Manuel por bailar con su mujer. Ese extraño sentimiento resultaba avasallador, cuando despreciarla lo protegería de cualquier relación con ella. Hacía tiempo que había aprendido la lección. Cuando el apellido de uno era Dávila, ninguna mujer era del todo sincera y la mayoría no buscaba al hombre, sino al sucesor. Sus injustas palabras contra su esposa desenmascaraban un comportamiento infantil del cual no se enorgullecía en absoluto.

La música se detuvo, y Mancia, sofocada, se acercó a la mesa donde Aurora y su marido se habían sentado desde que habían llegado al local.

—¡Hola! No nos han presentado. Tú debes ser la famosa Aurora —dijo Mancia con cierto desdén, que provocó que Aurora alzara una ceja.

—Sí, pero ya nos conocemos...

—... te equivocas —respondió Mancia con brusquedad y regresó a la pista.

—¿De qué la conoces? —preguntó con curiosidad César al quedarse de nuevo a solas.

—El día de tu cumpleaños. Raquel me dijo que una sirvienta traería una tarta de cumpleaños para ti, pero era tu mujer. La confundí con una de tus empleadas, pero ella no se presentó ni me sacó de mi error.

—¿No la hiciste tú?

—¡La tarta! No, soy un desastre en la cocina. Quise contártelo; entonces recibiste una llamada y lo olvidé hasta hoy.

César fijó la vista en Mancia, quien seguía bailando ajena a su escrutinio. Había sido ella la que le había cocinado la tarta de chocolate para su cumpleaños. Un sentimiento de arrepentimiento lo invadió por las duras palabras que le había dirigido hacía un instante. Durante un segundo, ambos cruzaron sus miradas; la de César Dávila era dura e inexpugnable. Mancia retiró con rapidez los ojos de él; no soportaba su desaprobación. Ignoraba que César Dávila desconocía la manera de lidiar con sentimientos como el amor, el perdón y la confianza.

***

Mancia se quitó los zapatos de tacón, mientras entraba en el ascensor del hotel acompañada de un malhumorado César. Su silencio la incomodaba y tampoco la tranquilizó su rostro fruncido. Se soltó el cabello; una de las horquillas se le clavaba en la nuca. Cuando el ascensor se abrió, ambos salieron en silencio, y ella se dirigió a la puerta de su habitación.

—Buenas noches —saludó.

Sin esperarlo, César le dio un leve empujón contra la puerta. Su marido puso las manos a ambos lados de su cabeza. Sobresaltada, fijó los ojos en él. Su proximidad había acelerado su corazón. Podía liberarse, detener lo que iba a suceder, pero se rindió a lo inevitable cuando César empezó a besarla.

—¿Qué haces? —preguntó ella con la respiración excitada y apartándolo un poco para frenar aquella locura de la que más tarde se arrepentirían ambos.

Debía negarse a lo que ocurriría, aunque había deseado a su marido durante toda la fiesta. Ver cómo hablaba con Aurora, cómo ambos tenían aquella camaradería la había herido en lo más profundo. Sin embargo, el aroma de la piel de ese hombre atravesó las barreras de su resistencia.

—Me has provocado toda la noche, pequeña —le dijo con la voz cargada de deseo, mientras que sus manos levantaban la falda del vestido muy despacio hasta su cintura y acariciaban sus caderas. Esas mismas caderas que

había contemplado con lujuria moverse durante toda la noche. César avanzó un poco más. Sus dedos irrumpieron en su sexo. Sin importarle hallarse en el pasillo a la vista de todo el mundo la acarició hasta que ella emitió un gemido. —Ahora paga el precio —le susurró al oído.

Las yemas de sus dedos produjeron un hormigueo en la piel de Mancia; su cuerpo reaccionó al deseo y sus pezones se endurecieron presionando la tela del sujetador de manera insoportable. Sus palabras encendieron una chispa en su vientre y las piernas le temblaron ante lo que su mente calenturienta comenzaba a imaginar, mientras su cuerpo reaccionaba al deseo humedeciendo su sexo.

—Tú tampoco te has portado bien esta noche. —Mancia clavó los ojos en los de César y él se contuvo a la pasión que leía en ellos o la poseería en el pasillo. La mirada de su esposa era puro fuego y él ansiaba apagarlo cuanto antes.

Durante un instante, Mancia creyó encontrarse en un pozo oscuro cuando abandonó sus caricias para introducir la tarjeta del hotel en la cerradura. En el local, Mancia había bailado con muchos hombres. Él borraría todas aquellas evidencias de pasión incompleta que todos ellos habían tratado de obtener de su mujer. La deseaba más de lo que había imaginado; nada más entrar en la habitación, le arrancó el vestido. Casi le había hecho el amor en el pasillo. Esa noche su deseo era tan fuerte que le sujetó las muñecas y las apoyó contra la pared. Sus pechos, apenas cubiertos con el delicado encaje del sujetador, mostraban su excitación. Sin liberarla de sus manos, besó su cuello y descendió hasta ellos con decisión. Su olor a sudor y a su ligero perfume que aún perduraba en su piel aumentó su pasión. Lamió, mordisqueó y jugó con sus pechos al tiempo que sus gemidos le indicaban que estaba tan excitada como él. El cuerpo de ella se arqueó para restregarse con el suyo, y esa fue la señal para desnudarla del todo. Después, Mancia le desabrochó, con urgencia, el cinturón de los pantalones para acariciarlo también. Había descubierto esa noche que ella era su posesión más preciada y era toda suya.

Mancia miró los ojos oliváceos de César y se concentró en retener cada uno de esos instantes en su memoria. La seda de su camisa rozó su piel aumentando las sensaciones y el placer. Le daba igual lo que ocurriese mañana. Esa noche, eran un hombre y una mujer dispuestos a bailar al son de su propia música.

César se desprendió del resto de su ropa, la tomó en brazos y a horcajadas la penetró con fuerza. Mancia emitió un gemido intenso, profundo, pleno, que lo enorgulleció. El pequeño cuerpo de su mujer se reclinó sobre la pared, mientras sus manos la sostenían de las nalgas. Había anhelado aquel trasero, suave y redondo toda la noche. César mordisqueó con suavidad su cuello, luego le susurró:

—Recuerda una cosa, Mancia Expósito, me perteneces —dijo, a la vez

que sus embestidas aumentaban en velocidad e intensidad.

—Cuando me ames —respondió ella, sin dejar de moverse al compás de la música del mambo que resonaba aún en sus oídos, sujetándose con fuerza de sus hombros.

—Eso no sucederá —aseguró él—. Destruyo a quien está a mi lado.

—Me arriesgaré. —Mancia emitió un nuevo grito de placer cuando César alcanzó un punto en su interior al que nunca había llegado ningún otro hombre.

A pesar de los temblores de éxtasis de ambos, César la condujo a la cama; necesitaba mucho más de Mancia Expósito. Lamentaba dañarla, pero era incapaz de alejarse de ella ni ofrecerle lo que tanto aspiraba: su amor y un hogar. César Dávila no sabía cómo lograr ninguna de las dos cosas.

***

Mancia dormía entre sus brazos; le retiró uno de sus mechones de cabello del rostro y acarició con la yema de los dedos, para no despertarla, su mejilla. Ella le había concedido esa noche una paz que hacía mucho no sentía en su interior. Estaba a punto de besarla cuando César escuchó el insistente sonido del móvil. Al ver el número, imaginó que serían malas noticias.

—Pon el canal 5 —dijo la voz preocupada de Guzmán.

César se dirigió al salón y encendió la televisión.

En la pantalla, varios tertulianos de un programa del corazón mostraban la imagen de su mujer bailando en el club Mambo. Subió el volumen del televisor y la presentadora repitió las palabras que César Dávila había pronunciado en aquel local sobre su reciente esposa. Suponía que alguno de los invitados había estado demasiado atento a la conversación que había mantenido con Aurora.

Apagó el televisor, arrepentido de aquellas duras palabras. Esperaba que su mujer jamás se enterara de ellas. Se volvió para regresar a la cama cuando Mancia, envuelta en una sábana y con el rostro pálido y serio, lo miraba con el semblante tan dolido que César bajó la cabeza. Abrió la boca para disculparse, aunque ignoraba, tras exponer a su esposa a los comentarios maliciosos de millones de telespectadores, cómo lo perdonaría.

—Mancia, yo... ayer...

Su mujer se giró, sin atender a ninguna de sus disculpas. Entró en el baño a grandes zancadas y dio un portazo en respuesta.

César se mesó los cabellos de impotencia. Sí, había sido un imbécil al decir esas palabras. Quería confesarle cómo las horas compartidas esa noche

lo habían invadido de una felicidad que no sentía desde hacía años. Sin embargo, guardó silencio, apoyó uno de sus puños en la puerta y dijo:

—Lo siento, Mancia, no sabes cuánto.

En el baño, Mancia se tragó sus lágrimas y los insultos. Debía salir de aquel hotel y de la vida de ese hombre cuanto antes o terminaría destrozada. Cuando abrió la puerta, César miraba por la ventana con las manos metidas en los bolsillos.

—Mancia, déjame explicarte.

—¡No! —gritó ella. No oiría una mentira piadosa. Había creído que le importaba, incluso que sintiese un mínimo de cariño por ella, pero se había equivocado tanto que le avergonzaba reconocerlo—. Mejor que no digas nada más. Me advertiste de lo que sucedería si me enamoraba de ti. Tenías razón —admitió, abrió el armario y se vistió deprisa. Metió sus cosas en una maleta y se dirigió a la puerta.

César no se interpuso en su camino, no disponía de ninguna excusa que lo exculpara y aceptaba la condena.

Mancia regresó a Barcelona en un vuelo distinto al de su marido. Eso no le impidió ser acosada por *paparazzis* en el aeropuerto. Guzmán intentó mitigar el impacto, pero nada aplacaría el escarnio público que había creado César con sus palabras. Definitivamente, todo había acabado entre los dos. No se convertiría en su felpudo cada vez que le apeteciera un plato distinto para degustar en la cama. Recogería sus cosas de la casa de los Dávila y reanudaría su vida. Al menos, esa era su intención hasta que en la puerta de la mansión de su suegro vio a varios coches de policía.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, preocupado Guzmán a uno de los sirvientes.

—Es el señor Jorge... su coche ha aparecido despeñado.

El abogado marcó el número de teléfono de César y le comunicó la noticia.

Dos horas más tarde, su marido llegaba a casa de los Dávila. A César le sorprendió encontrarla, pero su mujer presentaba un rostro preocupado y ceniciento cuando se acercó a él.

—Lo siento —dijo, y sus palabras le indicaron el fatal desenlace.

César apretó los puños y se dirigió a la habitación de su hermano. Jorge Dávila había muerto, y ni siquiera tendrían unos restos que enterrar. Guzmán le había dicho que el lugar por donde había caído el coche era de difícil acceso. Necesitarían meses antes de poder rescatar el cuerpo, sin embargo, nadie podía sobrevivir tras un accidente como el de su hermano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la voz dura su padre—. ¡Vete! ¡Cómo te atreves a venir! ¡Todo es por tu culpa! ¡Pagarás muy caro haber matado a tu hermano!

César esbozó una sonrisa terrible que desfiguró su rostro concediéndole

un aspecto despiadado. Regresó al pasado, a esos años en los que había conducido a su hermano al desenfreno para vengarse de su padre. Quería que Francisco renegara de ese perfecto hijo al que tanto amaba cuando sobre él solo vertía desprecio e indiferencia.

—Por favor —rogó el abogado al ver el semblante iracundo de César, y lo sacó casi a la fuerza de la habitación—. Tu padre no está en sus cabales ahora mismo.

Cuando salieron del cuarto, Mancia decidió entregarle la carta que uno de los sirvientes, a petición de Jorge, le había pedido que le diera a César si algo malo le sucedía. Después, desaparecería para siempre de la vida de los Dávila. El contrato establecía que, si alguna de las partes renunciaba antes del tiempo estipulado, compensaría a la otra con una cantidad que en ese momento era incapaz de conseguir. Había firmado sin figurarse que las circunstancias le obligarían a romperlo. Sin embargo, se negaba a permanecer más tiempo a su lado, tras oír qué pensaba realmente de ella.

—Será mejor que te ocupes de él —le pidió Guzmán. César se había encaminado a pasos lentos hacia el jardín—. Te necesita, aunque no sea capaz de admitirlo.

—Él no necesita a nadie, y a mí menos que a nadie.

—No lo juzgues tan duramente, no te imaginas la vida que ha llevado hasta hoy.

César se sentó en el borde de la piscina, sin importarle que el agua le mojara los pantalones. Su marido apoyaba los codos sobre las rodillas y escondía el rostro en las palmas de la mano. Mancia reposó la suya en su hombro y él la apretó con fuerza, sin decir una palabra, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas. Ambos se mantuvieron en silencio durante un rato hasta que dejó el sobre a su lado.

—Adiós, César —dijo.

—Adiós, Mancia —respondió por inercia, incapaz de imaginar que se trataba de una despedida definitiva.

Hasta media hora más tarde, César no advirtió que su esposa se había marchado de la sala de espera. Echó la cabeza hacia atrás y miró las lámparas de bombillas incandescentes que había en el techo. Al principio, creyó que el sobre contenía la despedida de Mancia, pero reconoció la letra de Jorge. Su rostro se contrajo aún más al descubrir la verdad.

> *César, si lees esta carta es porque seguramente he muerto a causa de una sobredosis o de un terrible accidente. Lamento todos los años en los que no hice nada para compensar el trato que te daba nuestro padre. Siempre te consideré un hermano, y no, no debes culparte por iniciarme en este mundo. Jamás tuve tu fortaleza, y era más fácil vivir en una fantasía narcotizada que enfrentarme a la realidad. No quería ser un Dávila, mientras que tú lo deseabas con toda tu alma. No quería ser el sucesor de nuestro padre, en*

cambio, tú lo anhelabas desde niño. Sin embargo, hay algo que debes saber y de lo que no has de culpar a nuestro padre. El día que madre murió, yo conducía ese maldito coche. Ella averiguó mi intención de suicidarme; quiso impedírmelo y murió en mi lugar. No aguanto más mi conciencia, ni esta vida. Es tan fácil dejarse llevar... Si de algo has de acusar a nuestro padre es de no denunciarme por ser el responsable de la muerte de nuestra madre.

Siento haber jugado con Mancia, su inocencia era demasiado tentadora para ignorarla. Te ama lo suficiente para estar interesada solo en tu persona, aunque no logro entenderlo; de los dos, siempre fui el más divertido y atractivo.

Ten cuidado con Raquel, pero sobre todo, vigila a Vanesa Iborra: trabaja para nuestro padre y ella odia a Mancia. Creo que es todo lo que tengo que decirte. Son pocas palabras; nunca fui un hombre de ideas complejas. Espero que te aguarden muchos años de felicidad. Solo te pido una cosa: vive todo lo que no viviré y ama todo lo que no amaré. Carpe diem, hermano.

Jorge

12

LA MALA HIERBA

El entierro de Jorge se celebró en la más estricta intimidad; pese a que no existía un cuerpo que enterrar, la familia Dávila insistió en ello después de gastar una enorme fortuna para que rescataran el cadáver de Jorge sin ningún resultado. Francisco Dávila había envejecido en esas dos semanas, y su decrepitud preocupaba a Guzmán. El abogado observó a esos dos hombres cruzar la mirada cuando los enterradores cubrieron el féretro vacío de tierra. Los ojos de Francisco Dávila se mostraban feroces y acusadores; los de César, expectantes y dispuestos a luchar contra su tío. Una vez que su hermano había muerto, ni siquiera llamaría padre a ese hombre. Una llovizna obligó a los asistentes a retirarse y refugiarse en sus vehículos. Al igual que el resto, César entró en un coche negro; en el interior, lo aguardaba Guzmán.

—No ha venido —dijo César.

—¿Esperabas que lo hiciera?

—No —admitió César.

En el fondo, hubiera deseado que en ese aciago día lo acompañara Mancia. Aurora lo había consolado y permanecido a su lado desde que se había anunciado oficialmente la muerte de Jorge. Sin embargo, su cuerpo exigía el contacto de su mujer, la calidez que había vivido entre sus brazos para superar la culpabilidad que sentía por la muerte de su hermano. Aurora era una buena amiga, pero no le proporcionaba el consuelo que necesitaba ni la paz que solo sentía con Mancia.

—Ahora eres el sucesor —afirmó Guzmán, tras unos minutos de silencio.

—Mi padre no lo consentirá.

—Tu padre no puede impedirlo. Tu hermano estableció en el testamento

que tú heredases sus acciones. La suma de las de tu madre y las de Jorge lo hacen posible. Tienes la potestad y el deber de obtener la dirección. Tu padre no se negará a la voluntad del resto de accionistas, y te aseguro que no le permitirán desempeñar el cargo en su estado. Pero antes has de solventar los problemas con Mancia.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—No es buen momento para separarte de ella.

—Me ha dejado. —En su voz se notó cierta nota de irritación y tristeza.

—Pues haz que regrese.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó César. Esta vez, prestó atención a Guzmán. El abogado sacó unas hojas del portafolio que llevaba con él. Tras leerlo, César comenzó a reír. Su hermano se la había jugado bien. Había entregado a Mancia la potestad de voto en la junta de accionistas. No accedería a la dirección si ella no votaba en su favor—. ¿Lo sabe?

—Aún no.

—No se lo digas. No quiero que piense que me acerco a ella solo para conseguir su voto.

—¿Y no es así? —preguntó con malicia el abogado.

—No del todo —respondió a regañadientes sin añadir nada más.

César contaba con una oportunidad de atraer a su mujer de nuevo a su vida y haría todo lo posible para ganar dicha contienda.

Guzmán esbozó una sonrisa complaciente. No se había equivocado. César amaba a Mancia pese a que se resistiese a reconocer sus sentimientos.

***

Mancia se bajó del autobús y anduvo un par de metros antes de llegar a la clínica ubicada en el mejor barrio de la ciudad. Saludó con un gesto de la cabeza a la recepcionista, una simpática madrileña que había cambiado la sierra por el mar.

—Buenos días, señora Dávila.

Aquellas palabras se le clavaban en el pecho. Esbozó una sonrisa para disimular su malestar y se dirigió al ascensor. Su madre había mejorado y se alegraba de ello, pero pronto abandonaría esa clínica tan costosa que no podía pagar tras romper el contrato con César.

—Mamá, ¿cómo te encuentras hoy?

María Expósito era una mujer menuda de buen carácter. Sus manos, encallecidas por el trabajo de tantos años, acariciaron las mejillas de su hija cuando ella la besó en la frente.

—Mucho mejor —mintió para no preocuparla—. ¿Hoy de qué sabor es la tarta? —preguntó, al ver el paquete que Mancia sostenía en las manos.

—De frambuesas y chocolate, tu preferida.

Ambas se engañaban con comentarios sin importancia. Ninguna de las dos mostraba su verdadero estado de ánimo para no entristecer a la otra.

—Me alegro mucho. —La mujer probó la tarta y preguntó—: ¿Cuándo conoceré a mi yerno?

Mancia disimuló su desasosiego ordenando la habitación. Según los médicos, no debía comunicar malas noticias a su madre. Decirle que su hija había abandonado a su esposo supondría un problema emocional que influiría directamente sobre su estado de salud. Recogió los platos de plástico y dijo:

—Está muy ocupado. La muerte de su hermano ha removido los cimientos de la familia y de la empresa. Ahora trabaja muchas horas, casi duerme en la oficina.

—Una pena lo de tu cuñado, un chico tan joven.

—Claro, mama. ¿Te apetece pasear? —preguntó para desviar la conversación hacia otro lado.

Su madre asintió cuando una enfermera, una chica menuda y sonriente, llamó a la puerta.

—María, tiene una visita.

—¿Quién puede ser? —preguntó con curiosidad.

—Es su yerno.

Mancia se removió incómoda en la silla, además se retorció las manos obligándose a permanecer impasible ante el hecho de ver a su marido.

—Hazlo pasar —dijo su madre con una sonrisa—. ¿Estoy bien? ¿Le gustaré? Espero no avergonzarte.

—No digas eso, mamá, tú nunca me avergonzarías —dijo con afecto su hija.

César Dávila entró y, al verlo de nuevo, Mancia supo que nunca olvidaría a ese hombre. Su traje oscuro se pegaba a su cuerpo marcando cada músculo de su torso que ella había recorrido con las manos. Observó cómo se ajustaba las gafas sobre el puente de la nariz. Su atractivo aumentaba cuando no usaba lentillas. Se aproximó a la cama y saludó a su suegra con dos besos en la mejilla y con una sonrisa que deslumbraría a cualquier mujer.

—Encantado de conocerla al fin. Mancia me ha hablado mucho de usted.

—Hijo, llámame *María*.

—Lamento no haber venido antes, pero la muerte de mi hermano ha supuesto un duro golpe...

—Te acompaño en tu dolor —expresó María, y cogió las manos de su yerno con cariño—. La muerte siempre es dura, sin embargo, cuando se lleva a un hombre tan joven...

—Gracias, María. —Se soltó de su mano para acercarse a Mancia—. La

vida continúa, y su hija me ayuda a vivirla con pasión.

Mancia apenas creía lo que escuchaba, menos aún, cuando César rodeó su cintura con las manos y se apoderó de su boca con cierta posesión. María carraspeó con una sonrisa después de unos segundos.

—Me alegro de que seáis tan felices.

Mancia casi se atraganta con su propia bilis al aguantar al tipo delante de su madre y no dejarse llevar por la furia que le causaba el comportamiento de César. Tras un rato de conversación, la enfermera les anunció que había terminado la hora de las visitas. César tomó del brazo a Mancia y la condujo hacia la salida, bajo la atenta mirada de su madre. Cuando la puerta se cerró a su espalda, ella se separó de él como si un relámpago la hubiera arrojado al otro lado del pasillo.

—¿Qué pretendes?

—Visitar a mi suegra.

—No me hagas reír. Dime la verdad, ¿qué buscas, César?

—Quiero que regreses —le dijo sin más.

Mancia deseaba tanto que esas palabras fueran ciertas que su corazón se agitó al oírlas, pero ya no confiaba en su marido.

—Olvídalo.

César abrió la boca para confesarle que había pensado en ella todos esos días. Le asustaba entregarse a una persona y fracasar de nuevo. Temía perderla, pero aún más, amarla. Se mesó los cabellos sin admitir qué le había llevado hasta allí. En vez de aceptar sus sentimientos, actuó a la defensiva como un auténtico cobarde.

—Este centro cuesta demasiado para pagarlo después de que te denuncie por incumplimiento —terminó diciendo como un imbécil.

—¿Me denunciarías?

La mirada decepcionada de Mancia supuso un corte afilado en el ánimo de César.

—Por supuesto, ¿acaso lo dudas? —afirmó ufano.

—Jamás imaginé que fueras tan ruin.

—Soy un Dávila —dijo sin más, antes de marcharse.

Mancia apretó los puños. Amaba a ese hombre tanto como para odiarlo en igual medida. El médico le había informado que su madre aún requería de cuidados especiales.

—Está bien —gritó.

César se detuvo sin darse la vuelta. Si lo hubiera hecho, se habría sorprendido ante su semblante asustado al imaginar que ella se negara a claudicar a su petición. Sin embargo, cuando se giró, solo le enseñó una máscara inexpresiva.

—Me alegro de que tomes la decisión correcta.

—Eres como la mala hierba: corrompes todo lo que tocas.

Se merecía sus insultos, pero habría querido ser ante sus ojos solo el empleado del supermercado.

—Una de las características de esa especie tan invasora es que nada se resiste a su avance.

César Dávila tenía razón. Nada impediría su progreso, ni su corazón ni su voluntad.

—Vámonos —dijo, y en su voz se escuchó un tono de derrota.

—Antes de regresar a casa, tengo que ver a alguien.

Mancia no preguntó; daba igual qué opinara al respecto. César Dávila asumía las riendas de su vida, y ella solo se había convertido en una pasajera más en aquel viaje.

***

Vanesa había quedado con César en la cafetería del Gran Hotel, junto a las Ramblas. No había asistido al entierro de Jorge, pero deseaba conocer el motivo por el que la había citado en aquella cafetería. Encendió un cigarrillo para disimular su desconcierto cuando apareció con Mancia. Él, con un traje de corte perfecto y ella, con aquellas camisetas holgadas y sin gracia. Hacían una extraña pareja y, sin embargo, si uno miraba más allá de la apariencia, podía verse cómo el cuerpo de César actuaba de una manera protectora y el de Mancia se entregaba a su dominio. Sus pensamientos sobre la pareja la enfurecieron aún más y rozó la boquilla del cigarrillo apenas con los labios. El gesto le daba la confianza necesaria para comportarse con una seguridad que había menguado por la presencia de Cenicienta.

—Lamento tu pérdida —dijo sin levantarse, dirigiéndole una mirada de soslayo a Mancia.

—Ahórrate tus buenas intenciones.

La pareja se sentó, y el camarero acudió enseguida para anotar el pedido. Al marcharse el empleado, Vanesa fue la primera en hablar:

—¿Qué quieres, César?

—Es mi último aviso. No te metas en nuestro camino. ¿Lo entiendes? Si te entrometes en nuestras vidas, lo lamentarás, y mucho.

Mancia observó a su esposo. Sus ojos fijos en Vanesa le mostraban de nuevo a un hombre muy diferente al mensajero del que se había enamorado.

—No he sido yo quien ha insultado a Mancia al presentarla como una zorra a miles de telespectadores.

—¿Quién fue? —preguntó César controlando su ira al pensar en lo estúpido que había sido al permitir que sus palabras dañaran a su mujer.

—Un camarero con ganas de mejorar su vida.

—Te sugiero que dejes de jugar a este juego. La próxima vez también saldrá tu nombre en televisión.

Mancia presenciaba la discusión entre los dos, abochornada. Su paciencia se agotó en el momento que oyó las palabras de Vanesa.

—O qué, ¿vas a violarme de nuevo?

César la contempló con una frialdad que heló los huesos de Mancia y coartó la valentía de Vanesa. La joven comprendió que su marido perdería el autocontrol que mantenía de un momento a otro, sin embargo, nunca hubiera esperado aquella actuación.

—Mucho peor. —Él se replegó en su asiento con vehemencia, relegando su ira a un rincón de su interior—. Contaré que Mancia Expósito es la hija secreta de Iborra. ¿Crees que tu madre se lo perdonará a tu querido padre?

Mancia se puso en pie, indignada.

—¿Quién eres tú para decidir sobre mi familia? —le preguntó ella con rabia. Comprendía por qué le había pedido asistir a aquella reunión, pero no la utilizaría en aquella guerra sucia.

La gente empezó a mirarlos. El rostro enrojecido de Mancia y los puños apretados le demostraron a César que estaba a punto de estallar. Vanesa esbozó una sonrisa, y eso provocó que César le dijera:

—Tu marido —Ambos se enfrentaron en una lucha silenciosa. César la tomó del brazo para obligarla a sentarse.

—¡Suéltame, ahora mismo! —exclamó ella con tanta frialdad que César obedeció su orden.

—¡Se acabó la diversión! —gritó César a los clientes cuando Mancia abandonó el local.

La gente reanudó poco a poco sus conversaciones y, tras unos minutos, los ignoraron por completo.

—¿Lo sabía? —preguntó Vanesa, desconcertada por el silencio de Mancia sobre dicho tema familiar; ella también lo había descubierto siendo una niña.

—Sí, desde hace tiempo.

—¿Por qué nunca me dijo nada?

—Porque posee corazón, algo de lo que tú y yo carecemos. También orgullo y una dignidad que no supe ver hasta hoy.

Vanesa lo miró con tanto odio que olvidó que sostenía el cigarrillo entre las manos hasta que sintió el calor quemarle la punta de los dedos. Enseguida lo apagó en el cenicero.

—Recuerda, deja a Mancia en paz y no desvelaré el parentesco que os une.

Vanesa bebió un trago corto de su copa y recuperó la compostura.

—No sé... —dudó con una sonrisa aterradora—. Ahora que mi hermana es la esposa del sucesor de los Dávila, quizás encuentre más ventajas que inconvenientes si revelo nuestro parentesco.

Lanzó un billete sobre la mesa, dispuesta a irse, pero César la retuvo al

sujetarla de la muñeca.

—No le hagas daño.

—¿Tanto te importa? —preguntó ella, soltándose con brusquedad—. El príncipe se ha enamorado de Cenicienta. ¡Qué tierno! —Después al oído le susurró—: Una pena que el príncipe convierta en lodo todo lo que toca, incluida a Cenicienta.

Después se dirigió, contoneando las caderas, hacia la salida. César emitió un suspiro de resignación. Reconocer que las palabras de Vanesa eran ciertas lo cabreaba. Su intención de persuadir a esa mujer para que no lastimara de nuevo a Mancia había sido un desastre. Él la había herido todavía más.

Un camarero se acercó a la mesa.

—¿Desea algo más?

—Sí, cómo no ser un jodido imbécil.

César dejó un billete sobre la mesa que pagaba de sobra lo que había pedido y se marchó bajo la mirada desconcertada del camarero.

***

Mancia había recorrido la habitación diez veces de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Los zapatos de tacón resonaban en las baldosas de mármol como el sonido de un tambor. Casi había acabado la undécima vuelta cuando se abrió la puerta del cuarto. César encontró a su mujer con las manos en las caderas y preparada a entablar una pelea, pero él se desajustó la corbata y se quitó la chaqueta.

—¿Cómo te has atrevido? ¿Quién te crees que eres para desenterrar mi pasado sin mi permiso?

—No era mi intención desenterrar nada.

—¡No era tu intención! —lo acusó, y sin poder controlarse, lo abofeteó. César no respondió a su agresión, se lo merecía—. ¡Maldita sea! ¡No te defiendes!

—Estoy cansado y sí, tienes razón, ¿quieres una disculpa?, pues me disculpo —dijo, y se descalzó.

—¿Qué haces? —preguntó Mancia.

—Desnudarme.

—Cuando regresé, no incluía una invitación a mi cama.

Los ojos de César evidenciaron que sus palabras le habían disgustado lo suficiente para adoptar represalias, pero se sentía demasiado cansado para una respuesta mordaz. Si no tuviera ese implacable dolor de cabeza, le

habría demostrado que dicha invitación hubiera satisfecho a ambos.

—Ya hemos llamado suficiente la atención en la prensa. Ahora limpiaré tu imagen.

—¿Mi imagen? —Alzó el rostro en un gesto belicoso—. Es verdad, soy una zorra manipuladora. Y el santo de mi marido me devolverá al buen camino.

—Mancia...

—Prefiero que no digas nada —le interrumpió—, no quiero oír nada. Todo lo que dices es mentira.

César se desabrochó la camisa y se sentó en la cama. Mancia lo observó con desconfianza. Ignoraba si pretendía tentarla con su cuerpo o simplemente necesitaba dormir.

—Estoy demasiado cansado para discutir hoy. De verdad, te agradecería que dejáramos esta conversación para mañana —le pidió, y se tumbó en la cama.

—Está bien —dijo ella al verle la frente perlada en sudor. Parecía enfermo—. ¿Te encuentras bien? —preguntó, preocupada, y se acercó a la cama.

—Ahora, estaré mucho mejor.

Mancia aterrizó en sus brazos. Sorprendida, intentó librarse de su abrazo, pero él la acurrucó a su lado sin atreverse a nada más.

—No podría ni besarte aunque mi vida dependiera de ello —dijo él para tranquilizarla.

—¿Estás enfermo?

César no contestó. Mancia rozó con la yema de los dedos su frente y la notó ardiendo.

—Será mejor que te traiga algo para bajar la temperatura. —Él no la soltó: el aroma de su piel era lo único que necesitaba.

—Se pasará —dijo, estrechándola aún más entre sus brazos como si temiera quedarse solo.

Mancia aceptó su petición. Pero, si su temperatura aumentaba, lo obligaría a tomar un par de analgésicos. No entendía por qué César se empeñaba en retenerla a su lado. Durante la madrugada la fiebre le subió y al final consiguió que ingiriera las pastillas. Eso lo adormeció en un sueño intranquilo en el que no dejó de hablar de su padre.

Al amanecer, César despertó en brazos de Mancia. Suponía que la gripe, que había asolado a media plantilla en la oficina, también lo había atacado. Se levantó con cuidado para no espabilarla. La contempló un instante. Reconoció que era muy diferente al resto de mujeres que había conocido. Ninguna le hubiera brindado el amor que ella, a pesar de intentar ocultarlo, le regalaba con cada pequeño gesto. Un sentimiento de ternura se extendió por su pecho, acarició su pelo y la tapó con una manta. Cuando se marchaba

a la oficina, su padre requirió su presencia.

—El señor Dávila desea verlo cuanto antes en su despacho —le anunció uno de los sirvientes.

—Dígale que tengo prisa —dijo César a modo de excusa.

—Será mejor que no lo haga esperar: su corazón... —sugirió el criado. Andrés trabajaba para la familia Dávila desde que podía recordar.

César claudicó ante la silenciosa súplica de quien le transmitía el mensaje. Su padre pagaría con furia contra este si no lo convencía la explicación sobre su negación a visitarlo.

El despacho de Francisco Dávila era como su dueño: austero e impersonal.

—Al final lo has conseguido —dijo, y giró el mando de la silla para acortar distancias con César y colocarse frente a él. Tan solo los separaba la mesa del despacho.

—Sin mi madre, tú tampoco lo hubieses logrado, así que en parte se lo debo a ella. Esto también era suyo, y no olvides que yo soy tu hijo.

Francisco miró directamente a los ojos de su sobrino. Había esperado mucho tiempo para que brotaran aquellas palabras de su boca y, en esa ocasión, el parecido con él dañaba los recuerdos. Su acusación no era infundada. Él poseía las ideas, el espíritu, la voluntad y la fortaleza, en cambio, la madre de César, los contactos y el dinero. La unión beneficiaba a ambos, sobre todo a un hijo y un marido tan maltratador.

—No lo consentiré —dijo Francisco con tanta violencia que su cuerpo tembló con un espasmo de ira.

—Mañana, nómbrame oficialmente tu sucesor.

—¿Y si no lo hago? —le amenazó Dávila.

—Haré que te incapaciten a causa de tu enfermedad. No será difícil que Raquel me respalde en esta decisión.

—¿Utilizarías a mi esposa contra mí?

César apoyó las dos manos en la mesa y se inclinó hacia él para que su padre escuchara bien sus palabras.

—Usaría a cualquiera con tal de destruirte, sin embargo, Raquel vendría a mí con mover un dedo.

Francisco Dávila parecía a punto de sufrir un colapso. Sus dedos se crisparon y apresaron el filo de la mesa. Su ropa negra, que vestía desde la muerte de Jorge, acrecentó la imagen de palidez.

—¿Qué pensaría tu mujer si conviertes a Raquel en tu amante?

—Deja fuera de esto a Mancia.

—Quizá lo más justo es que yo también use a tu esposa, ¿no crees?

Esta vez el rostro de César se contrajo lo suficiente para que su tío alzara una ceja. Nunca imaginó que el punto débil de ese bastardo se llamaba Mancia Expósito.

—Te aseguro que lamentarás cada segundo de tu vida si le pones un dedo

encima.

—Renuncia al puesto. Prefiero entregarles el poder a los accionistas antes de que te conviertas en mi sucesor.

César apoyó las manos en los brazos de la silla de ruedas y aproximó el rostro al de su tío, separados por unos escasos centímetros, expulsó su rabia al decir:

—Primero me apoderaré de la dirección, después, arruinaré lo que más amas —aseguró, dando por concluida la conversación.

—¿Por qué?

—Porque engañaste a mi madre con unas promesas incumplidas; porque la arrastraste a una depresión de la que nunca salió y porque detestabas al hijo de tu hermano. ¡Solo era un niño!

Francisco Dávila por fin descubría qué motivaba a César. La venganza era una moneda de dos caras. Ese bastardo tenía razón: siempre había odiado a su hermano. Le robó a la mujer que amaba y una vida feliz. Francisco asintió. Podía lidiar con la venganza.

—Entonces, tu esposa sufrirá las consecuencias.

César sujetó el pomo de la puerta y, antes de abrirla, dijo:

—Si le pones un dedo encima, te juro que te mataré.

Esta vez sus palabras sonaban tanto verdaderas como amenazantes. Pero Francisco Dávila no se amilanó por ellas.

—Yo te juro otra cosa, «querido hijo» —dijo con malicia—, no tendré piedad si te nombran mi sucesor.

César salió de la habitación. Necesitaba una copa y hablar con Guzmán. A partir de ese momento, vigilaría a Mancia, debía protegerla de su padre.

13

UN MONSTRUO BAJO LA CAMA

Esa mañana, Guzmán acompañaría a Mancia a las oficinas Dávila. En esta ocasión la joven se vistió con un traje de chaqueta insulso que no le quedaba nada bien. Repasó una vez más qué diría en la reunión y recordó las palabras del ahora abogado de su marido.

—Confirme el nombramiento de César, nada más —reiteró por enésima vez.

—¿Por qué tengo que votar? —preguntó intrigada.

Nadie se había molestado en explicarle el motivo de asistir a esa junta ni tampoco por qué su voto era tan importante. Ella no había insistido en saberlo. Realmente le traía sin cuidado todas aquellas intrigas empresariales. Tan solo quería escapar cuanto antes de aquella familia y de sus vidas.

—Porque su cuñado así lo quiso en su testamento —dijo sin entrar en más detalles.

De todos modos a Mancia le interesaba bien poco quién dirigiese aquella empresa. Si es lo que deseaba César, cuanto antes lo obtuviera, antes abandonaría aquella casa.

—Lo he entendido muy bien. Guzmán, no se preocupe —respondió más para tranquilizarse que para calmar al abogado.

Guzmán exhibió un gesto de alivio y sonrió ante el hecho de que parecía que todo discurriría como estaba previsto. Pero ese día a Mancia le preocupaba algo mucho más importante que esa votación.

Unos golpes en la puerta la trajeron de nuevo a la realidad.

—¿Puedo pasar? —preguntó Raquel.

La esposa de su suegro llevaba un traje gris perla con un cinturón de

color rosa que aumentaba su elegancia a ojos de Mancia.

—¿Qué quieres? —preguntó, quitándose distraídamente unas invisibles arrugas de la falda.

—Ayudarte a tomar la decisión adecuada. ¿Puedo? —Señaló una silla, y Mancia asintió con la cabeza—. Debes saber qué significa tu voto en la reunión de hoy.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque lo quiero. —La joven fingió indiferencia, pero Raquel advirtió cómo los celos atravesaban la coraza que protegía el corazón de Mancia—. Su padre lo destruirá si se convierte en el sucesor de los Dávila. Tú lo quieres, y yo también.

Podría negar la verdad, pero aceptaba sus sentimientos, aunque esa mujer se riera de ella.

—Pero él a mí no —confesó, manteniendo la vista fija en la antigua prometida de César.

—Ni a mí tampoco, pero tú nunca conseguirás su amor —afirmó, cruzando las piernas. Sus palabras la hirieron tanto que Mancia cogió el bolso para disimular el dolor de una verdad que hacía tiempo que conocía.

—Votaré a César en esa reunión.

—Si insistes... —Mancia se volvió insegura ante las palabras de Raquel—. César se casó contigo porque el testamento de su madre establecía que presidiría la dirección de la empresa si su matrimonio duraba al menos un año. No sé los motivos de tu suegra, pero amaba a su hijo y jugó sus cartas para que recuperase el poder. Francisco ha contratado a los mejores abogados pero, salvo que te divorcies de él, no hay manera de impedir que César lo suceda en la dirección. Imagino que te ha ocultado que Jorge entregó sus acciones a su hermano, pero con la condición de que tu voto decida el futuro del imperio Dávila, en caso de empate entre los partidarios y detractores. Nunca le ha importado que Vanesa publique el vídeo con el que lo amenaza —dijo al ver el rostro pálido de la chica—. Sí, querida, sé lo del vídeo, no es necesario sorprenderse tanto.

Finalmente, averiguaba los verdaderos motivos de César para casarse con ella. En cierta manera las palabras de Raquel le aliviaron el peso que sentía en el corazón. Ahora que conocía las razones, era más sencillo tomar una decisión.

—La verdad lo hace todo más fácil.

Mancia se acercó a la puerta.

—¡Espera! —gritó con voz chillona Raquel—. Su padre acabará con él antes de entregarle la dirección. ¿El resto de tu vida cargarás sobre tu conciencia con su destrucción?

—¿Crees que me importa que se destrocen mutuamente?

—Tú también perderás en esta guerra. Te convertirás en el enemigo de

Francisco si votas a favor de César; por el contrario, él te odiará toda la vida si le niegas tu voto.

La joven apretó los dientes; ahora había alguien más involucrado en aquella situación y no permitiría que lo lastimaran. A pesar de ello, contestó furiosa:

—No te preocupes, en unos días dejaré de ser un obstáculo para ti.

Mancia concluyó la conversación en ese punto y salió del cuarto. Raquel se levantó pensativa. Las palabras de la chica no aclaraban qué decisión adoptaría.

Mancia se sujetó a la barandilla, o habría rodado por las escaleras. Las palabras de Raquel le habían agitado tanto que su corazón palpitaba con violencia. En menos de una hora su vida cambiaría para siempre.

César la esperaba en la recepción; al verla le dio un beso en la mejilla para acallar cualquier suspicacia entre los periodistas que los observaban y los flashes de las cámaras. Su palidez lo preocupó. Llevaba semanas enferma, aunque escondía su cansancio ante él.

—¿Estás preparada? —le susurró. Su rostro exhibía unas ojeras oscuras y parecía no haber dormido demasiado—. ¿Estás bien?

—¿Qué sucedería si mi voto es contrario al que deseas? —preguntó ella al entrar en el ascensor e ignoró su pregunta.

Durante un instante, Mancia apreció la tensión que emanaba su cuerpo y, de reojo, contempló su rostro contrariado por sus palabras.

—No te gustaría averiguarlo —terminó por decir.

Mancia emitió una risa que provocó que César enarcara una ceja de incomprensión.

—Enhorabuena, al fin has logrado ser el digno sucesor de Francisco Dávila.

La puerta se abrió, y la respuesta de César se atascó en su garganta. Guzmán aguardaba en la entrada, junto con otros asistentes a la reunión.

—¿Lista? —preguntó el abogado a Mancia.

—Por supuesto, actuaré como una obediente esposa mimada.

El abogado miró a César. La tensión en su mandíbula, junto con sus ojos achinados y las manos en los bolsillos de los pantalones, le confirmó que la pareja había discutido. Confiaba en que Mancia no cometiera una estupidez.

La reunión y las presentaciones le causaron a la joven un fuerte dolor de cabeza. Tras una hora explicando las ventajas y desventajas de conceder la sucesión a César, se llegó a la conclusión de que se procedería a la votación. Todos los presentes votaron a mano alzada. A su derecha, Mancia observó la mirada intimidatoria de su suegro, también las consecuencias si se ponía del lado de su sobrino. A su izquierda, la expresión de César era tan inexpresiva que Mancia se clavó las uñas en las palmas de la mano.

—Señora Dávila —avisó por segunda vez Guzmán—, emita su voto, por favor.

Mancia tomó la decisión definitiva cuando salió del ascensor.

—Mi voto es nulo.

César se levantó de su asiento, mientras los murmullos de los accionistas aumentaron de intensidad. El único candidato a la sucesión tendría que mantenerse en un segundo plano y no conseguir la dirección de las empresas. Eso lo obligaría a vivir más tiempo en aquella casa y con su familia. Nadie lo apoyaría como sucesor de Dávila si ni siquiera había obtenido el voto de su esposa. Por su parte, Francisco Dávila se preguntó si aquella muchacha era muy lista o una redomada imbécil. Su negativa le imponía aguantar a ese bastardo. Carecía del poder de decisión para vetarlo y, mientras esa chica no se decantara por un camino u otro, la situación se alargaría indefinidamente. Lo único que lo consolaba era el hecho de que esa joven descubriría al verdadero César. Un hombre incapaz de olvidar una afrenta. Esa noche conocería al monstruo con quien compartía su lecho.

***

Mancia temblaba de los pies a la cabeza cuando dejó el bolso sobre la cama. Quería explicarle por qué había actuado de esa manera, pero su marido la siguió taciturno e incapaz de entender cualquier explicación.

—¡Maldita sea! ¡Estás loca! ¿Por qué? —gritó. Se quitó la corbata y se masajeó el puente de la nariz en un intento de controlar la furia.

—No estoy loca, solo pretendo hacerte un favor —dijo ella, conciliadora.

—Un favor... Ni siquiera sabes lo que has hecho.

—No consentiré que te destruya tu ambición. Ahora no puedes, nosotros, yo...

—¿Quién eres tú para permitirme hacer algo? Te recuerdo que no eres mi verdadera esposa. Solo tenemos un acuerdo que nos beneficia a los dos —le interrumpió él. Se acercó a ella y la tomó de los hombros para mirarla fijamente a la cara—. En la próxima reunión vota en mi favor, o sabrás de lo que soy capaz.

Sus violentas palabras desintegraron el discurso que había preparado y tan solo balbuceó unas palabras incoherentes.

—No puedo, él...

—¿Te ha amenazado mi tío? —suavizó la voz César al imaginar de lo que era capaz Francisco Dávila—. Yo te protegeré, no te preocupes por eso. Debías habérmelo contado —le dijo, abrazándola con la voz preocupada.

Mancia se alejó de él. Cuando le confesara la verdad, se enfurecería más todavía. César Dávila no consentiría otro lastre en su bien orquestado plan.

—Tu padre no me ha amenazado de ninguna manera.

César estaba a punto de enloquecer. No comprendía por qué Mancia se comportaba de aquella forma tan irracional.

—¿Entonces?

—Este camino te convertirá en alguien como tu tío, la venganza no es...

—¡Esa es tu forma de demostrarme tu amor! —la interrumpió con malevolencia. Mancia se sintió avergonzada al comprobar con qué facilidad despreciaba sus sentimientos—. Limítate a cumplir tu parte del contrato. Ya te dije que no era el hombre que pensabas cuando me conociste.

—Esta versión es odiosa y ruin.

—Tú tampoco eres la mujer de mis sueños...

—... estoy embarazada de dos meses. —No soportaría escuchar qué pensaba realmente de ella.

—¿Cómo? ¿No usabas la píldora? —preguntó desconcertado.

—Nunca creí que fuera necesario tomar ese tipo de precauciones.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

César palideció ante aquella revelación, sin embargo, había llegado demasiado lejos para rendirse. Las palabras de Mancia le otorgaban la posibilidad de presionarla para obtener su voto, aunque las suyas le sonaran tan canallescas que disimuló su consternación nada más pronunciarlas.

—Votarás a mi favor en la próxima reunión, o te obligaré a abortar.

Mancia lo miró con los ojos desorbitados por el horror. Necesitó apoyarse en la cómoda a causa de la brutal amenaza. Nunca hubiera imaginado hasta dónde llegaría para obtener el poder.

—¿Lo harías? —preguntó desalentada y temerosa de la respuesta. Tenía la esperanza de que todo fuera fruto de aquella discusión, pero su silencio la convenció de lo contrario.

César se sentía tan confundido ante la revelación de su esposa que no respondió. ¡Un hijo! No entraba en sus planes ningún niño. Ni siquiera podía ser un buen esposo, menos aún, un buen padre. Faltaba muy poco para conseguir la victoria, aunque notó un terrible dolor de cabeza cuando comprendió la magnitud de su confesión. Asustado ante la responsabilidad de ser padre, César salió de la habitación. Cuando cerró la puerta a su espalda, soltó el aire que había retenido en los pulmones sin advertirlo hasta ese momento. «Voy a ser padre», se dijo, y una sonrisa involuntaria apareció en sus labios, para dos segundos más tarde desaparecer al comprender cómo se había comportado con Mancia. Sus palabras las habían motivado la frustración y su temperamento. Ese niño no sufriría la indiferencia ni la soledad que él había padecido por un padre ausente y un tío vengativo. Golpeó la puerta con suavidad.

—Mancia —dijo—. Tenemos que hablar.

—Por favor, márchate —se oyó decir al otro lado de la puerta.

—Yo... no... —dijo, pero escuchó la puerta del baño cerrarse de nuevo—. Mañana, hablaremos, descansa y cuida mucho a nuestro hijo —susurró él, sin que ella oyese sus palabras.

***

Habían pasado casi tres meses desde aquel día en el que le había comunicado a César su embarazo. Guzmán, por medio de un mensaje a su móvil, le había informado cuándo se celebraría la nueva sesión de accionistas. Dentro de dos meses la convocaría y rezaba para no encontrarse con su marido hasta ese día. Se acarició el vientre; no dejaría que nadie dañara a su hijo, menos aún su propio padre. Si para ello debía ocultarse de él, eso haría. A su madre le había contado una mentira piadosa, y María no desconfió de sus palabras, pero el continuo cambio de residencia al que la sometía su hija le había creado dudas que Mancia aplacaba con otras nuevas mentiras. Recordó la mañana en la que había tomado la decisión más dolorosa de su vida. Después de discutir con César, guardó unas pocas prendas en una maleta y se dirigió al despacho de su suegro. Solo Francisco Dávila la ayudaría; a cambio, traicionaría a César. Mancia se frotó las manos, nerviosa; en su mente pugnaban la culpabilidad, la traición y el miedo a que él cumpliera sus amenazas. Esa mañana ya había vomitado dos veces, y las náuseas habían aparecido con insistencia al mes y medio de su embarazo.

Francisco Dávila no la invitó a sentarse, y nada en aquella habitación tranquilizó los temores y dudas de Mancia.

—¿Para qué querías verme? —preguntó, sin dignarse a mirarla, concentrado en el periódico.

—Ahora acepto su cheque en blanco.

Su suegro dobló el periódico con cuidado y la observó con desprecio; luego alzó una ceja. No había llegado tan lejos comportándose como un incauto. Torció los labios en un gesto duro y evaluó la sinceridad de la chica.

—¿Por qué?

—Le ofrezco la cabeza de César, aunque no le incumben mis motivos —argumentó sin dar más explicaciones.

Mancia aguantó una náusea. Su rostro palideció, y su frente se cubrió de sudor.

—Los motivos siempre son importantes... —Francisco contempló de nuevo a su nuera y adivinó la verdad cuando se dirigió a toda velocidad al baño y la escuchó vomitar.

Mancia regresó con el rostro contraído y mucho más pálido.

—Lo siento —se disculpó—, algo ha debido sentarme mal.

—¿Él lo sabe? —preguntó Dávila, y Mancia fijó los ojos muy abiertos en él. Asintió lentamente con la cabeza. No tenía sentido mentirle—. ¿Por eso quieres huir? —Ella afirmó otra vez en silencio—. ¿Por qué?

—Él... —Mancia apenas podía repetir las palabras de César—. Él me obligará a abortar si no voto a su favor.

—¿Y por qué no lo complaces? Todo sería más fácil para ti y para ese crío.

—Porque no permitiré que se convierta en alguien como usted. El poder lo está corrompiendo. Yo...

—Lo amas —terminó él por decir.

—Sí, lo bastante para que me odie.

Francisco pensó que aprovecharía aquella confusa situación que la terquedad de ese bastardo y la ingenuidad de su nuera habían fabricado por error. Conocía a ese chico mejor que nadie y jamás forzaría a esa muchacha a abortar ni a ninguna otra mujer. Incluso convenció a Aurora de que no lo hiciera cuando se quedó preñada de uno de sus compañeros de trabajo. Seguramente estaba tan enfadado por la deslealtad de su mujer que había pronunciado aquellas palabras en un arrebato de ira. Gracias a la inocencia de Mancia, destrozaría la felicidad de su sobrino. Ese niño debería ser el de su hijo Jorge, su propio nieto, y no el de su hermano.

—Bien, te ayudaré, pero con una condición: has de irte hoy antes de que César cumpla su amenaza. —Sacó un talón en blanco y se lo entregó—. Escribe cualquier cantidad.

La joven se sintió una traidora cuando terminó de rellenarlo. Contuvo otra náusea y se dirigió a la salida. Francisco Dávila saboreó la victoria.

Una hora más tarde, Mancia recogió a su madre en la clínica. María sería el medio que César utilizaría para encontrarla, y aún no contaba con la valentía necesaria para afrontar a su marido. Desde aquel día habían transcurrido tres meses y en su quinto mes de embarazo las náuseas habían dado paso a los vómitos. El médico decía que todo entraba dentro de la normalidad y le había recetado un jarabe que contrarrestaba los síntomas sin ningún resultado. Había perdido peso, mientras que su abdomen aumentaba más cada día. Su madre insistía en que debía cuidarse, sin embargo, cambiaba de residencia una y otra vez. A veces tenía la sensación de que la vigilaban y se mudaban de lugar. Con tantas mudanzas se había saltado tres citas médicas. Esa mañana, se despertó con un fuerte dolor de cabeza que el analgésico no le había quitado en absoluto. Consiguió abrir la puerta y llamar a su madre. Algo no iba bien. Otro dolor, mucho más punzante en el vientre, le cortó la respiración. Dos segundos más tarde, las piernas no la sostuvieron; cayó al suelo. Casi de inmediato vomitó; después, perdió el conocimiento. María temió por el bebé, por su hija, por la vida de ambos. Buscó el móvil de su hija en el bolso y llamó a su yerno.

—¡César! ¡Mancia se muere! ¡No sé qué hacer! ¡Ven rápido, por favor! —gritaba la mujer desesperada.

Él apenas entendía qué sucedía. Su suegra parecía fuera de sí; César le colgó y llamó a Miquel, a quien había contratado para que siguiera a su esposa. Sintió que el mundo se desmoronaba bajo sus pies. Si la perdía a ella o al bebé, jamás se lo perdonaría. Recordó cómo, al día siguiente de discutir, pasó toda la noche pensando en la manera de disculparse. Comprendió en esas horas de vigilia que Mancia y ese niño era mucho más importante que ese sentimiento de venganza que solo lo había conducido a la soledad. Acudió a la habitación de su mujer con la intención de suplicarle que le diera otra oportunidad, que le enseñara cómo amarla, pero encontró el armario revuelto y ningún rastro de ella. Al principio creyó que se había trasladado de cuarto, pero su tío se encargó de informarle que Mancia había aceptado su cheque a cambio de marcharse y, por supuesto, emitir un voto en contra en la próxima reunión de accionistas. Ni siquiera perdió el tiempo en hablar con él, salió del comedor y contactó con Miquel, un investigador privado que conocía desde sus años universitarios. Le encargó solo una tarea: vigilar y cuidar de su familia. Aún no se había ganado el verdadero uso de esa palabra, pero algún día obtendría el perdón de Mancia.

En el apartamento de Sitges, la puerta se abrió de un golpe ante la incredulidad de María. Entonces, un hombre, de la edad de su yerno y con ropa deportiva, levantó a su hija en brazos y le dijo que la llevaría al hospital. Una hora más tarde, llegó César.

—¡Hijo! —Se abalanzó hacia él su suegra. La mujer lloraba desconsolada —. No me dicen nada, no sé cómo están mi hija ni el bebé.

—No se preocupe, quédese aquí, averiguaré cómo están.

César se acercó a su hombre. Miquel era algo más alto que él y mucho más musculoso gracias a su trabajo. En la universidad tenía éxito con las mujeres, sin embargo, su timidez y el enamoramiento casi enfermizo que ni el paso del tiempo había diluido por Aurora, lo mantenía alejado de una relación seria.

—¿Cómo has venido tan rápido? —preguntó Miquel, golpeando amistosamente su hombro.

El rostro de su amigo mostraba sin tapujos su preocupación. César rara vez exhibía sus sentimientos, y ahora era un libro abierto para cualquiera que tuviera ojos en la cara.

—Saltándome todas las normas de tráfico —dijo con una sonrisa preocupada y le enseñó el casco—. ¿Qué sucedió?

—La encontré inconsciente, con convulsiones y a punto de ahogarse con su propio vómito.

—Gracias por salvarla.

—No hay de qué, amigo. Seguro que los dos están bien, pero tú y yo necesitaremos un café bien cargado. Pediré una tila para tu suegra.

—Muchas gracias.

Miquel le dio una palmada en la espalda para animarlo y se dirigió a la cafetería.

Dos horas más tarde, el médico salió del quirófano.

—¿Es usted el hombre que ha traído a la paciente?

—No, soy su marido, César Dávila.

—Acompáñeme —dijo con una seriedad que no auguró nada bueno para el joven.

—¿Cómo están mi mujer y mi hijo? —preguntó.

Expresar en voz alta la palabra «hijo» lo atemorizó. Solo pensaba que Mancia se recuperara cuanto antes y que aquel ser, al que había amenazado de una manera tan brutal e inconsciente, no hubiera sufrido ningún daño.

—Lo siento, señor Dávila. Su esposa ha tenido un brote de preeclampsia. Debía haberla controlado antes, pero no acudió a sus últimas revisiones. Lamento comunicarle que ha abortado —dijo a bocajarro el médico.

César guardó silencio. En ese momento, en su interior, un vacío se extendió con tanta rapidez que el médico se apresuró a preguntarle:

—¿Se encuentra bien?

A César le pareció ridícula la pregunta, pero asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Qué era?

—Un niño.

—¿Ella lo sabe?

—No, aún no ha despertado. Necesitará todo su apoyo cuando se entere.

—¿Podrá tener más hijos? —preguntó casi sin voz.

—Tardará un tiempo en recuperarse, pero con el tratamiento adecuado se restablecerá enseguida. De todos modos, con un mayor control de su problema, un próximo embarazo sería posible sin complicaciones.

—Gracias —se obligó a decir, aliviado—. ¿Cuándo podré verla?

—Dentro de un par de horas.

Cuando salió del despacho del médico, María se acercó a él, tomó su mano y le dio unas palmadas de ánimo. La mujer observó cómo las lágrimas recorrían las mejillas de su yerno. Comprendió que había perdido a su nieto y agradeció a Dios que aún viviera su hija.

—Habrá otros hijos —lo consoló.

María ignoraba que César no solo lloraba por aquel hijo no nato, sino por ser el hombre en el que nunca hubiera deseado convertirse jamás. Alguien como su tío, capaz de destruir lo único bueno que existía en su vida.

14

LA BELLEZA DEL MAR

César miraba el mar de Sitges adentrarse en la arena dorada. Se había tomado dos copas de vino y apoyaba el cuerpo en la barandilla del balcón del hotel en el que se hospedaba desde el ingreso de Mancia en el hospital. Apenas había dormido un par de horas, pero cada vez que cerraba los ojos veía el rostro de su mujer, su desesperación, su dolor, el rencor y el sueño lo abandonaba para dar paso a una culpabilidad que lo obligaba a levantarse. Su mujer permanecería hospitalizada unas semanas más, así que convenció a María de que regresara al centro mental. Su suegra, incapaz de enfrentarse a la situación que atravesaba su hija, obedeció sin oponerse a la decisión de César.

Unos golpes en la puerta de su habitación le anunciaron que tenía visita.

—¿No piensas invitarme a pasar? —preguntó su amiga Aurora. La chica extrajo unas latas de cerveza de una bolsa de plástico de un supermercado.

Él se apartó de la puerta.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó, resignado por la intromisión.

—Miquel —confesó Aurora, y le ofreció una lata.

—A ese bastardo le pago demasiado y es incapaz de mantener la boca cerrada.

—No se ha resistido a mis encantos —bromeó. Luego con el rostro serio le preguntó—. ¿Estás bien?

Su amiga lo acompañó al balcón. El azul del mar era relajante e hipnótico —. ¿La has visto?

—Aún no... —vaciló—... no me atrevo.

—No eres el culpable —le aseguró, y posó la mano en su antebrazo.

—¿En serio, lo crees? Yo no estoy tan seguro.

César se dio la vuelta, mientras Aurora seguía frente al mar y bebió casi la totalidad de la cerveza de un trago.

—César, deja de atormentarte...

—La amenacé con obligarla a abortar —la interrumpió.

Su amiga se giró, sorprendida, al escuchar aquella confesión. Durante un instante, su rostro se contrajo por la incredulidad y por la dureza de sus palabras. Conocía a César; sabía lo que había hecho por ella y cuánto valoraba la vida humana. Hubiese cometido un error sin la intervención de su amigo.

Sus palabras le trajeron a la memoria a Paolo y cómo se enamoró de él nada más verlo. Era un fotógrafo italiano que encendía su pasión y ella, como una adolescente, le entregó su amor por completo.

—No puedes tenerlo, destrozarás tu carrera —le dijo al comunicarle la noticia.

Ella esperaba algo más de entusiasmo, pero parecía inquieto y agobiado.

—No sería la primera modelo que detiene su carrera por un hijo durante un par de años. La retomaré cuando cumpla un año. De todos modos, debo prepararme el papel de protagonista de una película. Sería un buen momento para estudiar y yo...

—¡No! No puedes tener ese hijo —la interrumpió, tomándola de los hombros con fuerza.

Aurora no entendía su actitud y por un momento comprendió que su amor solo había sido sexo.

—¿Por qué?

—Porque estoy casado y tengo dos hijos, y este crío no destrozará a mi familia.

Aurora se sintió tan estúpida, tan engañada que decidió abortar al día siguiente. Por casualidad, Miquel la visitó y en esa ocasión su amiga no lo invitó a comer y le dio numerosas excusas para no quedar otro día. Además, tenía los ojos hinchados de llorar y había anulado sus compromisos de trabajo por un par de semanas. Como buen investigador, la siguió hasta la clínica. Allí llamó a César y le contó sus sospechas. Quiso convencerla de su equivocación, de que pensara muy bien lo que pretendía hacer, pero ella lo echó de la habitación. César conocía a su amiga y sabía que jamás se perdonaría aquel acto irreflexivo. Así que se hizo pasar por el padre del niño y exigió en presencia de su abogado —aquel papel se le otorgó a Miquel— que se detuviera cualquier proceso de aborto. La clínica, ante el temor de una denuncia, se disculpó con su cliente, le devolvió el dinero y la instaron a marcharse cuanto antes para que solventara sus problemas con su esposo.

—Habéis sido vosotros —dijo después de recuperarse de la impresión.

Durante un instante creyó que Paolo había recuperado la cordura y había

ido a buscarla a la clínica.

—Aurora, no puedes abortar —dijo César—. ¿Lo has pensado bien?

—No es asunto vuestro, además, no tendrá un padre.

—¿Cómo qué no? Yo seré su padre, si tú quieres —le propuso Miquel.

—¡Vamos! Tú no serías un buen padre ni para un hámster.

Miquel no se molestó: estaba acostumbrado al rechazo de esa mujer, pues sabía que algún día sería suya. Se conformaba con volver a ver que Aurora era la de antes: bromista y sonriente. Después de algunas lágrimas, comprendió la locura y trajo al mundo a una niña tan preciosa que nunca agradecería lo suficiente a sus amigos lo que hicieron por ella aquel día.

Al comprender el alcance de la equivocación de César, le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque estaba furioso, porque esa mujer saca lo peor que hay en mí. Porque...

—... porque amas a Mancia, ¿verdad?

—No digas tonterías —contestó él, sin reconocer aún los verdaderos sentimientos por su mujer. Unos sentimientos tan intensos y profundos como el Mediterráneo que contemplaba desde ese balcón.

—¡Vale! —admitió Aurora, alzando las manos—. Te comportas como cuando niños. No aceptas la evidencia hasta que se estrella en tus narices. Has estado a punto de perderla. ¿Qué más necesitas?

—Ella no me perdonará.

—¿Te has preguntado por qué pronunció un voto nulo para impedir tu sucesión? —César negó con la cabeza, y Aurora sonrió—. Realmente te mereces un coscorrón —dijo de manera cariñosa; luego continuó hablando —: Ella adivinó el peligro que suponía ese cargo para ti. Quería evitar que te convirtieras en alguien como tu tío. Yo hubiera hecho lo mismo. —Aurora rodeó su cintura y apoyó la cabeza en el hombro de César—. Ahora, me tomaré otra cerveza ante esta impresionante vista, mientras te duchas. —Lo empujó hacia el baño—. Luego, te pondrás tu mejor traje, le comprarás un enorme ramo de flores y visitaremos a tu mujer.

***

Mancia observaba las sombras que la persiana, gracias a un juego caprichoso de la luz, proyectaba en el techo. Aún no había asimilado la verdad. Se sentía tan culpable por no haber ido a las revisiones que la angustia le comprimía el pecho en un intenso dolor. Estaba a punto de abandonarse a la tristeza cuando César apareció con un descomunal ramo de flores y vestido como para asistir a una boda. Su aspecto aún despertaba en

ella esas ganas locas de besarlo. Ahora más que nunca habría deseado que la estrechara entre sus brazos y la consolara. En vez de eso, forzó una sonrisa al ver quién lo acompañaba.

—Mancia, espero que pronto te recuperes —dijo Aurora. Se acercó a la cama y la besó en la mejilla—. Rodaba un anuncio cerca de aquí y convencí a César para que me trajera a visitarte.

—Gracias —consiguió decir.

—Es un anuncio de bañadores. César me ha contado que a ti te gusta el agua helada —ante el silencio de la joven, Aurora dijo–: Habrá otros hijos y la vida...

—Ahórrate tus palabras de ánimo —la interrumpió con grosería—. No tienes ni idea de cómo me siento.

Mancia giró el rostro y le indicó a su visita que se había terminado. César, con una mirada, aún más culpable, le pidió a Aurora que se marchara. La joven besó a la enferma y también a César, y salió de la habitación sin decir una palabra más.

—Aurora solo pretendía animarte —dijo él, y colocó el ramo de flores en un jarrón.

—¿Por qué has venido?

—Porque eres mi mujer.

—Nunca he sido tu mujer. Además, ahora ya no has de preocuparte por un hijo que no deseabas. No necesito tus flores, ni tu presencia, ni... —La joven no pudo acabar la frase. Estaba tan triste, tan vacía, tan dolida que su cuerpo comenzó a temblar.

César sacrificaría diez años de su vida para retroceder a aquel día y retirar sus duras palabras.

—Mancia, no espero tu perdón, pero te juro por la memoria de mi madre que jamás te hubiera obligado a abortar; aquel día yo...

Ella fijó los ojos en él y comprobó su sinceridad. En su interior sabía que aún existía en él ese hombre que la había salvado de unos chicos en una parada de autobús, le había ofrecido su casa aquella noche y compartido una invitación unos días más tarde. También, el hombre que la había llevado al cielo con tan solo rozarla con sus manos. No, él no actuaría con tanta crueldad.

—Lo sé —le interrumpió.

Aquella afirmación liberó, en parte, el peso que comprimía el corazón de César. Un peso que jamás desaparecería de su alma.

—Pero visitarme con tu amante no me consolará más —dijo con desdén.

—Aurora no es mi amante: es mi amiga.

—Por supuesto, ahora se llaman amigas.

Mancia estaba tan furiosa con el mundo, con el destino, con su vida que requería una cabeza de turco para desprenderse del dolor. César habría aguantado cualquier cosa después de escuchar que creía que nunca hubiera

dañado a su hijo.

—Mancia..., esto no te ayudará a...

—... a olvidar. —Su voz mostraba que contenía la tensión.

—Eso nunca lo harás ni yo tampoco —aseguró él con la voz baja.

En ese instante, Mancia vio de nuevo al reponedor del centro comercial; al mensajero que recordó su nombre; al hombre que la invitó a una pizza y a un postre. Entonces, las lágrimas brotaron de sus ojos a borbotones. Unas lágrimas que redimieron su dolor y la culpabilidad de él. César se aproximó despacio a ella, temeroso de que rechazara su contacto. La abrazó con fuerza y la sostuvo así hasta que se tranquilizó.

—¿Sufrió? —preguntó, clavando sus ojos en los de él.

—Él no sintió ningún dolor.

—¿Era un niño? —César asintió y contempló, con impotencia, cómo el dolor se desbordaba por el rostro de su esposa—. Me gustaría estar a solas un rato —le pidió.

César dudó si cumplir su petición. Ella abandonó sus brazos y se acurrucó en una postura fetal, dándole la espalda. Aquella herida nunca se cerraría en el corazón de su esposa. Él había sido el causante, y eso la atormentaría hasta el final de sus días.

Una semana más tarde, César regresaba con Mancia a Barcelona. El médico le había asegurado que podía retomar su vida normal e incluso insinuó que esperaran dos semanas para reanudar sus relaciones sexuales. César asintió en silencio, mientras que Mancia ni siquiera parecía encontrarse en el despacho del médico.

Al terminar, Mancia se dejó conducir a la salida con mansedumbre. No pronunció ni siquiera una palabra hasta que vio el cartel de la playa de Castelldefels.

—Por favor, llévame a la playa.

—¿Estás segura? ¿No estás cansada?

Mancia apoyaba la cabeza en la ventanilla; la delgadez de su cuerpo preocupaba a César.

—Necesito ver el mar.

—De acuerdo.

A esas horas apenas había alguien en la playa. Su mujer se quitó los zapatos y chapoteó en el agua, mientras que él la observaba en silencio.

—¿Está fría? —le preguntó, al tiempo que ella se detenía.

—No demasiado. —Mancia dejó que las olas mojaran el bajo del vestido —. Quiero el divorcio —dijo—. Te pagaré, aunque para ello trabaje de sol a sol —sentenció con una voz carente de emoción que a César le sonó vacía.

—No voy a darte el divorcio. No hasta que finalice nuestro contrato.

—¿Por qué quieres que siga a tu lado?

—Aún no has emitido tu voto y...

—¿Tanto deseas ser el sucesor? —le interrumpió ella con desprecio.

—Es lo que siempre he deseado.

César se dirigió al aparcamiento. Si continuaba delante de ella, le confesaría que el motivo por el que no le concedía el divorcio era para resarcirla por todo el daño que le había causado desde que la había involucrado en sus planes de venganza. Revelarlo significaría reconocer la verdad: Mancia había despertado en él sentimientos de los que jamás había creído que existieran en su interior y que ni siquiera había sentido por Raquel. Aurora lo llamaba *amor verdadero*. Solo necesitaba tiempo para comprobar si su amiga estaba en lo cierto.

***

Habían pasado dos meses desde que Mancia le había pedido el divorcio. Dos meses de silencio e indiferencia que César procuró ignorar. Había regresado a sus estudios de cocina para olvidar su pena. Esa tarde, tras sus clases, acudiría a la nueva reunión convocada por los Dávila. Durante todo ese tiempo se había negado a vivir en la casa de su suegro. Guzmán consideraba como legal, para no impugnar el testamento de la madre de César, que residiese dos tardes en la casa familiar. Francisco Dávila había protestado, pero no se había salido con la suya. Legalmente, el testamento no indicaba nada al respecto. Así que alquilaron un apartamento cerca del puerto.

—No es necesario que me acompañes. Nos veremos en la reunión.

Mancia había recuperado la costumbre de vestirse con ropas poco femeninas y peinarse con una estirada coleta en la nuca. Se giró después de pronunciar aquellas pocas palabras y se marchó sin esperar su respuesta. Resignado, César se puso la chaqueta y se dirigió a la reunión. Se encontraría con Guzmán en la puerta de entrada del edificio.

—¿No viene? —preguntó el abogado al verlo solo.

—¿Acaso lo dudabas? No soporta mi compañía.

El abogado evitó mostrar su disgusto ante aquella situación; apreciaba a los dos. César ostentaba como un estandarte la culpabilidad que sentía por la pérdida de su hijo.

—¿Crees que votará lo correcto?

—Lo hará —contestó él con la voz dura, y miró por la ventanilla.

Era la única manera que Mancia tenía de alejarse de él. Tal y como imaginó, votó a su favor. Tras finalizar la reunión, el alboroto que surgió a raíz de su nombramiento le permitió a su mujer escabullirse sin despedirse de él. César le hubiera agradecido el gesto; al menos, eso le concedía la excusa para entablar una mínima conversación. Quiso seguirla; de hecho,

casi la alcanzó en el ascensor cuando Francisco se interpuso en su camino.

—Enhorabuena —lo felicitó con la mirada cargada de odio—. Espero que conserves mejor tu puesto que a tu esposa y a tu hijo.

Sus palabras repletas de rencor provocaron que César apretara los puños de pura rabia. Aquel hombre nunca cambiaría. César apoyó las manos en los brazos de la silla de ruedas y le susurró al oído:

—No te preocupes por mí. Estaré muy ocupado desmantelando tu imperio, miembro por miembro. Me esforzaré al máximo para que todos olviden el apellido Dávila. Es más, te juro que sacaré a la luz todos los trapos sucios que hayas guardado bajo la alfombra.

César besó a su tío en la mejilla para que todos vieran la felicidad que compartía con su padre. Se incorporó y observó cada detalle del rostro del hombre que tanto le había odiado. Había dejado de preguntarse el motivo, y hoy había puesto punto final a aquella guerra.

Francisco Dávila miraba enmudecido al hombre que se había convertido en su peor enemigo. Si había algo que amaba en su vida eran sus empresas. Las había construido abandonando muchos cadáveres en el camino y, sobre todo, su alma. No permitiría que aquel bastardo las destruyera sin luchar una última batalla. Contempló, a punto de sufrir una apoplejía, cómo la mitad de los directivos y accionistas lo felicitaban con palmaditas en la espalda. Quizá había llegado la hora de apostar de verdad. Todavía no había mostrado todas sus cartas.

—Pásalo bien —dijo César, y se metió en el ascensor.

Aprisa salió del edificio. Se maldijo por haberse entretenido con su tío. Sacó el móvil y la llamó, pero ella no contestó a su llamada. César dio un puñetazo en el aire de impotencia y se mesó los cabellos. Había conseguido el imperio Dávila, y la verdad es que se sentía como un auténtico perdedor.

Entretanto, en la planta de dirección, Francisco hablaba con Guzmán. Debía recordarle que aún trabajaba para él, también que ocultaba algún secreto que lo hundiría si se llegaba a desvelar.

—Llévame a mi despacho.

—Ahora no tiene despacho —le dijo incómodo y, con cierta satisfacción personal, añadió—: César lo ha ocupado.

Francisco oprimió con fuerza los brazos de la silla de ruedas e imprimió las marcas de las uñas en la piel.

—¿Dónde me ha colocado ese bastardo?

—En ningún lugar —reconoció entre satisfecho y preocupado por la reacción del que hasta entonces era su jefe.

—¡Vamos al coche! —ordenó, y lo miró con unos ojos atigrados.

Hasta llegar al aparcamiento, Francisco Dávila aguantó las felicitaciones de toda esa panda de besugos engreídos y gelatinosos que creían halagarlo al darle la enhorabuena porque César desempeñaría su cargo. Cuando entró en el coche, estaba tan furioso que, si no estuviera paralizado de cintura para

abajo, habría buscado a ese niñato y le habría enseñado una lección. Disponía de los redaños necesarios para hacerle frente y, sobre todo, daño pese a su estado. Cada vez que veía a César, sentía que desde el infierno su hermano se burlaba de él. Cuando le confesó que amaba a Paula, la madre de César, su hermano la usó, sin importarle sus sentimientos. Luego, la dejó preñada, la maltrató psicológicamente para más tarde alejarla de su lado. Él le había abierto los brazos, le había entregado su amor y dado un apellido a su hijo, y solo había recibido migajas que al final habían provocado una herida entre ellos que nunca cicatrizó. César añadía más sal a esa herida. El nacimiento de Jorge consiguió que olvidara la existencia de su sobrino, un error que pagaría toda la vida. Si le hubiera prestado atención en vez de ignorarlo, Jorge aún viviría. Su sobrino se parecía a él más que su propio hijo y vengó su odio en su hermano. Cuando Jorge tomaba drogas, César florecía aún más. Eso lo enardecía hasta desearle la muerte, la misma que aquel hijo de puta había sembrado en su hijo. Sabía muy bien el carácter débil y dócil de Jorge, también que César lo introdujo en aquel mundo, algo que nunca le perdonaría.

—Estás de mi lado o del suyo —dijo con la voz acerada. El abogado esperaba cualquier cosa, pero aquellas palabras lo desconcertaron—. Elige bien en qué bando estar. Compartir tanto tiempo hace que se conozca muy bien a un hombre y también sus secretos.

—Del suyo —reconoció Guzmán con los dientes apretados. Durante unos años, aceptó sobornos sin importarle las consecuencias. Algunos lo llevarían directamente a la cárcel, así que no podía escoger, y aquel cabrón de Dávila lo sabía muy bien—. Siempre permaneceré a su lado. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó, consciente de que Dávila le pediría realizar un trabajo sucio.

—Destrozar a ese bastardo. Consígueme el vídeo que la zorra de los Iborra guarda en su poder.

—César amenazó con descubrir cómo su padre ha malversado fondos. Si sale a la luz, repercutirá en las empresas Dávila. Es posible que la mayoría de los accionistas se vean afectados y por temor vendan las acciones. Eso destruiría a ambas empresas.

—Levanté de la nada lo que intenta arrebatarme. Mis empresas tienen sólidas raíces; algunos árboles caerán, pero te aseguro que la mayoría sobrevivirá a la tormenta —explicó con una sonrisa malévola.

—¿Está seguro de lo que va a hacer?

—Muy seguro —afirmó—. Si alguien va a destrozar mi imperio, no será ese hijo de puta de mi sobrino.

Guzmán sabía que aquella conversación había terminado y se bajó del coche. Si todo se iba a ir al garete, debía agarrarse a un salvavidas. Sin embargo, estimaba a Mancia. Aquella joven no merecía hundirse en aquel barco.

***

Mancia no se sorprendió al recibir la visita de Guzmán; parecía que su marido tenía prisa por deshacerse de ella.

—Puedes decirle a César que ahora estamos en paz. Quiero el divorcio y no verlo en lo que me resta de vida. No es tanto pedir tras lograr lo que ha querido durante tantos años.

Mancia se sirvió una copa.

—No me envía él.

—¿Entonces? —preguntó y alzó una de las cejas de manera inquisitiva.

—Es hora de que reanudes tu vida y te alejes de la familia Dávila.

—Eso es lo que quiero hacer, pero César...

—Abandónalo tú. Hazlo oficial antes de que sea demasiado tarde para ti.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó con suspicacia.

—Porque no eres como ellos y ya has sufrido bastante.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

Él no respondió a su pregunta y le dijo:

—Hazme caso. Anuncia oficialmente que te divorcias de César. No esperes a mañana, o será tarde.

Después de decir aquellas enigmáticas palabras, que dejaron en Mancia un sabor agrio en la boca y un nudo en el estómago, el abogado le dio un beso en la mejilla.

—Buena suerte —le dijo, y se dirigió a la salida.

15

CONFESIONES

Vanesa sospechaba que Guzmán no le comunicaría buenas noticias: la había citado en un restaurante del centro. El perro de Dávila se retrasaba y encendió un segundo cigarrillo para relajar la tensión cuando el abogado se sentó frente a ella.

—Señorita Iborra, el señor Dávila desea algo de usted.

—¿Padre o hijo? —preguntó con la esperanza de que se tratara de César.

A César podía controlarlo, en cambio, Francisco Dávila era un tipo duro, de los de antaño, capaz de cualquier cosa por conseguir sus objetivos.

—El padre.

El corazón de Vanesa latió deprisa, incapaz de evitar que el sudor empapara su espalda. La joven dio una calada larga a su cigarrillo, como si el humo le otorgara el valor que necesitaba antes de hablar:

—¿Qué quiere ese viejo zorro de mí? Ya no trabajo para él.

—Si alguna vez ha trabajado para Francisco Dávila, nunca deja de hacerlo.

Una cegadora y terrible luz iluminó la mente de Vanesa, y sus ojos se agrandaron al comprender qué pretendía Dávila.

—No..., él no... no —vaciló, apagando con fuerza el pitillo en el cenicero. Ni siquiera exhaló el humo.

—Lo siento, saldrá en las noticias de las ocho.

—Eso destruirá también a los Dávila —argumentó incapaz de comprender el juego que ese fósil se traía entre manos—. César terminará en la cárcel.

—No se preocupe por lo que le suceda a César, sino a usted.

Vanesa estrujó entre los dedos la cajetilla de tabaco. Su padre iría a la

cárcel, si no acataba la orden de ese vejestorio. Su madre sufriría una crisis nerviosa y la vergüenza la mataría. En cambio, ella se convertiría en la víctima de una violación que toda España vería a la hora de la cena. Por primera vez en su vida el pánico anuló sus pensamientos.

Aceptó acosar a César porque Dávila la chantajeaba con publicar un anterior vídeo de un empresario cordobés que había grabado cuando aún era menor de edad. Nunca creyó que Dávila sacara a la luz el falso vídeo de su hijo. Las consecuencias serían lamentables para ambas familias, sobre todo para César, quien acabaría sus días en una cárcel.

—Me marcharé esta noche a París —dijo esperanzada. Quizá si desaparecía de la ciudad e incluso del país, el viejo se conformara lo suficiente para no avergonzarla delante de todo el mundo.

—Entrégueme el vídeo antes de las cinco —le pidió Guzmán, luego añadió—: Le aconsejo que no salga del país o se la acusará de desobediencia al tribunal. Debe acudir como acusación y espero que su actuación convenza al jurado.

Vanesa desvió la cabeza hacia donde miraba Guzmán. El abogado hizo un gesto con la mano y un tipo, con rostro adusto y de casi dos metros, se sentó junto a ella y la tomó del brazo.

—Entiendo.

No era estúpida. Si no obedecía a Francisco Dávila, quizá las noticias de las ocho anunciarían su desaparición.

***

Mancia recorrió la habitación de arriba abajo un sinfín de veces. Se preguntó qué significaría la advertencia de Guzmán. Se sirvió una copa y contempló el puerto. A las nueve, escuchó cómo se abría la puerta y se precipitó hacia esta. En ese instante, César colocaba el casco en la estantería que habían asignado en la entrada para aquel uso.

—¿Sucede algo? —preguntó él al verla inquieta. Era la primera vez en dos meses que no se escondía en su habitación cuando llegaba al piso que ambos compartían desde el aborto.

Mancia negó con la cabeza. Quizá hubiera exagerado un poco las advertencias del abogado.

—Esta tarde, Guzmán nos ha visitado.

—¿Qué quería? —preguntó sin concederle mayor importancia. Ante el silencio dubitativo de su esposa, añadió—: Me daré una ducha y me tomaré una copa. Necesitamos hablar —dijo con tal seriedad que Mancia olvidó a Guzmán.

Desde que abandonó el hospital, César se había apoderado del mando de las empresas Dávila y apenas se habían dirigido unas palabras corteses desde entonces. César aparecía en el piso solo para ducharse y dormir. Como en un acuerdo tácito, evitaban encontrarse por la mañana. Mancia se sirvió otra copa de vino para disimular la tristeza que le suponía aquella despedida. Había llegado la hora de la verdad, la hora más dolorosa después de perder a su hijo. Con todo su ser amaba a ese hombre, que ignoraba qué era ese sentimiento, y ahora un papel los separaría para siempre. Su corazón se había tornado un paraje yermo, desolado y árido. Suspiró sin saber que él la observaba desde la puerta del comedor.

César miraba el pequeño cuerpo de Mancia. Su mujer vestía una camiseta oscura que acrecentaba su aspecto entristecido y ahondaba más en su culpabilidad. Esa noche la liberaría de él. Deseó abrazarla, acunarla en sus brazos, desvanecer su dolor y allanar su pérdida. Conducirla a la pasión y demostrarle, con besos y caricias, cuánto le importaba. Quería regresar al hogar en el que se había transformado su cuerpo, pero gracias a su ambición lo había estropeado todo. Había obtenido el mando del imperio Dávila, solo para destruir al hombre que lo había odiado desde niño, sin embargo, había descubierto que él se había lastimado mucho más a sí mismo, alejando a Mancia de su lado. Se sirvió una copa de vino y salió al balcón.

—Mañana, Guzmán presentará en el jugado los papeles del divorcio. —El silencio se volvió opresivo en el cuarto y para aligerar el ambiente añadió—: No te preocupes por tu madre, yo pagaré la clínica. —Bebió un trago y ante el silencio de Mancia continuó—: También he dispuesto que cada mes se te abonarán diez mil euros. Además de la compensación que firmamos en nuestro contrato. Y, tranquila, no pagarás la multa por incumplimiento.

—No es necesaria tanta generosidad por tu parte —dijo ella sin atreverse a mirarlo a la cara.

Las luces del puerto titilaban en la distancia. Mancia las contempló embelesada y con una gran tristeza. Al final lo único que los uniría sería su dinero.

—Gracias a ti he conseguido lo que he ambicionado tanto tiempo. Siento que en el camino hayas sufrido tanto. Nunca quise hacerte daño. Nunca quise haceros daño —rectificó.

—Lo sé —reconoció ella, y dio un pequeño sorbo de su copa.

Sus palabras significaban mucho para él. Quería tomarla de la mano, pero ella se apartó de su lado y pasó el momento. César metió la suya en un bolsillo y con la otra se llevó la copa a los labios.

—¿Qué harás?

—No lo sé aún. ¿Y tú?

—Después de acabar con todas las empresas de mi tío, recorreré España con mi Harley.

Mancia guardó silencio. El cáncer que corroía a César estaba tan extendido en su interior que no llegaría nunca a comprender por qué su empeño en morir en aquella lucha. Si tan solo hubiera continuado con su vida, ella habría permanecido a su lado.

—Espero que merezca la pena. —En su voz había un tono de derrota.

César resistió las ganas de besarla y apretó la copa para impedir que sus manos rodearan su cintura. Los ojos de su esposa eran un pozo en el que hubiera buceado para averiguar qué pensaba en realidad. De hecho, disparó su última bala. Si insistía en marcharse... la ayudaría con todos sus medios.

—Mancia... ¿Qué significa tu nombre? —preguntó, y se acercó a ella. El viento le echó una mano, despeinándola. Uno de los mechones se soltó de su peinado y cayó díscolo ante sus ojos. César lo retiró con suavidad tras su oreja; en el camino acarició con la yema de los dedos su mejilla. Su mujer fijó aquellos ojos que tanto admiraba en los suyos, pero la conversación y ese momento de intimidad se interrumpieron cuando sonó con insistencia el timbre de la puerta—. ¿Esperas a alguien?

—No, a nadie —dijo ella, apartándose de él.

Mancia se apresuró hacia la entrada. Su corazón latía deprisa tras el breve instante en que la mano de César había rozado su piel. Su cercanía era una tentación en la que no caería de nuevo. Agradeció a Dios esa inesperada visita. Se colocó el mechón de cabello que había derrumbado sus defensas y abrió la puerta.

Mientras tanto, César se puso sus deportivas. Creía haber derruido una parte del muro que su mujer había construido con tanta precisión para defenderse de él. Eso lo animó y una sonrisa iluminó su rostro hasta que vio a dos agentes de policía en el comedor.

—¿Es usted César Dávila?

—Sí, soy yo...

—Señor Dávila, queda detenido por la violación de Vanesa Iborra.

Mancia palideció al comprender que Vanesa había entregado el vídeo de César a la policía.

—¡No es cierto! —gritó César, indignado.

Los agentes desoyeron sus palabras y lo esposaron. También ignoraron el hecho de que dicha actuación era innecesaria. César no se hubiera resistido, pero el comisario estableció los términos de la detención: «No tratéis con delicadeza a ese cabrón, es un violador y de los peores». César guardó silencio ante la violencia contenida que percibía de los policías.

—Eso podrá contárselo al juez mañana —dijo uno de los agentes, y lo empujó hacia la puerta.

—Mancia, yo... esta noche quería...

—¡Camine! —le gritó uno de los policías—. Ya tendrá tiempo de hablar con el juez.

***

César observó cada detalle de la habitación anodina en la que lo habían encerrado en la comisaría. Decorada con una mesa metálica y un par de sillas de plástico, aumentaba la sensación claustrofóbica de cualquier detenido. El policía que lo custodiaba no era muy hablador. En el rato que llevaba allí, solo le había dicho: «Siéntate».

La espera multiplicó su nerviosismo; intentaba concentrar todas sus energías en pensar con claridad. Estaba jodido y bien jodido. Esa era la definición exacta de su situación. Esta vez, gracias al vídeo de Vanesa, se complicaría su defensa. Se mesó los cabellos, mientras movía la pierna izquierda. Entonces, la puerta se abrió y apareció otro policía. No se trataba de ninguno de los dos agentes que lo habían detenido; además, lo acompañaba Guzmán.

—¡Dios! Gracias al cielo. Te juro que no he cometido ninguna violación —se apresuró a decir.

—Mejor guarda silencio —le aconsejó el abogado.

El policía encendió un portátil cuando el abogado se sentó a su lado. César obedeció la sugerencia de Guzmán y cerró la boca.

—¿Se llama César Dávila? —preguntó el agente.

—Sí.

El policía anotaba en el ordenador sus respuestas.

—¿Vive en la calle Cervantes en el número 2?

—Sí.

Los dedos gruesos del agente, pulsando las teclas del teclado, desquiciaban a César, pero disimuló su agitación, contestando cada una de las preguntas con voz clara.

—¿Recuerda qué hizo el diez de marzo a las once de la noche?

César miró a Guzmán. El abogado asintió con la cabeza y le concedió permiso para hablar.

—Quedé con mi amigo Carlos para tomar unas copas.

—¿En el local se encontraron con la señorita Iborra?

—Sí, pero me sentí mal, y yo...

Ante la vacilación de César, dejó de escribir. Tras un minuto de silencio, realizó una nueva pregunta.

—¿Esa noche consumió drogas?

—No, yo...

—Su amigo y la señorita Iborra afirman que sí.

Entonces, César lo comprendió enseguida; también el papel que Carlos había jugado en todo aquello.

—Esto es cosa de mi padre —dijo, a la vez que fijaba la vista en Guzmán. El abogado ni se inmutó ante dicha acusación.

—Señor Dávila, tranquilícese —pidió el policía.

—¡Una mierda! —gritó César, y golpeó la mesa con los puños.

—Tranquilícese —repitió el agente mucho más enfadado— o le pediré a mi compañero que lo espose a la mesa. —Por la expresión del policía, dedujo que aguardaba con impaciencia una señal para retorcerle las muñecas.

César se tapó el rostro con las palmas de las manos. Ahora lo comprendía todo. Francisco Dávila había orquestado aquel plan para inculparlo y recuperar de nuevo el control sobre las empresas. Exhaló un suspiro y controló la rabia para no cometer una estupidez.

—Esa chica trabajaba para él desde el principio.

—¿Se refiere a la señorita Iborra?

—¡Claro, imbécil! —exclamó fuera de sí César. Lo había intentado, pero la tensión y la incompetencia de esos agentes lo alteraban lo suficiente para perder los estribos—. Todo es una treta de mi padre. ¿No lo ven? —insistió, desesperado.

—Yo solo veo un vídeo en el que viola a la señorita Iborra y parece que pierde los papeles con demasiada facilidad.

—¿A qué se refiere?

—A que también la señora Dávila, la esposa de su padre, lo acusó de acoso sexual.

—¡Eso era otra mentira!

—Vamos, señor Dávila —dijo con un tono cargado de acidez el policía—. ¿Todas las mujeres mienten?

—Esas dos sí —aseguró César con firmeza.

—Entonces se confiesa inocente.

—Claro que soy inocente —afirmó César.

El agente no pronunció una palabra más, cerró el portátil y se puso en pie.

—Tiene diez minutos —le dijo a Guzmán.

El abogado asintió, y los dos agentes salieron de la habitación.

—Tu padre te envía un mensaje —dijo sin darle una oportunidad de hablar. César habría esperado cualquier cosa, menos que lo abandonara en aquel instante, pero nunca había confiado del todo en él—: Estás solo en esto.

El abogado se levantó para marcharse.

—¿Y Mancia? ¿Puedo verla?

Era inútil rogar su ayuda. Conocía cómo actuaba su padre.

—Haré que te vea —dijo, y después añadió—: Es lo único que puedo hacer por ti.

***

En la comisaría, Mancia se frotaba las manos, mientras esperaba noticias de César. Un grupo de mujeres gritaban a los agentes que les entregaran sus pertenencias. Se defendían de la acusación de prostitución alegando que los supuestos clientes solo eran amigos. Nadie le decía qué sucedía. No deseaba que César acabara en la cárcel. Confiaba en su marido: a pesar de sus discusiones, jamás le había puesto una mano encima. Se acercó a una máquina de café cuando un agente le dijo:

—Señora Dávila, puede ver a su esposo durante diez minutos.

Ella asintió y siguió al policía hasta una habitación. El rostro de César mostró una sonrisa cálida al descubrir quién entraba a esa claustrofóbica habitación.

—Tranquila, estoy bien, ¿y tú?

Mancia tomó también asiento, ambos se mantenían en silencio hasta que César dijo:

—Tendrás que contratar a un abogado por mí.

—¿Guzmán no te defenderá? Pensé que...

—Trabaja para mi tío —la interrumpió.

—Entiendo.

—Ningún abogado prestigioso tomará mi caso. Mi tío hará todo lo posible para acusarme de violación. No confío demasiado en la justicia —dijo, apesadumbrado—. Sin embargo, tengo una caja de seguridad, donde guardo una suma considerable. La llave está en uno de los cajones de mi despacho, y el código es el día de la muerte de...

—... nuestro hijo —pronunció ella ante el silencio de César.

Era la primera vez que nombraban a su hijo desde aquel día. Él le rozó los dedos de la mano que ella apoyaba sobre la mesa metálica. Mancia los retiró, y ese gesto hundió en una mayor desilusión a César.

—¿Y si ninguno quiere ocuparse del caso? —preguntó ella, devolviéndolo a la dura realidad que vivía.

—Entonces mi tío habrá ganado. ¿Me ayudarás?

El silencio de Mancia consiguió crispar los nervios de César. Tras unos segundos eternos, su esposa asintió. Él quiso agradecérselo, pero uno de los agentes entró en ese momento en el cuarto.

—El tiempo se ha terminado —anunció con sequedad el policía.

Mancia se puso en pie y se marchó sin despedirse.

—Vaya, ella tampoco parece creerte —dijo el agente con sorna.

—Se equivoca —contestó César con una sonrisa torcida—. Ella es la única que cree en mí.

***

César pasó la noche en las dependencias policiales. La acusación era lo bastante grave para que al día siguiente declarara ante el juez. Parecía que el asunto se despacharía rápido; su tío tenía prisa por enviarlo a la cárcel. Ni siquiera se había duchado y usaba la misma ropa que el día anterior: unos vaqueros, una camiseta y sus zapatillas de deporte. Esperaba que Mancia hubiera conseguido la asistencia de un abogado. Pero le comunicaron que le asignarían uno de oficio, puesto que ningún privado había aceptado representarlo. Se resignó a su suerte. Las pruebas eran contundentes y la tenacidad de su tío, también.

A las diez de la mañana, lo sacaron de la celda y, custodiado por dos guardias, lo subieron al coche patrulla. Los juzgados estaban en el centro y el tráfico era intenso a esa hora. Notó un olor a rancio y tabaco en la ropa; supuso que gracias al anterior inquilino de la celda. Uno de los policías que lo acompañaba le susurró al oído:

—¡Cabrón! Te pudrirás en una celda por violar a esas dos chicas. Seguro que harás muchos amiguitos en prisión.

César no contestó. Nadie creería su versión de los hechos ni tampoco nadie se molestaría en investigarlos. Incluso ya lo culpaban de dos violaciones. César se concentró en el tráfico intenso que esa mañana invadía la Diagonal. En los aledaños de los juzgados, una multitud de cámaras y periodistas lo recibieron en la entrada. Imaginó que la presencia de la prensa era un «regalito extra» de su tío. Los flashes lo cegaron; otros dos policías tuvieron que poner orden para poder llegar a la puerta del edificio sin que lo derribaran en el corto trayecto a la entrada. Entre la multitud, divisó a Mancia y a alguien más a su lado que le provocó una gran inquietud: Francisco Dávila.

16

UN JUICIO JUSTO

El juez aceptó las pruebas; el fiscal estableció la acusación y su abogado, un joven recién salido de la facultad, mantuvo una gran falta de profesionalidad a la hora de defenderle. César estaba a punto de perder la cordura y la paciencia ante el tribunal, una actuación que no le convenía representar. Dos horas más tarde, el juez dictaminaba un receso que aprovechó para echarle en cara a su abogado su ineficaz conducta.

—¿Mi padre te ha comprado? —le preguntó al chico a bocajarro.

El muchacho abrió la boca, bisbiseó una respuesta que su defendido no escuchó y, menos aún, entendió. Entonces, alegó en su defensa una contestación que aumentó la veracidad de sus sospechas.

—Señor Dávila, no sé de qué me habla.

—¡Vamos! No me tomes por estúpido —dijo, y agarró al chico por la toga con una actitud amenazante.

—Lo siento —fue lo único que dijo visiblemente asustado por el proceder de su cliente. César lo soltó, y su supuesto abogado se escabulló como un animal asustado de la habitación. Enseguida, entraron los dos policías que lo custodiaban en el juzgado.

Tras una hora, regresaron al tribunal.

—Señor Dávila, ¿puede contarnos qué sucedió el diez de marzo?

El fiscal, un hombre en la cincuentena, acompañado de varios letrados más, aguardaban su respuesta. Sus semblantes serios y carentes de empatía lo hundieron en la desesperación.

—Mi amigo Carlos me drogó, y la señorita Iborra aprovechó la ocasión para presentarse en mi casa y escenificar una violación. Todo fue una farsa

—consiguió decir.

—¿Cómo explica entonces su actuación en el vídeo? —preguntó el fiscal, colocándose las gafas sobre la nariz puntiaguda que le hacía parecer un cuervo.

—Ese no soy yo —aseguró, aunque aquellas imágenes negaban sus palabras.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Sí —afirmó sin la menor duda.

En el fondo, temía ser capaz de realizar aquella salvajada.

—Usted asegura que no es la persona que aparece en ese vídeo —repitió el fiscal.

—No lo soy.

El fiscal detectó que la fortaleza del acusado disminuía y atacó de nuevo.

—Supongo que tiene una explicación para esto. Proceda —pidió al encargado de encender el reproductor de vídeo. El fiscal esbozó una sonrisa victoriosa cuando las imágenes aparecieron en la pantalla—. ¿Mantiene que la persona que cometió esa brutal agresión a la señorita Iborra no es usted?

César guardó silencio. Merecía un castigo si se había comportado realmente de aquella manera. Su rostro palideció y, ante su silencio, el juez dijo:

—Señor Dávila, conteste a la pregunta. Repita la pregunta, señor fiscal.

—¿Insiste en que la persona que perpetró esa brutal agresión a la señorita Iborra no es usted?

—¡No lo sé! —estalló, harto de todo e incapaz de pensar con claridad. Aquellas imágenes lo representaban como a un monstruo. Temió que Mancia lo odiara aún más.

Se giró para buscarla en la sala. Su mujer esbozó una triste sonrisa cuando sus miradas se encontraron.

—No formularé más preguntas al acusado —dijo el fiscal.

***

César sintió que el mundo se hundía bajo sus pies cuando atravesó las puertas de la cárcel. El juez había dictaminado prisión preventiva para evitar que se fugara o que se destruyeran pruebas hasta que se celebrara el juicio definitivo. Esa noche, dormiría en el Centro Penitenciario de Hombres de Barcelona. Al llegar, le tomaron una fotografía que lo volvía más sospechoso al no haberse afeitado ni aseado en varios días. También registraron sus huellas dactilares. Uno de los agentes inscribió en el libro de ingresos su nombre, día y hora de presentación en la prisión. A continuación, los agentes

procedieron a cachearle.

—Abre las piernas —le ordenó el mayor de ellos, un tipo que se jubilaría pronto.

Su voz ruda le indicó que, para un acusado por violación, la vida en aquella prisión no sería fácil. Las manos del funcionario manosearon su cuerpo en busca de algún objeto que incumpliera las normas carcelarias.

Mientras tanto, el otro procedió a informarle sin muchas ganas sus derechos y obligaciones. Él apenas recordaba el día que era, menos aún todas aquellas reglas que por el momento ni siquiera comprendía. Cuando el agente acabó, le entregó con brusquedad un folleto explicativo como si realizara una visita a un monumento histórico. Después de aquello, lo encerraron en el módulo de ingreso. Se suponía que de esa manera su entrada en prisión sería menos traumática. Intentó concentrarse en los detalles. «En los detalles siempre se esconde el demonio», se dijo para darse ánimo. Trató de traer a la memoria qué había sucedido ese día, pero en su mente solo existía un espacio en blanco.

Unas pocas horas más tarde, lo visitó el médico; tras la revisión rutinaria escribió su diagnóstico y estampó su sello en un papel y estableció su adaptabilidad para el ingreso en prisión. Entonces, lo condujeron a su celda. Se jugaba al menos dieciséis años en prisión y, en ese momento, la desesperación se adueñó de él. Solo confiaba en Mancia. Se le permitía realizar una llamada y utilizó dicho privilegio para ponerse en contacto con ella.

—Mancia —dijo, y su voz sonó más alta de lo que habría deseado mostrar.

—César... ¿cómo estás?

Mancia se restregó las manos manchadas de harina en el delantal. La repostería le servía para evadirse de todos sus problemas. Había cocinado tantas tartas que las donaría a una ONG para necesitados. Además, el olor a bizcocho perduraría durante días en el piso.

—Bien, ¿y tú? Mi tío...

—No te preocupes. —Mancia se colocó uno de los mechones de su pelo tras la oreja y cerró los ojos. Oír la voz de César le suponía una tortura y un alivio—. No ha intentado nada.

—Aléjate todo lo que puedas de él, prométemelo —le pidió. Allí dentro no podía protegerla de él.

—Lo haré.

Durante un instante, ninguno de los dos pronunció una palabra hasta que César dijo:

—Ayúdame, Mancia.

Creía que sobraban las explicaciones. Esa noche, Carlos lo había drogado y Vanesa había preparado aquel espectáculo. No sabía hasta cuánto había influido la droga en su comportamiento violento. Si se demostraba que no

era responsable de sus actos, eso rebajaría la condena, que en este caso, por la gravedad de los hechos, el fiscal exigía que se dictaminara de manera ejemplar.

—¿Qué debo hacer?

Al otro lado de la línea, César soltó el aire que retenía en el pecho hasta que su mujer aceptó su petición.

—Encuentra a Carlos. Necesito que declare la verdad ante el juez.

—Si no quiere...

—Ofrécele dinero. En mi caja de seguridad hay una gran suma. Mancia... —vaciló temeroso de la respuesta—. El día del juzgado te vi junto a mi tío. ¿Te amenazó o te compró? —preguntó temeroso de la respuesta.

El silencio se hizo al otro lado de la línea, y César apretó el auricular.

—Se limitó a decirme que me he convertido en la esposa de un violador y que nadie en este país me contratará como chef, ni siquiera en el comedor de una cárcel.

—Mancia, lo siento. Nada de esto debía haber pasado.

César apretó el puño y lo apoyó contra la pared. Su tío carecía de escrúpulos y utilizaría todo a su alcance para dañarlo, incluso, destruir los sueños de su esposa. Se juró que le abriría el mejor restaurante de la ciudad cuando saliera de allí.

—Olvídalo. Ahora, lo importante es buscar a Carlos.

—Gracias, cuando salga de aquí, yo...

—Cuando todo esto termine, solo quiero el divorcio y no verte nunca más —dijo, y colgó.

—¡Suelta el puto teléfono de una jodida vez! —gritó uno de los presos.

El recluso que hacía cola lo empujó, y César se estrelló contra la pared. No protestó, tampoco se defendió. Las palabras de Mancia le pesaban demasiado para reaccionar.

***

Francisco Dávila descansó mucho mejor esa noche. Al fin, ese bastardo dormía en prisión y pagaría por la muerte de Jorge.

—Raquel —dijo, y su esposa se sentó a su lado en silencio. Era tan hermosa que la contemplaba como a una pintura. Oprimió su mano con fuerza, lo bastante para contraer el rostro de la mujer, pero ella no se quejó —. ¿Estás de mi lado o del suyo?

Francisco Dávila había comprendido que Raquel destruiría aún más a Jorge, así que se ocupó de demostrarle a su hijo el tipo de mujer que era.

Después de destrozar a César, al contarle su relación que lo unía a su prometida, le propuso matrimonio. Ella se negó, pero después el dinero compró su aceptación. Lo había hecho por Jorge, pese a que nadie entendiera su comportamiento. Casarse con aquella jovencita justo tras la muerte de su esposa lo había expuesto a numerosas críticas.

—Siempre de tu lado —respondió con rabia. Sus ojos no se desviaron de la punta de los zapatos, pero se restregó la mano con disimulo por el dolor.

—Me quitas un peso de encima.

Francisco ordenó a uno de los sirvientes que lo llevara al jardín.

—¿Me acompañas?

—Enseguida voy, antes debo ponerme el protector solar —se excusó.

—De acuerdo.

Cuando se quedó a solas, Raquel permaneció inmóvil. Sus manos, enjoyadas y con una perfecta manicura, se crisparon sobre el asiento de suave piel. Odiaba a Francisco Dávila con toda su alma y se odiaba a sí misma por ser tan débil y haber cedido a lo que le ofrecía. Si hubiese tenido un poco de paciencia, quizá hubiera conquistado de nuevo el corazón de César. Pero había tragado mucha porquería para marcharse con las manos vacías. Sin embargo, se sentía hueca por dentro y las lágrimas brotaron de sus ojos al recordar el día en que Francisco Dávila la obligó a acusar a su hijo de acoso. Un día en el que el destino del hombre que amaba se embarró para siempre.

***

César colocó las manos tras la nuca y observó el techo. Faltaba poco para las ocho. Entonces, una sirena levantaría a todos sin dilación. Un funcionario, con la nariz partida como un boxeador de película de los años cuarenta, contaba a los reclusos. Cuando terminaba, les concedían media hora para asearse, hacer la cama, barrer y fregar la celda. Después, limpiaban las zonas comunes. Tras desayunar, tenían tiempo libre en el exterior. Esa mañana, recorrió a paso acelerado el perímetro del patio. Hasta ahora, nadie había averiguado por qué lo habían encerrado en esa prisión. Si llegaban a descubrir que lo acusaban de violación, la mayoría le cortaría un dedo simplemente porque sus miradas coincidieran con la suya. Se concentró en sus pasos, ignorando a todos ellos, pero alguien le puso la zancadilla.

—¡Abre los ojos, cabrón! —le gritó el causante. Un tipo que le doblaba el tamaño, tan moreno como un torrezno.

Se sacudió la arena y reanudó la caminata. No quería problemas. Guardó silencio, rechinó los dientes y aguantó las ganas de dejarse arrastrar por la

ira.

—¡No queremos cabrones como tú en el talego! —Esa vez le golpearon la rodilla.

César tampoco contestó; de nuevo, avanzó unos pasos, aunque el golpe le dolía tanto que incluso cojeaba. Soportó lo que quedaba de descanso en un rincón. Un cuarto de hora más tarde, los condujeron a las celdas. Su compañero, un senegalés que apenas hablaba castellano, había desaparecido. En su lugar, un tipo con varios tatuajes neonazis dormitaba en su litera.

—Amigo, creo que te has equivocado —le dijo, e intentó que su voz no sonara asustada.

—Si es así, ¿qué piensas hacer? —le preguntó sin moverse.

—No quiero problemas —respondió César de forma conciliadora—. Quédate con esa cama, es toda tuya.

—No quiero tu puta cama, sino darte un mensaje de tu padre —Con cierto aire cansado se levantó—. Me ha dicho que eres un tipo duro con las chicas, ¿verdad?

La certeza de que su tío había encargado que le propinaran una paliza, o algo mucho peor, causó que explotara de indignación. Francisco Dávila lo había puesto en aquella dura situación. Si perdía esa pelea, su vida en la prisión sería un infierno. Debía obtener el respeto y temor de los reclusos. Evaluó la situación y actuó ante la sorpresa del hombre que había aceptado el trabajo de su «querido padre».

César flexionó las piernas; por instinto, su cuerpo ejecutó un golpe directo a la nuez de su contrincante. A continuación, otra patada le quebró la rodilla. Un giro rápido y estrelló la cabeza del sicario contra el suelo. Le dobló el brazo tras la espalda y se lo rompió. No se detendría; de hecho, lo habría matado, si no se lo hubieran impedido cuatro agentes. Lo sacaron de la celda gritando, a la vez que pataleaba, mientras intentaba escapar de las manos de los funcionarios. Dos días más tarde, despertó con dolor de cabeza y sin recordar con claridad qué había ocurrido en la celda.

—Nunca habría imaginado que nuestro Hitler español acabara como un santo Cristo —le dijo el médico. Un vasco con un sentido del humor demasiado castizo con un corte de pelo rapado por los laterales y una barba cuidada.

—¿Cómo está? —preguntó César con la voz pastosa por los sedantes que le habían inyectado para calmarlo.

—Durante un tiempo no sujetará una cuchara con el brazo derecho y andará con muletas —dijo, sacando del bolsillo un cigarrillo electrónico.

—Me hubiera matado, si no...

—No sé —dudó el médico con suspicacia—. Un poco más y lo conviertes en fiambre. Le has fracturado el brazo de una manera que nunca más lo moverá como es debido. Le has triturado la rodilla, además de sufrir una

conmoción cerebral. Pero no te perdonará que su voz suene como la de una niña en plena pubertad. La patada le ha afectado las cuerdas vocales. ¿Dónde aprendiste a pelear como Bruce Lee?

—En una escuela de karate —respondió César.

Temía las consecuencias. Si los amigos de ese tipo le ponían la mano encima, no sobreviviría a la paliza. Su tío había pagado por un trabajo y exigiría que se cumpliera. A partir de ahora debía cuidar muy bien su espalda.

—Cuando te encuentres más espabilado, regresarás a la celda.

—¡No, por favor! —gritó, y agarró la manga del médico. Él lo miró y alzó una ceja en señal de incomprensión—. Es un encargo de mi padre. Necesito quedarme aquí, o me matarán.

El médico llevaba varios años trabajando en la sala médica de la cárcel y había oído muchas excusas de los presos para no volver a sus celdas, pero la desesperación en los ojos de ese hombre parecía sincera. Había leído su expediente. Rara vez alguien de una familia tan adinerada dejaba que uno de sus miembros pasase sus días en la trena, y menos aún, por un delito de violación. Estos casos se resolvían desembolsando una cantidad ingente a las víctimas. Asintió y se soltó de su mano.

—Está bien, te quedarás dos días más. Es lo único que puedo darte.

—Gracias —dijo César, aliviado.

Debía tranquilizarse y pensar cómo manejar aquella situación. El miedo no le proporcionaría ninguna solución. Temió por Mancia. Al día siguiente, lo visitaría en un vis a vis; como matrimonio tenía derecho a ello. Las horas transcurrieron con una lentitud eterna para César. Al menos, durmió sin la preocupación de que alguien lo asesinara durante la noche. A las doce de la mañana la ansiedad ante la visita de su mujer lo mantenía intranquilo y esperanzado.

—¿Cómo estoy? —preguntó al médico por quinta vez. El joven sonrió y alzó los hombros.

—Como si te hubiera atropellado una manada de búfalos. —César elevó una ceja disgustado, y el médico añadió—: ¿Es la primera vez que ves a tu mujer desde que te encarcelaron?

—Sí e imagino que será la última vez que la vea en mucho tiempo —respondió él, consciente de que no pediría a Mancia que lo visitara más veces. Debía alejarse de él todo lo que pudiera, o su tío averiguaría cuánto le importaba su mujer.

—Bueno, esto te ayudará. —El médico le lanzó un chicle de menta.

Dudaba que Mancia le permitiera acercarse a un metro de ella y, menos aún, besarla. Pero masticó el chicle y se sentó en la silla de ruedas. Según el médico, de esa manera, aplacaría las suspicacias de los agentes.

—No queremos que piensen que tienes privilegios —le susurró, y entregó

la silla a uno de los funcionarios que lo condujo a la habitación donde Mancia aguardaba el encuentro.

Antes, su esposa se había sometido a un exhaustivo cacheo personal y a un registro de sus pertenencias. Cuando César entró, el rostro de ella se tornó pálido. El agente cerró la puerta, y antes de marcharse dijo:

—Disponen de tres horas.

Mancia se levantó de la silla al verlo en aquel estado tan deplorable. El médico no había exagerado al comentarle su apariencia. Los ojos de su mujer le describieron muy bien el horror que le producía su aspecto.

César lamentaba que pasara por aquella situación. La habitación se asemejaba a la de un motel barato de carretera; incluso, en una estantería habían colocado preservativos, lubricante, un rollo de papel higiénico y pañuelos.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó preocupada.

—Nada, tropecé en el patio —mintió—. ¿Tú cómo estás? —La veía más delgada, y unas profundas ojeras se dibujaban bajo sus ojos.

—Bien —dijo sin más. Para evitar su escrutinio, añadió—: He traído estas sábanas, como me indicaron. Se supone que un matrimonio...

—Tranquila —le dijo él, y se levantó de la silla—. ¿Has encontrado a Carlos? —le preguntó para hablar de algo que no la violentara.

—Ha desaparecido.

—¡Dios! —César golpeó la pared—. Esa rata sabe que lo mataré si no aparece antes de la apelación. Pero, si no lo hace, te juro que cuando salga de aquí le arrancaré la piel a tiras.

Mancia notó que la cárcel lo estaba cambiando aún más. Contempló cómo se mesaba los cabellos y respiró profundamente para relajar la tensión que lo dominaba en ese instante, mientras se paseaba de un lado a otro de la habitación. Por su parte, Mancia se mantuvo quieta y en silencio.

—Ve a los locales de moda. Tarde o temprano irá a uno de ellos —le pidió—. Le gusta divertirse. No desaprovechará el tiempo si tiene dinero.

—¿Algo más? —preguntó Mancia, deseosa de marcharse cuanto antes de allí.

Él se dio cuenta y quiso retenerla, pero ya le había pedido demasiado. Sin embargo, el olor y fragilidad de Mancia habían despertado sus sentidos; también una excitación que no aplacaría en la soledad de su celda. Conocía la debilidad de su esposa; su falta de inmunidad ante sus caricias y su necesidad de ella lo empujó a comportarse con egoísmo. Quizá no dispusiera de otra oportunidad.

Mancia advirtió cómo sus ojos de color oliváceo se oscurecían aún más. César se acercaba a ella con una mirada turbia y peligrosa. Pensó en gritar pero, cuando las manos de su marido rodearon su cintura y él escondió el rostro en su cuello, guardó silencio.

17

VIS A VIS

—Hueles tan bien... —le susurró César con la voz enronquecida.

Desde que había entrado en aquella habitación, Mancia había captado el olor que desprendían aquellas paredes a sexo y lujuria. A encuentros apresurados, a orgasmos rápidos culminados antes de llegar a la cama. Se imaginaba todos aquellos momentos de placer que habrían sucedido con anterioridad, y la excitación contrajo sus entrañas. César notó cómo el cuerpo de Mancia reaccionaba a su cercanía. No la había tocado desde que le habían dado el alta en el hospital. En ese instante, supo cuánto ansiaba tenerla entre sus brazos.

Su mujer lo apartó un poco de ella y le dijo:

—Es sexo.

—Solo sexo —aseguró él para no asustarla. No era el momento para confesarle que ella era lo único que le importaba, que daría gustoso veinte años de su vida por volver atrás.

—Ayúdame a poner las sábanas.

César la miró fijamente a los ojos al escuchar aquellas palabras tan mecánicas. Mancia también había cambiado. Ya no era la joven ingenua y confiada que había conocido en el centro comercial. En ese momento, era una mujer racional, que tomaba lo que deseaba y podía leer en sus ojos que lo deseaba tanto como él a ella. Eran dos almas solitarias cuyos cuerpos necesitaban compartir dicha soledad. Colocaron las sábanas en silencio; después, Mancia se desnudó, dobló su ropa con cuidado y la dejó sobre la silla. Él también imitó su proceder, pero en su interior César lamentaba ver cómo su mujer había perdido su inocencia. Ella se tumbó en la cama y se

mantuvo inmóvil, como haría una virgen victoriana. César acarició su rostro y jugó con un mechón de su cabello que había perdido parte de su luminosidad. Mientras, Mancia permanecía con los ojos cerrados y con aquel aire de virgen dispuesta a ser profanada. Se sintió igual que un pervertido. Casi parecía una niña a la que forzaría de un momento a otro. Entonces, abrió los ojos. Su mirada cargada de ferocidad lo confundió tanto que apenas reaccionó cuando le pasó uno de los preservativos. Sentir sus manos en él fue una auténtica delicia. Sin esperarlo, lo empujó con fuerza y se sentó a horcajadas, introduciéndolo en su interior. César acarició su espalda, quería amarla como se merecía, pero Mancia actuaba con una urgencia desmedida.

—Tranquila, no hay prisa, preciosa —le dijo él, y la sujetó de los hombros, pero ella se zafó de su agarre y se balanceó con mucho más ímpetu.

El cabello cubría el rostro de su esposa. Se lo retiró para ver su rostro. En ese momento, advirtió que a Mancia la poseía una corriente salvaje y desconocida que invadió su cuerpo, su corazón y su alma. Había tanto dolor en sus movimientos, tanta rabia en cómo se balanceaba que César trató de detenerla pese a que eso acabaría con su deseo. Creía que era la manera de redimir su culpa. Su piel acaramelada estaba sudorosa. César habría permanecido en prisión dos años más tan solo por saber qué pensaba en ese instante. Le recordó a una bruja en pleno aquelarre. Él habría derramado su sangre en un sacrificio pagano si ella se lo hubiera pedido. Siempre había condenado a Francisco Dávila por dañar a su madre, y él ahora se había comportado de igual modo. Había destruido la inocencia de su mujer. Mancia siguió bailando de pasión al son de una música que solo ella escuchaba y que no compartiría con él. Lo arañó, marcándole las uñas en el pecho; también, lo mordió en el hombro y lo besó con dureza. En esta ocasión, sus labios dejaron un sabor agridulce que para siempre quedaría en la memoria de César. Ese encuentro representaba un antes y un después en la vida de ambos. Mancia tembló cuando ambos alcanzaron el clímax. Con la respiración agitada, ninguno de los dos pronunció una palabra. El pequeño cuerpo de su esposa persistía en una calma tensa. La joven, en un momento de debilidad, apoyó la frente en la suya, mientras que su respiración entrecortada luchaba por recuperar la normalidad. Al darse cuenta de su falta, quiso alejarse de él, abandonar al hombre que aún conservaba en su interior, pero César no consintió que aquel encuentro terminara de aquella manera. Posó las manos con firmeza en sus caderas; solo necesitaba unos minutos para recuperarse de nuevo. Unos minutos que aprovechó para acariciar con las yemas de los dedos su espalda como si calmara a un gato arisco y enfurruñado. Mancia se apaciguó poco a poco.

—Ahora será a mi manera.

Besó sus pechos, se tomó su tiempo con cada uno de ellos, despacio, sin prisa, arrancando murmullos de éxtasis a una mujer que había regresado del

mismo infierno.

***

Los agentes consideraron que, si tenía fuerza para usar varios preservativos, volvería a su celda. Así que tres horas más tarde de su encuentro con Mancia, que le había dejado mucho más preocupado por el bienestar de su mujer, se tumbó en su litera. De nuevo, compartía celda con el joven senegalés. César guardó un silencio respetuoso mientras pronunciaba sus rezos en su idioma. Aquel murmullo lo tranquilizó hasta que sonó la sirena que anunciaba la hora de la comida.

En el comedor de la cárcel, los presos recogían sus bandejas y se sentaban en el sitio que le habían asignado el día de su llegada. César ocupó el suyo; a su lado lo hizo el joven senegalés. Agradeció que nadie lo intimidara ni se metiera con él, hasta que un tipo con más tatuajes que el sicario anterior hizo un gesto a su compañero de celda para que se largara de la mesa. El chico se retiró con tanta velocidad que habría ganado una medalla olímpica.

—No imaginé que fueras tan duro...

César no respondió, pero miró por encima del hombro. Los agentes comentaban las jugadas del partido Barça y Real Madrid de la noche anterior. Ignoró al bastardo que tenía enfrente y partió su filete de pollo con dos cubiertos de plástico. Estaba seco y grasiento; una combinación extraña para un filete empanado. De pronto, su improvisado compañero derramó su vaso de agua y cayó sobre el filete. César no dijo nada y continuó comiendo el ahora seco, grasiento y húmedo filete de pollo. Si con la anterior combinación el plato se había transformado en una comida asquerosa, ahora el resultado se catalogaría de nauseabundo, pero tragó sin saborear la carne.

—... o un bastardo, hijo de puta, cuyo papá quiere enseñarte una lección. —Esta vez su particular chef vertió en el filete una generosa cantidad de sal.

César observó, durante unos segundos, el filete: seco, grasiento, húmedo y salado. Muy despacio colocó los cubiertos a ambos lados del plato. Se limpió con lentitud la comisura de los labios y fijó la vista en la bola de sebo, calva y llena de tatuajes que había contratado su tío.

—¿Vas a ser tú quién me la dé?

—*Mamonazo* —le susurró muy cerca de la cara—, te pillaremos tarde o temprano. Te juro que no te quedarán ganas de metérsela a tu chica. Algún amigo nuestro la seguirá y la follará hasta reventarla —le amenazó, tocándose la entrepierna.

César habría aguantado cualquier cosa, pero no consentiría que dañaran

a Mancia. Debía demostrarles que no era ese hijo de papá que todos pensaban y al que asustarían sin entablar batalla. Con rapidez, agarró el cuchillo y el tenedor, y los clavó en los dedos de aquel cerdo.

—¡Si tocáis un pelo de mi mujer, os juro que os mato a todos! —gritó—. ¡Ni te imaginas el hijo de puta en el que me puedo convertir! —lo amenazó, al tiempo que dos agentes le quitaban de encima al seboso de la celda seis.

Su actuación lo llevó de nuevo a manos del médico vasco y de un psiquiatra gaditano.

—Tío, ¿pero qué cojones te pasa a ti? —preguntó el psiquiatra después de hacerle numerosas pruebas de evaluación mental.

También era bastante joven; a diferencia de su compañero, tenía el pelo largo y carecía de barba.

—Supongo que se ha propuesto él solito limpiar el mundo de racistas —dijo con sarcasmo el médico, lo que le ocasionó una mirada reprobatoria de su compañero.

—Amenazaron a mi mujer.

Ambos facultativos se miraron en silencio, y sus rostros cambiaron de repente.

—Deberías denunciarlos —sugirió el psiquiatra.

—¿Crees que me harían caso? ¿A mí?, ¿un acusado de violación doble?

—Para ser un violador, debo decirte que tu valoración psiquiátrica y las pruebas a las que te he sometido me desconciertan. No encajas en los parámetros de un depredador sexual.

—Será porque no lo soy —aseguró César como si fuera obvio.

—¿Entonces qué eres?

—Alguien a quien mi padre quiere eliminar.

***

Carlos miró por la ventana del hotel con vistas al puerto olímpico. Siempre había deseado hospedarse en el Arts y disfrutar de su exclusivo servicio y, por supuesto, del restaurante cuyo chef ostentaba cinco estrellas Michelin. Se compró un traje de Brooks Brothers que le había costado un riñón, pero la inversión valió la pena. Llevaba una semana citándose con una rica heredera inglesa. Se aseguró que no le oliera el aliento; también comprobó con la lengua que no tuviese restos de paté en los dientes y se mesó el cabello con la intención de estar lo más atractivo posible. La chica se retrasaba; mientras tanto, saboreó un excelente vino. A ese ritmo, el dinero que le había pagado Vanesa no le duraría mucho más tiempo.

Una de las camareras se aproximó a la mesa para servirle otra vez.

—¿Es de su agrado? —preguntó la chica, sin levantar el rostro.

—Desde luego.

—Debo sugerirle que lo acompañe con una dosis de sinceridad.

Carlos casi derramó la copa al reconocer a la mujer que tenía delante. Se trataba de Mancia, la esposa de César Dávila.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, inquieto.

—Buscarte.

Mancia había invertido mucho dinero y tiempo en encontrar a esa rata. Una amiga de la escuela superior de cocina realizaba prácticas como camarera en el hotel. Tras un generoso donativo, que la resarciría si la despedían, dejó que ocupara su puesto. Nadie reparó en ella, ni siquiera notaron la diferencia durante la semana que había vigilado a Carlos. El caos en la cocina era constante.

—Dile a César —durante un instante vaciló— que lo siento.

—¿Qué pasó ese día?

—Ya lo conté a la policía y al juez —dijo, algo más envalentonado.

—Mentiste. —Entonces los ojos de Carlos se fijaron en la joven que se aproximaba a la mesa y Mancia comprendió cuál era el plan de esa sabandija —. Si no quieres perder tu pieza de caza, será mejor que dentro de una hora nos veamos en el Miramar. —Mancia, con una sonrisa, añadió—: Estupenda elección, señor. —Se retiró de la mesa y volvió a su trabajo.

A la hora señalada, lo esperaba en una de las terrazas del Miramar. El bar estaba repleto de turistas enrojecidos por el sol y embotados por las bebidas alcohólicas bajo unos parasoles gigantescos de colores blancos al más puro estilo ibicenco.

Carlos se sentó frente a ella y aguardó a que iniciara la conversación. Esbozó una sonrisa para conquistarla, pero la mujer de César no caería en esos burdos trucos de gigoló trasnochado.

Mancia observó a Carlos. Se había relacionado con muchos parásitos como él cuando convivía con Vanesa. Gente capaz de vender a su madre para entrar en el círculo de los elegidos. Y ese tipo había traicionado la amistad de César sin importarle que en el camino su amigo perdiera la libertad.

—¿Qué pasó aquel día? —preguntó sin rodeos.

—Nada que no haya declarado ya —afirmó él mucho más arrogante y bravucón que en el hotel.

En el rostro de Mancia se dibujó un gesto extraño que desconcertó al supuesto amigo de César. La chica sacó de su bolso un sobre y lo arrastró por la mesa hasta tropezar con el vaso de Carlos.

—Este es el beneficio si colaboras —dijo con la voz dura.

El profesor extrajo un cheque, cuya cantidad casi le cortó la respiración. Mancia sonrió con desprecio. La esposa de César le entregó otro sobre. En

esta ocasión, el «amigo» de su marido abrió la boca, y su frente se cubrió de sudor. Se desajustó el nudo de la corbata; hasta creyó que el costoso traje de Brooks Brothers pesaba lo suficiente para asfixiarlo.

—¡No puedes hacerme esto! —exclamó, y se puso en pie.

—¡Siéntate! Haré eso y mucho más, si no colaboras.

Las fotografías mostraban sus encuentros amorosos con una menor. Una adolescente a la que le impartía clases particulares de Matemáticas. El comisario jefe de la comandancia de Madrid le pegaría un tiro si descubría que se acostaba con su hija cada vez que iba a su casa.

—Por favor... —rogó con voz lastimera, y se sentó de nuevo—. Francisco Dávila me matará si cuento la verdad.

—El padre de la chica, también si no confiesas y salvas a César.

Mancia había contratado a una agencia de investigación que lo había seguido durante un par de semanas. No tendría ningún escrúpulo con el hombre que había traicionado a César de aquella manera tan vil. Se levantó, y él la sujetó de la muñeca.

—¡Espera! ¡Hablaré!

Mancia se soltó de aquella escoria sin disimular la repulsión que le provocaba su cercanía. Se sentó y conectó la cámara de su móvil.

—Por si te arrepientes —aclaró ella ante la cara de incertidumbre de Carlos.

—Esa noche... —carraspeó dos veces, se puso recto y miró a la cámara—. Vanesa Iborra me pagó una cantidad considerable por drogar a César Dávila. Mi trabajo consistía en entretenerlo lo suficiente antes de mandarlo a casa. Vanesa había contratado a un par de tipos, aunque no me contó para qué, solo que uno de ellos era actor, un tal Xaz. Pero no sabía nada de un vídeo ni de una violación, lo juro —dijo con total sinceridad—. Luego, me ofreció dinero para mantener la boca cerrada.

—Entonces, ¿afirmas que César fue drogado y que todo lo preparó Vanesa Iborra?

—Así es —aseguró Carlos.

Mancia apagó la cámara satisfecha con el resultado.

—Te veré en el juicio, o el padre de esta niña recibirá la fotografía.

—No te preocupes —casi escupió las palabras—. No faltaré. —Luego, perdiendo la arrogancia con la que la había deleitado el día en que se habían conocido, rogó—: Por favor, no se lo digas al padre de la chica. Ese hombre me matará si se entera.

Mancia le dirigió una última mirada cargada de repugnancia. Sin responder a su súplica, se marchó del bar.

Un poco más tarde, marcó el número de la agencia de investigación.

—Buscad a un tal Xaz.

***

Mancia peinaba a su madre cuando el móvil sonó con insistencia.

—¿Es tu marido? —preguntó María al advertir la inquietud de su hija en el rostro. Hacía semanas que no veía a su yerno y su hija, a duras penas, disimulaba la tristeza que veía en sus ojos algunas veces.

—Tengo que contestar —dijo antes de salir al pasillo.

La mujer asintió y continuó viendo el programa de amoríos que ponían esa tarde por televisión.

—¿Qué han averiguado?

—Es un gigoló. Solo clase alta. Se le conoce por el sobrenombre de Xaz, pero en realidad se llama Ramón Camino. Tal y como me pidió, he conseguido su número; se lo he enviado junto con una fotografía a su correo electrónico.

—Gracias. Contactaré con usted si necesito más de sus servicios.

—Tenga cuidado —le advirtió el detective. Nunca intervenía en los asuntos de sus clientes, pero en su mundo Francisco Dávila era un capullo.

—Lo tendré, gracias por todo.

***

A la noche siguiente, Mancia esperaba en una habitación de hotel al tal Xaz. Le había explicado su plan a César y aún recordaba los gritos por teléfono.

—¡Estás loca! ¡Ahora te has convertido en una Mata Hari!

César no daba crédito a lo que le contaba. Solo tenía que encontrar a Carlos y comprarlo para que revelara la verdad. No encerrarse en una habitación de hotel con un tipo que se dedicaba a acostarse con mujeres. ¿No comprendía que era peligroso? Se pasó la mano por el pelo e intentó calmar la voz.

—No acudirá a la cita si sospecha que no soy una clienta.

—Si estuviera en la calle, te juro que te...

—Te dije que te ayudaría a salir —lo interrumpió ella.

Sus palabras terminaron por irritarlo.

—¡Si tienes que acostarte con un gigoló, no quiero que me ayudes más! —exclamó, y golpeó con el puño la pared.

—¿Qué importa con quien me acueste?

César apretó el auricular del teléfono al oírla hablar. Lo único que lo

mantenía cuerdo en aquella cárcel era recordar los momentos compartidos con Mancia. Imaginar que otro la besara o compartiera su cama lo volvía loco. Uno de los reclusos le hizo un gesto para que acabara, pero su mirada gélida obligó al otro a que reculara un par de pasos y guardara silencio. Se había corrido la voz de cómo se las gastaba aquel niño de papá y no quería problemas.

—Eres mi mujer —dijo con una rabia contenida—. No lo olvides. Mancia, yo...

César quería confesarle sus sentimientos, pero prefería su indiferencia a su rechazo, así que guardó silencio.

—Solo en el papel —le recordó ella con descaro tras aquel silencio incómodo—. Si hago esto, es porque te debo que mi madre esté en la mejor clínica de Barcelona y parece que funcionan los tratamientos.

—Mancia... —masculló preso de la cólera—. Por favor, olvídate de todo esto. No quiero que te hagan daño. No soportaría que te sucediera algo malo. Te quiero —pronunció, aquellas palabras escaparon de su garganta sin temor, pero ella hacía unos segundos que había colgado el teléfono.

César descargó la rabia sobre el auricular hasta destrozarlo. ¡Maldita sea! Esa mujer conseguía sacarlo de sus casillas. Era tan pequeña, tan indefensa que temió ver en las noticias de las nueve el asesinato de su esposa a manos de un desconocido.

18

EL GIGOLÓ

Mancia había preparado aquel encuentro al detalle. Se vistió con un modelo sugerente que había comprado en Madrid cuando había visitado la ciudad con César. Negro, ajustado en las caderas, con un escote con forma de barco y un cinturón estrecho y dorado. A continuación, se calzó unos zapatos de tacón que desterraron su falsa imagen pueril hasta convertirla en una atractiva mujer. Se recogió el cabello a un lado de la nuca, incluso, se pintó las uñas de color rojo al igual que los labios. Se contempló en el espejo, y el resultado le agradó lo suficiente para albergar la esperanza de engañar al gigoló. Se quitó unas invisibles arrugas de la falda, algo que solía hacer cuando estaba nerviosa y esperó a su visita. Respiró hondo cuando escuchó entrar un hombre a la habitación.

—Querida, buenas noches —dijo una voz masculina y sensual, aunque impuesta y ensayada hasta la saciedad.

Mancia le devolvió una fingida sonrisa. Xaz, con la luz y el enfoque adecuado, presentaba un aspecto similar al de César, salvo porque era más alto y quizá menos musculoso que su marido.

—Buenas noches...

—Te veo nerviosa, ¿es tu primera vez? —preguntó comprensivo, y se aproximó a ella para besarla en la mejilla—. Tranquila, ¿te parece que tomemos una copa?

—Claro, perdona, yo... —habló, atropelladamente y se apresuró a dirigirse a la mesa donde había un botellero.

—Eres muy guapa.

Mancia se colocó uno de sus mechones tras la oreja y sonrió.

—¿Tus clientas no son guapas?

—¡Oh! ¡No, preciosa! —exclamó risueño—. A algunas las catalogaría como gansos, pero tú eres divina.

—Pensé que tú, bueno, en la agencia me dijeron que...

—No me malinterpretes; todas son hermosas a su manera, pero tú eres la más bella con la que me he citado en mucho tiempo —mintió—. Preciosa, déjame abrir la botella —le sugirió ante los intentos infructuosos de Mancia —. Si pasamos a la segunda etapa —dijo él, animándola con un gesto a beber —, ¿qué te gustaría? —preguntó, y de manera inesperada besó su cuello.

Había llegado el momento de la verdad. No soportaba a ese gigoló del tres al cuarto que había suplantado a César. Mancia dejó la copa en una mesa y observó los ojos del hombre que había causado tanto dolor.

—Que dijeras la verdad.

—No te entiendo, preciosa.

—Seguramente un juez sí lo hará.

El tipo empezó a inquietarse, dejó la copa en la mesa y alzó una ceja con suspicacia.

—No sé de qué me hablas.

—Vanesa Iborra.

—No tengo nada que ver con esa zorra —afirmó a modo de defensa.

Su falsa amabilidad desapareció de repente y, en su lugar, reveló al verdadero ser que escondía bajo toda aquella actuación. Recogió la chaqueta que un momento antes había colgado en una percha, dispuesto a marcharse de inmediato.

—Tú montaste una escenita muy divertida y acusaste a mi marido de violación.

—¿Eres la mujer de César Dávila? —preguntó entre enojado y divertido.

—Sí, y vas a contar la verdad al juez.

El falso César se acercó a ella de manera intimidatoria.

—¿En serio crees que alguien como tú me obligará a confesar la verdad? Estás muy equivocada y, si te pones terca, a lo mejor te doy hasta una lección. —Alzó la mano en un gesto claro de golpearla en el rostro.

—Precioso, si fuera tú, no lo haría —dijo con una tranquilidad que inquietó a Xaz—. ¡Chicos!

Entonces, dos hombres salieron del baño y uno de ellos, con ojos azules y una barba de dos o tres días, se dirigió a la puerta para impedirle escapar. El otro, un tipo de color, mostraba un puño americano en los nudillos, mientras que su compañero sostenía una barra de hierro. Había conocido a Mauricio en el Arts, durante la semana que había sustituido a su amiga como camarera. Miró a ese hombretón de color y sonrió agradecida por contar con su ayuda. Recordó sus palabras el día que se conocieron.

—El mal vive dentro de nosotros —le dijo.

Ambos estaban en su hora de descanso. Desde el primer día, Mauricio le

brindó su amistad.

—¿A qué te refieres?

—Veo la televisión. —Mancia se sorprendió—. Eres la mujer de Dávila.

Ella podía negar la evidencia, pero era absurdo y no conseguiría nada desmintiendo la verdad.

—Lo soy —reconoció, y dejó el sándwich en el plato.

—¿Por qué estás aquí?

—Necesito encontrar a alguien que puede ayudar a mi marido. ¿Me denunciarás?

Mauricio sonrió y negó con la cabeza la pregunta.

—¿Crees que el mal habita en tu marido?

—Creo que César no es un mal hombre, al menos, quiero pensar que no me he enamorado de un monstruo.

—En mi país cometí barbaridades; fui soldado y una auténtica bestia. Cada día las armas eran mi única razón para vivir. Pero un día vi la luz y abandoné esa vida para siempre. Incluso ayudo en una ONG a sudaneses como yo, hombres y mujeres que han vivido un infierno.

—¿Me ayudarás? —preguntó esperanzada Mancia.

En todo aquella búsqueda, la soledad la asustaba; contar con un amigo le facilitaría el hecho de a enfrentarse con mucha más valentía a todo ello.

—¿Qué hay que hacer?

Desde ese día, Mauricio compartió con ella sus averiguaciones y, por supuesto, él se había encargado de organizar la vigilancia y seguridad de su amiga en ese desagradable encuentro con el gigoló.

Cuando llamó a César, quiso explicarle su plan, pero la había regañado y considerado una niña estúpida. Su comportamiento la había irritado lo bastante para colgarle el teléfono sin darle ninguna explicación.

—Señora —dijo Mauricio con un marcado acento africano, devolviéndola a la realidad de ese momento—. ¿Prefiere arriba o abajo?

Mancia se tomó su tiempo antes de decidirse por una opción. El gigoló exhibía una palidez tan inmaculada como las paredes de la suite.

—No sé —vaciló Mancia, y se bebió de un trago la copa de vino—. Arriba... abajo... Mauricio, ¿qué opinas?

—Yo le machacaría los huevos.

El gigoló se protegió la entrepierna, y sus ojos se agrandaron ante la amenaza de aquel coloso negro.

—Hablaré, hablaré —se apresuró a decir.

—Mauricio, por favor, espera en la otra habitación con tu amigo. He ordenado que os preparen la cena. Os llamaré si os necesito.

—Sí, señora —dijo como si fuera un guardaespaldas profesional.

El de la barra de hierro se adelantó un paso y golpeó la pierna del gigoló. Sorprendida, Mancia abrió los ojos y miró asustada a Mauricio.

—No bromeamos.

Reconoció que su comportamiento convencería a cualquiera y, entre sollozos, Xaz o Ramón, se sentó en una silla. Mancia le ofreció un vaso de agua.

—¿Qué pasó en el piso de César?

—He trabajado con anterioridad con Vanesa: paga bien. Esa vez me entregó un par de fotografías de un tipo, supongo que tu marido. Debía imitar su corte de pelo, color, tatuajes o marcas. Te juro que ignoraba que el tío al que debía imitar llegaría también al piso. Tu marido estaba drogado hasta las cejas. Discutieron y empujó a Vanesa; me asusté y, antes de que la cosa se desmadrara, lo golpeé con un libro de economía que pesaba lo suyo. Vanesa comprobó que respiraba y rodamos una violación. No me gustaba la idea, así que me aseguré de que la cámara siempre permaneciera a mi espalda. Por supuesto, le enseñé cómo actuar; he hecho arte dramático —dijo orgulloso—: nunca grabamos una violación real.

—Habéis acusado a un hombre inocente de un delito muy grave y está en la cárcel por vuestra culpa —dijo apretando los dientes.

—Intento sobrevivir —se defendió—. Es fácil juzgar a los demás para alguien que se ha casado con un hombre como Dávila.

Mancia se acercó a él y sin mediar una palabra le asestó una bofetada.

—¡Eres un asqueroso bastardo, un cabrón con un corazón de mierda! —Mancia estaba fuera de sí. Sus dos amigos acudieron enseguida a la habitación al escuchar los gritos de su jefa—. Espero que declares en el juicio, o ellos serán tus próximos clientes. Y mi amigo está deseando utilizar esa barra.

—Lo haré —le confirmó Xaz a punto de llorar.

—¡Fuera de aquí! —gritó tan enfadada que bufó de rabia cuando la puerta se cerró.

Mauricio abrió los brazos, y Mancia se lanzó a ellos. El africano con sus regordetas manos acarició con ternura el pelo de su jefa. Los pensamientos de la joven eran aterradores: hubiera matado a Vanesa por todo el daño que les había causado a los dos.

***

César ayudaba a su compañero de celda dándole clases de español. El chico tenía diecinueve años y muchas ganas de encontrar un lugar en el mundo donde vivir sin miedo. Después de realizar sus tareas diarias, todos se dirigieron al patio. En medio del descanso, el cielo se cubrió de nubes oscuras que amenazaban tormenta. Los agentes se apresuraron a formar filas

de reclusos para resguardarse de la lluvia y encaminarse a sus celdas. En un instante de confusión, un preso empujó a otro, y los agentes intervinieron para impedir una pelea. Un segundo más tarde, la camiseta de César se manchaba de sangre. El joven senegalés pidió ayuda. César no oyó sus gritos; su mente se desvaneció en la oscuridad, al tiempo que la lluvia le acariciaba el rostro y veía la cara sonriente de Mancia.

En el dispensario médico, Pablo y Pedro se apresuraron a cortar la hemorragia.

—¡Joder! Quién le pinchó sabía dónde hacerlo —dijo Pedro, con las manos ensangrentadas, mientras apretaba una venda sobre el abdomen y lo metían en una ambulancia—. Avisa a su mujer —dijo a su compañero antes de entrar en la ambulancia.

Dos horas más tarde, Mancia recibía la noticia que César se debatía entre la vida y la muerte.

Durante todo el trayecto hasta el hospital, pensó en cómo se habían despedido la última vez que hablaron por teléfono. El corazón le latía tan deprisa que escuchaba sus propias palpitaciones.

—¿Podría ir más deprisa? —le preguntó al taxista.

El hombre asintió al percatarse por el espejo retrovisor de los ojos enrojecidos de la joven. Supuso que alguien querido por ella había ingresado en aquel hospital.

Mancia, incapaz de esperar el ascensor, subió por las escaleras. Ante la puerta de la habitación de su marido, le faltaba la respiración, y su pecho se agitaba por el miedo a perderlo. Rogó a cualquier dios que quisiera escucharla que le salvara la vida. Se arrepentía tanto de haberle dicho aquellas palabras tan duras...

Un policía le impidió el paso hasta que le enseñó su documento de identidad. Se acercó a la cama, tomó su mano y la besó.

—Siento tanto todo lo que te dije... —susurró con lágrimas en los ojos—. César, por favor, regresa a mí. No me dejes.

Entonces, la puerta se abrió y la presencia de Francisco Dávila oscureció su mirada. No podía oponerse a que visitara a su hijo, pero no se fiaba de aquella repentina preocupación por su bienestar.

—¿Qué hace aquí? —preguntó furiosa cuando el séquito de Dávila tomó posiciones en la habitación.

—Preocuparme por la salud de mi hijo.

—¡Es un puto farsante! —exclamó con menosprecio—. A usted César no le importa, solo lo odia.

Los nervios, miedo e impotencia de Mancia extrajeron de su interior la rabia que sentía por ese hombre.

Francisco Dávila ignoró sus acusaciones, aunque en su rostro emergió una cólera contenida que terminó por explotar.

—Guzmán, échala —ordenó su suegro.

El abogado, visiblemente triste por la situación, suplicó a Mancia con la mirada que abandonara el cuarto, o recurriría a otros medios.

—Nadie va a echarme de su lado, ni siquiera usted —aseguró la joven, encarándose a su suegro con valentía.

—Mancia, por favor... el señor Dávila es muy generoso con sus donaciones en este hospital —dijo conciliador el abogado y sujetó el brazo de la chica.

—¡No me toques! —gritó, y se soltó de él con furia.

—Lo siento —dijo el abogado, y señaló a los guardias jurados.

Su dinero le otorgaba la capacidad de expulsarla sin que nadie lo impidiera. Los dos hombres la obligaron a marcharse por la fuerza. Entonces, en ese instante, Mauricio apareció junto a ella.

—Te buscaba, jefa —le dijo al presenciar la situación.

El africano se remangó la camisa y se fijó en el policía. Comprendió que se limitaría a cumplir con su obligación: la de vigilar al recluso. El resto no le incumbía en absoluto. En cambio, los dos vigilantes, inseguros de cómo actuar, evaluaron al negro con desconfianza.

—¡Malditos imbéciles! ¡Sacadla de aquí, ahora mismo! —gritó Francisco.

—Ni se os ocurra tocarla —los amenazó Mauricio.

Su voz sonó tan intimidatoria que los dos vigilantes se detuvieron de inmediato. El africano rodeó los hombros de su jefa y la alejó de allí antes de que complicara las cosas golpeando al viejo.

—¿Y si muere? —preguntó unos minutos más tarde en un bar cercano con tanta preocupación que conmovió al sudanés.

—Aguantará. Alegra esa cara, jefa —le dijo—. Sé cómo colarnos en su habitación. —El hombretón le guiñó un ojo.

—¿Cómo?

—Hay una chica, una compatriota: trabaja como limpiadora —dijo, señalando a una muchacha de su estatura y complexión—. Pocos se han fijado si es blanca o negra; date prisa y cámbiate en el baño.

—¡Dios! Te besaría ahora mismo.

—¿Y quién te lo prohíbe? —dijo, ofreciéndole la mejilla.

Cinco minutos más tarde, se vestía con el uniforme de limpiadora, un pañuelo típico de Sudán en la cabeza y colgaba de su cuello la credencial de la empresa de limpieza para pasar los controles. Empezó a limpiar por el pasillo y siguió hasta el ascensor que conducía a las habitaciones. Dávila y Guzmán se habían marchado hacía un buen rato, aunque un policía montaba guardia en la puerta. El agente no era el mismo que le había pedido su documento de identidad. Mancia le enseñó la credencial, pero el hombre estaba más concentrado en el café y en la llamada de su esposa que en la limpiadora.

—Cinco minutos —ordenó sin apenas comprobar su credencial.

Mancia dejó el carro de limpieza cuando entró y tomó su mano; recorrió los dedos, largos y cálidos que habían tocado cada centímetro de su cuerpo y besó su rostro. Su estado era mucho más grave de lo que había imaginado al principio. Su ánimo se hundió en la desesperación, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Los médicos aseguran que, si supera esta noche, sobrevivirá. —La voz de Raquel la sobresaltó. Mancia guardó silencio, pero no soltó la mano de César—. Dime la verdad, ¿lo amas lo suficiente para salvarlo?

Mancia asintió lentamente.

—Esta noche lo asesinarán —le confesó ante el estupor de la joven.

—La policía...

—No seas estúpida —la interrumpió—. Ya sabes quién ha dado la orden.

—Su padre —reconoció sin vacilar.

—Exacto. —Raquel se acercó a César y lo observó con ternura. Era demasiado tarde para los dos, pero al menos le salvaría la vida y lo ayudaría a destruir a Francisco Dávila—. Toma estos documentos. Utilízalos bien.

—Gracias.

Raquel asintió, besó la frente de César y se marchó, mientras contenía las lágrimas. Ya no estaba en sus manos evitar que lo mataran: ahora todo dependía de su mujer.

Cuando se quedó a solas, Mancia, desesperada, marcó el número de Mauricio. Necesitaba protegerlo a toda costa; aunque no comulgara con los métodos usados por sus nuevos amigos, haría cualquier cosa para salvar su vida.

—Jefa, yo me encargo —aseguró Mauricio.

Dos minutos más tarde, la alarma de incendios movilizaba a todo el hospital. Entre el barullo de pacientes, auxiliares, médicos y demás trabajadores y familiares, un hombre de color, vestido con una bata de celador y, otro, con una bata de médico, entraron en la habitación. El policía quitó las esposas al preso y, antes de salir del cuarto, el amigo de Mauricio le propinó un golpe y el agente perdió el sentido.

—Por si acaso —se justificó.

Más tarde, le confesaría a Mancia la dura historia de Darko, un hombre que perteneció a la milicia serbia. Además, había vivido de niño la guerra de los Balcanes y a veces sus pesadillas despertaban a Mauricio. No era muy hablador, pero ayudaba al africano y ella se fiaba de él porque Mauricio lo hacía, y confiaba en el buen juicio de su amigo.

En ese instante, aparecieron en escena los dos médicos de la cárcel. Pablo y Pedro se habían apresurado a ir al cuarto de César para comprobar su adecuada evacuación. Los dos médicos no habían abandonado el hospital desde que habían acompañado al preso. Mancia reconoció a Pedro y gritó:

—¡Es médico! —El serbio, ante la duda de cuál de ellos era realmente matasanos, secuestró a los dos. Pablo recibió un puñetazo que lo dejó

inconsciente, y Pedro alzó las manos en señal de que no opondría resistencia, un comportamiento que no le valió para evitar el golpe.

—Por si acaso —repitió el serbio.

—Tu amigo no habla mucho, ¿verdad?

—No, pero es bueno en su trabajo. Nos sacará de aquí.

El serbio empujaba la silla de ruedas en la que había colocado a los médicos, uno encima del otro. Mientras, Mauricio se abría paso entre la desconcertada gente con la cama de César. Aprisa, entraron en el ascensor y bajaron al aparcamiento. De alguna manera, el serbio robó una ambulancia. César parecía estable y seguía sumergido en un apacible sueño.

—¿Dónde, jefa?

Necesitaba un lugar seguro en el que César se recuperara de su herida. La familia de Vanesa poseía una casa a las afueras de Barcelona; ni su padre ni ella la utilizaban desde hacía mucho tiempo.

—Vamos a Perafita. Está a tres horas de Barcelona. Toma —le dijo, y puso el GPS en su móvil y se lo entregó al serbio.

—¿Es un lugar seguro?

—El más seguro.

***

Cuatro horas más tarde, llegaban a una masía de piedra. Los Iborra la habían convertido durante un tiempo en el lugar donde se retiraban del ajetreo de Barcelona. El serbio aparcó cerca de la puerta; unos enormes árboles daban sombra a la casa. Varias glicinias habían avanzado por la pared de la masía, sin embargo, a pesar de la dejadez, aún seguía siendo una casa que transmitía paz y armonía. Ayudó a Mauricio a bajar la camilla y apuntó con un arma a los dos médicos.

—¿Usted quién es? —preguntó Mancia a Pablo.

—Soy el psiquiatra de la prisión. Conozco a César, ¿usted es su mujer? —preguntó, y se tocó la mandíbula donde había aparecido un hematoma que le impediría masticar durante una semana.

—Lo soy.

—¿Por qué lo ha traído aquí? ¡No está en su sano juicio! César está grave y necesita un hospital para...

—... esta noche iban a asesinarlo —le interrumpió.

Los dos médicos se miraron un instante; hacía tiempo que ambos sospechaban que César era inocente. Pedro, con la corbata manchada de baba, dijo:

—Comprueba que el pulso sea estable. Tú, entremos la camilla —le

ordenó al serbio—. Debemos evitar que se enfríe.

El serbio aguardó la aprobación de su jefa. A partir de ese momento se volvió un eficaz enfermero.

Ambos médicos se dedicaron las dos horas siguientes a estabilizar a César con los escasos medios que contaba la ambulancia. Impotente, Mancia se envolvió en una manta y salió al exterior. El olor de las glicinas esa vez no calmó su espíritu como solía hacerlo cuando de adolescente aguantaba los insultos y menosprecios de su hermana. Mauricio la siguió en silencio y le ofreció una taza de café.

Esa noche, el cielo estaba despejado y las estrellas se apreciaban con nitidez en el firmamento.

—Te sentará bien —le aseguró Mauricio.

El calor que desprendía la taza la reconfortó. Su mirada se desvió de nuevo hacia la casa y, con los ojos enrojecidos y a punto de llorar, dijo:

—No puede morir.

—No lo hará —afirmó él, contemplando las estrellas.

—Tiene que sobrevivir para declarar en el juicio. Es inocente.

—¿Estás segura? A veces el amor nos ciega y...

—César es inocente. —Mancia se giró y, ante la desconfianza silenciosa de su nuevo amigo, dijo—: Tengo que enseñarte unos informes que limpiarán su nombre para siempre.

19

LAS PRUEBAS

Mancia extendió sobre la mesa los papeles que le había entregado Raquel. Entre estos había extractos bancarios, domicilios, números de teléfono, informes confidenciales sobre actividades personales de jueces y fiscales, junto a un sinfín de hojas comprometedoras que avalaban la inocencia de César Dávila.

—¿Qué dicen? —preguntó Mauricio, que no leía español.

—La manera en la que exculparemos a César.

En ese instante, Pablo salió de la habitación. El joven psiquiatra parecía cansado. Se restregó las manos en los vaqueros deshilachados, rotos por las rodillas y se masajeó la nuca.

—¿Cómo está?

—Sobrevivirá. Pedro hará todo lo posible, pero necesita con urgencia ingresar en un hospital.

Mancia respiró aliviada. Desde que habían huido, temía que muriera por su culpa. A lo mejor, Raquel le había mentido o malinterpretado a su marido, aunque no se arriesgaría a comprobar si era cierto. Escuchar que César viviría le daba fuerzas para seguir adelante.

—Antes publicaremos estos documentos.

—¿Qué son?

—La prueba de que es inocente.

—Si puedo ayudar a descubrir la verdad, cuenta conmigo: cada vez creo más en la inocencia de tu marido —se ofreció Pablo.

—¿En serio lo harías? —lo tuteó ella—. ¿Sabes a quién nos enfrentamos? Puedes perder tu trabajo.

—Seguramente —afirmó el psiquiatra con las manos en las caderas—, pero te acompañaré.

—¿Por qué?

—Porque yo puedo asegurar, sin ninguna equivocación, que César Dávila no es el violador que han vendido a la prensa.

Había estudiado muchas veces el informe y las pruebas que avalaban que César Dávila era un violador de manual. El resultado que había obtenido no cuadraba con la personalidad de ese hombre. Para comprobarlo, lo había sometido a los mismos exámenes y a un sinfín de horas de terapia. Sus resultados y conclusiones distaban mucho de las presentadas al juez. Había llegado a pensar que no se trataba siquiera de la misma persona.

—¿Lo harías? —preguntó Mancia, esperanzada.

—Por supuesto. Estoy convencido de que lo han acusado injustamente.

El rostro de la joven se iluminó, agradecido, al oír esas palabras.

Sin la presencia de César, el regreso a Barcelona fue mucho más rápido. Mauricio conducía la ambulancia; Pablo dormitaba en la camilla y Mancia se había sentado junto a su amigo. La chica apoyaba la frente contra el cristal de la ventanilla.

—¿Confías en él?

Ella observó el rostro aún juvenil del psiquiatra con el pelo largo y la barba de dos días.

—No me queda más remedio. Y, aunque declare a favor de César, mi suegro intentará alguna jugada para eliminar las pruebas. Por eso sacaré estos documentos a la luz.

Mancia tenía una idea y la llevaría a cabo hasta sus últimas consecuencias. Esperaron en el aparcamiento del periódico más importante de Barcelona hasta que alguien apareció en la redacción. El periodista que los atendió, un hombre cercano a la cincuentena, había pasado una noche consolando a su esposa: su hijo se marchaba a un país de nombre impronunciable para encontrarse a sí mismo. Apenas había dormido y no estaba ni de buen humor ni demasiado receptivo. Miró con resignación al trío que tenía delante. La chica, una muchacha menuda que vestía un uniforme de limpiadora y un turbante en la cabeza, no dejaba de enseñarle unos papeles con los que aseguraba que salvaría a su marido. A su derecha, un tipo de color se mostraba protector con la joven y examinaba todo con ojos vigilantes. En cambio, el chaval que afirmaba ser el psiquiatra de la cárcel de Hombres de Barcelona le daba mala espina. Su acento le escamaba, y su aspecto era más el de un preso. Sin embargo, si fuera cierto, había dado con la noticia del año.

—Por favor —dijo por enésima vez Mancia—, aquí tiene la verdad sobre el caso de César Dávila.

El periodista prefirió no cometer un error ni ser acusado de incompetente ante un sinfín de lectores y decidió consultarlo con el redactor antes de

meterse de lleno en aquella historia. Les pidió que guardaran un poco de paciencia mientras hablaba con su jefe.

Xavier, así se llamaba, entró en el despacho del redactor sin llamar a la puerta.

—¿A qué tantas prisas y esa cara?

—¡Joder! Josep. Te juro que, si lo que dice esa chica es verdad, en esa sala tenemos el premio a la mejor noticia de investigación. —Señaló al cuarto en que esperaba el trío.

Su jefe dejó la taza de café y apagó el ordenador portátil. No le caía demasiado bien su subalterno, pero a veces topaba con noticias interesantes.

—¿Quiénes son? —preguntó, y cruzó las manos sobre el pecho, mostrándole a Xavier que contaba con toda su atención.

—Los tipos ni idea. El más joven es psiquiatra de la cárcel, y el otro parece un guardaespaldas. Ninguno de los dos ha abierto la boca todavía. La importante es la chica: es la mujer de César Dávila.

—¿El hijo del empresario?

—El mismo.

—¿El acusado por violación a la espera de juicio?

—Su esposa asegura tener pruebas para exculparlo de todos los cargos. Que todo lo ha orquestado su suegro y que han untado al fiscal, al abogado y al juez para dictar una sentencia en su contra.

—¿Has comprobado su identidad?

—Por supuesto: es la mujer de ese tío.

Xavier se frotó las manos con visible inquietud, impaciente ante la respuesta de Josep. Su jefe, en cambio, se sentó de nuevo y pensó en los riesgos de enfrentarse a un hombre como Francisco Dávila.

—Te advierto —le amenazó, cuando su hombre fue a buscarlos—, no publicaremos nada si no traen pruebas como pisadas de elefantes.

—Hecho.

Mancia, Pablo y Mauricio tomaron asiento delante del redactor. A su espalda y de pie aguardaba Xavier. El periodista encendió una grabadora y tomaba notas.

—Señora Dávila —comenzó a decir el redactor jefe— si tiene pruebas que demuestren la inocencia de su marido, debemos entregarlas al juez, o nos denunciarán por ocultación u obstrucción a la justicia.

No le quedaba mucho para la jubilación. Despedirse con la noticia del año le facilitaría la oportunidad de impulsar su carrera de escritor.

—No puedo hacerlo, o condenarán a mi marido sin un juicio justo. Por eso he acudido a usted pero, si no está interesado, iré a otro periódico.

Mancia se puso en pie, y el redactor dijo:

—¡Espere!

La joven se sentó otra vez y le enseñó la documentación de Raquel. El

hombre tardó un instante en comprender la situación.

—¿Entiende ahora? —Señaló un nombre en una de las hojas y el importe que había cobrado para dictar en el juicio definitivo una sentencia condenatoria ejemplar—. No confío en ningún juez.

—¿El fiscal? —dudó el redactor jefe.

—Aquí —Apuntó Mancia. Luego sacó su móvil—. Mire estos vídeos.

Tras ver las grabaciones de Carlos y de Xaz, el redactor se reclinó sobre la silla y guardó silencio un instante.

—Puedo asegurarle que el señor Dávila, después de someterlo a numerosas pruebas, no es un violador. Confirmaré a su periódico que mi diagnóstico es contrario al presentado por el fiscal y la defensa —dijo Pablo.

—¿Dónde está? —preguntó el redactor.

—En un lugar seguro. —La joven aún no se fiaba de él—. ¿Lo publicará? —preguntó Mancia.

—¿Los testigos corroborarían su historia con una entrevista a nuestro periódico?

Mancia fijó los ojos en Mauricio, y este asintió.

—No se preocupe, dígame la hora y aquí estarán.

—Entonces, no habrá problemas. Reenvíeme los vídeos a mi móvil y mi secretaria fotografiará la documentación. —Le escribió en un papel el número.

—¿Cuándo saldrá?

—Son las ocho... puedo publicar un especial para esta tarde, siempre que entrevistemos a los testigos antes de las tres.

—Los entrevistará, se lo prometo. Mientras tanto, hable con Pablo; como profesional, le contará las mentiras que han dicho sobre mi marido en este juicio.

Mancia necesitaba tiempo para localizar a los testigos. Si se filtraba de alguna manera su intención de denunciar públicamente la injusticia que habían cometido, Francisco Dávila lo impediría a cualquier precio.

***

César abrió los ojos. Lo primero que vio fueron unas vigas de madera. No recordaba dónde se encontraba ni tampoco qué le había pasado. Su último recuerdo lo situaba en el patio de la cárcel. Escuchó el sonido de unas voces a su derecha y, enseguida, Pedro se aproximó a la cama.

—Tranquilo, estamos aquí.

Él quiso responder, sin conseguirlo. Sentía la lengua pesada y estaba sediento. Un desconocido le acercó un vaso con un sorbete para facilitarle

que bebiera agua.

—¿Qué sitio es este? —consiguió pronunciar después de aplacar la sed.

—No lo sé exactamente, estamos cerca de Barcelona —dijo el médico, y buscó con la mirada al serbio. Quizá él contara con más datos, pero alzó los hombros para indicarle que tampoco tenía más información—. Debes descansar. Es importante para tu recuperación.

En ese momento, el serbio desapareció y, dos segundos más tarde, regresó con una jeringuilla. Ante la sorpresa de Pedro, pinchó a César en el brazo.

—Dormir mejor —afirmó con su característico acento eslavo.

—¿Eres enfermero?

—No, soldado —respondió y se marchó del cuarto.

El médico comprobó el estado del paciente y abandonó la habitación. En el salón, el serbio vigilaba el exterior a través de una de las ventanas del comedor. Su silencio aumentaba su intranquilidad. Sus ojos recorrieron la habitación y descubrieron un tablero de ajedrez en una de las repisas.

—¿Juegas? —preguntó, y señaló el tablero.

—Sí —dijo el serbio—. ¿Blancas o negras?

—Blancas.

Su compañero repartió las piezas y se sentó en una butaca frente a él. El tablero había cumplido varios años; dos de sus esquinas habían sufrido desperfectos. El mutismo del serbio lo irritaba y, para aplacar sus nervios, sacó un cigarrillo. Lo había dejado hacía un mes, pero siempre llevaba la cajetilla en uno de los bolsillos de su chaqueta para demostrarse que vencía la tentación. En esta ocasión, encendió un cigarrillo y se concentró en el juego.

En el cuarto, César despertó diez horas más tarde. Se sentía mucho mejor, aunque incapaz de mover los músculos de las piernas. Le costó un tiempo adaptarse a aquel insufrible hormigueo. Aguzó el oído y no oyó ningún ruido. Por la escasa luz pensó que ya había anochecido y se preguntó cuántas horas llevaba allí. Consiguió incorporarse de la cama; el esfuerzo le causó una punzada en el costado que le cortó la respiración. Se quitó la vía del brazo y comenzó la odisea de llegar hasta la puerta.

En el comedor, Pedro se reprendió por haberse fumado toda la cajetilla ante el silencio y concentración del serbio en la partida. Guardó el paquete vacío en el bolsillo de la chaqueta cuando su compañero de juego se puso en pie. En ese momento, sujetaba la pieza de la reina entre los dedos con la intención de comerse un par de piezas, pero el soldado dijo:

—Comprueba paciente.

Giró la cabeza hacia la puerta y vio a Dávila. En su rostro se dibujó una nota de desacuerdo por su comportamiento.

—¡Joder! ¡Se te abrirá la herida, y te provocarás una hemorragia interna! ¡Vuelve ahora mismo a esa cama! —ordenó.

—Vosotros dos —dijo César, ignorando al médico, pero agradeció su

ayuda para tumbarse en el sofá—. ¿Qué pasa aquí?

Pedro le contó qué había sucedido y qué pretendía Mancia.

—Saldrá herida si mi padre se entera de sus intenciones —dijo e intentó levantarse del sofá. El médico lo obligó a acostarse de nuevo, comprobó el vendaje y alzó una ceja enfadado por la imprudencia de su paciente.

—Está con Mauricio —dijo el serbio.

—¿Mauricio? —preguntó César y miró al médico.

—Ni idea, es un negro con el que no me gustaría encontrarme en un callejón.

El soldado esbozó un amago de sonrisa.

—¿Y este? —señaló al serbio.

—La señora es mi jefa; Mauricio, mi amigo —dijo a modo de respuesta.

—¿Tienes nombre?

—Darko.

—No es muy hablador —añadió el médico ante el silencio de su compañero de ajedrez, quien le había acercado un termómetro y un paquete de suero para César.

—¿Tenéis un móvil? —preguntó, casi perdiendo la paciencia y rechazando de un manotazo la vía que el médico pretendía inyectarle en el brazo.

—Sí, ¿a quién vas a llamar?

—A Mancia. Después, Darko y tú me llevaréis a su lado.

—No es buena idea. No puedes viajar. La herida...

—Olvídate de mí —le interrumpió, empecinado en su decisión—. Si mi padre descubre lo que pretende hacer, se lo impedirá de cualquier forma. No es una idea descabellada. Ya ves cuáles son sus intenciones —dijo, y Pedro asintió ante el hecho de que tenía razón.

—Mauricio —escucharon decir a Darko por el móvil. Los dos dirigieron su atención al serbio—. Despierto, quiere hablar con jefa—. El médico y César guardaron silencio, atentos a la respuesta—. Se niega.

—Dile a la jefa que no acepto sus órdenes. ¡Quiero hablar con ella! ¡Ahora!

—No —resumió el serbio—. Dice que tu herida...

—¡Dame ese puto teléfono!

—Jefa no hablar. —El serbio colgó.

Al otro lado de la línea, Mancia se alegró de oír la amenaza de César; sus palabras le demostraban que se recuperaba de su herida. Sin embargo, su alegría no le habría durado mucho si hubiese sabido qué pensaba él al respecto. César imaginaba multitud de imágenes en las que su padre siempre la lastimaba.

—Darko, ¿la jefa ha dicho que no quiera verme?

—No —respondió el serbio con aquella media sonrisa.

—Eres un tío importante y a estas horas tu cara habrá aparecido en todas

las televisiones. Además, ya habrán dictado una orden de busca y captura por la fuga de un preso —dijo Pedro al adivinar sus intenciones.

—Mi padre ha trabajado mucho como para que una chiquilla como ella se interponga en su camino.

—Bien, una hora —interrumpió la conversación el serbio. Salió del cuarto y dejó a los dos hombres perplejos e incapaces de entender qué significaban sus palabras.

Darko volvió una hora más tarde con las llaves de un coche. El viaje hasta Barcelona se convirtió en un infierno para César; a pesar de que tomó calmantes, sentía el dolor hasta en lo más profundo del cerebro.

Durante el camino telefonearon al psiquiatra. Pablo les explicó que Mancia y Mauricio buscaban a un tal Carlos y a alguien llamado Xaz.

—¿Quién es ese Xaz? —preguntó César.

—Es la primera vez que oigo su nombre —aseguró el médico, mientras le cambiaba el vendaje en el asiento trasero del coche.

—Gigoló —dijo Darko.

El serbio se mantenía en el asiento del conductor por si debían salir aprisa del aparcamiento.

—Os juro que cada vez entiendo menos a esa mujer —masculló entre dientes. Supuso por la respuesta de Darko que había hablado en voz alta.

—No peligro, Mauricio con ella y yo le avisé de no hacer daño a jefa. Barra de hierro convincente.

Pedro y César se miraron en silencio. Uno pensaba que algún día contaría a sus amigos aquel fin de semana como una anécdota; en el fondo, se estaba divirtiendo. El otro no dejaba de pensar en cómo su mujer había conocido a dos tipos como aquellos.

20

UNA ARPÍA SIN CORAZÓN

La noticia se publicó, tal y como había asegurado el redactor jefe, en el periódico de las ocho. Enseguida, la televisión emitió diferentes programas informativos sobre el poder judicial, la vida de Francisco Dávila y la codicia que anidaba en aquella familia. Las acciones de muchas empresas Dávila se vinieron abajo, y el equipo jurídico de su suegro se enfrentó a un sinfín de querellas. En el declive, algunas otras empresas siguieron a la de los Dávila como las de la familia Iborra.

Durante dicho mes, César permaneció ingresado en el hospital. Darko se había convertido en su guardaespaldas. El médico y el psiquiatra de la prisión lo visitaban con frecuencia, aunque en ese tiempo, su mujer no había acudido a verlo ni una sola vez. Su abogado le entregó los documentos que firmó sin oponerse: se trataba de su divorcio. No la culpaba por odiarlo. Él lo hacía todos los días.

—¿En qué piensas? —le preguntó el psiquiatra una tarde.

—En Mancia.

César fijó la vista en la ventana. No deseaba que su amigo lo analizara ni le diera una charla de ánimo. Él no se merecía una mujer como ella y debía asumir que había despreciado su amor tantas veces que ya nunca la convencería de que la amaba.

—¿Sabes algo de ella?

—No, y me odia después de todo lo que ha pasado por mi culpa.

—Para odiarte tanto, arriesgó mucho para sacar tu culo de la cárcel. —El gaditano abrió el periódico y una de las noticias le llamó la atención—. ¿Mancia conocía a Vanesa Iborra?

—¿Por qué? —preguntó César, extrañado.

—Porque su padre se ha suicidado, por lo visto a causa de la investigación que se llevó a cabo gracias a la información que publicó tu exmujer. —Pablo guardó silencio al leer el resto de la noticia.

—¿Por qué esa cara?

—Bueno, aquí dicen que era la hija ilegítima de Iborra. Todo un escándalo.

—Llámala ahora mismo —le dijo César con viva urgencia en la voz—. A mí no me contestará.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado el psiquiatra cuando César se arrancó las vías de los brazos.

—Vanesa Iborra no le perdonará que haya causado la muerte de su padre. Temo que tome represalias contra ella.

—¿No exageras un poco?

—Avisa a Mauricio.

El sudanés seguía al lado de Mancia por pura amistad. Había aceptado una paga insignificante, lo suficiente para cubrir gastos, pero sentía un verdadero afecto por la muchacha y se convenció para no dejarse llevar por la preocupación que el hombretón no dejaría que le hicieran daño.

***

En el aparcamiento de un hotel abandonado, el sol cegó a Mancia durante un instante. Dos hombres la sacaron a la fuerza del coche. De reojo, comprobó que a Mauricio le sangraba la cabeza y yacía inconsciente en el suelo. Miró a su alrededor; no estaba segura de dónde se encontraba, pero el olor a gasolina se adentró en sus fosas nasales. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, distinguió varios coches. Entonces, la empujaron sin delicadeza contra una silla. Alguien le tiró del cabello, y un grito se le escapó de la garganta. El miedo se apoderó de ella al imaginar qué habría ideado Francisco Dávila, pero la figura de Vanesa desterró pronto esa idea. Su hermana permaneció inmóvil, mientras la observaba con los ojos cargados de odio. Su ropa negra acrecentaba la imagen de un ángel de la muerte.

—Querida hermana —pronunció entre dientes. A Mancia su voz le sonó a una sierra mal afilada al cortar la madera—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Vanesa, ¿qué quieres?

Mancia intentó no mostrar el miedo que le provocaba al advertir cierta nota de locura en sus ojos, que la asustaron aún más.

—Una pequeña conversación para aliviar el dolor por la pérdida de nuestro padre. —De nuevo, tiró de su cabello hasta doblarle el cuello—. No

te negarás, ¿verdad?

Después la soltó con brusquedad. El dolor hizo que apretase los dientes.

—Hablemos —pidió casi sin aliento.

Vanesa se sentó en una silla frente a ella. Cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Sus ojos azules desprendían tanto odio que una sensación gélida recorrió el cuerpo de Mancia.

—¿Has leído la prensa?

Asintió sin atreverse a pronunciar una palabra más.

—Siento su muerte.

—Lo sientes —dijo casi en un susurro, para más tarde, gritar—: ¡Lo sientes! —Estaba fuera de sí. Desde niña su padre había sido su pilar, ahora, ya nadie se preocuparía por ella—. ¡Me robaste a mi familia y también a César!

—Nos hemos divorciado —dijo para calmarla sin conseguirlo.

—Tú mataste a mi padre —respondió, ignorando sus palabras. Dicha actitud la preocupó lo suficiente para intentar soltarse—, y pagarás tu culpa. —Rozó su mejilla con un dedo—. Querida, es inútil. No puedes escapar.

—Tu padre se suicidó...

—¡Puta, cállate! —Le asestó una bofetada y dijo—: No menciones a mi padre solo porque tu madre se metió en su cama una vez. Eres la consecuencia del error de un hombre borracho.

—Por favor, somos hermanas.

—¡Tú nunca serás mi hermana!

Mancia comprendió que resultaría imposible razonar con ella. Vanesa la contempló con una demencia aterradora cuando unos segundos más tarde, apagó el cigarrillo en su brazo.

***

Darko aguardaba ante el volante y esperaba al psiquiatra y a César. Había recurrido a Pedro para que firmara su alta en el hospital. A partir de ese instante, el paciente quedaba bajo su cuidado y responsabilidad.

—¡Cometes una barbaridad! Te recuerdo que la última vez terminaste inconsciente y con una perforación aún mayor que la del navajazo en el costado.

—Pedro, olvídalo, no entrará en razón —aseguró el psiquiatra.

—¿Dónde? —preguntó la voz ronca y seca de Darko, interrumpiendo la conversación entre los dos médicos.

—Según Guzmán, mi tío se recupera de un segundo ictus. Los médicos han dictaminado muerte cerebral. Esta vez, él no es el responsable.

—¿Has pensado que tenga una aventura? —se atrevió a sugerir Pablo.

—No es de esa clase de mujeres —afirmó César tan molesto que Pedro le hizo un gesto a Pablo para que no continuara por ese camino—. Vamos a casa de Vanesa.

—Sí, jefe.

El serbio puso el motor en marcha, y César le indicó la dirección de la casa familiar de los Iborra. Ante su sorpresa, ella los atendió personalmente. Su aspecto correspondía al de una hija doliente tras la lamentable muerte de su padre.

—A pesar de nuestras diferencias, gracias por tu visita —le agradeció con una voz tan dulce y falsa como el peor de los venenos.

César forzó una sonrisa por el comentario de la chica tan hipócrita como sus palabras. Algo en su mirada le indicó que sabía por qué estaba allí y disfrutaba viendo su preocupación.

—Está olvidado —se obligó a decir, ocultando su temor.

Los dos médicos guardaban silencio, expectantes ante el comportamiento de César. En cambio, el serbio se había posicionado al lado de uno de los empleados de la casa.

—¿Te apetece tomar una copa? —preguntó, y se dirigió a una mesa con bebidas.

—Quiero saber una cosa —respondió él, tocándose el costado. Los puntos mostraban su disconformidad por abandonar el hospital y enviaban una sonora protesta a su cerebro—. ¿Dónde está Mancia?

—No tengo ni idea; ni siquiera se ha despedido de su padre.

Ambos se lanzaron unas miradas combativas como dos guerreros en el campo de batalla. César claudicó: no sacaría nada de ella; se puso en pie y le dijo:

—Te juro que lo lamentarás si le has hecho algún daño —susurró, y besó su mejilla. Luego, en voz alta para que todos lo escucharan, dijo—: Siento la muerte de tu padre.

***

Mancia tenía tanta sed que saboreó un gusto agrio en la boca; además, la quemadura del brazo le escocía tanto que contuvo las lágrimas. Enfocó la mirada en un punto fijo de aquella habitación, aunque la oscuridad le impedía ver dónde se encontraba. Algunas voces que no supo identificar interrumpieron el silencio aterrador en el que se sumergía aquel maloliente cuarto.

—¡Mauricio! —gritó, sin obtener una respuesta.

Descalza, se acercó a la puerta e intentó abrirla, sin ningún resultado.

—¡Por favor! ¡Ayúdenme! —gritó, golpeando una y otra vez la puerta oxidada.

Un temblor le recorrió el cuerpo al imaginar qué había preparado su hermana para ella, con el único propósito de vengarse, por creerla responsable de la muerte de su padre. El sonido de pequeñas pisadas que subían por las paredes le crispó los nervios, pero aun fue peor cuando sintió cómo los insectos trepaban por sus piernas. El miedo y el asco la hicieron acurrucarse en un rincón. Las horas pasaron con una terrible lentitud y, entonces, una enfermera y un celador entraron en el cuarto. La joven se abalanzó a ellos, impulsada por la necesidad de explicarles que todo era un terrible error.

—Agárrala por el brazo —le ordenó la enfermera a su compañero.

—¿Qué hacen? ¡No! ¡Por favor! ¡Se equivocan! —gritó, y se retorció para librarse de la prisión de sus manos.

—Preciosa, no te preocupes por nada —dijo el celador con voz tranquilizadora, aunque le dobló la muñeca y ella lo miró horrorizada por el dolor.

Cuando la enfermera le pinchó en el brazo, su cuerpo se relajó de tal modo que apenas se mantenía en pie. Sus esperanzas se disiparon cuando le abrocharon las correas a las muñecas y a los tobillos. Su corazón llamaba a gritos a César; lamentaba tanto haberle abandonado que su último pensamiento, antes de que la oscuridad se cerniera sobre ella, fue para él.

***

No muy lejos de allí, César estaba a punto de registrar cada casa de la ciudad. Darko había contactado con todo el mundo dentro y fuera de la legalidad. Entretanto, Pablo había realizado un perfil psicológico de Vanesa Iborra buscando información en Internet. Por su parte, Pedro procuraba controlar la herida y las constantes de su paciente. César observó durante un instante a esos hombres y sintió gratitud por su amistad.

—César, ¿tienes idea de por qué la trataron con antidepresivos? —preguntó Pablo.

—No, nunca escuché que la hija de los Iborra padeciera problemas mentales. No conocí a esa chica hasta que trabajé en el supermercado; nunca la había visto antes.

—El dinero hace que la gente olvide con facilidad o...

... cumpla sus deseos —terminó por decir Pedro.

—¿No pensarás qué? —preguntó el psiquiatra.

—¿Te acuerdas del tipo de la celda quince? El tipo que suplantó la identidad de su hermano y lo culpó...

—¡Chicos! —interrumpió César—. Iluminadnos, por favor.

Darko continuaba limpiando su pistola y había afirmado, unas horas antes, con sus pocas palabras, que nadie le impediría llevarla a aquella misión.

—Había un tipo...

—... un listo que encerró a su hermano en su lugar...

—... así que quizá Vanesa ingresara a Mancia en un psiquiátrico. Normalmente, esa medicación correspondería a un paciente con un historial tendiente a la sobreexcitación y problemas mentales por drogas u otro tipo de sustancias.

—¿Quién sospecharía de un final así? Nadie la buscaría en un centro mental.

—Después de no hallarla en hospitales ni en el anatómico forense, la considerarían desaparecida...

—... una de tantas —dijo Pablo.

César guardó silencio; en cambio, el psiquiatra buscaba en el ordenador y Darko permanecía absorto en sus pensamientos, como siempre, no había expresado su opinión.

—Estuvo ingresada en una clínica privada...

—... un trabajador descontento la ayudaría a... —intervino Pedro.

—... internar a tu hermana desequilibrada por culpa de la muerte de su padre; eso puede convencer a cualquiera —dijo Pablo.

—Igual que el tipo de la celda quince. Tío, ya te lo he dicho...

—Horarios —dijo Darko, y puso fin a la caótica conversación de los dos médicos.

—¿Qué crees? —preguntó César al serbio. Cada día confiaba más en su profesionalidad.

—Entrar.

Pablo había empezado a entender la manera de expresarse del soldado y cumplió su petición enseguida.

—El horario de visitas se restringe a los familiares más allegados, bajo prescripción médica y siempre que lo permita la salud mental del paciente. Las visitas se permiten de cinco a seis de la tarde. Sin embargo, si uno de nosotros es un paciente enviado desde la cárcel...

—... será más fácil colarse —dijo Pablo.

—Buen plan —sentenció Darko, y Pablo sonrió complacido. El serbio dijo —: Pablo, tú médico. Pedro, tú enfermo, yo enfermero. César, espera en el coche.

—¡De eso ni hablar! Pedro se quedará en el coche.

Su rostro evidenció que ninguno le persuadiría de lo contrario.

—Dadme dos horas para conseguir los uniformes y la ambulancia —claudicó Pedro.

—Estudiaré los currículos de los médicos de la institución por si encontramos algún dato interesante que lo relacione con los Iborra —añadió Pablo.

—¿Esto lo habéis hecho antes? —preguntó César ante su voluntad y desparpajo.

—No, pero en la cárcel escuchas muchas historias y a partir de mañana nosotros también tendremos una que contar: cómo salvamos a Mancia Expósito —afirmó el gaditano emocionado.

—Plano del edificio —pidió Darko.

—Hecho —dijo Pablo, y se llevó la mano a la frente en un saludo militar. Dio la vuelta al portátil y se lo enseñó—. Solo hay una entrada y una salida. El resto de puertas se cierran con un código de seguridad. Hasta aquí no habrá problema, siempre que lleguemos con un enfermo —aclaró y señaló en el plano—. Allí, nos recibirá el personal encargado de la recepción. Si ella no está ahí, no tenemos manera de ir a las habitaciones. Esa zona se limita al personal del centro.

—No problema —dijo Darko, y mostró el arma. El médico asintió; nadie discutiría la afirmación del serbio.

—¿Y si Mancia no está allí? —preguntó inquieto César.

Quizás perdía un tiempo precioso para encontrarla con vida; incluso había pensado que le había sucedido algo mucho peor que un psiquiátrico. Cuantas más horas pasaban, más enloquecía al no saber nada de ella.

—Mejor sitio —contestó Darko.

César asintió, agradecido por sus palabras. El serbio contaba con la experiencia, y el instinto le decía que Vanesa era lo suficientemente retorcida para un plan de ese calibre.

Cuando Pedro regresó con los uniformes y con una ambulancia, todos conocían sus papeles en aquella misión.

—Llamaré a la policía, si no regresáis en dos horas —aseguró Pedro.

—Hora zulú —dijo Pablo—, las 19:00.

Por primera vez, Darko no esbozó una media sonrisa, sino una sonrisa completa que abarcó hasta sus ojos.

—¿No lo decías en tus misiones? —preguntó el médico con ingenuidad.

—Solo películas, amigo —respondió sin contener la risa, y le palmeó la espalda.

—Siempre he deseado decirlo —reconoció Pablo para consolar al desconcertado Pedro.

Darko y el psiquiatra bajaron la camilla y se dirigieron a la entrada. Se

trataba de un hospital de principios de siglo al que le habían dado un baño de modernidad. Las luces fluorescentes encogieron el ánimo de César. Rogó a cualquier ser superior que quisiera escucharlo que Mancia se encontrara allí.

—Silencio, llegamos a Ingresos —anunció Pablo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el empleado encargado de recibir a los pacientes—. Nadie me ha avisado que vendrían a esta hora.

—Amigo, lo siento. Trabajo en la cárcel de hombres y a este le han metido un navajazo —dijo, y destapó a César para mostrarle el vendaje—. Ni te imaginas cómo ha dejado al otro.

—¿Por qué no va atado?

—No te preocupes: lo hemos sedado para tres días. En la cárcel no nos andamos a medias tintas. Ya sabes, se *arrumbió* al otro tipo, un *atontolinao*. A este se le fue la *azotea*, pero es hijo de un ricachón y no quieren llevarlo a la pública. Pero vamos, que la bulla en la cárcel por culpa del *carajote* de mi jefe ha sido monumental. Si a este *pringao* no le metemos tres *jerenguillazos*, coge el *portante* y aparece en Rota. Nos ha salido *comboi.*

El buen hombre poco podía entender lo que le decía aquel enfermero en aquella jerga gaditana a una velocidad vocal que lo dejó atónito, mientras movía, a escasos centímetros de su rostro, un sinfín de documentación con membretes oficiales.

—Bueno, si viene de la cárcel...

—Gracias, tío, ¿dónde lo llevamos?

—Firma aquí —le pidió.

—Claro, *mihita.*

—Sigue este pasillo y después gira hacia la derecha. Allí puedes entregarlo a la enfermera encargada de Ingresos.

—Nos vemos.

Siguieron las indicaciones y entraron en una habitación donde varios pacientes, en su mayoría sedados, dormitaban a ratos en sillas de ruedas. La enfermera escribía en su móvil un mensaje de texto. Al advertir su presencia, les dirigió una mirada desprovista de humanidad. Pablo tragó saliva: había tratado a sociópatas con una mirada más cálida.

21

EL HÉROE EN UNA CAMILLA

La enfermera observó a Darko; le agradaban los enfermeros con aquella constitución ósea. Los hombres de su fortaleza suponían una gran ayuda si tenía que enfrentarse a pacientes violentos. Con tanto reducir al personal su única opción consistía en drogar todo el día a los dementes más activos. Así que le sonrió y se imaginó, durante un instante, a ese hombretón trabajar codo a codo. Pablo giró la cabeza y comprobó que le había interesado a esa enfermera sociópata y le hizo una señal a Darko.

—¿Dónde lo ponemos? —preguntó, señalando con desgana a César.

—Rellene esta documentación.

—Viene de...

—No me importa —lo interrumpió con un gesto hastiado. Ignoró a Pablo, al paciente, y se dirigió directamente a Darko—. ¿Le gustaría trabajar en una compañía como la nuestra? —preguntó con una amabilidad que hubiera representado con éxito el papel de doctor Jekyll.

—Por supuesto, además, si hay mujeres tan bellas como usted, aun con mayor razón.

—Muchas gracias —respondió ella sin disimular cuánto le había agradado su galantería—. Por su acento no parece de aquí, ¿de dónde es usted?

—De Serbia.

César abrió los ojos, sorprendido ante la perfecta pronunciación del castellano, aunque lo más sorprendente fue la cantidad de palabras que soltó de una vez.

Pablo aprovechó la distracción de la enfermera y avanzó hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó la mujer.

El psiquiatra negó con la cabeza, cuando el serbio se llevó la mano al costado.

—¿Ha entregado los permisos en recepción?

—Sí, señora —dijo.

—Explíqueme los beneficios de trabajar en un lugar como este, aparte de ver todos los días caras tan bonitas como la suya —intervino el serbio para alejarla de sus dos compañeros.

—Habitación veinte —le informó la enfermera, concentrando de nuevo su atención en Darko.

Pablo se apresuró a empujar la camilla hasta las habitaciones de los pacientes. César se levantó cuando tras la espalda del psiquiatra se cerró la puerta. Un largo pasillo, parcialmente iluminado, se presentaba ante ellos con puertas simplemente cerradas con un pestillo. Gracias a la tacañería de aquel hospital, les resultaría más rápido y fácil averiguar si Mancia se encontraba allí.

—Comprobaré de la una a la veinte; tú ocúpate de la veintiuna a la cuarenta —ordenó César—. Quedamos aquí en un cuarto de hora.

En la habitación número diez, César distinguió en la penumbra la figura de una mujer semejante a su exesposa. Abrió la puerta y gritó:

—¡Mancia!

La joven se giró y mostró una sonrisa bobalicona, pero no se trataba de ella.

Un cuarto de hora más tarde, ambos regresaron al punto de encuentro. A esa hora, todo el personal se había retirado tras hacer la ronda. El psiquiatra negó con la cabeza que la hubiera encontrado. El gesto hundió a César en una absoluta desesperación y miedo.

—Lo siento. No está aquí, aunque...

—¿Qué? —preguntó esperanzado César.

—Un sitio como este contará aún con antiguas habitaciones de aislamiento. Quizá un paciente molesto ocupe una de ellas.

—¿Dónde estarían?

—No lo han señalado en el plano, pero apostaría un año en la trena a que edificios como estos tienen algún anexo que no ha sido rehabilitado.

César se encaminó de nuevo al cuarto donde Darko, al ver el semblante de su jefe, desenfundó su arma.

—¿Quiénes son ustedes? ¡Avisaré a seguridad! —gritó la enfermera e intentó pulsar el botón de alarma.

—No —ordenó Darko, y apuntó a su sien con la pistola.

—¿Hay algún edificio no rehabilitado? —preguntó César.

—Contesta —pidió Darko, y presionó el metal del cañón del arma contra su sien.

—Sí... —tembló la voz de la enfermera, con los ojos desencajados y a punto de hacerse sus necesidades encima por el terror.

—¿Hay pacientes allí?

—¡No!

—El próximo, bala —aseguró Darko, quitando el seguro de la pistola. La mujer lo miró mucho más aterrorizada.

—¡Sí! Una paciente.

—¿Cómo se llama? —preguntó César esperanzado.

—No lo sé —consiguió articular la mujer.

—¿Cómo entramos?

—Al final del pasillo, por la habitación de enfermería. Ese cuarto comunica los dos edificios.

—No saldrás de aquí si me has mentido —la amenazó César, y la mujer se desmayó de miedo.

Algunos de los pacientes se despertaron por los gritos de la enfermera y por las voces de los hombres.

—¡Chicos! Podéis jugar un rato con la enfermera Lola —dijo Pablo al leer la chapa con el nombre de la mujer que prendía de la chaqueta de su uniforme. Ante la mirada de Darko y César, añadió—: Odio a la gente que se aprovecha de estos enfermos y ensucian mi profesión.

Los tres siguieron las indicaciones de la mujer. La enfermera no les había mentido. La habitación, donde el personal se cambiaba de ropa, comunicaba los dos edificios.

Un olor a humedad y suciedad les hizo arrugar la nariz cuando abrieron la puerta. Avanzaron por un pasillo en el que el moho se había apoderado de las paredes. Algunas aún conservaban algo de su esplendor, ya que mantenían colgadas fotografías en blanco y negro del día de la inauguración. Pablo pisó una enorme cucaracha al pasar a uno de los cuartos. El crujido que emitió el cuerpo del insecto retumbó en la estancia, y provocó en el psiquiatra un escalofrío. La oscuridad apenas les permitía distinguir ninguna forma. Hasta que Darko gritó:

—¡Mauricio!

El psiquiatra se apresuró a comprobar el estado del coloso de color. La herida de la cabeza parecía infectada.

—No os preocupéis. Llamaré a Pedro y a la policía. El secuestro y agresión de Mauricio es más que suficiente para que acuda el séptimo de caballería.

César temió que Mancia se encontrara en aquel estado o mucho peor. El miedo a que la hubieran maltratado le encogía el corazón. Continuaron comprobando una a una las habitaciones hasta que dieron con una cerrada con un candado.

—Dame tu arma —le pidió César.

Disparó una vez a la cerradura y empujó la puerta de una patada. Sintió

una oleada de dolor y desesperanza al adentrarse en ese pozo de oscuridad. Darko la iluminó con la linterna del móvil. En una cama oxidada, atada de pies y manos sobre un colchón con manchas de orines y sangre, se encontraba Mancia. La chica exhibía tal palidez cadavérica que César pensó que había llegado demasiado tarde. Durante unos segundos eternos, necesitó sujetarse a Darko ante la idea de haberla perdido para siempre.

—Vive —le aseguró el soldado.

El serbio se apresuró a desabrochar los correajes de sus piernas, mientras que César se recuperaba de la impresión y le ayudaba con las de las manos.

—¡Mancia! ¡Despierta!

La joven respiraba con dificultad. César la cogió en brazos; apenas pesaba como una niña. En el camino al hospital, rezó todas las oraciones que recordaba, mientras que el miedo a perderla atenazaba su corazón.

***

Pedro le aseguró un millar de veces que Mancia se encontraba bien. Solo la habían drogado y estaba deshidratada, pero nada importante. En cambio, Mauricio sí presentaba un cuadro médico mucho más alarmante: su herida se había infectado. Todos se retiraron a descansar, pero César se negó a separarse de ella; el sueño lo venció casi al amanecer.

La joven entreabrió los ojos, temerosa de encontrarse en aquel cuarto oscuro y con aquel olor fétido. Creyó soñar cuando vio las paredes de un blanco inmaculado, una luz radiante filtrarse por las ventanas y a César dormido en un sofá cogiendo su mano.

—¿Es un sueño? —se preguntó a sí misma en voz alta, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

César se despertó al escuchar su voz y se puso en pie de un salto.

—¿Cómo estás? —Ella se agarró a la manga de su camisa como el día que la había ayudado con aquel grupo de adolescentes—. No tengas miedo.

—Vanesa...

—La han detenido y no volverá a hacerte daño.

—César... temí... morir.

—No hables, ahora no, pequeña. Ahora no —le dijo, y la abrazó.

Los dos necesitaban confesarse muchas cosas, pero ese no era el mejor momento. César nunca imaginó que, de haberlo hecho, se hubieran ahorrado mucho sufrimiento.

***

Una semana más tarde, a Mancia le dieron el alta médica, aunque antes de marcharse del hospital visitó a su amigo.

—¡Mauricio! —gritó, y se lanzó a los brazos robustos que se abrieron desde la cama.

—¿Esos bastardos te tocaron? —preguntó preocupado al recordar numerosas vivencias en su país contra las mujeres.

—Nada que una buena cama y una tarta no arreglasen. ¿Tú cómo estás?

Ante la mirada preocupada de Mancia, el africano se acarició el vendaje.

—He pasado por cosas peores —dijo, quitándole importancia.

—Cuando salgas de aquí, tenemos muchas cosas que hablar —dijo Mancia, sentándose en la cama.

—¡Qué misteriosa!

—Ahora solo recupérate. Ya te enterarás cuando llegue el momento.

—A sus órdenes, jefa. ¿Y Darko? Hace días que no viene por aquí.

—Está ocupado con esas cosas misteriosas —bromeó, y le guiñó un ojo.

Mauricio enarcó una ceja ante la sonrisa enigmática de su joven amiga. No preguntó nada más; pese a su intento de buen humor, leyó en sus ojos una gran tristeza. Además, se había vestido con aquellas camisetas holgadas y de colores apagados.

Dos meses más tarde, Mauricio fue el invitado de honor en la inauguración del restaurante de Mancia. Durante todo ese tiempo, su exmarido continuó inmerso en la labor de destruir hasta los cimientos el imperio Dávila. La había salvado de Vanesa y consolado en el hospital, pero César no cejaría en su empeño de acabar con su tío. Su empecinamiento destruiría todo y a todos los que permaneciesen a su lado. No presenciaría su propia autodestrucción, o ambos terminarían odiándose. Recordar cómo se habían despedido le dolía tanto como saber que muy pronto se casaría. Esa mañana lo habían publicado en los principales periódicos del país. Observó la playa, el agua verdosa lamía la arena. La sal que el aire arrastraba hasta ella resecó sus ojos, de esa manera, las lágrimas no surgieron de ellos. El cielo, cubierto de nubes oscuras, amenazaba tormenta. Entonces, igual que esa oscuridad, los recuerdos de aquel aciago día se cernieron sobre ella.

—Mancia, ¿de verdad estás bien? —preguntó César con preocupación y aliviado de comprobar con sus propios ojos el color sonrosado de sus mejillas.

La joven, vestida con el enorme pijama del hospital, se veía indefensa; él controló su impulso de abrazarla y cobijarla entre sus brazos. Le habían dado permiso para salir de su habitación y se encontraban en la cafetería del hospital.

—No te preocupes, hoy me dan el alta.

—¡Estupendo! —exclamó emocionado—. He alquilado una casa, está cerca del mar, estoy seguro de que te gustará...

—César, no viviré contigo —le interrumpió.

—¿Por qué? —preguntó él con una inocencia que la conmovió y a punto estuvo de vencer la poca fortaleza que conservaba aún.

—Porque terminaríamos odiándonos salvajemente.

—Entiendo —dijo César, tan decepcionado que en esta ocasión no disimuló sus sentimientos. Su tristeza atravesó el corazón de Mancia con la precisión de un bisturí. César era un hombre orgulloso, que durante toda su vida había ocultado sus verdaderas emociones y enseguida, colocó una máscara fría e insensible en su rostro. —. Supongo que ya no tenemos nada más que hablar.

—Te quiero, César —le confesó.

—¿Acaso eso importa? —preguntó abatido, y se puso en pie hace tiempo.

—A mí me importa; amo al reponedor y mensajero que conocí; nunca podré amar a César Dávila.

Él comprendía a qué se refería, pero él era también ese César Dávila que despreciaba y, sin decir nada más, se marchó de la cafetería. Mancia permaneció un rato más sentada, incapaz de afrontar la realidad de que había perdido al hombre que amaba.

***

Unas semanas más tarde, después de firmar los papeles y cobrar una cuantiosa pensión del divorcio, Mancia se entregó de lleno a su restaurante. Con el dinero compró un local en Sitges. Darko era el encargado de la seguridad y del personal. Mauricio se convirtió en su ayudante de cocina; se le daban bien los fogones y Mancia le costeó unas clases en una escuela de restauración. Al fin, había cumplido sus sueños, pero ¿a qué precio?

Unos días antes de que finalizara el otoño, recibió el encargo de un prestigioso hotel para que se encargara del *catering* de una fiesta. El día señalado, Mancia temblaba tanto como el pudín de pescado y gambas que había cocinado esa mañana. Mauricio y Darko la observaban preocupados.

—¿Aguantará? —preguntó Darko a su amigo.

—No lo sé, pero César es un tipo listo o jodidamente cabrón.

—Es una guerra —dijo el serbio, y cargó en la furgoneta el resto de cajas —. Y la quiere. César no está acostumbrado a perder.

—Te juro que cocinaré su hígado si le arranca una lágrima —aseguró el africano.

—No te lo impediré.

Dos horas más tarde, César Dávila había reunido a todos los directivos y

demás accionistas de sus empresas, tanto europeas como americanas y asiáticas, para explicar la situación. Después, celebrarían una fiesta. César, tras destapar la corrupción de su tío, delegó en sus directivos la mayoría de las decisiones.

Mancia solo se concentró en su trabajo de organizar el *catering* para la fiesta; apenas alzaba la cabeza de la mesa de las comidas.

—Necesitas descansar —le sugirió Mauricio.

—Estoy bien —mintió, cuando en el fondo se sentía atemorizada.

En más de una ocasión, había buscado con la mirada a su exmarido entre los invitados. Deseaba verlo y, al mismo tiempo, temía tropezar con él. Presenciar cómo lo acompañaba la perfecta y espectacular Aurora le rompería el corazón aún más.

—Mancia —insistió el africano—. No estoy seguro de que...

—Mauricio, te aseguro que estoy bien, no voy a desmayarme cuando lo vea, ¿vale? No pienso montar un espectáculo. Hoy saldrán varios clientes y una novia para Darko.

El africano desvió la atención hacia donde le indicaba su jefa. El serbio tenía éxito con las mujeres. Su cuerpo y sus ojos azules eran un reclamo que resistían pocas féminas.

—Ese mujeriego... ¿Estarás bien? —insistió preocupado. Mancia asintió, pero su actuación apenas convenció a su amigo—. Voy a llamarle la atención, enseguida vuelvo.

Mancia sonrió y se concentró en preparar unos sorbetes de hidrógeno con un toque de gazpacho andaluz. Habían insistido en que la originalidad marcase la diferencia con otros restaurantes.

—Hola, Mancia.

Ella habría reconocido aquella voz grave, que la acarició como una llama de fuego, incluso entre una multitud de hinchas en un partido de fútbol. Casi soltó la bombona de hidrógeno a causa de la impresión.

—Hola, César —se obligó a contestar. Evitó mirarle el rostro; sus ojos oliváceos aún eran su perdición. Su sonrisa desarmaría la autoestima que pretendía mostrarle—. ¿Es todo de tu agrado?

—Lo es, los invitados comentan que la comida es excepcional. ¿Cómo se portan los chicos?

—Mauricio es un gran cocinero, y Darko se asegura de que nadie se marche sin pagar la cuenta. Aunque nunca imaginé que atrajera a tantas clientas. A veces debo frenar a su club de admiradoras.

—Me alegro de que todo te vaya tan bien.

Un silencio incómodo se estableció entre ellos, pero Mancia se negaba a felicitarlo por su compromiso con Aurora. Al final comprendió que se comportaba como una niña y dijo:

—Felicidades. He leído la noticia esta mañana.

César ignoraba a qué se refería. Quiso preguntarle, pero en ese instante,

Aurora se acercó a ellos y se aferró a su brazo e interrumpió la conversación. Su belleza había aumentado a los ojos de Mancia; para qué negarlo, formaban una pareja espectacular. Los celos, el dolor y la envidia se entremezclaron en su corazón al mismo tiempo.

—¡Mancia! Me alegra verte, todo es perfecto. ¿Si estás libre para finales de junio podrías encargarte de mi boda?

—Estaría bien —respondió César, sonriendo—. Seguro que Mancia busca un hueco en su apretada agenda.

¿Tan poco había sido para él? ¿Tan pronto había olvidado todo lo que habían compartido? Estaba a punto de derrumbarse cuando Mauricio llegó en su rescate.

—César, me alegra verte —dijo el hombretón y ambos se estrecharon las manos.

—Me han dicho que eres un gran cocinero.

—Nada de eso —respondió, observando por el rabillo del ojo a Mancia. Su jefa se había sujetado a la mesa y tenía los nudillos blancos. Esa chica no aguantaría mucho más aquella situación—. La jefa es una gran maestra.

—Querido, nos llaman para las fotografías de la prensa —intervino Aurora.

—El deber me reclama. —César miró fijamente los ojos de Mancia. Su exmujer parecía ausente—. Ha sido un placer verte de nuevo.

Esta vez la voz de César sonó con tanto sentimiento que Mauricio y Aurora se percataron de ello. En cambio, Mancia parecía muy lejos de allí; había reanudado su labor con el gazpacho, concentrándose en su trabajo.

—Igualmente —consiguió pronunciar sin que se notara su estado; incluso se permitió añadir—: Ya me llamaréis para la boda.

Los dos se alejaron, y Mauricio rodeó los hombros de Mancia y la llevó hasta un rincón, alejado de la vista de los invitados. Su amigo había notado el temblor y tensión de su cuerpo.

—Se casa...

—Olvídalo, Mancia.

—Definitivamente todo ha terminado.

—Mancia... será mejor que te vayas a casa.

—No me iré a casa. Allí me volvería loca. —Sonrió con los ojos llenos de tristeza.

—No estás en condiciones...

—Regresemos al trabajo, o tendrás que arrancarme el corazón —bromeó conteniendo las lágrimas.

—Eso te mataría.

—Crees que me importa... duele tanto que apenas me deja respirar.

Mancia se golpeó el pecho dos veces y se concentró en preparar los

postres.

EPÍLOGO

Mancia llevaba un mes sin encender la televisión ni leer un periódico con la intención de evitar ver al sonriente César Dávila acompañado de la bella Aurora, su futura esposa. Así que se concentró en dedicar las máximas horas del día a trabajar en el restaurante para soportar el dolor.

—¿Sabes algo de César? —preguntó Mauricio, mientras preparaban las verduras para una cena de cuatro personas.

—Nada. Pero, si llamase para contratar el *catering* de su boda, inventa cualquier excusa para negarnos —dijo ella con la voz rasgada. Se notaba que le costaba hablar de ese tema.

—¿Estás segura de eso? El negocio es el negocio —la tanteó el africano.

—Mauricio, aún me duele demasiado —le confesó con una sonrisa triste.

—No pretendía traerte a la memoria recuerdos dolorosos.

El problema es que Mancia día y noche rememoraba sus besos, sus caricias, los momentos compartidos e incluso el héroe que había acudido a rescatarla. También pensaba en el hijo que había perdido, en todos esos hijos que tendría con Aurora; en el amor que no podría darle. No, no recordaba, solo vivía de esos momentos y empezaba a preocuparle que realmente su salud mental estuviera en peligro.

—Vamos a darnos prisa, o no serviremos la cena a tiempo —dijo, y Mauricio entendió que finalizaba la conversación.

Durante el resto de la tarde se afanaron en organizar un menú para alguien que había reservado por completo el restaurante. Mancia sentía curiosidad por la identidad de su cliente. Así que, cuando Darko entró en la cocina y anunció su llegada, la joven se quitó el delantal para saludarlos.

—No jefa, no salga —le aconsejó el serbio con el gesto serio e interponiéndose entre ella y la puerta.

Mauricio observó por el ojo de buey de la cocina de quién se trataba.

—Es César.

Mancia sintió un dolor punzante en el pecho cuando vio a Aurora agarrada del brazo de su exmarido. Vestía un elegante vestido en tonos pasteles; tanto su maquillaje como su peinado resultaban perfectos. Mancia se imaginó su aspecto después de pasar todo el día entre fogones, además de notar un intenso olor a apio y cebolla. Así que prefirió no salir para darles la bienvenida. También los acompañaban el médico y psiquiatra de la cárcel. Parecía que se trataba de una reunión para celebrar la futura boda de su amigo. Los celos la cegaron tanto que a punto estuvo de que se le quemara el suflé.

—¿Lo sabías? —le preguntó a Mauricio con los ojos encendidos por unos sentimientos contradictorios y unos terribles celos.

—Te juro que no y Darko tampoco.

El aludido alzó los hombros para demostrar su inocencia.

—Por favor, Darko, encárgate de saludarlos en mi nombre —le pidió, y regresó a su trabajo.

Mancia tomó uno de los cuchillos bajo la atenta vigilancia de Mauricio. ¿Por qué de todos los restaurantes de Sitges había escogido el suyo? ¿Qué pretendía? Humillarla, restregarle que había rehecho su vida al lado de una mujer como Aurora, ¡de la perfecta Aurora!, ¡de la maravillosa Aurora! Cogió el cuchillo y cortó una ramita de apio.

—¿Pretendes torturar a la verdura? —preguntó Mauricio.

—¿Qué?

—Estás desintegrándolo; «Cortes parejos y pequeños, no molidos», me dices siempre.

Mancia miró el apio y luego a su amigo.

—Lo siento, estaba distraída.

—¿Por qué no te tomas un descanso?

—No, hay mucho que hacer...

—Vamos.. hasta Darko se encargaría él solo de cuatro clientes —la interrumpió, la condujo de los hombros hasta la calle y le cerró la puerta en las narices.

Mancia, desalentada, se dirigió a la playa y se quitó los zapatos. La arena estaba tan gélida como el agua, pero ni siquiera notó la frialdad que escaló por sus piernas. A esas horas no había nadie en la playa. Se metió en el agua hasta las rodillas para aplacar sus pensamientos, celos y ese dolor intenso y profundo que se había liberado y extendido por todo su cuerpo al ver de nuevo a César.

—¿Está fría? —preguntó alguien a su espalda.

Mancia se contuvo de girarse; aún no podía enfrentarse a él, sin embargo, si se comportaba de esa manera, adivinaría cuánto le había afectado su visita.

—Sí, está fría —contestó con la voz cargada de todos esos sentimientos

que procuraba enterrar en el fondo del pecho.

—¿Por qué no me has saludado en el restaurante?

—Parecía una celebración privada, supongo que por tu boda y no quise molestarte. Al fin de cuentas, soy tu exesposa; mi presencia no sería lo más adecuado.

César entendió todo en ese instante. Creía que se casaba con Aurora. Había desembolsado una buena cantidad a los periódicos para que desmintieran dicha noticia. Aurora se casaba con Miquel, pero Mancia no había leído dicha aclaración sobre esa falsa información que un periódico sensacionalista había publicado sin comprobar su veracidad.

Al fin se volvió, dispuesta a terminar aquel encuentro. Entonces, vio de nuevo al César que había conocido en el centro comercial. Aquella sonrisa que dejaba entrever unos hoyuelos tan atractivos como peligrosos para su voluntad. Al igual que esos ojos de color oliváceo que recorría cada centímetro de su cuerpo con ansiedad, como ningún hombre había hecho nunca. Era tan tangible que se le erizó la piel.

—Tengo que irme, y Aurora te echará de menos —dijo a modo de excusa y se dispuso a salir del agua, aunque él le cortó el paso.

—Mancia, quisiera enseñarte una cosa. Es importante —César le lanzó un casco, y ella lo cogió al vuelo por instinto.

—Tengo mucho trabajo que...

César tomó su mano, la sacó del agua y la llevó casi en volandas hasta la moto. Rodeó su cintura con las manos y la sentó a horcajadas sobre el sillín.

—Mis zapatos, la cocina... —balbuceó ella.

—Olvídate de todo eso. Me gustaría saber tu opinión.

—¿Desde cuándo un Dávila requiere la opinión de alguien?

En respuesta, César colocó los brazos en ambos lados del sillín de la moto. Su cercanía inquietó a la joven y también la excitó tanto que su cuerpo reaccionó ajeno a su voluntad. Sus ojos la contemplaron con una determinación férrea y parecían adentrarse en su mente, buscando sus más íntimos pensamientos y deseos.

—Tranquila, preciosa, aún veo cómo te excitas cuando me acerco a ti.

—Me marcho —respondió enfadada. ¿Qué pretendía? Demostrar que todavía era arcilla en sus manos y la poseería cuándo le viniera en gana. Mancia, colérica, exclamó—: ¡No eres el único tío que me excita!

Ella alzó el mentón dispuesta a enfrentarse a él con uñas y dientes si fuera necesario.

—No mientas, pequeña, aún me perteneces —le dijo, y sus ojos oliváceos recorrieron su cuerpo con una mirada tan táctil que Mancia se encogió de placer. Su actitud le arrancó una sonrisa que habría borrado de un golpe con una de sus cacerolas en la cabeza. Se montó en la moto y le ordenó—: Agárrate fuerte.

Ella ignoró su advertencia pero, cuando aumentó la velocidad, claudicó

en su intención de alejarse de su cuerpo.

Unos veinte minutos más tarde, César se detuvo delante de una casa con unas vistas impresionantes. El azul del mar se confundía con el azul del cielo. Una pequeña escalinata conducía a una cala de acceso privado para el resto de bañistas. César la ayudó a bajarse de la moto y descendieron.

—¿Te gusta?

—Es precioso —reconoció ella—. A Aurora le gustará este lugar.

Nunca imaginó que César actuara de una manera tan cruel. Mostrarle el hogar que habría deseado compartir con él era tan ruin que su corazón apenas resistía tanto dolor. Luchó por disimular su malestar y las lágrimas, y sonrió con una sonrisa que transformó su rostro en cartón piedra.

—No es de Aurora: es tuya.

—Mía... —dijo Mancia, apesadumbrada.

César continuaba pensando que el dinero solucionaba todos los problemas. No se convertiría en la amante de un hombre al que ya ni siquiera conocía. No viviría como su madre, siendo una sombra. No sería la mujer que alimentase sus noches porque su perfecta y hermosa esposa no podía darle la carnalidad ni el amor que ella atesoraba en su interior. Eso la volvería loca.

—No seré tu amante —dijo, apretando los puños.

Esta vez sí derramó las lágrimas que había aguantado hasta ese instante. Se sentía tan humillada que le faltaba la respiración. Tomó una bocanada de aire dispuesta a salir de allí de inmediato.

Él la atrapó de la muñeca y la obligó a girarse. El rostro de César reflejaba la incertidumbre de por qué reaccionaba de aquella manera.

—Intento decirte...

—¡Maldita sea! ¡Sigues comportándote como un estúpido! —gritó ella fuera de sí, y empezó a temblar—. ¡Crees que una casa hará que vuelva! ¡Que todo tu dinero hará que vuelva! ¡Que ser tu amante hará que vuelva! ¡Qué soportaré ver cómo te marchas de mi cama en busca de tu perfecta mujer cada mañana!

Mancia estaba tan agitada que César la abrazó para consolarla. Había desnudado su corazón ante un hombre que no la amaba, y eso la había dejado sin ninguna protección.

—Es verdad, soy estúpido por permitir que escaparas de mí, pero no voy a casarme con Aurora. Ella no es la mujer que estará en ese altar, sino tú. Lamento mucho que pensaras que yo... pero creí que habías visto las noticias. Gasté una fortuna para que los periódicos y las cadenas televisivas se retractaran de la falsa noticia sobre que yo era el prometido de Aurora. En la fiesta, temí que malinterpretaras sus palabras y, por lo visto, no me equivoqué al imaginarlo.

—¿Y tus ansias de venganza?

Mancia alzó la cabeza y miró sus ojos. En esta ocasión, su mirada la

desconcertó; en ella había tanto arrepentimiento, tanto dolor que quiso consolarlo. Quizá hubiera comprendido que el camino de la venganza no lo conduciría a la felicidad.

—Después de todo, entendí a mi tío. Siempre lo critiqué por alejar a mi madre de nosotros, por no construir un hogar para sus hijos. Él actuaba por rencor y yo por venganza, pero ambos sacrificamos lo más importante de nuestras vidas. Me arrepiento tanto de haberte hecho vivir un infierno por mi culpa... He terminado con todo ello. Solo soy el reponedor que conociste en el centro comercial, aunque con cargo de director. —La mirada de Mancia lo llenó de esperanza. Él limpió su rostro de lágrimas y continuó hablando—: Y te juro que Aurora es solo una amiga. Ella insistió en que fuera a tu restaurante; su intención era hacer de Cupido. Mi plan era más romántico: salvarte de un grupo de adolescentes borrachos en una parada de autobús —bromeó. Luego, tragó saliva y decidió jugárselo todo a una carta, con la voz enronquecida y tras pensar que jamás volvería a pronunciar esas palabras después de que Raquel le destrozara el corazón, dijo—: Hace mucho tiempo que te buscaba y te juro que no me cabe este dolor en el pecho. —Tomó su rostro entre sus manos—. Te quiero, Mancia.

Los preciosos ojos mandalas de ella brillaron sorprendidos pero, si entregaba su corazón de nuevo y esas palabras no eran ciertas, esa vez nada la ayudaría a superar la desolación con la que convivía desde hacía tantos meses.

—No soy tu tipo —dijo ella a modo de defensa.

—Nunca lo serás —afirmó él en broma, aunque en realidad el corazón de César aguardaba su respuesta palpitando con fuerza. Retiró el pelo de su rostro y la miró a los ojos—. Independiente, decidida, molesta, un dolor de cabeza e incapaz de cumplir un contrato...

—¿Y tú? —le interrumpió ella—. Mentiroso, egocéntrico, autoritario, imbécil...

—Creo que hacemos la pareja perfecta —dijo él conteniendo la incertidumbre a la espera de su respuesta.

—Creo que sí.

Al escuchar sus palabras, César se apoderó de su boca. El deseo contenido amenazaba con liberarse para poseerla en aquel momento sin importarle nada más, pero se apartó unos centímetros de ella.

—Tengo que saciar mi curiosidad —dijo, besando su cuello.

Ambos se tumbaron en la arena, acunados por el sonido de las olas, César comenzó a desnudarla, mientras el tímido sol calentaba sus cuerpos.

—¿Qué quieres saber?

—Desde que oí tu nombre, me he preguntado qué significa. —Mancia le desabrochó la camisa y rozó su pecho con las yemas de los dedos. El placer atravesó el cuerpo de César como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Es el diminutivo de Amancia —confesó ella y sus palabras terminaron

en un gemido al notar las manos de César recorrer su espalda—: Nunca me gustó hasta que te conocí.

—¿Por qué? —preguntó César subiéndole la falda hasta los muslos.

—Porque desde entonces quise convertirme en lo que realmente significa —afirmó ella, empujándolo y sentándose sobre él a horcajadas.

El pelo de Mancia estaba repleto de diminutos granos de arena que brillaban bajo el sol invernal formando alrededor de ella un aura resplandeciente. Mancia le quitó la camisa y besó su pecho. César deseaba amarla con pasión hasta que ambos enloquecieran de placer en su particular paraíso privado, pero todavía no había colmado su curiosidad sobre su nombre.

—¿En serio, no piensas decirme su verdadero significado? —preguntó besando su cuello, mientras le desabrochaba el sujetador.

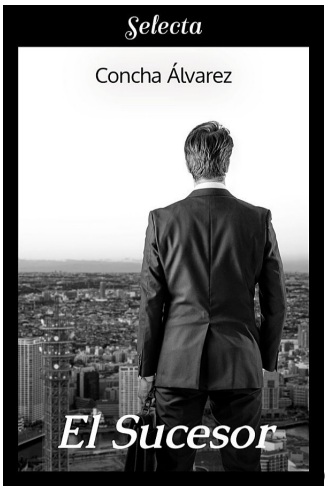
—En su lugar te lo demostraré todos los días —dijo con una sonrisa pícara. Sus manos descendieron por su pecho hasta el cinturón del pantalón, y él apenas respiró al comprender sus intenciones.

—Entonces, lo buscaré...

César guardó silencio incapaz de pronunciar una palabra más. Por fin, sentía tranquilidad en su interior. Nada de lo que había logrado en su vida le importaba, salvo ella. La aprisionó aún más entre sus brazos, satisfecho por haber encontrado al fin su verdadero hogar.

Dos años más tarde...

Guzmán repasaba el contrato que debía entregar esa tarde a César cuando el móvil emitió un estridente sonido. El abogado permaneció inmóvil y dejó que el inquietante tono invadiera el despacho como un pájaro de mal agüero. Esas notas, que resonaban una y otra vez a la espera de que contestara, solo significaban una única cosa que temía desde hacía tanto tiempo. A partir de ahora, las vidas de todos ellos cambiarían para siempre. Emitió un suspiro. Al fin, Jorge resucitaba de entre los muertos...



César Dávila ha abandonado su hogar, una vida de privilegios y a todos los que conocía para vengarse de su padre. Con la intención de lograr su objetivo, se casa con Mancia Expósito, una mujer ajena a sus propósitos que le brindará la oportunidad de conseguirlo. Sin embargo, en el camino de dicha venganza, César descubre unos sentimientos que tambalearán los cimientos de su ambición, al tiempo que Mancia entrega su corazón a un hombre que es incapaz de amar, de perdonar ni de confiar en una mujer.

Concha Álvarez nació en Linares, Jaén, en enero de 1971. Es diplomada en graduado social y tiene conocimientos de informática. Apasionada de la lectura, su afición y vocación es la literatura. Desde hace trece años reside en Sevilla y, desde entonces, está volcada en el mundo de la literatura en general, y de la literatura histórica y romántica en particular. Ha sido ganadora y finalista de varios concursos de relatos. Con la editorial Edelvives publicó un libro de lectura infantil titulado Descubre tu país para el curso 2011-2012. También ha publicado los relatos *Voces Ajenas, La casa de los ladrillos rojos* y *La casa*. Imparte un taller de iniciación a la creación literaria, orientado a todos aquellos que quieren dar el salto de la lectura a la escritura. Trabaja impartiendo talleres a personas disminuidas y mayores.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Concha Álvarez
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-45-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial